A través de la Tormenta



Un rescate imposible.
Un amor que no terminó.

MARIAH EVANS

Mariah Evans

A través de la Tormenta

Un rescate imposible.
Un amor que no terminó.

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor.

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Título original: A través de la tormenta
©Mariah Evans, febrero 2026
Imagen de la portada: Mariah Evans
Imágenes contraportada e interiores: Freepik
Diseño de portada: Marien F. Sabariego (ADYMA Design)
Maquetación interior: Marien F. Sabariego (ADYMA Design)

Esta novela está dedicada con todo mi cariño y mi amor a mis padres: Diego y Antonia, quienes me enseñaron a amar las historias antes incluso de saber escribirlas.

Gracias por llenarme la infancia de libros, por creer en mí cuando mis sueños apenas eran susurros y por darme la confianza que hoy me permite seguir escribiendo. Cada página que nazca de mis manos siempre llevará algo de vosotros, vuestras palabras, vuestros consejos y vuestro amor.

Os echo de menos cada día. Viviréis eternamente en mi corazón, en mis palabras y en cada historia que me atreva a contar.

Ahora tengo dos ángeles más que brillan en el cielo y me cuidan desde allí arriba.

Gracias por haber sido los mejores padres que la vida pudo regalarme.

Este libro también es vuestro.

Os quise, quiero y querré toda mi vida.

María.

ÍNDICE

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24

25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
Agradecimientos



1

—Alepo, Siria—

El avión comenzó a descender y Emma Carter se inclinó hacia la ventanilla, obligándose a respirar despacio, aunque sentía cómo el corazón le latía acelerado en el pecho.

Debajo de ella, la tierra se extendía como un mapa ajado, un mosaico de tonos ocres y grises. Cada calle, cada edificio, parecía marcado por cicatrices profundas: techos colapsados, paredes agujereadas, ventanas sin cristales que dejaban ver la oscuridad del interior del edificio. La ciudad estaba viva y rota al mismo tiempo, y Emma sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

El avión aterrizó con un golpe seco y cada músculo de su cuerpo se tensó al escuchar cómo los neumáticos rozaban la pista llena de polvo, polvo levantado por el viento que cubría gran parte del paisaje y que el sol apenas lograba atravesar, proyectando sombras fantasmales sobre lo que antes fueron bulliciosos barrios.

Al mirar hacia el horizonte, vio los minaretes de algunas mezquitas que todavía se mantenían en pie, como recuerdos firmes de otra vida, mientras a su alrededor todo parecía suspenderse entre el olvido y la destrucción.

Había sido un vuelo largo desde Amán, Jordania, con escalas rápidas y silenciosas hasta llegar allí.

Los pasajeros eran pocos, en su mayoría periodistas o trabajadores humanitarios. Algunos dormían, otros miraban las

pantallas de sus teléfonos donde leían algún libro o se habían descargado una película, pero todos tenían algo en común, los ojos vidriosos de cansancio.

Emma se quitó el cinturón una vez que el avión se detuvo y respiró hondo, intentando calmar el nerviosismo que se le había instalado en el estómago desde que habían realizado el último despegue para llegar hasta allí.

Miró a Tom, su compañero de trabajo, y ambos se dirigieron poco a poco a la puerta del avión para descender con la mochila a la espalda.

Cuando bajaron del avión, un viento cargado de polvo les golpeó la cara y, durante unos segundos, Emma se quedó observando el amanecer.

—El amanecer y las puestas de sol en el desierto son peligrosos porque te hacen olvidar dónde estás —comentó bajando los escalones.

El aeropuerto de Alepo había sufrido graves daños y cierres intermitentes debido al conflicto sirio, pero tras años de inactividad se estaban reportando esfuerzos para su reapertura y desde marzo de dos mil veinticinco había comenzado a operar nuevamente, la mayoría de las veces bajo las órdenes de grupos rebeldes.

La pista estaba vacía con restos de escombros cerca de los hangares.

Allí, esperándolos, estaba Khalid, un hombre delgado, de mirada alerta con unos enormes ojos marrones, con un rostro curtido por el sol y la vida en la ciudad. Debía de rondar los cuarenta años, aunque probablemente la barba alrededor de sus mejillas y barbilla lo hacían parecer más mayor. Vestía con un *thobe*, la tradicional túnica siria y, bajo esta, una camisa blanca y unos pantalones color ocre. El cabello lo llevaba tapado por la *keffiyeh*, un pañuelo que le cubría la cabeza.

Cuando descendieron las escaleras del avión, no los recibió con sonrisas, no dijo nada de inmediato, solo los observó exhaustivamente.

—¿Khalid? —preguntó Tom.

El hombre asintió y luego les tendió unas pequeñas bolsas de tela.

—Para pasar desapercibidos os los tenéis que poner —ordenó con un acento marcado, señalando los pañuelos dentro de las bolsas.

Emma cogió uno, sintiendo la tela áspera entre los dedos, y lo acomodó sobre su cabello oscuro, cubriéndose la nuca. Tom hizo lo mismo mientras ella lo miraba con una mezcla de cansancio y tensión contenida.

Tras introducir las mochilas en el maletero de un coche sencillo de color rojo oscuro, viejo pero resistente, los hizo subir y arrancó chirriando ruedas entre el polvo de la pista.

El camino hacia la ciudad era un laberinto de calles vacías y edificios medio derruidos. Cada giro mostraba paredes cubiertas de grafitis, ventanas tapiadas y escombros acumulados en las aceras. De vez en cuando, un gato o un perro callejero cruzaba entre los escombros, desapareciendo antes de que pudieran verlo del todo.

Emma apretó el cinturón y miró por la ventanilla, el aire parecía vibrar con la historia de la ciudad, de su pasado y de todo lo que había sido destruido.

Tom se acercó a ella mientras el vehículo daba trompicones sobre un asfalto inexistente, solo una carretera de piedras.

—Si alguien sabe cómo sobrevivir aquí, eres tú —murmuró Tom.

—Solo espero que esta vez eso sea suficiente —respondió Emma ajustándose el cinturón de nuevo, pues el vehículo los hacía moverse de un lado a otro.

Los minaretes de algunas mezquitas todavía se mantenían erguidos, apuntando hacia el cielo gris, los mismos que había visto desde el avión y que, vistos más de cerca, se encontraban más destruidos de lo que parecía en un primer momento. Calles que antes habrían estado llenas de coches y peatones ahora estaban desiertas o con barricadas improvisadas. Las fachadas de los edificios se encontraban llenas de impactos de metralla, puertas colapsadas, ventanas rotas que dejaban ver habitaciones vacías y restos de muebles.

La ciudad estaba viva y muerta al mismo tiempo.

Emma no era del tipo de periodistas que buscaba comodidad o fama.

Tenía veintiocho años, mirada firme y manos marcadas por años de escribir, grabar y cubrir conflictos que nadie más quería enfrentar. Su rostro podía parecer delicado, pero detrás de esos ojos color café había horas interminables de investigación, noches sin dormir y decisiones que podían costarle la vida. Tenía una complexión delgada y curvas marcadas.

Gracias a que trabajaba para *The Sentinel*, un medio internacional de prestigio especializado en reportajes de guerra y derechos humanos, había pasado por Afganistán, Libia y Yemen, pero Siria era distinto. Aquí cada calle podía ser una trampa, cada contacto un riesgo. La información que buscaba no era solo para un titular, podía salvar vidas o exponer a criminales que operaban en las sombras.

Había conseguido el contacto de Khalid, su *fixer*, a través de un intermediario en Amán, un viejo amigo de la red de periodistas locales. Khalid era conocido por mantener a los periodistas extranjeros con vida en zonas de alto riesgo. Nunca había trabajado con él antes, pero sabía de su reputación: discreto, veloz y con un conocimiento de la ciudad que pocos podían igualar. Había logrado contactar con él mediante un mensaje cifrado y un número temporal. Tras varias llamadas y comprobaciones cruzadas, él había aceptado guiarlos. No gratis, no por lealtad, sino porque había algo en su forma de hacer periodismo que él respetaba. Según sus propias palabras, *"lograba lo que nadie más lograba"*.

Emma estaba allí porque una historia la había traído: un líder de la resistencia local, alguien que había sobrevivido a ataques recientes, podía ofrecer información de primera mano sobre cómo los civiles soportaban la guerra. Este hombre había accedido a hablar con ella. La entrevista era delicada, pues podía exponerla a peligros que sabía que no podría controlar sola.

Contactar con Khalid había sido un proceso meticuloso: varios números descartados, verificaciones cruzadas y mensajes cifrados. Finalmente, un correo anónimo confirmó: *"Te esperaré en Alepo. No falles"*.

Para Emma, eso era todo lo que necesitaba: un punto de partida, un guía confiable y la certeza de que tenía que llegar viva para que la historia valiera la pena.

Alepo la esperaba. Ruinas, polvo, peligro… y la oportunidad de exponer algo que podría cambiarlo todo.

Tras unos veinte minutos de trayecto, Khalid giró hacia un callejón estrecho y detuvo el vehículo frente a un edificio medio escondido entre dos bloques destruidos. La fachada era simple, discreta, con apenas un cartel desgastado y una puerta metálica oxidada.

—Aquí estarán seguros por unos días. Dos días. Hasta que pueda organizar la entrevista —explicó Khalid.

La casa era modesta pero funcional. La puerta se abrió a un vestíbulo pequeño, con paredes blancas manchadas de polvo y cuadros torcidos que parecían pertenecer a otra época.

Emma y Tom dejaron las mochilas en la sala principal que albergaba un viejo sofá, un par de sillas, una mesa con algunas tazas y un pequeño generador en una esquina que zumbaba suavemente, para tener electricidad por si había un apagón. Había cortinas gruesas en las ventanas con barrotes que mantenían la luz del sol y el polvo a raya.

Khalid les indicó las habitaciones: una pequeña para ella y otra para Tom, con camas estrechas y mantas limpias.

Emma se dejó caer sobre la cama para probarla y cerró los ojos un momento, escuchando el zumbido del generador y los ecos lejanos de la ciudad. Estaba cansada, pero su mente no podía relajarse. Dos días para prepararse, dos días para observar, y luego la entrevista que podía cambiarlo todo.

Debía extremar todas las precauciones, Alepo no perdonaba descuidos, y ella lo sabía.

Se incorporó en el camastro y desde allí observó a Tom, su cámara. Había cubierto varios reportajes con él y se habían convertido en buenos amigos. Como siempre, cada vez que llegaban a un lugar, lo primero que Tom hacía era revisar su cámara de grabación.

Iba a levantarse de la cama cuando un golpe sordo retumbó en el aire, seguido de un ruido seco que se arrastraba como un hilo metálico. Al principio no estaba segura de qué era hasta que la vibración le recorrió el pecho y escuchó, lejana pero inconfundible, una explosión cercana.

Tom se quedó rígido, con la cámara colgando del hombro y los ojos abiertos como platos. Emma respiró hondo, intentando que la adrenalina no le nublara la mente, y buscó con la mirada a Tom, el cual estaba tan paralizado por el miedo como ella.

Fuera, la ciudad seguía su ritmo caótico: mezcla de polvo, gritos, sirenas lejanas y algún que otro golpe que retumbaba desde calles que ellos no podían ver. La zona oeste de Alepo se trataba de un barrio relativamente controlado por civiles o rebeldes moderados, así que no quería ni imaginarse lo que sería estar en las zonas de Alepo donde se encontraban las milicias.

Khalid apareció en el comedor como si hubiera sentido el mismo estremecimiento que Emma y Tom. Sin mediar palabra, cerró las persianas gruesas y reforzó la puerta con el cerrojo adicional que llevaba.

—Esto es Siria —murmuró con un tono tan bajo que parecía hablar más consigo mismo que con ellos—. Nunca se está realmente a salvo.

Emma miró a Tom y tragó saliva. Le encantaba su trabajo, pero también sentía miedo.

Tom dejó la cámara en el suelo y miró a su contacto con gesto preocupado.

—¿Seguro que estamos a salvo aquí? —preguntó.

Khalid fue hacia otra ventana y bajó la persiana, asegurándose de que nadie pudiera verlos desde fuera. Luego se giró, cruzando los brazos con expresión seria.

—Ninguna parte en Siria es segura —dijo con calma, como una advertencia que no necesitaba dramatismo—. Esto es lo más cerca que podéis estar de estarlo. —Hizo un gesto hacia las ventanas sin acabar la frase—. No os asoméis, no abráis puertas que den a la calle. Nada de salir solos. Comeréis aquí, yo me encargo de traer comida. Manteneos alejados de cualquier cosa que haga ruido o se

mueva fuera. ¿Entendido? —Tom asintió y Khalid continuó mientras miraba a Emma de reojo—. Si necesitáis algo, me lo decís. No corráis riesgos innecesarios, no os confiéis… y, sobre todo, escuchad todo lo que os diga. Cada regla que rompáis aquí puede ser la última. —Hizo una pequeña pausa—. No me gustaría que murieseis —acabó con un tono de voz más irónico.

Emma tragó saliva y miró consternada a Tom, el cual la miró de la misma forma. Suponía que Khalid debía de estar tan acostumbrado a vivir en una zona de guerra que se permitía bromear o ironizar sobre ello.

Estaban en Siria. Estaban en peligro y esa sensación de tensión no los abandonaría ni un segundo. Durante los próximos días que se encontrasen allí deberían aprender a convivir con ello. Ya lo habían hecho anteriormente y esta vez no sería menos.

Otra explosión lejana hizo que las paredes de aquel edificio a medio destruir vibrasen, provocando que su corazón se acelerase.

Emma se acercó a la ventana, apenas había un resquicio entre la persiana bajada, y miró hacia las calles desiertas de Alepo. Polvo, escombros, edificios medio derruidos… y un par de figuras que se movían con cautela a lo lejos, desapareciendo entre las sombras de los muros caídos.

Suspiró y se giró hacia Tom mientras tragaba saliva nerviosa.

—No te acerques demasiado —dijo Khalid, señalando con un dedo firme—. Ni tú ni Tom. Desde aquí podéis ver, sí, pero que nadie os vea a vosotros.

Tom asintió tocando la cámara como si con eso pudiera asegurarse de que nada malo ocurriría. Emma respiró hondo y se apartó de la ventana dirigiéndose al sofá.

—Traeré comida —continuó Khalid—. Agua, pan, lo que necesitéis. Todo aquí dentro. No salgáis a la calle hasta que yo lo diga. No toquéis las puertas que dan al exterior. Manteneos atentos, escuchad cada ruido. El más mínimo descuido puede ser fatal. —Se acercó al generador, lo revisó y luego volvió a donde estaban ellos—. Si necesitáis moveros, avisadme primero. Si algo suena extraño, no miréis —advirtió a Emma—, e id al lugar seguro de inmediato. Las reglas son simples: permaneced dentro y mantened silencio. —

Emma miró a Tom que parecía asimilar la gravedad de todo y luego a Khalid, cuya seriedad llenaba la habitación.

Emma dejó escapar un pequeño resoplido mientras Tom soltaba una sonrisa nerviosa, aunque ambos sabían que Khalid tenía razón. Aquellos dos días que debían esperar para la entrevista no eran solo para prepararla, eran para sobrevivir lo suficiente como para llegar a hacerla. Cada regla y cada indicación eran vitales si querían sobrevivir allí.

Se acomodaron en silencio, escuchando cómo la ciudad respiraba a través de las paredes: golpes lejanos, el eco de una sirena y un retumbar sordo que podría ser una bomba. No había espacio para distracciones ni para descuidos. Era Siria. Era Alepo. Y allí, entre polvo y ruinas, comenzaba su historia.

La primera noche en Siria cayó sin avisar, como si la ciudad hubiese decidido apagar las luces de golpe. La casa segura quedó sumida en una penumbra espesa, apenas rota por la débil claridad de la luz de una lámpara de gas que Khalid había dejado sobre la mesa antes de marcharse. No daba apenas luz, solo lo justo para distinguir las siluetas de los muebles y las sombras que se deslizaban por las paredes cada vez que algo explotaba a lo lejos. El silencio no era real, estaba lleno de ruidos apagados, de detonaciones distantes y del rumor constante de una ciudad que no dormía.

Khalid no se había quedado con ellos, y Emma comprendía por qué. Si un *fixer* local pasaba la noche en una casa con extranjeros, la señal era demasiado clara, demasiado obvia. Alguien podría seguirlo, observarlo, y entonces aquella casa dejaría de ser segura. Un *fixer* nunca debía pasar mucho rato en una de las denominadas casas seguras, pues podía llamar la atención demasiado rápido, ser vigilado por facciones y delatar la posición de ellos.

Antes de irse, les había dejado comida sencilla: pan plano, latas de comida en conserva y botellas de agua.

Les había prometido que volvería por la mañana, temprano, para asegurarse de que todo seguía tranquilo y de que nadie los había

marcado. *"Aquí sobrevivir es moverse"*, les había dicho. *"Quedarse quieto demasiado tiempo es lo que mata"*, había sentenciado.

Emma se sentó en el suelo, apoyada contra la pared, con la espalda tensa y las piernas dobladas. Tom dejó la cámara a un lado y se acomodó frente a ella, sosteniendo una botella de agua entre las manos. La débil luz dibujaba su rostro cansado, ojeroso y más serio de lo habitual.

—¿Te imaginabas que sería así? —preguntó él rompiendo el silencio.

Emma tardó unos segundos en responder.

—Sabía que sería duro… pero no así —admitió—. Me recuerda un poco a Trípoli. ¿Te acuerdas? Cuando dormíamos con la ropa puesta y el equipo preparado por si había que salir corriendo.

Tom esbozó una sonrisa breve, cansada.

—Sí. Aquella noche que se fue la luz y pensábamos que el generador no funcionaría. Pero esto… esto es distinto. Aquí todo parece más frágil.

Emma asintió y cogió su cuaderno con su bolígrafo.

Había preparado la entrevista durante semanas.

El hombre al que iban a entrevistar no era un líder cualquiera, era un miembro respetado de la resistencia local, alguien que había logrado mantener a su gente con vida entre ataques, traiciones y bombardeos. No buscaba propaganda, sino contar cómo sobrevivían los civiles atrapados entre bandos, cómo la guerra se había convertido en rutina. Había aceptado hablar con ella porque Emma no prometía héroes ni villanos, solo la verdad, por incómoda que esta fuera.

—Si conseguimos esa entrevista —dijo ella en voz baja—, puede ser una de las más importantes que hagamos.

Tom la miró con atención, como si intentara leer algo más allá de sus palabras.

—Siempre dices eso —respondió con la mirada fija en ella—. Pero esta vez creo que va en serio —acabó sonriente, aunque el sonido lejano de una explosión provocó que su gesto se tornase serio de repente.

La lámpara de gas parpadeó un segundo y ambos se quedaron en silencio. Fuera, un ruido seco resonó a lo lejos. Emma apretó los dedos contra la botella de agua, consciente de que aquella noche era solo el principio.

Siria no les debía nada, y Alepo no hacía concesiones. Cerró los ojos un instante, respirando despacio, sabiendo que al amanecer Khalid volvería… y que cada día que pasara los acercaría más a la entrevista y también al peligro.

Tom se pasó una mano por la cara y suspiró, mirando la luz de la lámpara como si pudiera encontrar respuestas en ese pequeño círculo de claridad.

—¿Alguna vez te has preguntado por qué siempre acabamos en sitios así? —preguntó sin mirarla—. Podríamos estar cubriendo elecciones, ruedas de prensa… algo con hoteles de verdad.

Emma dejó escapar una sonrisa cansada.

—Si estuviéramos ahí, no seríamos nosotros —respondió—. Además, alguien tiene que contar esto, aunque nadie quiera escucharlo.

Tom la observó entonces, con esa mezcla de admiración y preocupación que tantas veces había visto en otros lugares.

—A veces me pregunto si eres valiente… o si simplemente no sabes cuándo parar.

Ella bajó la mirada un segundo, pensativa.

—Parar es fácil cuando no has visto lo que pasa aquí —murmuró —. Cuando sabes que si no lo cuentas tú, alguien lo contará mal o no lo contará en absoluto.

Un nuevo estruendo lejano hizo vibrar ligeramente el suelo. Tom tensó los hombros, pero no dijo nada. Emma alzó la vista hacia el techo, escuchando cómo el sonido se perdía entre las calles destruidas.

—Oye… —dijo él al cabo de unos segundos—, si en algún momento sientes que esto se nos va de las manos, lo dices. No hay historia que valga más que salir de aquí vivos.

Emma lo miró seria y sincera.

—Lo sé. Y te prometo que no cruzaré una línea que no podamos volver a cruzar juntos.

El silencio volvió a instalarse entre ellos. La luz de la lámpara de gas seguía parpadeando, proyectando sombras alargadas en las paredes. Fuera, Alepo respiraba con dificultad, como una bestia herida que no terminaba de rendirse.

Emma se acomodó un poco más contra la pared, abrazándose las rodillas.

—Mañana Khalid dirá si seguimos adelante —susurró—. Día a día.

Tom asintió despacio, con la mirada fija en una sombra que se proyectaba en la pared.

—Si Khalid dice que no, no es un "quizá" —murmuró—. Es un no rotundo.

Emma levantó la vista hacia él.

—Exacto. Aquí no se trata solo de si la entrevista sigue en pie. Si él detecta algo raro, si alguien ha preguntado por nosotros o si alguien nos ha visto entrar… se acabó. Aunque el contacto esté esperando —confirmó ella.

Tom se pasó la mano por la nuca, incómodo.

—Siempre me impresiona eso de los *fixers*. Parecen saberlo todo sin que nadie se lo diga —acabó diciendo asombrado.

—Porque viven aquí —respondió Emma—. Porque saben leer la ciudad. Un silencio donde antes había ruido, una calle demasiado vacía, una mirada que se alarga más de la cuenta. Khalid no necesita pruebas, le basta con una sensación para saber que algo va mal.

Tom dejó escapar una risa breve, despojada de humor.

—Y nosotros dependemos de eso para seguir vivos.

Emma asintió.

—Si mañana Khalid dice que podemos movernos, significa que nadie nos está buscando. Que todavía somos invisibles.

El generador emitió un chasquido suave y ambos se quedaron en silencio un instante, atentos a cualquier cambio en los sonidos de fuera. Emma bajó la voz aún más.

—El hombre de la resistencia no se moverá si no sabe que es seguro y Khalid no nos llevará a ningún sitio si cree que hay una sola posibilidad de que no volvamos.

Tom la miró con seriedad.

—Entonces cada día decidimos si hacemos la entrevista —dijo—, y Alepo decide si seguimos respirando —susurró.

Emma sostuvo su mirada firme.

—Así es como funciona aquí.

Fuera, Alepo volvió a rugir a lo lejos. Y, en esa oscuridad compartida, ambos entendieron que Khalid no era solo un guía: era la delgada línea entre la historia que habían ido a contar o convertirse ellos mismos en una.

Tom se movió primero, rompiendo la quietud.

—Deberíamos intentar dormir —dijo en voz baja—. Aunque sea un poco. Mañana necesitaremos tener la cabeza fría.

Emma asintió, aunque sabía que el sueño no llegaría con facilidad.

—Haremos turnos —añadió—. Uno duerme mientras el otro vigila. Si algo cambia ahí fuera, lo sabremos.

Tom cogió la linterna pequeña y la dejó cerca de la pared, al alcance de ambos.

—Empiezo yo —se ofreció Tom—. Descansa tú un par de horas.

Emma fue hasta la habitación y se acomodó en el colchón improvisado, sin descalzarse, con la chaqueta puesta y la mochila cerca, tal y como Khalid les había indicado. Cerró los ojos, pero mantuvo los sentidos alerta, escuchando cada crujido de la casa, cada sonido lejano de la ciudad. La guerra no daba tregua, ni siquiera de noche.

Mientras Tom vigilaba en silencio, apoyado contra la pared, Emma pensó en la entrevista, en el hombre al que aún no había visto y en lo que estaba a punto de desatarse. Alepo no les prometía nada, excepto un peligro muy tangible. Y, aun así, allí estaban, esperando el amanecer, sabiendo que al despertar todo podría cambiar.

Alepo no dormía, acechaba. La ciudad respiraba con una paciencia cruel, como si supiera que tarde o temprano reclamaría algo a cambio de permitirles estar allí. En aquel lugar no hacía falta moverse para estar en peligro: bastaba con existir, con ser vistos,

con esperar un poco demasiado. Alepo era una amenaza constante, silenciosa, dispuesta a cobrar su precio en cualquier momento.



2

Habían hecho turnos de dos horas para ir descansando, donde uno permanecía despierto en el comedor escuchando cada ruido fuera del piso y el otro permanecía en la habitación, con la puerta abierta y totalmente vestido y listo para salir huyendo si fuese necesario.

El amanecer en Alepo no llegó con luz, sino con polvo. Emma abrió los ojos y, durante unos segundos, no supo dónde estaba. Luego recordó: las paredes desnudas, el colchón improvisado, el silencio tenso. Siria.

Tom seguía despierto, sentado cerca de la puerta, con la espalda apoyada en la pared y la mirada fija en la rendija inferior de la ventana, como si esperara ver pasar sombras.

—Nada raro —susurró cuando notó que ella se movía—. Demasiado tranquilo, si me preguntas.

Emma se incorporó despacio, frotándose la cara.

La ciudad parecía contener la respiración. No había disparos ni explosiones cercanas, solo ese murmullo lejano que nunca desaparecía del todo. Fuera, una luz grisácea empezaba a colarse por las persianas.

—Tu turno, descansa ahora —le dijo Emma levantándose del colchón.

Tom negó con la cabeza.

—He dormido unas seis horas, ya tengo suficiente. Además, está amaneciendo —señaló hacia la ventana—. Khalid estará a punto de

llegar.

Emma fue hacia él y se sentó a su lado en el suelo, apoyando la espalda en la pared.

—Lo que daría por un café bien cargado —susurró.

—Y un cruasán de chocolate —rio Tom.

Emma estiró el brazo y cogió un trozo de pan duro, la botella de agua y se lo llevó a la boca.

—Todo un manjar —bromeó ella.

Khalid llegó poco después. No llamó, dio dos golpes suaves y precisos en la puerta, la señal acordada. Cuando entró, Emma supo al instante que algo no iba bien. No parecía alterado, pero su rostro estaba más serio que el día anterior.

—Habéis pasado la noche —dijo más como una afirmación que como una pregunta.

—Sí —respondió Tom.

Khalid dejó una bolsa de comida sobre la mesa y no se sentó. Eso tampoco era buena señal.

—La ciudad está rara esta mañana —comentó—. Hay más movimiento de lo normal en calles que deberían estar vacías.

Emma intercambió una mirada rápida con Tom.

—¿Rara cómo? —preguntó ella.

—Gente preguntando —respondió Khalid—. No por vosotros directamente. Por extranjeros. Por periodistas.

El silencio que siguió fue espeso. Emma sintió un nudo en el estómago.

—¿La entrevista sigue en pie? —preguntó, midiendo cada palabra y provocando que Tom la mirase serio mientras se removía sobre sus propios pies.

Khalid tardó un segundo en responder.

—De momento, sí. El contacto mantiene su palabra, pero quiere cambiar el lugar. Y eso nunca es buena señal.

Tom se inclinó hacia delante.

—¿Seguro que no nos han visto?

—No lo sé —admitió Khalid.

Desde la ventana llegó el sonido de un motor. Los tres se quedaron inmóviles. Un coche pasó despacio, demasiado despacio,

como si no tuviera prisa por llegar a ningún sitio. Khalid se acercó a la persiana sin tocarla.

—Hoy no salís —dijo finalmente—. Necesito confirmar rutas, comprobar quién se mueve y por qué. Si alguien os está buscando, quiero saberlo antes de que deis un paso fuera.

Emma asintió, aunque una parte de ella ya sentía que algo se había puesto en marcha y no sería fácil detenerlo.

—¿Y si mañana…? —empezó a decir.

—Mañana lo veremos —la interrumpió Khalid—. Pero escuchadme bien: si os digo que no, no hay entrevista y no hay discusión.

Tom tragó saliva.

—Entendido —respondió.

—Lo tenemos muy claro los dos —pronunció Emma—. Tú mandas —lo señaló.

Khalid recogió su chaqueta y se dirigió a la puerta.

—Aquí tenéis comida —señaló unas bolsas—. Quedaos dentro. En silencio. Nada de mirar por las ventanas. Volveré antes del anochecer —susurró al acercarse a la puerta.

Cuando se fue, la casa volvió a quedar envuelta en una calma engañosa. Emma se acercó despacio a la pared y apoyó la frente contra ella, cerrando los ojos.

—Mierda —susurró.

Tom cogió una de las bolsas con la comida que Khalid les había traído y miró en el interior.

—Pan, latas, agua… lo básico —dijo con un hilo de ironía—. Nada de vino francés ni chocolate belga, por desgracia.

Emma esbozó una media sonrisa, aunque su corazón seguía latiendo con fuerza.

—Básico, sí, pero suficiente para sobrevivir un par de días —susurró—. Lo importante es que Khalid vuelva antes del anochecer.

Tom se sentó junto a ella en el suelo, dejando las bolsas entre los dos.

Ambos miraron hacia las ventanas cuando escucharon unos golpes lejanos.

—Nada de cafeterías tranquilas, entrevistas en despachos con aire acondicionado… aquí cada sonido puede ser una amenaza —sentenció él.

Tom abrió una de las bolsas con cuidado y comenzó a sacar el contenido: latas de atún, garbanzos, algunas verduras en conserva y un par de sopas listas para beber. También había pan plano y unas pocas galletas saladas, crujientes y duras, y un puñado de frutos secos que crujieron al moverlos.

Emma tomó una lata de garbanzos y la giró entre las manos, mirando la etiqueta con una mezcla de cansancio y curiosidad.

—No es exactamente un banquete de cinco estrellas —murmuró con una media sonrisa mientras Tom levantaba una lata de atún como si fuera un trofeo.

—Al menos Khalid no nos deja morir de hambre —bromeó.

—Nos ofrece lo suficiente para sobrevivir —repitió Emma.

Se sentaron juntos en el suelo, compartiendo el silencio y la comida, conscientes de que aquello era suficiente para pasar el día, pero insuficiente para olvidar que la ciudad allá fuera seguía respirando, acechante, como si cada sonido lejano fuese un recordatorio de lo frágil que era su seguridad.

Tom dejó la lata de atún a un lado y miró a Emma.

—¿Me lees lo que tienes pensado preguntarle al tipo de la resistencia? —dijo.

Emma asintió, se levantó, cogió su cuaderno de notas y volvió a sentarse a su lado, apoyando la espalda contra la pared y sosteniendo la lata de sopa entre las manos.

—Vale —dijo, abriendo el cuaderno—. Primera pregunta: ¿Cuál es la situación actual de los civiles en esta zona? ¿Cómo sobreviven a los ataques y a la falta de suministros?

Tom asintió.

—Buena. Necesaria para el contexto.

—Segunda —continuó Emma—. ¿Cuál es la estructura de la resistencia? ¿Quiénes participan y cuáles son sus objetivos reales, más allá de los rumores?

—Podrías añadir algo sobre la relación con los civiles —interrumpió Tom—. Algo como… ¿Cómo os aseguráis de que la gente

no sufra por vuestras operaciones?

Emma hizo un gesto con la cabeza, anotándolo rápidamente.

—Vale, tercera: ¿Qué riesgos enfrentan los miembros de la resistencia a diario? ¿Cómo protegen a sus familias?

—Mmm —Tom reflexionó un momento—. También podrías preguntar sobre el contacto con organizaciones internacionales. Algo como: ¿Reciben ayuda o contacto de organismos humanitarios o periodistas extranjeros?

Emma sonrió.

—Sí, esa era la siguiente, te me has adelantado —rio.

—Perfecto.

—La que tú has dicho era la cuarta, ahora viene la quinta pregunta: "¿Qué espera lograr contando su historia a periodistas internacionales?".

—Y algo sobre el futuro —agregó Tom—. ¿Qué creen que pasará con la zona en los próximos meses? ¿Qué esperan para su comunidad?

Emma levantó la mirada hacia Tom.

—Te adelantas a todas mis preguntas —rio ella.

—Perdón, perdón… —le devolvió la sonrisa.

—Quiero realizar la entrevista en base a estas preguntas, después ya iré improvisando las siguientes, pero esos son los bloques que creo importantes.

Tom asintió, tomando un sorbo de su sopa.

—Vale… suena bien —la felicitó.

Emma suspiró y volvió a inclinarse sobre su cuaderno, repasando las notas una vez más, consciente de que, mientras ella se preparaba para hablar, la ciudad fuera no dejaba de moverse, de observar, de decidir si estaban listos para sobrevivir a la historia que estaban a punto de contar.

El resto del día pasó lento, pesado, como si cada minuto estuviera impregnado del polvo que flotaba en la luz difusa de la lámpara de gas.

Emma y Tom permanecieron casi inmóviles, atentos a cada crujido de la casa, a cada golpe metálico que resonaba desde las

ruinas cercanas. La ciudad fuera no dormía y cada sonido era un recordatorio de que no estaban solos.

Emma se levantó varias veces para mirar por la rendija de la persiana, pero el paisaje de calles destruidas y edificios a medio derruir parecía vacío. Casi vacío. Hasta que un motor rasgó el aire. Un coche pasó despacio, demasiado lento, dejando que su silueta se recortara entre el polvo y la luz que se colaban por la ventana.

Ambos se pusieron en pie rápidamente y se miraron alertados.

—Ningún vehículo pasa así por coincidencia —susurró Emma dando unos pasos atrás para alejarse de la ventana, con el corazón compungido.

—No, no es normal que alguien vaya tan despacio —respondió su compañero con todo el cuerpo en tensión.

Tom se removió nervioso y finalmente dio unos pasos despacio, casi de puntillas, hacia la ventana. Aquella acción alteró a Emma.

—Tom… Tom… —le susurró.

Tom no respondió, pero elevó la mano para que se mantuviese en silencio mientras se acercaba a la ventana para intentar ver algo entre las rendijas. Se agachó un poco para situar los ojos en aquella fina línea e intentar vislumbrar algo de la calle.

Emma se mantuvo con todos los músculos en tensión.

—¿Ves algo? —preguntó con la voz entrecortada.

Tom tardó unos segundos en responder. Se giró y negó con la cabeza mientras volvía a acercarse a ella.

—No hay nadie —respondió al final.

—Puede que estén vigilando la zona, ya has escuchado antes a Khalid —continuó ella.

Finalmente, Tom se giró hacia ella y asintió.

—Hay que ir con cuidado —respondió con la voz temblorosa.

Durante la tarde, los ruidos se multiplicaron: un golpe seco en un edificio cercano, luego otro más distante, como si alguien estuviera reorganizando escombros o probando la estructura de lo que quedaba en pie. Una explosión lejana levantó una nube de polvo que se filtró por las rendijas de la ventana, haciendo que ambos se agazaparan instintivamente.

Tom se movía con cuidado, revisando cada esquina, cada sombra. Cubrió las ventanas con lo que encontraron: mantas, cartones, cualquier cosa que pudiera impedir que alguien los viera desde fuera. Emma, mientras tanto, repasaba las preguntas de la entrevista, tratando de concentrarse, pero cada crujido y cada eco le hacía levantar la cabeza.

Las horas se estiraron hasta que el sol comenzó a caer, tiñendo el polvo de un naranja apagado. Cada vez que un motor rugía en la calle, cada vez que un golpe seco se escuchaba a lo lejos, Emma y Tom recordaban que no existía un lugar realmente seguro. No allí. No en Alepo. Y aunque la casa les ofrecía un refugio físico, la ciudad misma los mantenía alerta, recordándoles que cada segundo podía cambiarlo todo.

La noche cayó sin previo aviso, como lo hacía todo en Alepo. No hubo un verdadero crepúsculo, solo un oscurecer repentino en el que las sombras parecieron adueñarse de las calles y de los edificios mutilados. Emma ajustó la lámpara de gas para que diese aún menos luz, no quería que esta se filtrara al exterior como una invitación peligrosa.

Tom fue el primero en escucharlo.

Un ruido seco, metálico, demasiado cercano.

Se levantó despacio y levantó la mano para que Emma guardara silencio.

Ambos contuvieron la respiración. Fuera había pasos lentos. Eran unos pasos tranquilos, seguros, como de alguien que conoce bien el terreno. Luego una voz lejana, imposible de identificar, y el chirrido de algo que se arrastraba por el suelo.

Emma sintió cómo el estómago se le encogía.

Pensó en Khalid, en sus advertencias, en no asomarse jamás a las ventanas, en lo absurdo que era estar allí sentada, con un cuaderno y una grabadora en medio de una ciudad que no distinguía entre testigos y objetivos.

Los pasos se alejaron y el silencio volvió a gobernar la zona, más espeso que antes.

—¿Hacemos turnos? —susurró Tom al fin—. Dos horas cada uno. Yo empiezo.

Emma asintió. Fue hacia el colchón y se estiró en él.

Cada sonido se amplificaba en su cabeza: el crujido del edificio, el viento colándose entre las ruinas, un disparo lejano que hizo vibrar el aire…

Cuando ya había perdido la noción del tiempo, llamaron a la puerta. El golpe, suave pero inesperado, los hizo sobresaltarse a ambos.

Emma miró a Tom. Él asintió despacio, se acercó con cautela y abrió apenas una rendija.

—Tranquilos —susurró Khalid—. Soy yo.

El alivio fue inmediato.

Khalid entró deprisa, cerrando tras de sí, como si la noche pudiera colarse dentro. Tenía las facciones tensas y los hombros rígidos.

—Han estado moviéndose por el barrio —explicó en voz baja mientras se dirigía al comedor, cerca de la lámpara de gas.

—¿Quién? —preguntó Tom

Él negó con la cabeza.

—No lo sé, no sé de qué bando están, no los conozco a todos —respondió con sinceridad—. Pero aquí todos miran, aunque no hablen.

Emma tragó saliva.

—¿Seguimos adelante? —preguntó Emma—. ¿Cómo lo ves?

Khalid la miró pensativo durante tres largos segundos.

—Mañana al amanecer lo sabré. Si digo que sí… será rápido. Si digo que no, os iréis sin discutir. Debéis tenerlo todo preparado, tanto para una cosa como para la otra.

Tom y Emma asintieron a la vez.

Khalid dejó otra bolsa en el suelo y se dirigió de nuevo a la puerta sin perder el tiempo.

—Descansad lo que podáis.

Cuando se fue, la casa volvió a quedar en silencio. Ya no era una calma engañosa: era una advertencia.

Tom se movió lentamente y se acercó a la cámara que tenía cargando por si al día siguiente podía realizarse la entrevista. Miró a

Emma unos segundos hasta que le indicó con una voz tranquila que se acostase de nuevo.

—Ve, descansa. En dos horas cambiamos —dijo mirando el reloj.

Ella observó también su reloj de muñeca y asintió.

Se tumbó sobre el colchón sin poder conciliar el sueño.

Tenía los ojos fijos en el techo agrietado, siguiendo con la mirada una línea irregular que parecía partir la habitación en dos, como si incluso las paredes estuvieran cansadas de sostener tanto peso.

No había llegado hasta allí, no tan lejos, no a través de tantos vuelos, controles, mentiras y miedo, para aceptar un "no" al amanecer. La entrevista no era solo una historia más, era la razón por la que estaba en Siria, por la que había aceptado cada riesgo con una serenidad que ahora le parecía temeraria.

Se permitió imaginarlo: unos pocos minutos de conversación, preguntas claras, respuestas directas. Luego el regreso a Jordania en avión y después hasta Nueva York, hasta su casa. La gran manzana era distinta a todo aquello: el ruido constante de la ciudad, la seguridad fingida de una vida normal.

Si al amanecer Khalid decía que no, sería porque el peligro ya estaría demasiado cerca, porque seguramente alguien habría visto demasiado o preguntado. Entonces no habría margen para dudas ni negociaciones. Tendrían que marcharse de inmediato, cambiar de lugar, desaparecer antes de que Alepo decidiera que no los quería allí.

Eso era lo que más la inquietaba, que los periodistas no eran bienvenidos cuando las historias dolían. Allí no había neutralidad posible. Una cámara, un cuaderno o una grabadora eran armas a los ojos equivocados.

Emma sabía que, si Khalid cancelaba, no sería por prudencia exagerada, sino porque quedarse equivaldría a ponerse una diana en la espalda. Y, aun así, la idea de marcharse sin contar nada le oprimía el pecho.

¿Hasta qué punto merecía la pena arriesgar la vida? La pregunta le atravesó la mente con una claridad incómoda. Pensó en su familia, en la distancia absurda entre Alepo y todo lo que amaba. Pensó en Tom, vigilando a pocos metros y, luego, pensó en las calles que

había visto desde el coche, en las miradas apagadas, en los edificios abiertos como heridas. El mundo no veía aquello o, peor aún, lo veía y miraba hacia otro lado.

Emma cerró los ojos y respiró hondo. Tal vez ese fuera el verdadero motivo por el que seguía allí. Porque alguien tenía que contar lo que estaba ocurriendo, aunque doliera, aunque asustara, porque aquellas personas no podían marcharse cuando la historia se volvía peligrosa, era su hogar y, si ella tenía la oportunidad de darles voz, aunque fuera por un instante, entonces quizá el riesgo tenía sentido, aunque, al amanecer, una sola palabra de Khalid pudiera cambiarlo todo.

Y, aun con ese convencimiento latiéndole en el pecho, Emma supo que debía aceptar cualquier decisión que no fuera la suya. En Siria, la valentía no consistía en quedarse a cualquier precio, sino en saber cuándo marcharse para seguir viviendo.

Si Khalid decía que no, guardaría el cuaderno sin protestar, apagaría la cámara y saldría de aquella casa sin mirar atrás, porque sobrevivir también era una forma de responsabilidad. Pero mientras la noche siguiera sosteniéndose sobre ese frágil silencio, se aferraría a la esperanza de que el amanecer le concediera unas horas más… las suficientes para hacer la pregunta correcta y escuchar una verdad que el mundo aún no quería oír.



3

Khalid entró en la vivienda con prisa, cerrando la puerta tras de sí con un movimiento seco. No se quitó la chaqueta, no miró alrededor, fue directo hacia ellos.

Emma y Tom ya estaban en pie, mochilas preparadas, cámaras revisadas, cuadernos guardados. No dijeron nada, esperaron ante él a que diese la noticia.

Khalid los observó un segundo, midiendo algo invisible, y entonces habló con voz baja y firme.

—Se hará. —Emma sintió cómo el aire regresaba a sus pulmones y miró a Tom con una medio sonrisa mientras ambos asentían—. Pero no como pensáis —continuó Khalid—. Escuchad bien. No lo repetiré.

Tom asintió, apretando la cámara contra el pecho mientras ella cargaba ya la mochila a la espalda para darse prisa.

—Dinos cómo —dijo Tom expectante.

Khalid señaló primero a Emma.

—Tú no preguntas nada hasta que él hable primero o diga que está dispuesto. Nada de improvisar. Nada de repreguntas emocionales.

—¿Y si dice algo clave? —preguntó Emma, conteniéndose.

—Lo dirá —respondió Khalid—. Y cuando lo haga, tú escuchas. Tomas nota. No interrumpes.

Luego miró a Tom.

—Tú grabas solo audio. Nada de imagen. La cámara apagada hasta que yo lo diga o él te lo permita. Si la enciendes antes, nos vamos.

Tom tragó saliva.

—Entendido.

—No iremos directamente —continuó Khalid—. Cambiaremos de coche. Luego caminaremos. Si alguien se detiene, seguimos andando. Si alguien corre, nos separamos.

Emma frunció el ceño.

—¿Separarnos?

—Sí —dijo Khalid sin rodeos—. Si pasa algo, no intentéis ayudaros. Sobrevivir primero. Reunirse después.

El silencio se volvió espeso.

—La entrevista durará diez minutos —añadió—. No más. Cuando yo diga "basta", es basta. Aunque esté hablando.

—¿Y después? —preguntó Tom.

—Después desaparecemos —respondió Khalid—. Cada uno por su lado. Esta casa deja de ser segura en cuanto salgamos.

Tom enarcó una ceja y elevó una mano.

—Espera, ¿cómo que cada uno por su lado?

—Después de la entrevista no volvemos juntos —dijo sin rodeos —. Ninguno de los tres.

Emma frunció el ceño.

—¿Te refieres a nosotros dos… o a los tres?

—A los tres —respondió Khalid, mirándolos alternativamente—. Si salimos de la entrevista juntos, nos recuerdan juntos. Y aquí que te recuerden es el principio del final.

Tom apretó la correa de la cámara.

—Pero… ¿y la casa?

Khalid negó despacio.

—Esta casa deja de existir en cuanto salgamos por esa puerta. No volvéis aquí hoy. Iremos a otro sitio después de la entrevista.

Emma sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

—Entonces, ¿cómo salimos de allí?

—Por separado —repitió Khalid—. Con minutos de diferencia. Por rutas distintas. Sin miraros. Sin esperaros. —Señaló primero a Emma

—. Tú sales con una mujer. Parecerás una más. Cabeza gacha. Sin hablar. Si alguien te sigue, no corras. Sigues andando. —Luego miró a Tom—. Tú esperas. Sales después. Tomas otra calle. Si te detienen, eres un turista perdido. Nada de periodistas. Nada de cámaras.

—¿Y tú? —preguntó Tom.

Khalid esbozó una sonrisa desprovista de humor.

—Yo no existo durante unas horas. —Hizo una pausa, dejando que el peso de sus palabras se asentara—. Si uno cae, los otros tienen que seguir. Si uno es seguido, los otros deben desaparecer. No intentéis ayudaros. No miréis atrás. Sobrevivir primero. Reunirse después… si se puede.

Emma tragó saliva.

—¿Y si algo sale mal?

Khalid sostuvo su mirada.

—Aquí algo siempre sale mal. La diferencia es cuántos lo pagan.

Se giró hacia la puerta, preparándose para salir.

—Confiad en mí y haced exactamente lo que os diga. Hoy no se trata de valentía, se trata de no morir por una mala decisión. —Señaló a las mochilas y las maletas—. Cada uno con su mochila. Preparaos —ordenó.

El silencio que quedó tras sus palabras fue denso, definitivo. Emma y Tom asintieron al mismo tiempo, conscientes de que aquel plan no era una opción: era la única manera de salir con vida. Tom se puso la mochila en la espalda y cogió la otra mochila con la mano donde llevaba la cámara.

Emma sostuvo su mirada.

—¿Nos han visto?

Khalid no respondió de inmediato.

—Digamos que Alepo recuerda rápido a los extranjeros.

Se giró hacia la puerta y la abrió apenas un poco.

—Si salimos ahora, llegamos antes de que el barrio despierte del todo. Si no salimos ahora… no salimos.

Emma cerró el cuaderno y lo guardó en la mochila, colocándosela de nuevo a su espalda.

—Estamos listos —dijo Tom.

Khalid asintió una sola vez.

—Entonces venid. Y recordad algo —dijo mirándolos por última vez—, hoy no venís a contar una historia. Hoy venís a escuchar una verdad. Y aquí… la verdad siempre se cobra su precio. —Los miró a los dos seriamente, consciente de que no solo se jugaban la vida ellos, sino él mismo—. Tened esto en cuenta y no lo olvidéis. —Señaló a Emma—. Eres periodista y por lo tanto un objetivo. —Señaló a Tom—. Eres cámara y por lo tanto un objetivo—. Luego se señaló a sí mismo—. Doble objetivo: colaborador para unos y traidor para otros. Tengo familia —reconoció—. Haced lo que os digo sin titubear. —Los dos volvieron a asentir—. Aún no ha amanecido. Esperad en la puerta hasta que os dé la señal.

Khalid fue el primero en moverse. Salió fuera, entornó la puerta y se perdió en la penumbra del callejón.

Tom lo observó desde la rendija de la puerta, respirando despacio, sintiendo cómo el corazón le latía en la garganta. Cada sombra parecía más densa, más amenazante que la anterior.

Emma se encontraba tras él, a su espalda, esperando a que recibiesen la orden.

Cada músculo de su cuerpo temblaba con una mezcla de frío y adrenalina. Podía escuchar su propio corazón golpeando con fuerza en los oídos, casi eclipsando los ruidos de la ciudad. Cada sonido parecía amplificado, cada sombra que se movía se volvía una amenaza, y no podía evitar pensar que un solo paso en falso los convertiría en un blanco fácil.

Tom estaba a su lado, con la cámara colgando del hombro, los dedos tensos sobre la correa y mirando por la rendija de la puerta. No decía nada, pero Emma podía sentir su inquietud, el leve temblor en su respiración. Miraba por la rendija, intentando calcular distancias, reconocer obstáculos y anticipar peligros. Y mientras tanto, el miedo crecía, silencioso pero implacable, recordándoles que Alepo no perdonaba la curiosidad ni la imprudencia.

Tom se giró un segundo hacia ella y la observó. Permanecía totalmente tensa y su respiración era acelerada, clavando la mirada al suelo.

—Todo saldrá bien —susurró intentando calmarla.

Emma alzó su mirada y se fijó en sus ojos marrón verdoso. No pronunció palabra, solo asintió intentando convencerse a sí misma.

Tom volvió a mirar al frente e inspiró hondo. Emma detectó por aquella respiración que el momento había llegado.

—Vamos —susurró Tom apoyando la mano en su hombro—. Paso lento, tranquila —recordó.

Emma asintió y dio el primer paso fuera de la casa. El suelo estaba cubierto de polvo y escombros, cada piedra suelta crujía bajo sus botas. Se obligó a no mirar hacia arriba ni hacia los edificios cercanos. Cada ventana, cada balcón roto, podía esconder ojos. Cada callejón podía ser una trampa mortal.

Khalid apareció unos metros más adelante, inclinado junto a un muro en ruinas, haciendo un gesto para que lo siguieran. Avanzaron en silencio, cada uno con la sensación de que el aire mismo podía delatarlos. Ni una palabra, ni un respiro más fuerte de lo necesario. La ciudad estaba viva, respirando entre ruinas y polvo, y ellos eran apenas una nota al margen de su ruido.

Incluso en la oscuridad que precedía al amanecer se sentían observados a cada paso que daban.

Llegaron al primer punto acordado, un pequeño patio semicubierto donde las sombras se mezclaban con la oscuridad y Khalid señaló hacia una esquina del callejón.

—El coche está allí. Esperad, no os mováis hasta que os lo indique.

Emma se agazapó junto a Tom mientras Khalid inspeccionaba la ruta. Podía sentir cómo sus músculos se tensaban, listos para correr o caer al suelo en cualquier momento. Cada paso que faltaba hasta el coche era un desafío a la paciencia, a la concentración.

Finalmente, Khalid levantó la mano y señaló con un movimiento rápido.

—Ahora. Despacio. Manteneos pegados a las sombras.

Caminaron con cuidado, evitando los charcos y los escombros y llegaron al coche.

Era un vehículo viejo, discreto, pintado de un gris apagado que casi se confundía con el polvo de las calles.

Khalid abrió la puerta trasera para Emma y le indicó que entrara primero, luego Tom. Por último, él se sentó al volante, revisando los espejos con precisión militar.

—Bien —dijo Khalid mientras arrancaba el motor—. Esto es solo el primer tramo. Nada de hablar. Nada de mirar por las ventanillas.

Emma respiró hondo y apoyó la cabeza contra el asiento.

Khalid conducía despacio, con los ojos fijos en las calles destruidas que se extendían ante ellos. El motor del coche rugía como un animal herido entre edificios a medio derruir. Emma se recostó un poco más contra el asiento, la mochila apretada al pecho, mientras Tom revisaba la cámara una vez más, aunque sabía que no la usaría hasta que Khalid lo indicara.

—Vamos al norte del centro histórico —explicó Khalid finalmente, rompiendo el silencio—. Un barrio medio abandonado. No hay coches circulando ni comercios abiertos, pero está controlado por una milicia local moderada, no extremista.

Emma frunció el ceño.

—Moderada o no, ¿significa que nos pueden reconocer?

—Sí —respondió Khalid con firmeza—. Es más peligroso que aquí donde tenéis la casa segura. Allí la zona es visible desde otros bandos. Cualquier movimiento equivocado y podríais llamar la atención de los que no quieren que esta entrevista ocurra.

Tom giró la cabeza hacia ella y, sin palabras, tomó su mano entre las suyas.

—Tranquila —susurró—. Estoy aquí.

Emma apretó los dedos contra los suyos, dejando que ese suave contacto la calmara un poco, aunque el miedo seguía ardiendo bajo la piel de ambos.

—Recordad lo que os he pedido —continuó Khalid con sus ojos fijándose en la carretera llena de polvo, como si pudiera leer la ruta y los peligros al mismo tiempo—. Nada de improvisar. Nada de emociones visibles. Escuchad, tomad nota y no hagáis preguntas que no estén previstas. Si algo cambia, yo os avisaré.

—¿Quién es? —preguntó Emma, con apenas un hilo de voz.

—Se llama Faris al-Salim —dijo Khalid, dejando que el nombre flotara en el aire entre ellos—. Es quien ha accedido a hablar con

vosotros. Con él trataremos la entrevista.

Tom asintió, apretando un poco más su mano.

—Recordaremos todo lo que nos has dicho.

—Bien —dijo Khalid—. Y escuchad, no es solo un nombre. Es información que puede cambiarlo todo si cae en manos equivocadas. Cada palabra, cada gesto, cada minuto cuenta. Su nombre no se lo diréis a nadie, mantendrá en todo momento el anonimato.

Emma asintió lentamente, tragando saliva.

—Lo entiendo.

—Eso espero —dijo Khalid—. Y recordad: ningún ruido, ninguna ventana, ningún paso en falso. Este barrio no es como el lugar donde estábamos.

El vehículo avanzaba despacio entre calles semidestruidas y el polvo se levantaba como una cortina que los hacía invisibles y visibles al mismo tiempo. Cada esquina era un obstáculo, cada edificio derruido, una posible trampa. Khalid conducía con la precisión de quien ha recorrido esas rutas mil veces, pero su rostro seguía serio, concentrado.

Emma rompió el silencio, su voz apenas fue un susurro sobre el rugido del motor.

—Khalid… ¿dónde exactamente se realizará la entrevista? —Sus ojos se clavaron en él, buscando una respuesta que les permitiera calcular riesgos.

Khalid no apartó la vista de la calle, pero el gesto de su mandíbula les indicó que pensaba en cada detalle.

—En un edificio alto, casi en ruinas, con pocas ventanas visibles. Un antiguo taller que ahora sirve como vivienda temporal para quienes confían en Faris. No os preocupéis por entrar, pero nada de asomaros. Nada de llamar la atención.

Tom la miró por el rabillo del ojo, apretando su mano un poco más.

—¿Y cuánto queda? —preguntó él, intentando sonar tranquilo, aunque su voz le traicionaba por la tensión del momento.

—Un par de kilómetros, tal vez menos —dijo Khalid—. Pero no es la distancia lo que cuenta. Es la visibilidad. Desde ciertas alturas,

otros bandos podrían veros. Por eso la última parte la haremos a pie y en silencio.

Emma respiró hondo, dejando que la mano de Tom le transmitiera un poco de calma.

—Entonces, primero en coche, luego caminando, sin hacer ruido, y lejos de las ventanas —resumió, casi para sí misma.

—Exacto —confirmó Khalid—. Recordad lo que os pedí: escuchad, no preguntéis más de lo acordado y observad. Faris es importante, pero la seguridad de todos depende de que se cumplan estas reglas.

Tom apretó suavemente la mano de Emma, acercando su hombro al suyo.

—Vamos a salir de esta juntos —susurró.

—Lo sé —dijo ella tragando saliva—. Solo… que no quiero que nada salga mal antes siquiera de hablar con él.

Khalid los miró por el retrovisor, sin responder de inmediato.

—Cada paso que deis aquí es medido. Cada sombra puede ser un enemigo. La entrevista será breve, pero todo lo que hagáis antes y después decidirá si volvéis con vida. No lo olvidéis.

Emma asintió, dejando que el miedo se mezclara con la determinación. Ya no había vuelta atrás. Cada segundo que los acercaba al edificio medio abandonado era un recordatorio de que Alepo no perdonaba, y que la historia que buscaban escuchar estaba a solo unos pasos de la zona de peligro más absoluto.

Khalid detuvo el vehículo en la esquina de un callejón polvoriento, donde los edificios semiderruidos formaban un laberinto de sombras alargadas.

—Aquí es —susurró, casi sin mover los labios—. Caminad pegados a las paredes, sin prisa y sin ruido.

Emma tomó la mano de Tom un instante, solo para aferrarse a algo estable, y luego ambos bajaron del coche con cuidado. Cada paso crujía sobre los escombros, cada piedra suelta parecía gritar su presencia. A su alrededor, la ciudad seguía viva: el murmullo de una conversación lejana, un perro que ladró en un patio vacío, un trozo de metal cayendo de un balcón. Todo amplificado por el miedo.

—No os acerquéis demasiado a las ventanas —advirtió Khalid—. No importa lo que veáis, no hagáis contacto visual. La zona está controlada por la milicia moderada, pero hay otros ojos. Siempre hay otros ojos.

Emma asintió tragando saliva. Cada sombra se alargaba como una amenaza, cada callejón parecía un túnel sin salida. Tom se mantuvo a su lado, su mano apretando la de ella, su hombro ofreciendo un refugio silencioso. Ella podía sentir cómo su propia respiración se aceleraba, cómo el miedo se mezclaba con la determinación: estaba tan cerca de la historia que había venido a buscar y al mismo tiempo tan lejos de cualquier seguridad.

—El edificio está al final de esta calle —continuó Khalid—. Un taller alto, en ruinas, casi invisible desde la calle principal. La entrada es discreta. Faris os esperará allí. No os adelantéis. No os distraigáis.

Emma y Tom caminaron en silencio mirando de reojo alrededor.

Las paredes chamuscadas, los balcones rotos y los cristales dispersos les recordaban que cualquier error podía ser fatal. El aire olía a polvo y metal, a humo antiguo, y cada sonido era amplificado por la ansiedad.

Cuando llegaron al edificio, Khalid se detuvo junto a la puerta, inspeccionando los alrededores con ojos que parecían ver más allá de lo visible.

—Aquí termina vuestro trayecto a pie —dijo con voz baja—. Entrad despacio. Nada de mirar alrededor.

Emma respiró hondo.

Sabía que, en ese momento, cada movimiento, cada decisión, cada instante de silencio era más importante que cualquier palabra que pudiera decir después. Tom le lanzó una mirada rápida y ella le correspondió con un gesto mínimo: juntos, pero conscientes de que allí fuera, en esas calles medio desiertas y controladas, la ciudad no perdonaba.

Khalid abrió la puerta con cuidado y los dejó entrar primero.

—Dentro no hay ventanas visibles —advirtió—. Faris está esperando.

Emma cruzó el umbral y, por un instante, el miedo se mezcló con una extraña sensación de alivio: estaban dentro, protegidos por

unos muros que no podían ver desde fuera, pero todavía no a salvo del todo. La entrevista estaba a solo minutos de distancia y, con ella, la verdad que podía cambiarlo todo.

El interior del edificio estaba en penumbra, con vigas que crujían bajo el peso de años de abandono y polvo suspendido en el aire que parecía ralentizar cada respiración. Emma y Tom entraron primero, sus pasos fueron amortiguados por escombros y tablones sueltos. No había ventanas visibles, solo un corredor angosto que se abría a una sala amplia donde un silencio expectante los envolvía.

—Quietos —susurró Khalid desde la puerta—. No hagáis nada hasta que él llegue.

Emma dejó la mochila en el suelo y se frotó las manos, sintiendo cómo la ansiedad se mezclaba con un hormigueo en los dedos.

Tom colocó la cámara en modo *standby*, aunque no la encendería hasta que Khalid o Faris lo indicasen.

—Va a llegar pronto —susurró Khalid—. Recordad todo lo que os he pedido. Escuchad, anotad, nada de improvisar.

Emma asintió tragando saliva mientras Tom le tomaba la mano de nuevo, solo un gesto para transmitir calma en medio de aquel silencio que parecía absorberlos.

Un golpe seco resonó en la puerta del fondo. Khalid levantó la mano y señaló.

—Él —dijo, con un hilo de tensión que cortaba el aire.

Faris apareció, alto y delgado, con una mirada que mezclaba cansancio y alerta. Sus ojos se movieron rápido por la sala, evaluando cada sombra, cada rincón y, finalmente, fijándose en Emma y Tom. Un gesto apenas perceptible les indicó que se acercaran. Cada paso que Faris daba hacía que Emma contuviera el aliento, no era solo la entrevista lo que temía, era todo lo que podía suceder en esos minutos.

—Buenas —dijo Faris en voz baja, apenas un murmullo, pero suficiente para que la sala vibrara con la tensión contenida—. Gracias por venir.

—Gracias por concedernos la entrevista —respondió ella con una medio sonrisa, intentando aparentar tranquilidad.

Faris los señaló para que lo acompañasen a una mesa donde había unas sillas dispuestas para que estuvieran más cómodos.

Se sentaron alrededor de la mesa y Emma abrió su cuaderno con cuidado mientras Tom encendía discretamente la grabadora de audio, sintiendo cómo el miedo y la concentración se mezclaban en un solo hilo que los sostenía.

Khalid permaneció junto a la puerta, vigilante, recordándoles con la mirada que allí dentro no había margen de error.

Por un instante, todo pareció detenerse: el polvo suspendido, los crujidos del edificio, la respiración contenida. Solo ellos tres y la verdad que estaba a punto de revelarse.

Faris se acomodó en una silla frente a Emma y Tom, manteniendo la mirada fija en ellos. Cada segundo de silencio antes de hablar parecía estirarse, pesado, como si la sala misma contuviera el aliento. La sala estaba bastante a oscuras, dando la impresión desde fuera de que no había nadie en el interior del edificio.

—¿Podemos poner ya la grabadora de audio? —le pidió Tom. Faris asintió—. ¿Y la cámara?

—Entendemos que no quiera salir en las imágenes, pero le prometemos que pixelaremos su rostro y distorsionaremos su voz para que nadie pueda reconocerlo —le prometió Emma.

Faris se quedó unos segundos pensativo y, finalmente, asintió no muy seguro.

—Está bien… —Tom situó rápidamente la cámara sobre la mesa, ajustando algunos parámetros de la imagen—, pero… por favor… —suplicó a Emma—, es importante que no me reconozcan. Tengo familia. Hijos.

Emma tragó saliva y negó con la cabeza.

—Tiene usted mi palabra. Nadie lo reconocerá. Puede confiar en nosotros —dijo con seguridad.

—De acuerdo —respondió finalmente.

—Listo —pronunció Tom cuando tuvo la grabadora de voz y la cámara de vídeo preparadas.

Emma abrió su cuaderno y miró las preguntas.

—No sé por dónde empezar —dijo Emma—. Queremos entender qué está pasando en Alepo… qué pasa con la gente.

Faris respiró hondo, con un suspiro que parecía cargar años de cansancio.

—La ciudad no es solo ruinas —dijo—. Es un tablero de mentiras y traiciones. Nos dicen que hay bandos moderados y extremos… pero los extremos se visten de moderados cuando les conviene.

Tom se aseguró de que ambas grabadoras funcionasen conteniendo la respiración.

—¿Puedes dar un ejemplo concreto? —preguntó Emma, con voz firme pero baja.

Faris cerró los ojos un momento.

—Hace dos semanas —dijo—, un convoy humanitario que traía comida y medicinas fue atacado. No por un error. Fue planeado —dijo apretando su mandíbula—. Por un grupo que todos llaman aliado. Mataron a más de treinta civiles, incluyendo niños.

Emma sintió cómo se le tensaba todo el cuerpo.

—¿Aliado? —susurró—, ¿a quién llama aliado?

—A los que se supone que controlan este barrio —respondió Faris—. Los mismos que dicen proteger a la población, pero usan a los civiles como escudos. A veces, los matan para enviar mensajes a otros bandos.

Tom entornó los ojos, apuntando mentalmente todo, cada palabra y cada pausa.

—Esto… esto es lo que nadie quiere que se sepa —respondió Emma con un hilo de voz.

Faris la miró directamente, con intensidad.

—Exacto. Y no es solo en Alepo. Lo hacen en otros barrios, otras ciudades. Traición, mentiras, muerte… los civiles no son números, pero así los tratan. Y si esto se supiera fuera… si alguien se atreviera a contarlo, cambiaría la percepción de todos los bandos.

Emma tragó saliva, sintiendo que la habitación se hacía más pequeña, más pesada.

—Tenemos que asegurarnos de registrar todo —dijo Tom—. Esto… esto es la verdad que el mundo debe escuchar.

Faris asintió, con la mirada fija, y sus palabras resonaron en la sala como un eco que se negaba a desaparecer.

—La verdad tiene un precio. Y aquí cada palabra puede costarnos la vida. Nadie se atreve a hablar, a protestar, porque si no… acaban con tu vida.

Faris levantó la mirada, la fijó en Emma y, por un instante, el silencio llenó la sala. Todo el polvo suspendido parecía sostenerse en el aire, atrapando cada respiración.

—¿Cuál es tu papel exactamente? ¿Qué haces en medio de todo esto?

Faris la miró directamente, con sus ojos oscuros reflejando años de cansancio y alerta constante.

—Mi trabajo —dijo despacio—, es proteger a los que todavía pueden moverse sin ser destruidos. Coordino la información, aseguro rutas, intento que la gente reciba comida, medicinas… lo que se pueda. Y cuando alguien traiciona, cuando los supuestos aliados matan a civiles para enviar un mensaje, entonces también combatimos.

Tom miró de reojo a Emma. Aquel hombre afirmaba que quienes se hacían llamar aliados para salvar al pueblo eran los primeros en exterminarlo. Todo aquello era una ilusión montada para Occidente, la realidad era otra muy distinta.

—¿Cómo combatís contra esos aliados que atacan a los civiles? —preguntó Emma, conteniendo la urgencia de su curiosidad—. ¿Tenéis la capacidad de enfrentarlos?

Faris suspiró, ladeando la cabeza como si el peso del mundo cayera sobre sus hombros por un instante.

—Combatimos con estrategia, no con fuerza bruta —dijo—. Evitamos enfrentamientos directos siempre que podemos, porque cada combate es un riesgo para los civiles. Vigilamos, interceptamos, aislamos a los culpables cuando es posible… pero nada es limpio, nada es seguro. Cada acción tiene consecuencias. Cada decisión, incluso la más trivial, puede costar vidas.

Emma miró a Faris tratando de medir cada palabra antes de formular la siguiente pregunta.

—Esos supuestos aliados… ¿están armados? ¿Llevan armas de verdad?

Faris apretó los labios y asintió con gravedad.

—Sí —dijo con voz baja pero firme—. Armas de fuego, explosivos improvisados… cualquier cosa que puedan usar para intimidar, matar o enviar un mensaje.

Tom intercambió una mirada con Emma, casi imperceptible, y ella continuó, con el cuaderno apoyado sobre la mesa.

—Y vosotros, los civiles, ¿contáis con armas para defenderos?

—No —dijo de manera tajante—. Ningún civil aquí tiene armas que realmente marquen la diferencia contra ellos. No es solo disparar, es estrategia, conocimiento del terreno, apoyo de la comunidad… —Emma tragó saliva, apretando los dedos contra el cuaderno—. Estamos totalmente a su merced y, si intentamos huir… —dejó la frase sin acabar. Farid agachó la cabeza como si no pudiese acabar aquella frase, intentando contener sus emociones—. Nosotros, los civiles, no vivimos… sobrevivimos. Por mucho que digan que los aliados nos ayudan, eso es falso.

Emma levantó la vista con los ojos fijos en Faris, sintiendo que cada palabra que dijera podía ser crucial. Su voz tembló, pero llevaba una fuerza que no podía ocultar.

—Tienes la oportunidad de que te escuchen. Que alguien allá fuera, en gobiernos, ONG's, organizaciones humanitarias… realmente escuche lo que ocurre aquí. Por favor… haz una petición. Que sepan lo que está pasando. Que sepan la verdad y la realidad que sufren los civiles aquí.

Faris cerró los ojos un momento, como si tratara de digerir la magnitud de lo que le pedían.

—¿Escuchar…? —murmuró—. ¿Sabes cuántas veces he gritado al viento, a los muros, a los que dicen protegernos, y nadie ha hecho nada? Cada niño que he visto morir, cada madre que ha perdido a su hijo… cada uno de ellos me ha preguntado lo mismo: ¿alguien nos escuchará? —Emma tragó saliva, sintiendo que su pecho se apretaba—. Si hablo… —continuó Faris, con los ojos llenos de una tristeza contenida—, si alguien allá fuera escucha, tal vez, solo tal vez, algunas vidas puedan salvarse. Pero no será suficiente, porque

mientras hablen y con su burocracia intenten llegar a acuerdos, otros morirán. Y aun así… si puedo hacer que una sola voz tenga esperanza, entonces habré hecho algo. No mucho… pero algo. —Tom dejó escapar un suspiro silencioso, apoyando la mano sobre la de Emma, mientras ella sentía cómo un nudo en la garganta le impedía hablar. —Quiero que sepan… —dijo Faris, bajando la mirada, pero con la voz firme—, que cada palabra, cada cifra, cada historia es un rostro. Cada vida arrancada no es un número, es un grito. Y si alguien allá fuera lo escucha… si alguien comprende el precio de su silencio… tal vez, solo tal vez, merezca la pena seguir luchando. —Faris respiró hondo. Sus ojos oscuros se humedecieron y su voz tembló, cargada de todo el dolor que había acumulado durante años —. Estoy cansado… cansado de ver morir a mi gente —dijo con la voz rota por la emoción—. Gente buena… hombres, mujeres… niños… tantos niños… ¿Cuántos más deben morir para que alguien allá fuera haga algo? —Emma contuvo la respiración, incapaz de mirar hacia otro lado—. Esta es una nación entera, una población que grita, que llora a sus muertos cada día —continuó, y cada palabra parecía desgarrar el aire—. No son cifras. No son estadísticas en un informe. Son personas que aman, que sienten, que ríen… y que desaparecen de un día para otro sin que nadie los escuche. —Su mirada se clavó en Emma, buscando un reflejo de comprensión, y su voz se rompió aún más—. Por favor… —suplicó sin contener ya las lágrimas—. Escuchadnos. Escuchadnos de verdad. Que nadie, ningún niño, ninguna madre, ningún padre… tenga que morir así nunca más. Que alguien allá fuera sienta este dolor, este llanto, esta desesperación, esta súplica. Que alguien haga algo. —Tom tragó saliva con los ojos brillantes y Emma apenas podía sostener su cuaderno. Cada palabra de Faris se les grababa en la piel, como una marca indeleble de la injusticia y la crueldad que ellos habían venido a documentar—. El mundo tiene que saber —susurró Faris, inclinándose un poco hacia adelante—. Cada vida arrebatada, cada lágrima derramada… nadie merece esto. Nadie. Y si vosotros podéis llevar esta voz más allá de estas fronteras, hacedlo. Por favor… haced que nos escuchen.

Emma asintió con los ojos húmedos, sintiendo cómo el peso de la verdad de Faris la atravesaba por completo. No era solo una historia, no era solo un reportaje. Era un grito desgarrador que debía ser escuchado, porque lo que estaba sucediendo allí no debía continuar.

Aquello era un llamado desesperado al mundo, una verdad que dolía, pero que merecía ser contada.

—Lo haremos —susurró ella—. No dejaremos que nadie ignore esto.

Faris levantó los ojos, apenas un destello de esperanza cruzando su rostro fatigado.

—Gracias… eso es todo lo que podemos pedir. Que alguien escuche y nos ofrezca su ayuda.

Aquella última parte de la entrevista la había conmocionado de tal forma que la había dejado sin palabras. Inspiró hondo y miró de reojo a Tom que parecía igual de afectado que ella por lo que Faris había narrado. No eran solo aquellas palabras, era haber experimentado el miedo de estar allí, ver aquellas ciudades destruidas… nadie se merecía vivir así en pleno siglo veintiuno.

Eso era lo único que necesitaban para la entrevista, lo que habían venido buscando, un grito de ayuda para esa población.

Faris hizo un gesto casi imperceptible con la cabeza a Tom para que apagase la cámara y la grabadora. El clic silencioso de los equipos se cerró al mundo exterior y en la habitación solo quedaron ellos tres, suspendidos en un instante que parecía eterno.

—Gracias… gracias por confiar en nosotros, Faris —susurró Emma con la voz quebrada y los ojos llenos de lágrimas, extendiendo la mano hacia él como si pudiera sostener también su dolor. Faris la tomó y sus dedos se entrelazaron con los de ella con una fuerza que contenía años de miedo, sufrimiento y esperanza perdida. Faris no pudo evitar que un sollozo temblara en su garganta y resbalara por sus mejillas—. Te prometo… —continuó Emma con voz temblorosa mientras sentía el calor de su mano que le quemaba el corazón—, que tus palabras no se perderán en el olvido, que resonarán por todo el mundo, que nadie podrá ignorar lo que nos has mostrado…, y que nadie olvidará a los que han caído.

Por un instante no hubo palabras, solo silencio compartido y un nudo en la garganta que los unía. Cada respiración era pesada, cada lágrima, un recordatorio de la injusticia que los rodeaba. Y en ese abrazo de miradas y manos entrelazadas, Emma comprendió que estaban sosteniendo algo mucho más grande que ellos mismos: la verdad, dolorosa y urgente, que debía ser escuchada.

Aquel momento fue interrumpido por Khalid que se acercó.

—Hay que marcharse ya —exigió con urgencia.

Emma y Tom se pusieron en pie al instante. La adrenalina recorría sus cuerpos, mezclándose con el cansancio y la emoción de la entrevista. Tom se adelantó un paso y extendió la mano hacia Faris.

—Gracias… de verdad, Faris —dijo con la voz cargada de emoción—. Llevaremos tus palabras por todo el mundo. Lo prometo.

Faris le estrechó la mano con firmeza, un gesto lleno de gratitud y de dolor contenido. Sus ojos oscuros reflejaban años de miedo y sacrificio, y un hilo de lágrimas brillaba en sus pestañas. Luego asintió y se dio la vuelta, desapareciendo entre las sombras del edificio, dejando atrás un silencio pesado que parecía llenarlo todo.

Mientras Emma guardaba el cuaderno con cuidado en su mochila, Tom sacó dos tarjetas de memoria de la cámara de vídeo profesional y le entregó una a ella.

—Mejor que cada uno lleve una —dijo con voz baja pero segura —. Así, si uno de nosotros cae… el otro tendrá la copia. Lo que hemos grabado no puede perderse.

Emma lo miró, sorprendida, asintiendo lentamente y comprendiendo la gravedad de cada palabra. Sujetó la tarjeta como un tesoro y la guardó en su pequeño bolsillo de la camisa.

Sus ojos volvieron a la puerta por donde Faris había desaparecido.

El corazón le dolía al pensar en todo lo que aquel hombre y su gente habían sufrido, en cada rostro que jamás conocería, en cada lágrima que quedaría invisible para el mundo.

Y, sin embargo, por primera vez en días, sintió una mezcla de alivio y propósito. Tenía la oportunidad de dar voz a quienes no podían hablar, de hacer que todo ese dolor llegara a todos los

rincones del mundo. Todo lo que había pasado hasta ahora… cada miedo, cada paso por calles destruidas, cada segundo de silencio y tensión… había valido la pena.

Un toque en el hombro la sacó de sus pensamientos. Khalid estaba allí, visiblemente nervioso, mirando hacia la puerta con prisa contenida.

—Vamos —dijo firme—. Tenemos que irnos ya. No podemos quedarnos un segundo más.

Emma respiró hondo, cerró la mochila y asintió.

Tom le tomó la mano y juntos siguieron a Khalid hacia la salida, mientras cada sombra de la ciudad parecía recordarles que Alepo no perdonaba y que la historia que habían escuchado estaba ahora en sus manos.



4

Salieron del edificio uno a uno. Khalid fue el primero, asomándose apenas por la puerta antes de abrirla del todo. Observó la calle durante unos segundos eternos y, finalmente, les hizo una seña rápida con la mano.

El aire exterior era más frío, más denso, cargado de polvo y de ese olor metálico que parecía incrustado en cada rincón de Alepo. La ciudad estaba inquietantemente silenciosa, como si supiera que algo importante acababa de suceder dentro de aquellas paredes.

—A partir de aquí no iremos juntos —murmuró Khalid sin levantar la voz.

Tom apretó la mano de Emma un segundo más de lo necesario. No era una despedida, pero se parecía demasiado. Emma le sostuvo la mirada, obligándose a memorizar su rostro, como si algo dentro de ella supiera que no volverían a verse hasta que todos estuvieran a salvo… si es que llegaban a estarlo.

—Escuchad bien —añadió Khalid, mirándolos por fin—. Punto B. Una antigua carpintería abandonada, al oeste del barrio. Fachada verde, puerta metálica medio caída. Nadie entra allí desde hace años… por eso es segura. Allí nos reuniremos los tres. —Miró en aquella dirección—. Dos calles recto, giro a la izquierda, luego callejón estrecho —dijo y, acto seguido, miró a Tom—. Si te siguen, no corras. Encuentro en punto B.

Tom asintió, concentrado.

—¿Qué hay dentro?

—Colchones, agua, algo de comida —respondió Khalid—. Solo lo imprescindible. Nada que llame la atención. En dos días, si todo sigue tranquilo, os llevaré al aeropuerto. De noche.

Emma sintió un vuelco en el estómago. Dos días más en Siria. Dos días sobreviviendo a base de sombras y silencios.

—Si algo va mal antes de llegar —continuó Khalid—, no volváis atrás. Nunca. Punto B es la única referencia. Si no llegáis antes del anochecer… no os esperéis.

Ese *"no os esperéis"* cayó como una losa.

—Recuerda —susurró Tom inclinándose hacia Emma—. Dos calles recto, giro a la izquierda, luego callejón estrecho. Si te siguen, no corras. Punto B.

Emma asintió, incapaz de responder con palabras.

Khalid dio un paso atrás y marcó direcciones distintas con gestos secos.

—Tom, tú por allí. Emma, conmigo hasta el cruce donde hay una mujer. Luego cada uno solo.

Avanzaron unos metros juntos. El sonido de sus pasos parecía demasiado alto, como si la ciudad pudiera delatarlos en cualquier momento. Emma notaba el corazón golpeándole con fuerza en el pecho. La tarjeta de memoria estaba en su bolsillo, así que abrochó su pequeño botón. Si necesitaba correr, era posible que se le cayese y no quería perderla.

Al llegar al cruce, Khalid se detuvo.

—Desde aquí —dijo en voz baja—, estáis solos. Caminad como si pertenecierais a este lugar. El miedo se nota.

Emma levantó la vista hacia la mujer que se acercaba. La mujer le entregó un *nicab* y la instó a ponérselo, un velo islámico negro que le cubriría el cabello, casi todo el rostro y parte de los hombros.

—Gracias… gracias por todo —comentó Tom.

—Nos vemos luego —respondió Khalid.

Khalid no sonrió. No había espacio para eso. Solo asintió una vez y se perdió entre las sombras, tan rápido como si nunca hubiera estado allí.

Emma miró a Tom y, sin esperarlo, la mujer tiró de su brazo llevándola por una calle contigua, dejando a Tom solo.

Supuso que debía de sentir miedo, pero no lo aparentaba.

Se miraron unos segundos hasta que, finalmente, Tom respiró hondo y siguió caminando hacia delante, sin mirar atrás.

Emma miró a su lado, a aquella mujer que permanecía a su lado mirando al frente, sin hablar con ella. Al menos, con aquel *nicab* que cubría su cabello, su rostro y sus hombros, no la reconocerían como extranjera.

Cada ventana oscura parecía observarla. Cada esquina escondía un peligro. Llevó la mano hasta el bolsillo sobre su pecho. Sabía que no solo llevaba una entrevista, sino la verdad de una ciudad entera… y que esa verdad podía costarle la vida.

Emma avanzó sin mirar atrás, contando mentalmente cada paso, cada cruce, tal como Khalid les había indicado, mirando de reojo a la mujer que caminaba a su lado, dando a entender a aquellos que podían observarla que era una mujer de la ciudad. Sabía que allí una mujer corría mucho más riesgo que un hombre.

—Dos calles rectas. Giro a la izquierda. El callejón estrecho y la carpintería con fachada verde —repitió para sí misma.

El polvo se levantaba con cada pisada y se le pegaba a la piel, mezclándose con el sudor frío que le recorría la espalda. El silencio no era real, estaba lleno de sonidos lejanos que la hacían temblar.

En el callejón, las paredes se cerraban sobre ella. Había restos de madera, puertas arrancadas y marcos de ventanas rotos apilados contra los muros. Por un momento, pensó que aquel lugar había sido, quizá, un taller similar al que buscaba ahora. Una vida anterior, normal, borrada a golpes de guerra. Apretó la mochila contra el pecho y siguió caminando, obligándose a mantener el paso firme, ni rápido ni lento, y mirando de reojo a aquella mujer que la protegía acompañándola a su lado, como si perteneciese a aquel lugar.

Al salir del callejón, la vio.

La antigua carpintería se alzaba al fondo de la calle, discreta, casi invisible para quien no supiera qué buscar. La fachada verde estaba descascarillada, la pintura levantada en grandes escamas que

dejaban ver el ladrillo desnudo. La puerta metálica colgaba torcida, medio abierta, como si nadie hubiera tenido fuerzas para cerrarla del todo en años. No había señales, ni luces, ni movimiento. Solo abandono.

Emma se detuvo unos segundos antes de cruzar la calle. Miró a un lado y luego al otro, como si fuese a pasar algún vehículo por la zona. Ninguna figura humana, ningún ruido cercano. Aun así, el pulso le martilleaba las sienes cuando se acercó a la puerta, empujándola con la mano. El metal chirrió con un sonido que le pareció ensordecedor.

En ese momento se dio cuenta de que estaba sola. ¿Dónde estaba la mujer?

Se giró totalmente y observó a aquella mujer caminando en dirección contraria, sin esperar siquiera a que ella estuviese dentro de la carpintería. Sintió cómo los ojos se le humedecían.

—Gracias —susurró con sus labios cubiertos por el *nicab* que le había entregado. Aquella mujer no lo escucharía jamás, pero su sola presencia la había protegido para llegar hasta el punto B sana y salva.

Se deslizó al interior y cerró lo justo para que la puerta quedara entornada.

Dentro olía a madera vieja y a humedad. Había virutas en el suelo, herramientas oxidadas colgadas de las paredes y mesas de trabajo cubiertas de polvo. En un rincón distinguió los colchones apilados, varias botellas de agua y dos bolsas con comida, tal y como Khalid había dicho. Todo preparado y esperando para ellos.

Emma apoyó la espalda contra la pared y dejó escapar por fin el aire que llevaba reteniendo desde que había salido del edificio mientras se quitaba el *nicab* de la cabeza. Había llegado al punto B. Estaba a salvo… por ahora.

Mientras se sentaba en uno de los colchones, con la mochila aún colgada del hombro y el corazón latiendo demasiado rápido, supo que aquel lugar no era un refugio. Era solo una pausa. Un paréntesis frágil en mitad de una ciudad que nunca dormía del todo y que podía romper ese silencio en cualquier momento.

Emma se quedó quieta en medio de la carpintería, escuchando. El silencio nunca era completo, estaba lleno de ruidos lejanos que la mantenían en vilo. Una detonación sorda retumbó a kilómetros de distancia, seguida, al poco, por una ráfaga de ametralladora que se deshizo en ecos irregulares.

Cerró los ojos un instante intentando calmarse.

Se sentó despacio en uno de los colchones y apoyó los codos en las rodillas.

¿Dónde estaría Tom? Habían pasado ya varios minutos desde que se habían separado y la carpintería tampoco estaba tan lejos. Cada segundo se le hacía una eternidad. Se sorprendió a sí misma repasando mentalmente el recorrido que él debía haber hecho, imaginándolo girando esquinas, fundiéndose con las sombras. La idea de que lo hubieran visto, de que alguien lo hubiera seguido, le apretó el pecho hasta hacerle daño.

—Tranquila —murmuró para sí misma—. Todo ha salido bien.

Aun así, se levantó y empezó a preparar el pequeño cuarto del fondo, como si el movimiento pudiera calmarle los nervios. Extendió los colchones en el suelo, uno junto al otro, y sacudió las mantas con cuidado. Fuera, otra explosión, más cercana, la hizo detenerse con el corazón desbocado. El miedo no era un golpe seco, era un goteo constante e insistente.

Entonces oyó pasos. No fuera, sino dentro de la carpintería.

Se quedó paralizada, con una manta en las manos, el cuerpo rígido y la respiración entrecortada, como un nudo en la garganta. Los pasos se acercaron despacio, demasiado despacio. Cada uno resonaba como un disparo.

Pensó en la puerta, en si había quedado bien cerrada.

Miró la puerta por la que se accedía a aquel cuarto improvisado donde ella estaba esperando. Debía esconderse tras ella.

Iba a dar un paso hacia ella y, entonces, en el marco de la puerta de la pequeña habitación apareció Tom.

Emma soltó el aire de golpe, como si hubiera estado conteniéndolo desde que salió del edificio donde habían realizado la entrevista. Sin pensarlo, cruzó la distancia que los separaba y lo abrazó con fuerza. Tom la rodeó con los brazos, apoyando la barbilla

en su cabeza y, durante unos segundos, no dijeron nada. No hacía falta. Era un abrazo de alivio, de amistad, de haber sobrevivido un poco más en una ciudad que no daba tregua.

—¿Ha ido todo bien? —preguntó él al fin en un susurro, separándose de ella.

—Sí —respondió ella—. Creo que no me han seguido. ¿Y tú?

—Tampoco —dijo Tom con una breve sonrisa cansada—. He dado un rodeo, por si acaso.

Se quitó la mochila y la dejó en el suelo. Luego fue hasta la entrada principal y cerró la puerta con cuidado, asegurándola todo lo posible.

—Será mejor cubrir las ventanas —añadió él, volviéndose hacia ella—. Cuanta menos luz, mejor.

Emma asintió. Juntos revisaron las bolsas que Khalid les había dejado: mantas, comida enlatada, agua y un pequeño generador. Todo lo necesario para resistir un par de días. Lo justo e imprescindible.

Cuando terminaron, se sentaron en el suelo, apoyados contra la pared, compartiendo el silencio roto solo por los ruidos lejanos de la guerra. Con un poco de suerte, en unos días estarían volviendo a casa, llevando consigo aquel testimonio tan duro y tan necesario.

Pero Alepo no entendía de suerte. Y ambos lo sabían.

La primera noche fue un infierno.

En la carpintería, los sonidos de la guerra no llegaban amortiguados como en la casa segura. Allí eran más nítidos y cercanos. Cada explosión hacía vibrar las paredes, cada ráfaga de ametralladora parecía atravesar la oscuridad y colarse bajo las mantas.

Hicieron turnos de nuevo, pero cuando les tocaba dormir era imposible. Tenían todo el rato el cuerpo rígido y el corazón desbocado, contando segundos entre detonaciones, preguntándose si la siguiente sería demasiado cerca.

Khalid lo había advertido: esa zona era más peligrosa. Ahora lo entendían de verdad.

Al amanecer, con la luz gris filtrándose entre las rendijas que habían cubierto como habían podido, el cansancio pesaba como una losa.

Tom preparó algo de comida en silencio y durante unos minutos casi lograron engañarse pensando que lo peor había pasado. Hasta que Emma lo vio.

—¿Qué es eso? —preguntó poniéndose en pie poco a poco.

Tom la miró sin comprender.

—¿El qué?

Ella se acercó lentamente al cristal de la ventana de la carpintería. Una marca color rojo, como si se tratase de una equis, estaba pintada en este.

Se quedó paralizada, observándola, y se giró hacia Tom.

—¿La habías visto antes?

Tom se levantó poco a poco, con todos los músculos en tensión.

—No… no lo recuerdo —pronunció y tragó saliva.

Los dos lo comprendieron. Podía tratarse de una marca que señalara que estaban allí escondidos.

—No recuerdo si estaba aquí cuando llegamos —pronunció ella también con voz temblorosa.

Ambos se miraron durante unos segundos, con el polvo suspendido en aquel momento en el interior de la carpintería como único espectador.

El miedo los golpeó de lleno.

Se miraron sin hablar, sabiendo que algo no encajaba. ¿Los habían seguido? ¿Alguien sabía que estaban allí?

Emma sintió un frío recorrerle la espalda al pensar en la entrevista, en las tarjetas de memoria, en todo lo que llevaban consigo, en lo que aquello podía significar.

—No podemos arriesgarnos a salir —susurró Tom sin apartar la mirada de aquella marca roja en el cristal.

Emma fue hacia su mochila y sacó el teléfono, pero no había señal. No podían contactar con Khalid. No podían pedir ayuda y salir de la carpintería no era una opción: sin Khalid, se perderían en la ciudad, y si no estaban allí cuando él llegara, no los podría llevar al aeropuerto.

—¿Qué hacemos? —preguntó Tom. Emma apretó los labios con todos sus músculos en tensión y negó con la cabeza. Tom intentó calmar los ánimos—. Puede que ya estuviese —pronunció, aunque estaba claro por su tono de voz que no estaba seguro y que también sentía terror.

Unas voces a los lejos casi los hizo gritar de terror.

Emma se quedó paralizada, pero no Tom que reaccionó de inmediato, la tomó del brazo y la llevó rápidamente a la habitación donde se encontraban los colchones, escondiéndose ambos tras la puerta.

Sus respiraciones se detuvieron cuando escucharon a dos personas pasar frente a la carpintería. Sintió la mano de Tom tomando la suya. Intentaba darle el valor suficiente para aguantar allí quieta, sin moverse ni ceder al pánico.

Emma tragó saliva y miró de reojo a Tom que había cerrado los ojos y parecía estar implorando a Dios el no ser descubiertos. ¿Y si aquella señal era nueva y marcaba el lugar donde ellos se encontraban?

Por suerte, aquellas voces desaparecieron poco a poco y, finalmente, pudieron recuperar el aliento.

—¿Se han ido? —preguntó ella con un hilo de voz.

—Creo que sí.

Tom se asomó desde detrás de la puerta para observar la sala más grande.

—No —le susurró ella para que se estuviese quieto.

Tom se movió lentamente, casi de puntillas, dirigiéndose a la sala grande y acercándose a la puerta. Habían cubierto parte de las ventanas con las mantas. Observó a través de la zona caída, donde se veía la marca roja, y no le pareció ver movimiento fuera.

—Creo que no hay peligro —susurró.

Emma inspiró hondo y salió de la habitación poco a poco, observando aquella ventana igual que él. Si pudiese recordar si aquella marca estaba antes de llegar, todo sería diferente.

Cuando cayó la tarde, seguían allí, vivos y a salvo… al menos en apariencia, pero la calma no les trajo alivio, sino una duda inquietante que no los abandonaba: algo había pasado, algo

extraño, y aunque no podían verlo ni explicarlo, ambos supieron que aquella carpintería ya no se sentía como un refugio, sino como un lugar observado.



5

La mañana había llegado con una claridad engañosa, casi amable.

Emma se ajustó la mochila sobre los hombros y respiró hondo, como si aquel gesto pudiera sellar todo lo vivido. En breve estarían en casa.

Primera parada, Jordania, y luego directos a Nueva York con un testimonio que, posiblemente, cambiaría la percepción del mundo.

Tom le dedicó una sonrisa cansada, de esas que nacen del miedo superado y de la promesa de algo mejor al otro lado. Había sido duro, muy duro, pero había merecido la pena.

Podrían ayudar a toda aquella gente o, al menos, que su voz se escuchase como era debido.

—Ya queda poco —susurró Tom colocando la mochila también a su espalda—. Khalid debe de estar a punto de llegar

Emma se removió nerviosa. Quería salir ya de allí.

Entonces lo oyeron.

Un motor acercándose despacio, levantando polvo en la calle.

Emma levantó la cabeza de golpe con el corazón dándole un vuelco.

—Es él —susurró con una sonrisa que no pudo contener—. Ya viene.

Tom asintió, y en sus ojos brilló algo parecido a la esperanza.

—Al fin a casa —dijo en voz baja—. Lo hemos conseguido, Emma. Ese testimonio… todo ha merecido la pena —acabó

emocionado.

Ella iba a responder cuando el vehículo se detuvo frente a la carpintería. El silencio que siguió fue extraño, demasiado extraño. Los dos se miraron sin estar muy seguros de lo que ocurría.

De repente, no había una sola voz, sino varias, demasiadas, y hablaban muy alto, sin importarles que fuesen descubiertos.

Emma sintió cómo la ilusión se le congelaba en el pecho.

—Tom… —murmuró inquieta dando unos pasos atrás.

Él ya había entendido.

Le cogió la mano con fuerza y la hizo girar bruscamente. Comprendía perfectamente lo que ocurría. No se habían equivocado, aquella marca era una clara señal de que allí había periodistas.

La intención de Tom fue clara, quería esconderse con ella de una forma apresurada, pero no llegaron ni a dar dos pasos.

Un golpe seco y brutal sacudió la puerta metálica lanzándola hacia atrás con un ruido estrepitoso. Cuatro hombres irrumpieron en la carpintería como una avalancha, armados con fusiles *Kaláshnikov*, los mismos que Emma había visto demasiadas veces colgados de hombros ajenos en aquellas calles rotas. Sus rostros eran duros, impenetrables, y el odio parecía precederles.

Todo ocurrió en segundos.

Uno de ellos se lanzó directamente sobre Tom, provocando que soltase la mano de Emma que gritó y empujándolo contra la pared con una violencia que le arrancó el aliento. El golpe resonó en el interior del local. Tom levantó las manos de inmediato con la voz temblorosa pero firme.

—Vale, vale… tranquilos —musitó—. No queremos problemas.

Otros dos apuntaron a Emma. El frío del miedo le atravesó el cuerpo entero. Alzó las manos despacio, obediente, sintiendo cómo le temblaban los brazos. Miró de reojo a Tom, atrapado e indefenso, y una oleada de terror le cerró la garganta.

Dos hombres, con sus rostros cubiertos, elevaban sus armas hacia él y dos más hacia ella que se removía nerviosa.

—¿Periodista? —preguntó uno de los hombres con un acento marcado, situando el arma en el pecho de Tom.

Tom tragó saliva y miró de reojo a Emma, a escasos metros de él, con los brazos en alto. Sus miradas coincidieron unos segundos.

—No, no… —reaccionó él—. Turista.

Los hombres armados se miraron entre ellos con claro gesto de desconfianza.

El hombre no retiró el arma. Al contrario, la apoyó con más fuerza contra el pecho de Tom, hundiéndole la tela de la chaqueta como si quisiera marcarlo.

—¿Turista? —repitió incrédulo.

Otro de ellos ya había empezado a registrar la mochila de Tom. La volcó en el suelo sin miramientos: la cámara, los cables, la grabadora... Cada objeto caía como una acusación muda.

Tom tragó saliva y miró a Emma que permanecía totalmente paralizada con los brazos en alto.

El tercero se acercó a Emma y le arrancó la mochila de los hombros de un tirón. Ella ahogó un gemido, pero no bajó las manos.

—Y esto, ¿qué es? —escupió uno, levantando la cámara frente a Tom.

Tom sintió cómo el sudor le corría por la espalda. Forzó una risa nerviosa que murió antes de nacer.

—Fotos… viajes. Recuerdos.

El hombre del arma dio un paso más, invadiendo su espacio con su aliento cargado de polvo y tabaco.

—Mírame cuando te hablo. —Tom obedeció nervioso. Los ojos del otro eran duros, atentos, como si ya supiera la respuesta—. ¿Quién os envía?

—Nadie —respondió Tom demasiado rápido—. Estamos solos.

A unos metros, Emma veía cómo revisaban su cuaderno. Uno de ellos lo hojeó con brusquedad. Sus anotaciones, los nombres, las fechas… Emma sintió que el corazón se le detenía.

Al menos, aquel hombre no parecía entender lo que ponía ni saber inglés, el único que parecía entender algo era el que mantenía el arma contra Tom y que miraba todo esparcido por el suelo.

—Esto no es turismo —dijo el hombre girándose hacia Tom—. Esto es trabajo —pronunció apretando más el arma contra el pecho de Tom que gimió cerrando los ojos.

Emma sintió cómo su boca se secaba, no solo por el polvo levantado en la carpintería ante aquella intrusión, sino por los nervios.

—Escribo —apuntó ella con la voz rota pero firme—. Siempre escribo. Es una manía.

El hombre que hablaba inglés tendió una mano hacia el que sujetaba el cuaderno para que se lo diese. De nuevo, Emma y Tom aprovecharon ese instante en el que el guerrillero revisaba el cuaderno para mirarse asustados. Finalmente, el hombre lanzó el cuaderno al suelo con brusquedad y asco.

—Tú mientes mal. —El arma se separó del pecho de Tom solo para subir, lenta y deliberadamente, hasta su cuello—. Última vez —dijo el guerrillero—. ¿Periodista?

Tom volvió a mirar a Emma apenas un segundo. Lo suficiente para entender que ya no importaba lo que dijera. Tragó saliva.

—No —insistió él.

El golpe llegó antes de que pudiera terminar la frase. Un culatazo en el costado lo lanzó contra la pared de nuevo.

—¡Tom! —gritó ella, pero otro fusil apuntó en su dirección, obligándola a callar.

—Basta —ordenó uno de ellos en su idioma—. Nos los llevamos.

El hombre señaló a Emma y a Tom.

—¿Qué? —gritó Tom—. No, no… esperad, podemos hablar —suplicó mientras lo estrellaban contra la pared y situaban sus brazos a la espalda.

—Tom —gimió ella mientras la cogían por los hombros y otro hombre ataba sus manos a la espalda.

El miedo ya no era una amenaza: era una certeza, pesada y asfixiante.

—Turistas, turistas… —repetía Tom—. Nos gusta documentar, pero somos turistas. Es para nosotros —dijo mientras lo cogían de un brazo y comenzaban a arrastrarlo fuera de la carpintería. Se giró y miró hacia atrás, observando cómo a Emma la arrastraban detrás de él en la misma dirección.

Los metieron de malos modos en la furgoneta de color gris oscuro, sin miramientos, y la puerta se cerró de golpe tras ellos, con

un estruendo metálico que resonó como una sentencia. El interior de la furgoneta olía a gasóleo y a sudor viejo.

Tom perdió el equilibrio y chocó con el costado. Emma cayó a su lado. Se miraron unos segundos asustados mientras abrían las puertas traseras y metían las mochilas de ellos. Tom miró a Emma, la cual tenía todos sus rasgos tensos, suponía que igual que él.

Tom parecía desesperado.

—Turistas… —repitió de nuevo.

—¡Calla! —gruñó uno de los hombres desde fuera, antes de golpear la chapa con la culata del arma.

Uno de los hombres se sentó en el asiento del conductor y otro a su lado, en el del copiloto, mientras los otros dos restantes entraban al maletero junto a las mochilas de ellos, aunque directamente los apuntaron con sus armas por encima de los asientos.

El motor arrancó con un bramido áspero. La furgoneta se puso en marcha de inmediato sin darles tiempo a nada más. Cada bache los hacía chocar entre sí, y Tom, como pudo, buscó a tientas la rodilla de Emma con la suya, un contacto mínimo, desesperado, para recordarle que seguía allí.

—Estoy aquí —murmuró casi sin voz.

Emma respiraba deprisa, demasiado. Intentó acompasar la respiración, cerrar los ojos, no pensar en hacia dónde los llevaban.

Fuera, las voces de los hombres y los disparos de ametralladoras se mezclaban con el traqueteo del vehículo.

Entre ellos hablaban rápido, con un tono seco y sin risas, sin poder comprender nada de lo que decían.

El copiloto que hablaba inglés se giró hacia ellos.

—Si mentís otra vez —dijo despacio—, no llegaréis a ningún sitio.

La furgoneta aceleró por aquellas calles mal asfaltadas.

Emma apretó los dientes, sintiendo cómo el miedo le bajaba por la espalda, frío y constante. Pensó en Khalid, en el aeropuerto, en la promesa de volver a casa. Todo eso parecía ahora otra vida, una vida lejana e ingenua.

El vehículo se internó en calles cada vez más estrechas, luego en un silencio distinto.

Emma comprendió entonces que ya no se trataba solo de sobrevivir, se trataba de resistir sin romperse, de no decir nada que los condenara. A su lado, Tom seguía repitiendo que eran turistas, casi como un mantra, en un susurro obstinado, como si fuera un salvavidas.

—Turistas… solo turistas.

El trayecto se alargó en el tiempo.

La furgoneta avanzaba a trompicones, girando bruscamente de vez en cuando.

Emma intentó contar los segundos, luego los giros, pero pronto perdió la noción. Cada sacudida le recordaba que ya no tenían control sobre nada. Estaban totalmente a merced de aquellos hombres.

Tom tenía la mandíbula tensa, con los labios apenas moviéndose mientras seguía murmurando la misma mentira, una y otra vez, como una plegaria rota. Emma apoyó el hombro contra el suyo para mirarlo. Tom abrió los ojos y la miró. Pudo ver el miedo reflejado en sus ojos. Ambos eran conscientes de lo que les ocurriría si no jugaban bien sus cartas. Con ellos no debía haber titubeos; tampoco había que fingir. Debían ser impasibles, seguros de sí mismos.

Minutos después, la furgoneta frenó de golpe.

El silencio que siguió fue peor que el ruido. Fuera se escucharon pasos, voces que discutían brevemente y una risa corta, seca, que heló la sangre de Emma. La puerta trasera se abrió de golpe y el polvo entró como una bofetada.

—Fuera —ordenó uno de ellos, agarrando a Tom del brazo.

Lo bajaron primero a él, empujándolo sin cuidado. Emma intentó incorporarse, pero otro hombre la tomó del pelo y la obligó a levantarse de un tirón, ni siquiera se atrevió a quejarse. El suelo bajo sus pies era irregular, de tierra y grava. El aire olía distinto allí: a pólvora y a lugar cerrado.

Se encontraban dentro de un amplio garaje, donde la iluminación provenía de una bombilla colgada de un cable en el techo que se balanceaba suavemente. No parecía un lugar improvisado.

A un lado, varias mesas metálicas estaban cubiertas de mapas doblados y papeles escritos a mano. Marcadores, brújulas y linternas descansaban sobre ellos. En otra esquina, sillas de madera desgastada formaban un semicírculo frente a un tablero lleno de nombres y anotaciones, algunas tachadas, otras subrayadas con rabia.

Pero lo que más llamó la atención de Emma fueron las armas. Fusiles apoyados en las paredes, cargadores sobre las mesas, cinturones con pistolas y granadas. Todo organizado con una precisión inquietante, como si cada objeto tuviera su propósito y su dueño asignado. Había estantes con cajas de munición, chalecos antibalas colgados de ganchos improvisados y un pequeño equipo de comunicación, radios con auriculares y antenas dobladas.

Cada rincón parecía pensado para vigilar, controlar y planear. Emma observó las esquinas, rincones oscuros donde podían esconderse observadores, pasadizos para moverse sin ser vistos y hasta una pequeña puerta al fondo que parecía conducir a una habitación más privada, quizá para interrogatorios o reuniones estratégicas.

Al mirar alrededor comprendió que aquel lugar no era solo un escondite, era un centro de operaciones. Todo estaba calculado: la posición de las armas, las rutas de escape y la distribución del espacio.

La guerra no estaba fuera, estaba allí dentro, en cada mesa, en cada arma, en cada sombra que se movía a su alrededor.

—¿Aquí? —preguntó uno de los hombres en voz baja, el que arrastraba a Tom y parecía estar al mando de aquella milicia. Lo empujó contra la pared, golpeándose Tom contra el muro.

Tom buscó a Emma. Aquello no tenía buena pinta, y ambos eran conscientes de ello. Emma fue empujada con la misma fuerza con la que lo habían hecho con Tom. Este dio un paso al lado para situarse cerca de ella, como si el estar los dos juntos les hiciese sentirse más fuertes y protegidos.

—Somos turistas —repitió, ya sin convicción, como si hubiese perdido toda esperanza—. No tenemos nada de valor.

Uno de los hombres soltó una carcajada breve mientras se acercaba a ellos. El resto de los hombres le hicieron un pequeño pasillo para que se acercase a ellos. Estaba claro quién mandaba allí.

—Todos dicen eso. —Los señaló con un movimiento de cabeza—. Registradlos.

Los registraron con calma e interés. Ni siquiera podían moverse, pues permanecían atados con las manos en la espalda y, aunque hubiesen podido, tampoco lo hubiesen hecho.

Cuando uno de ellos sacó una de las tarjetas de memoria del bolsillo de Tom, el tiempo se detuvo.

Emma sintió cómo se le encogía el estómago. Tragó saliva mirándolo de reojo y recordó que ella llevaba la misma tarjeta en el bolsillo delantero de su camisa. Por suerte, la tarjeta de memoria era pequeña y no le habían tocado por los pechos.

El hombre la sostuvo entre los dedos, girándola, observándola como si fuera una prueba viva. Miró a Tom y luego a Emma.

—Esto no es de turistas —dijo el hombre despacio.

Nadie gritó ni golpeó… y eso fue lo peor porque, en ese instante, Emma comprendió que el verdadero peligro acababa de empezar.

Contuvo la respiración y cerró los ojos unos segundos, intentando mantener la mente fría.

El hombre depositó la tarjeta sobre la mesa y miro a Emma directamente.

Emma se quedó paralizada, con las manos aún atadas detrás de la espalda, sintiendo cómo el corazón le golpeaba las costillas como un tambor. Tom estaba a su lado, rígido, respirando con fuerza, controlando cada movimiento como si contuviera un volcán dentro de sí.

—Podéis quedárosla… es todo de uso personal. No somos periodistas —insistió él.

Uno de los hombres se inclinó hacia Tom, apoyando la culata del fusil contra su hombro. Tom tragó saliva, incapaz de apartar la mirada de los ojos del agresor. Cada segundo que pasaba le parecía una eternidad.

Emma sentía que la cabeza le daba vueltas. Pensó en Khalid, en el punto B, en cómo todo lo que habían planeado podía

desmoronarse en un instante.

¿Cómo podían estar ahí, en medio de la ciudad, rodeados de hombres armados que no tenían nada que perder?

El hombre le dio un golpe leve en el hombro con la culata del arma.

—Desatadlos —ordenó.

Emma y Tom se miraron de reojo. No sabían qué pensar de aquello. ¿Los iban a liberar? Quizá solo les quitarían las cosas y los dejarían ir. Quizá no los harían rehenes.

Cuando les desataron, Emma comenzó a masajearse las muñecas, aunque al ver que seguían apuntándolos con las armas supo que eso no iba a ser así.

Otro de los hombres comenzó a registrar sus mochilas con brusquedad, sacando cámaras, cuadernos y cables.

Emma escuchó cómo alguien hablaba en un idioma que no entendía, pero el tono era claro, amenazante. Su instinto le gritaba que cualquier palabra, cualquier movimiento, podía desencadenar algo terrible.

Estaba claro que no podían engañarlos.

Un segundo después, Tom fue empujado brutalmente contra el muro.

—¡Tom! —gritó con voz temblorosa. Al instante, uno de los hombres levantó el fusil apuntándola a ella y un frío paralizante le recorrió todo el cuerpo—. No… no hagáis nada… —suplicó—, por favor.

Emma lo comprendió con una claridad aterradora: ya no eran turistas ni testigos, eran prisioneros, y su única opción ahora era sobrevivir a cada instante, a cada respiración, a cada mirada de aquellos hombres armados que controlaban su destino.

El hombre que parecía mandar se acercó despacio, sin prisa, como si el tiempo jugara a su favor. Vestía de negro, con una barba oscura y los ojos fríos, demasiado atentos. Se detuvo frente a ellos y los observó unos segundos en silencio, dejando que ese silencio pesara más que cualquier grito.

—¿Creéis que soy idiota? —preguntó por fin, con una voz baja y áspera.

Emma negó con la cabeza de inmediato, con la respiración entrecortada.

—No… no… —negó de los nervios gesticulando con su cabeza.

Tom hizo lo mismo, forzando la calma.

—No, señor.

El hombre ladeó la cabeza, como si aquella respuesta le resultara casi divertida.

—Entonces —continuó—, decidme… ¿por qué seguís mintiendo?

No les dio tiempo a responder. Uno de los hombres que custodiaba a Tom le atizó un golpe seco en el estómago. El aire abandonó sus pulmones de golpe y cayó de rodillas, doblándose sobre sí mismo con un gemido ahogado.

—¡Tom! —gritó Emma, intentando avanzar.

Dos manos la sujetaron con fuerza por los brazos, clavándola en su sitio. Otro de los hombres levantó el fusil y apoyó el cañón contra la sien de Tom, el cual jadeaba en el suelo, incapaz de incorporarse.

—¡Nooo! —gritó Emma, un grito roto y desesperado, mientras se debatía inútilmente. Los hombres que la retenían rieron, una risa calculada y cruel, como si aquella escena les resultara familiar… como si se alimentaran del miedo ajeno—. ¡Por favor! —suplicó ella con voz quebrada—. ¡Por favor, no!

El jefe de la milicia la miró con una calma aterradora, disfrutando de cada segundo.

—Mirad —ordenó señalando la cámara con un leve gesto—. Mirad qué hay ahí dentro.

Emma gimió, sintiendo cómo el estómago se le hundía. Sabía lo que encontrarían. Sabía que, en el momento en que tocaran esa cámara y viesen el vídeo, todo terminaría.

Cerró los ojos un instante, con el corazón golpeándole el pecho con violencia. Ya no había escapatoria, no para ellos.

—Vamos a intentarlo otra vez —dijo el jefe con una sonrisa malvada.

Uno de los hombres lanzó una patada contra el costado de Tom. El golpe fue seco. Otro impacto le siguió, haciéndolo rodar un poco sobre el suelo.

—¡Para! —gritó Emma, forcejeando—. ¡Por favor, basta!

—Respóndeme tú —continuó el jefe. Se acercó despacio, quedando frente a ella—. ¿Sois periodistas… o turistas?

Emma tragó saliva.

—Turistas —susurró—. Ya lo hemos dicho…

Una risa breve recorrió la sala.

—Turistas… —repitió él en un tono burlón y miró al hombre que golpeaba a Tom para que le propiciase otra patada—. Qué raro. Los turistas no suelen venir con cámaras profesionales.

Tom gimió en el suelo, intentando incorporarse sin éxito, con la cara roja de aguantar los golpes y no poder respirar.

—¿Periodistas? —insistió el jefe alzando un poco la voz frente a ella.

—No —repitió Emma casi sin voz, aunque con la mirada firme—. No somos periodistas.

—Jefe —lo interrumpió un hombre de la milicia en su idioma para que se acercase.

Ella tragó saliva al observar que el hombre observaba lo que había grabado en la pequeña pantalla de la cámara.

Ya no había escapatoria. Emma comenzó a llorar mirando a Tom, el cual respiraba con dificultad mientras se encontraba encogido sobre el suelo.

Ambos fueron conscientes de que estaban viendo la entrevista que habían realizado. La mirada de Emma se clavó en Tom. Ambos sabían lo que iba a ocurrir.

Emma no pudo evitar que una lágrima resbalase por su mejilla cuando el jefe alzó la mirada hacia ella y dio unos pasos amenazantes en su dirección.

—¿No? —preguntó con un tono terrorífico. Señaló la cámara con el dedo—. Entonces esto… ¿qué es?, ¿un recuerdo de vacaciones?

Emma negó con la cabeza, desesperada.

—Por favor…

—Última vez —dijo el jefe, endureciendo el tono. Se inclinó hacia ella mientras esperaba respuesta por su parte, aunque ya no hacía falta, estaba claro quiénes eran—. ¿Periodistas… o turistas? —Su tono sonó irónico y amenazador.

Emma ya no podía hablar. El miedo la había roto por dentro, le había arrancado cualquier atisbo de voz. Sabía que decir quiénes eran solo aceleraría lo inevitable, aunque en el fondo comprendía que ya lo sabían. Todo estaba escrito en aquellas imágenes, en aquellas palabras grabadas que ahora les pertenecían.

El jefe la observó en silencio, esperando una respuesta que no llegó. Emma bajó la cabeza con los hombros sacudidos por un llanto silencioso y derrotado. No pidió perdón. No mintió más. Simplemente se rindió.

Él se dio la vuelta. Emma alzó la mirada justo a tiempo para verlo caminar hacia Tom.

El mundo pareció encogerse.

Se agachó a su lado con parsimonia, como si aquel gesto fuera parte de un ritual que conocía bien. Tom seguía en el suelo, respirando con dificultad y con el cuerpo tenso, pero consciente. El arma descendió lentamente hasta apoyar el frío metal contra su sien.

Emma sintió que el corazón se le detenía.

—No… —susurró primero, y luego gritó—. ¡No, por favor! ¡Por favor, no lo haga!

El hombre levantó la vista hacia ella y sonrió. No había prisa. No había rabia. Solo una calma cruel.

—Habéis entrado donde no debíais —dijo. Señaló la cámara y el portátil—. Todo esto es mío. Mi territorio. Lo que se graba aquí… se queda aquí.

Emma comprendió entonces que no había negociación posible.

Tom giró lentamente la cabeza. Buscó sus ojos entre el caos, entre las sombras y las armas, y cuando la encontró, su mirada había cambiado. Ya no había miedo, solo una serenidad imposible.

—Tranquila —susurró—. No pasa nada. Todo irá bien.

Emma negó con la cabeza, sollozando, incapaz de respirar, comprendiendo que aquello era su despedida.

—No… no… —lloró desesperada.

El disparo sonó seco y, en ese momento, se le rompió el corazón.

El grito de Emma rompió el aire del local, desgarrador, animal e imposible de contener. Se lanzó hacia delante con una furia nacida del dolor, como si pudiera arrancarle la vida al hombre que había apretado el gatillo con sus propias manos.

—¡Nooo!

No llegó lejos. Dos hombres la sujetaron por los brazos, inmovilizándola mientras ella se retorcía, gritaba su nombre una y otra vez, con la garganta hecha pedazos, y los hombres reían por su reacción.

El jefe se incorporó despacio. Miró el cuerpo de Tom un segundo más, sin emoción alguna, y luego señaló a Emma.

—Llevadla —ordenó.

Con un gesto de la mano indicó el pasillo oscuro al fondo del edificio que conducía a unas escaleras.

Emma fue arrastrada entre gritos y lágrimas mientras el eco de su dolor quedaba suspendido en el aire, mezclado con el olor a metal y pólvora.

Mientras la arrastraban por el pasillo, el dolor dejó de ser solo pérdida y se transformó en algo más frío, más primario. El miedo ocupó todo el espacio que había dejado Tom, aplastando cualquier otro pensamiento o emoción. Ya no lloraba solo por él, sino por la certeza brutal de que aquello no había terminado, de que su historia aún no había llegado a su final. Cada paso la alejaba más del cuerpo de su amigo y la acercaba a su propio destino. Y en esa oscuridad comprendió, con una claridad insoportable, que sería la siguiente.

Así, mientras la oscuridad la engullía, Emma entendió que en Siria no solo se mataba a personas…, también se asesinaba la esperanza.



6

5 días después.
—Base militar Al-Tanf—

La base de Al-Tanf se extendía en mitad del desierto sirio como una cicatriz artificial, rodeada de arena, polvo y un silencio engañoso. No había ciudad alrededor, ni refugio posible más allá de sus propias defensas. Barreras de hormigón, sacos terreros y torres de vigilancia delimitaban el perímetro mientras focos potentes iluminaban la noche como si temieran que la oscuridad pudiera colarse también dentro.

Era una base funcional y austera. Nada allí estaba pensado para durar, solo para resistir. Los barracones metálicos se alineaban en filas rectas, compartidos por equipos que dormían en literas estrechas, con mochilas siempre listas a los pies de la cama.

No había habitaciones privadas, la intimidad era un lujo que se había quedado al otro lado del océano.

Había un pequeño comedor donde el café sabía siempre a quemado, una zona de entrenamiento improvisada con pesas oxidadas y sacos de arena, y un espacio que algunos llamaban "la cantina", aunque no lo fuera realmente: un contenedor con mesas de madera, música baja y risas breves, donde los hombres y mujeres de la base se permitían fingir, durante unos minutos, que no estaban en guerra.

Jack Hayes caminaba por la base como si formara parte de ella.

Tenía treinta años y el cuerpo entrenado de alguien que llevaba media vida preparándose para sobrevivir, así como una presencia que imponía sin necesidad de alzar la voz. Era alto, de hombros anchos, el cabello oscuro siempre cortado demasiado corto y unos ojos marrón verdoso que rara vez revelaban lo que estaba pensando. Había aprendido a mirar sin delatarse.

Jack dormía en los barracones con su equipo, como todos los demás. Nunca quiso un trato distinto. Creía que un líder no debía esconderse detrás de una puerta cerrada. Compartía turnos, misiones y silencios.

Había llegado al ejército joven, demasiado joven. No por falta de opciones, sino por convicción. Había crecido en un hogar donde la disciplina no era una imposición, sino una forma de mantenerse en pie cuando todo alrededor parecía tambalearse. El ejército le había dado algo que nunca había sabido plasmar con palabras: orden en medio del caos, un propósito claro, un lugar donde cada decisión tenía peso y cada error consecuencias.

Jack no romantizaba la guerra. Nunca lo había hecho, pero creía en proteger a los suyos, en cumplir una misión y en no mirar hacia otro lado cuando alguien necesitaba ser rescatado. Le gustaba la claridad brutal del uniforme, la certeza de saber quién era en mitad del desastre. Allí no importaba de dónde venías, solo si podías mantenerte firme cuando todo se rompía.

Desde una de las torres de vigilancia observó el horizonte anaranjado por el atardecer. Siria se extendía ante él, inmensa e imprevisible. Bajó de la torre y se dirigió a su barracón junto a su equipo.

Jack se había alistado en el ejército a los dieciocho años, poco después de graduarse en el instituto. A los veinte años ya estaba dentro de las unidades especiales, aprendiendo a sobrevivir en cualquier terreno, a moverse entre sombras y a anticipar el peligro antes de que llegara. A los veinticinco había completado varias misiones en el extranjero, destacándose por su liderazgo y calma bajo presión. Su ascenso a capitán llegó a los veintiocho, cuando un comandante superior lo eligió para dirigir su propio grupo operativo:

altamente entrenados, letales y eficientes, pero siempre unidos como hermanos.

Jack había visto la guerra de cerca, pero no se había endurecido del todo. Su motivación seguía siendo clara: proteger a los suyos y salvar a aquellos que no podían defenderse por sí mismos. Cada misión le recordaba que un error podía costarle la vida a alguien, y eso lo mantenía alerta, concentrado y siempre responsable de su equipo.

El equipo de Jack Hayes era una extensión de él mismo, cada miembro tan indispensable como el aire que respiraban en medio del desierto. Mark Reynols, de veintinueve años, era el francotirador. Silencioso y meticuloso, podía desaparecer entre las sombras mientras su mirada no perdía un solo detalle. Todos confiaban ciegamente en su precisión. Luke Donovan, de treinta y un años, especialista en explosivos, era el bromista del grupo, pero cuando la situación lo exigía se volvía serio y calculador, siempre el primero en entrar donde el peligro acechaba. Alex Turner, con veintisiete años, manejaba comunicaciones y tecnología. Era el enlace invisible con el mundo exterior, capaz de interceptar señales y mantener al grupo conectado aun en los lugares más remotos. Ethan Brooks, de treinta años, médico de combate, transmitía calma con cada gesto. Sabía cómo salvar vidas en medio del caos y su sola presencia era un ancla de confianza para todos. Daniel Miller, de veintiocho años, especialista en armas pesadas y seguridad, era el muro del equipo, protector instintivo, alguien en quien confiaban para cubrirlos y asegurarse de que nadie saliera herido. Y luego estaba él, Jack Hayes, de treinta años, el líder, planificador y estratega, que entraba el último y salía el primero, cargando la responsabilidad de cada uno sobre sus hombros.

Juntos habían compartido noches sin dormir, misiones peligrosas y momentos en que el más mínimo error podía costarles la vida. Conocían los gestos, las miradas y los silencios de cada uno, y por eso la confianza era absoluta. Nadie en aquel grupo se quedaba atrás. Jack lo sabía con cada fibra de su ser: con ellos, nadie se abandonaba jamás.

Jack cerró los ojos por un instante y recordó aquella noche en Afganistán, cuando un convoy aliado había quedado atrapado entre disparos cruzados. Mark Reynols se había apostado en la cima de un risco y, con silenciosa precisión, eliminaba cada amenaza sin que nadie del convoy se diera cuenta. Luke Donovan había desactivado una carga explosiva en el último segundo, mientras el resto del equipo lo cubría sin pestañear. En aquel instante, cuando Jack vio a Ethan Brooks correr entre los escombros para asistir a un herido y que Daniel Miller lo cubría sin dudarlo, supo que no había vínculo más fuerte que el de su grupo: se protegían entre sí incluso frente a la muerte. Esa noche, cuando por fin todos habían regresado al campamento, se miraron y no hicieron falta palabras. Sabían que habían confiado los unos en los otros con sus vidas… y nadie había fallado.

Otro recuerdo llegó de una misión en el desierto sirio, durante un reconocimiento diurno. Alex Turner había interceptado comunicaciones que los llevaron a evitar una emboscada segura. Mientras avanzaban, la arena les quemaba la piel y la fatiga les doblaba los hombros, Jack vio a Luke repartir agua entre todos, bromeando para aliviar la tensión, y a Ethan colocar cuidadosamente un vendaje en la pierna de Daniel, el cual había sufrido un corte profundo. Mark se sentó a vigilar mientras Jack revisaba los mapas una y otra vez y, por un momento, en medio de aquella soledad, se habían sentido casi humanos, no soldados. Eran un equipo, una familia que había elegido permanecer unida pasase lo que pasase.

Jack suspiró recordando aquellas misiones, sabiendo que nunca se abandonaban.

El silencio de la noche en Al-Tanf se rompió con un golpe seco en la puerta del barracón. Jack, aún medio despierto, se incorporó de un salto.

—Capitán Hayes, equipo: *briefing* del coronel. Cinco minutos. Sala de operaciones —dijo un suboficial, firme, sin dejar margen a preguntas.

Jack asintió con un gesto rápido. Su mirada recorrió al resto del equipo: Mark, Luke, Alex, Ethan y Daniel. No necesitaban palabras, el mensaje era claro. Una misión de esta magnitud no se

comunicaba por radio ni con mensajes cifrados. Se les esperaba en persona. La urgencia estaba en cada músculo de sus cuerpos.

—Cinco minutos, muchachos —murmuró Jack mientras se ajustaba el cinturón y recogía su mochila ligera—. Todo el mundo sabe qué hacer.

Mark se levantó sin decir una palabra, como un fantasma entre sombras, y revisó su rifle antes de colgarlo a la espalda. Luke hizo un gesto cómplice a Alex, quien ya estaba revisando los equipos de comunicación, asegurándose de que todo funcionara. Ethan comprobó su botiquín y respiró hondo, Daniel repasó mentalmente el armamento pesado que llevaría.

Cada paso era medido, cada mirada cargada de comprensión mutua. Habían pasado por misiones peligrosas, noches largas, pero nunca habían dejado que el miedo los debilitara.

—Vamos —dijo Jack, liderando al grupo hacia la salida—. El coronel nos espera.

Mientras caminaban por los pasillos iluminados por luces tenues, el silencio entre ellos estaba lleno de pensamientos no dichos. Cada uno sabía que cualquier operación de rescate podía cambiar vidas en segundos. Pero también sabían algo más profundo: ninguno de ellos dejaría a un compañero atrás, nunca.

El suboficial los escoltó hasta la sala de operaciones y, al abrir la puerta, la fría luz fluorescente reveló al coronel Harper, de pie junto al oficial de inteligencia y el oficial de operaciones.

La sala de operaciones de la base era amplia pero austera, con paredes de metal gris y tubos expuestos que recorrían el techo. Una luz blanca, fría, colgaba sobre la mesa central y hacía que cada superficie metálica brillase tenuemente. La mesa era larga, rectangular, suficiente para que varias personas pudieran sentarse frente a frente, y estaba rodeada de sillas resistentes, de respaldo alto, con cojines gastados que delataban años de uso.

En la pared del fondo, una pantalla de gran tamaño se mantenía apagada, lista para proyectar mapas, imágenes o vídeos y, a su lado, un panel de control con botones y luces parpadeantes permitía manipular las comunicaciones de la base y los enlaces con satélites o drones. Había un par de estanterías con carpetas, informes y

algunos binoculares, además de mapas desplegados sobre soportes metálicos.

El coronel Harper se situó al frente, de pie, junto a la pantalla apagada, con los brazos cruzados y los ojos fijos en la puerta mientras Jack y su equipo entraban. Jack tomó asiento en el centro de la mesa, con Mark a su derecha y Luke a su izquierda. Alex y Daniel se sentaron en un extremo, revisando discretamente sus equipos de comunicación, y Ethan se acomodó al lado de Jack, su postura era tranquila pero alerta. Cada uno sabía exactamente dónde debía colocarse para que todos pudieran escuchar y ver cualquier proyección.

El suboficial cerró la puerta detrás de ellos y la luz fluorescente se reflejó en los mapas y los monitores. La sala estaba lista para el *briefing*, cada elemento dispuesto para maximizar la concentración, la rapidez de decisiones y la coordinación en la misión que estaba a punto de ser presentada y que mantenía a su equipo alerta.

La sala estaba en completo silencio. El coronel Harper se adelantó unos pasos mientras el oficial de inteligencia encendía la pantalla.

—Vamos a mostrarles algo importante antes de entrar en detalles —dijo Harper con la voz firme y sin levantar el tono.

El vídeo comenzó a reproducirse. La calidad era mala, la imagen temblaba y estaba iluminada de manera irregular. En ella, Emma aparecía sentada, con el pelo despeinado, cubierta con una chaqueta gastada y un pañuelo atado al cuello. Detrás de ella se veía un paredón de cemento y sombras de hombres armados moviéndose.

Uno de los milicianos al fondo hablaba hacia la cámara.

—Este es un aviso —pronunciaba con un acento sirio muy marcado—. La próxima vez que alguien venga a entrometerse en nuestra zona, sabrán las consecuencias. La mujer que ven aquí es estadounidense. Cuiden de que el mensaje llegue a quienes corresponda.

Emma, forzada a mirar hacia la cámara, habló con voz temblorosa pero clara:

—Por favor… escuchad lo que os están diciendo —pronunció con voz temblorosa.

El equipo de Jack quedó inmóvil.

Jack se echó hacia delante para fijarse en la mujer correctamente, sin dar crédito a lo que veía, con los ojos clavados en la pantalla y su mandíbula apretada.

Alex, con cautela, se inclinó hacia Jack.

—¿Todo bien, capi?

Jack respiró hondo intentando recomponerse y asintió sin apartar la vista de la pantalla.

—Sí… todo bien —respondió con voz firme, intentando controlar los latidos de su corazón.

Mientras el vídeo continuaba, se escuchaban los pasos de los milicianos acercándose a Emma, la cual miraba con miedo a la cámara.

—Escuchad con atención. Esta mujer está bajo nuestro control. Exigimos el desalojo inmediato de la base estadounidense más cercana a Alepo. No negociamos, no avisaremos dos veces. Tenéis setenta y dos horas. Si no recibimos una respuesta afirmativa… le cortaremos la cabeza y el mundo lo verá. —La imagen a continuación provocó que Jack tuviese que respirar hondo para controlarse. El secuestrador tiró del cabello de Emma hacia atrás, obligándola a alzar el rostro. Emma jadeó con los ojos llenos de terror. El brillo de un cuchillo apareció junto a su garganta, amenazando con cortársela—. Setenta y dos horas —repitió despacio —. El tiempo ya ha empezado a correr.

Jack intentó controlar su respiración y calmar los sentimientos que se abrían paso en su pecho. Se fijó en su equipo mientras el coronel volvía a iluminar toda la estancia. Mark frunció el ceño, Luke cruzó los brazos, Ethan respiraba hondo, tratando de contener la ira y la impotencia. Daniel apretó la mano sobre su rodilla, consciente de que la única forma de responder a esa escena era mediante acción táctica, no con palabras.

Aquellos videos siempre les afectaban, pues ahora mismo sabían que aquella mujer, Emma, solo viviría si ellos actuaban correctamente.

Cuando el vídeo terminó, la pantalla quedó en negro y un silencio pesado llenó la sala. Jack se reclinó un segundo, cerrando los ojos, antes de volver a mirar al coronel Harper. Todo el equipo entendió que, a partir de ese momento, la prioridad era clara: rescatar a la periodista a toda costa.

El coronel no habló de inmediato, dejó que el impacto se asentara. Luego avanzó un paso, apoyó ambas manos sobre la mesa y empezó, con una voz firme, comedida.

—Su nombre es Emma Carter. Ciudadana estadounidense. Periodista independiente. El hombre que aparece en el vídeo pertenece a una milicia local con presencia activa en el este del país —continuó el coronel—. No afiliada formalmente a ISIS, pero con vínculos operativos y rutas compartidas con varios grupos armados de la zona.

Activó el mando y apareció un mapa. Puntos rojos, líneas y zonas marcadas.

—La primera señal nos llegó hace cuatro días —prosiguió—. Un contacto local de confianza, Khalid, reportó la desaparición de dos occidentales en Alepo, ambos periodistas. Su última ubicación confirmada es una carpintería abandonada, utilizada como punto de espera. Khalid activó la alarma en cuanto perdió contacto. —El coronel cambió de diapositiva—. Veinticuatro horas después, recibimos este vídeo. Fue enviado a través de un canal cifrado y distribuido simultáneamente a varias agencias y a un intermediario con acceso a Washington. No es una petición económica. Es una amenaza política directa. —Alzó la vista, recorriendo los rostros del equipo—. Exigen el desalojo de una de nuestras bases cercanas a Alepo en setenta y dos horas, si no hay respuesta, ejecutarán a la rehén. —Hizo una pausa breve antes de añadir—. El segundo periodista, Tom Miller, fue asesinado durante el secuestro. Confirmado por fuentes locales, dado que se encontró su cadáver en Deir ez-Zor, en su complejo industrial. —Se puso firme—. Creemos que la mujer sigue con vida y que se encuentra en una instalación semiurbana bajo control de esta milicia. Se mueven rápido, pero no lejos. Necesitan visibilidad y necesitan que la veamos. —Se enderezó

—. Esto ya no es solo una amenaza. Es un reloj en marcha, una cuenta atrás. Vamos a intervenir.

La pantalla mostró de nuevo el rostro congelado de Emma, justo antes del fundido a negro. Jack apretó los dientes. En su cabeza ya no había mapas ni cronologías, solo tiempo, y no tenían mucho para sacarla de allí con vida.

El coronel volvió a pulsar el mando. El mapa cambió de escala. La zona se centró sobre el este de Deir ez-Zor, un entramado de barrios dañados, polígonos abandonados y edificios industriales a medio derruir.

—Según fuentes humanas sobre el terreno y cruces con imágenes satelitales de las últimas cuarenta y ocho horas, creemos que la rehén se encuentra aquí —dijo señalando un punto marcado en ámbar—. No es una instalación militar formal. Es un complejo reutilizado: antiguo almacén logístico, probablemente convertido en centro de operaciones temporal. Coincide con el lugar desde el que se grabó el vídeo: estructura baja, muros gruesos y acceso trasero para vehículos. —Pasó a otra imagen: sombras alargadas, siluetas térmicas—. Los satélites confirman actividad intermitente, no constante. Entran y salen. Eso nos indica rotación de hombres, no un asedio permanente. —El coronel se giró hacia el equipo—. La operación no será un asalto frontal. No buscamos ruido, ni castigo. Buscamos entrar, localizar a Emma Carter y sacarla con vida. Punto. —Se apoyó de nuevo en la mesa—. El acceso se hará de forma indirecta. Inserción nocturna, aprovechando una ventana de baja actividad detectada por vigilancia aérea. El traslado se hará en helicóptero con salida a las 00:00 horas. —Miró el documento donde lo tenía todo planeado junto con inteligencia—. Duración de vuelo sobre una hora cuarenta y cinco o dos horas. Distancia cubierta unos doscientos kilómetros. Toque de tierra en menos de sesenta segundos y preparación de la infiltración a pie. Marcha a pie hasta el objetivo con una distancia a recorrer de unos siete kilómetros, lo que da unas dos horas a pie aproximadamente. Llegada a punto de extracción de cuatro horas y media o cinco como margen desde las 00:00 horas. —Todos memorizaron la cronología de lo que iba a ser la operación—. Nadie debe saber que

estáis allí hasta que ya no puedan reaccionar. —La pantalla mostró una secuencia esquemática, sin detalles técnicos de la información que les acababa de dar—. Una vez dentro, la prioridad absoluta es la identificación visual de la rehén y confirmación de estado. En cuanto esté bajo control del equipo, se inicia la extracción inmediata. No se prolonga el contacto. No se limpia el edificio. No se persigue a nadie. —Dejó claro con el dedo—. Entrar. Salir. Desaparecer. —Jack levantó ligeramente la barbilla, atento. El coronel lo miró directamente—. Capitán Hayes, su unidad liderará la extracción. Soporte limitado, tiempo limitado. Sabemos que el margen es estrecho, pero también sabemos que son el equipo adecuado para esta misión. —Se hizo un silencio breve—. Si todo sale según lo previsto, la rehén estará fuera del área hostil antes del amanecer. Después, traslado a punto seguro y evacuación aérea. —El coronel miró al grupo con seriedad—. Tienen setenta y dos horas. Puede que menos.

Jack cerró los puños despacio, sintiendo cómo el peso del *briefing* se transformaba en algo más concreto, más afilado.

—Ahora, la extracción. Prestad atención, porque aquí no hay margen de error. —El proyector cambió de imagen. Aparecieron varios círculos marcados en rojo y ámbar—. LZ [1]primaria. —Marcó el punto más cercano al complejo—. Zona abierta, terreno rocoso y sin edificaciones habitadas. Distancia estimada al objetivo: trescientos metros. —Hizo una pausa breve—. El helicóptero no permanecerá en tierra más de sesenta segundos. Aterriza, recogida y fuera. Cobertura desde el aire si es necesario. —Nadie habló—. Si el equipo confirma contacto enemigo masivo o imposibilidad de desplazamiento rápido… —miró directamente a Jack—, se activa protocolo de aproximación máxima. —El mapa cambió de nuevo—. LZ secundaria Alfa. —Señaló otro punto, más alejado—. Ochocientos metros. Más segura, pero exige desplazamiento a pie bajo presión. —Señaló otro círculo—. LZ secundaria Bravo. Un kilómetro doscientos y último recurso. No habrá cobertura directa.

Jack frunció el ceño.

—¿Quién toma la decisión final? —preguntó.

—Vosotros informáis —respondió el coronel sin dudar—. Nosotros decidimos. En cuanto tengáis a Emma, reportáis estado, movilidad y nivel de amenaza.

—Si la rehén no puede caminar, se prioriza LZ primaria —intervino el oficial de inteligencia—. Si el edificio entra en alerta total, autorizamos fuego de supresión desde el helicóptero durante la aproximación.

Un silencio pesado inundó la estancia.

—¿Confirmación visual antes de acercarse? —añadió Alex.

—Siempre, sí —asintió el coronel Harper—. El piloto no baja sin luz verde desde aquí.

Jack apretó la mandíbula.

—¿Y si no hay tiempo para esperar autorización?

El coronel sostuvo su mirada.

—Entonces decís una sola frase por radio: "carga comprometida, extracción inmediata". Eso es todo lo que necesitamos para mover el helicóptero. —Se enderezó—. No improviséis. No seáis héroes. Simplemente sacadla de allí... como sea.

La pantalla se apagó.

El coronel dio por concluido el *briefing* con un gesto seco de la cabeza. No hubo discursos finales ni palabras grandilocuentes. Solo una orden clara y el sonido de las sillas al moverse.

—Tienen luz verde. Muévanse.

Nadie habló.

El equipo se levantó casi al mismo tiempo, como si compartieran un mismo pulso. Cada uno sabía exactamente qué hacer. No hubo prisas, pero tampoco dudas. Se dirigieron a la zona de preparación, donde el metal, el polvo y el olor a combustible formaban parte del paisaje cotidiano.

Se equiparon en silencio. Chalecos, armas, comprobaciones rápidas y miradas breves que lo decían todo sin necesidad de palabras.

Jack ajustó su equipo con movimientos mecánicos, precisos, pero por dentro sentía algo distinto, más tenso, más personal.

Cuando estuvieron listos, salieron directamente hacia la pista.

El helicóptero *Black Hawk* ya estaba preparado y en marcha con las aspas girando, levantando arena y formando ruido. Subieron uno a uno, cada uno situándose en el lugar que tenían establecido. Jack se aseguró el arnés y miró a sus hombres.

El vuelo sería nocturno, con las luces apagadas y de navegación táctica, con una altura media baja para evitar posibles radares.

El piloto se giró hacia ellos mientras todos se colocaban los cascos con el altavoz en su oído.

—Despegamos —informó desde delante mostrando su mano haciendo un símbolo de *"OK"* con el dedo pulgar—. Tiempo aproximado de vuelo una hora y cincuenta minutos. Vamos allá.

El helicóptero comenzó a elevarse y entonces, sin avisar, el recuerdo llegó con claridad.

El instituto, los largos pasillos llenos de voces adolescentes y risas sin malicia. Él tenía dieciséis años y la buscaba cada día con la mirada. Entre aulas, en el patio, en el comedor. Siempre la encontraba. Emma tenía quince años y una sonrisa que no necesitaba esfuerzo, suave y luminosa, como si no supiera que era capaz de desarmar a cualquiera que se cruzara con ella.

Recordó cómo se le aceleraba el pulso al verla entrar en clase, cómo fingía prestar atención mientras pensaba en qué decirle. Ella giraba la cabeza, lo miraba y sonreía. Esa sonrisa tierna, honesta, que se le quedó grabada para siempre.

La recordó sentada en los escalones del instituto, la tarde en la que por fin reunió el valor para acercarse a ella. Él se encontraba justo enfrente, torpe y nervioso.

—Hola, Emma —había susurrado.

Ella le sonrió.

—Hola, Jack. —Aquella sonrisa volvió a desarmarlo.

Jack carraspeó buscando la voz que siempre perdía frente a ella.

—¿Te apetece ir al cine este fin de semana?

Emma lo había mirado primero asombrada, pero luego la aceptación y la ilusión habían comenzado a aparecer en sus ojos antes que en sus palabras.

—Sí, me encantaría —respondió tímida.

El helicóptero comenzó a sobrevolar el desierto sirio, con arena y rocas dando una sensación de vacío y exposición total. Miró a su equipo con determinación. Sus manos se cerraron despacio sobre los guantes alrededor de su fusil de asalto. Aquella misión no era una más.



7

El helicóptero descendió tras una hora y cincuenta minutos de vuelo continuo, como una bestia cansada que por fin encontraba dónde posar las patas. El ruido de las hélices seguía siendo ensordecedor, pero el piloto ya había iniciado la maniobra final. Abajo no había luces, nada que delatara vida, solo un terreno rocoso y semiárido, irregular y duro, salpicado de pequeñas elevaciones que rompían la línea del horizonte y ofrecían la cobertura justa para no ser vistos desde lejos.

Jack sintió el cambio en la presión antes de que nadie dijera nada. El helicóptero bajó más, casi rozando el suelo, buscando el punto exacto. No había edificaciones, ni carreteras cercanas, y mucho menos pueblos a la vista. Aquella zona estaba deliberadamente aislada, elegida para desaparecer en ella sin dejar rastro.

Treinta segundos.

El helicóptero tocó tierra con un golpe seco, breve y controlado y el reloj empezó a correr en la cabeza de todos.

Las puertas se abrieron de inmediato. El aire frío y polvoriento entró como una bofetada. Jack fue el primero en saltar sin pensarlo, seguido del resto del equipo, uno tras otro, sin palabras y sin mirarse siquiera. Las botas golpearon la roca y la arena compacta y rápidamente elevaron sus rifles de asalto con miradas rápidas al perímetro.

Cuarenta segundos.

El helicóptero nunca llegaba a detenerse, listo para huir si era necesario en cualquier momento. Cuando el último hombre estuvo fuera, las puertas se cerraron de golpe.

Cincuenta segundos.

—Nos vemos en el punto de extracción —escucharon la voz del piloto a través del auricular—. Estaré esperando.

El aparato volvió a elevarse casi de inmediato, levantando una nube de polvo que los obligó a todos a girar el cuello. En apenas unos instantes, el ruido comenzó a alejarse, tragado por la noche, hasta convertirse en un eco lejano y después… la nada, un absoluto silencio roto solo por el viento arrastrando arena entre las piedras.

Jack levantó la vista y se giró hacia ellos.

—Todo limpio —pronunció mirando alrededor, asegurándose de que no había ningún enemigo en el lugar.

Frente a ellos se extendía un paisaje áspero, hostil, sin refugio aparente más allá de aquellas bajas elevaciones que ahora los ocultaban. No tenían ninguna ayuda, ninguna posible retirada inmediata. No había segundas oportunidades. El helicóptero se había marchado y ahora estaban total y absolutamente solos en medio de la nada.

No perdieron tiempo.

Se reagruparon al abrigo de una de las elevaciones, donde el terreno caía lo justo para ocultarlos de cualquier mirada lejana. Allí comenzó la preparación para la infiltración a pie. No había prisas, pero tampoco margen para errores.

Ajustaron las mochilas con movimientos automáticos, tirando de correas y redistribuyendo el peso. Cada uno sabía exactamente dónde iba cada cosa. Armas revisadas con gestos rápidos: cargadores, seguros, miras y comunicaciones comprobadas en susurros apenas audibles.

—Canal tres, limpio —murmuró Luke, tocándose el auricular.

—Te recibo —respondió Ethan sin levantar la vista del arma—. Como siempre, tu voz es música.

Luke negó con una mueca.

—Algún día te voy a dejar sin radio solo para ver cómo lloras.

Alex soltó una exhalación que rozó la risa mientras ajustaba su chaleco.

—Si empezáis a pelearos ahora, avisad. Así me coloco lejos.

Daniel comprobó el perímetro una última vez antes de volverse hacia ellos.

—Quince minutos y seguimos. El frío va a ir a peor.

Era cierto. El frío nocturno se colaba sin pedir permiso, atravesando la ropa poco a poco e instalándose en los huesos. El suelo bajo sus botas era duro, mezcla de piedra y arena compacta, irregular y traicionero si no se miraba bien dónde pisar. Apenas había vegetación, solo alguna mata seca, arbustos bajos y nada que ofreciera refugio real.

Jack los observó uno a uno mientras terminaban el chequeo silencioso. No tuvo que decir nada, aun así, Mark se acercó un paso, lo justo.

—Todo el equipo está bien, como siempre —le susurró.

Jack asintió.

—Lo sé.

—Y como siempre… salimos todos —pronunció Mark ladeando su cabeza.

Jack sostuvo su mirada un segundo más.

—Como siempre —repitió él—. Nadie se queda atrás —murmuró casi como un mantra.

—Nunca —añadió Alex.

Quince minutos después todo estaba listo. No quedaba nada suelto, nada sin comprobar. Solo quedaba avanzar.

La marcha comenzó sin una sola palabra.

Jack levantó el puño y el grupo se puso en movimiento, fundiéndose con la noche, una sola sombra compuesta por seis hombres que no caminaban juntos por obligación, sino porque eran familia.

Avanzaron en fila, uno tras otro, como una línea oscura que se deslizaba en la noche. El ritmo era constante, medido, sin prisas visibles y sin pausas innecesarias. Cada paso estaba calculado.

Tenían por delante entre seis y ocho kilómetros, una distancia que no parecía excesiva sobre el papel, pero que en aquel terreno se

convertía en una prueba de resistencia y nervios.

Durante el primer tramo, el desierto se abrió ante ellos como un mar muerto. Ondulado, casi infinito, sin apenas refugio. El suelo crujía bajo las botas con un sonido seco que parecía demasiado alto en medio del silencio. No había sombras donde esconderse, solo pequeñas elevaciones que rompían la línea del horizonte y ofrecían un amparo mínimo. De vez en cuando, Jack alzaba el puño y el grupo se detenía. Escuchaban y observaban y, poco después, seguían.

El paisaje comenzó a cambiar de forma sutil, casi imperceptible al principio.

Las dunas dieron paso a estructuras olvidadas, esqueletos de hormigón que emergían de la oscuridad. Edificaciones abandonadas, naves industriales y ruinas de lo que alguna vez tuvo sentido.

Las sombras se multiplicaron, volviéndose traicioneras. Cada esquina podía ocultar una amenaza. Cada hueco negro, una mirada.

El grupo avanzaba pegado a los muros, deslizándose entre restos de hierro oxidado y paredes resquebrajadas, atentos al más leve sonido.

Y entonces llegaron al último tramo.

El aire se volvió más pesado, cargado de algo que no se veía, pero se sentía en la piel. Aquella era ya una zona densa, cercana a territorios controlados por milicias. Caminos de tierra marcados por ruedas antiguas, restos de muros derruidos, chatarra acumulada y vehículos calcinados que parecían advertencias silenciosas. El peligro dejó de ser una posibilidad abstracta para convertirse en una presencia constante.

Había patrullas moviéndose en la oscuridad.

Perros, cuyos ladridos lejanos helaban la sangre.

Vigilantes armados ocultos en puntos elevados, atentos a cualquier movimiento fuera de lugar.

Aquí, cada paso podía ser el último error.

Jack lo sabía y, aun así, siguieron avanzando, porque al final de aquella marcha, tras dos horas de tensión sostenida, los esperaba una mujer atemorizada, una mujer a la que iban a ejecutar por no

conseguir sus objetivos. Y nada, ni la noche ni los hombres que la reclamaban como suya, iba a impedirles llegar hasta ella.

Alzó el puño y todos se situaron frente a una estructura, agachándose, asegurándose de que nadie vigilaba la zona y podían pasar totalmente desapercibidos.

Inspiró hondo y tragó saliva mientras echaba una ojeada rápida al cielo, todo cubierto de estrellas.

Era de noche. El instituto había quedado atrás, el mundo parecía pequeño y silencioso, y estaban tumbados sobre una manta en una colina baja, lejos de las luces, mirando un cielo tan limpio que las estrellas parecían al alcance de la mano. El aire era fresco y olía a tierra y hierba seca. Emma tenía los brazos cruzados sobre el pecho, como si no supiera muy bien qué hacer con ellos, y hablaba en voz baja, señalando constelaciones que apenas reconocía.

—Creo que esa es la Osa Mayor… ¿no? —dijo dudosa.

Jack giró la cabeza para mirarla, no al cielo, sino a ella.

—Puede ser —respondió con una sonrisa—. Pero creo que estás mirando al revés.

Emma rio bajito, avergonzada.

—Siempre me confundo.

Hubo un silencio cómodo, de esos que no pesan.

Jack apoyó un codo en la manta y se incorporó un poco, mirándola con una intensidad que ella notó enseguida. Emma bajó la mirada.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, casi en un susurro.

Jack no se escondió. Nunca supo hacerlo con ella desde que había aceptado ir al cine por primera vez.

—Que me gustas… —dijo simplemente—, mucho.

Emma tragó saliva.

—Jack… —murmuró—. Yo…

Él no esperó a que terminara. Se inclinó hacia ella con una seguridad que contrastaba con el temblor leve que recorría su pecho. Le sostuvo la mejilla con cuidado, como si Emma fuera algo frágil, algo que podía romperse si no era delicado.

La besó. Fue un beso lento, torpe y sincero, bajo un cielo lleno de estrellas que parecían observarlos en silencio. Emma se quedó quieta al principio, sorprendida, sin saber dónde poner las manos. Luego, con timidez, apoyó la frente en la de Jack cuando se separaron apenas unos centímetros.

—Es mi primer beso —confesó ella.

Jack sonrió, apoyando su nariz en la de ella.

—Mmm… no el mío —respondió sincero. Ella abrió los ojos al máximo y golpeó su hombro levemente, aunque divertida—. Pero sí el mejor.

Emma levantó por fin la mirada con los ojos brillantes, y sonrió de esa forma tan suya, pequeña y luminosa, como si el mundo acabara de descubrir algo precioso mientras las estrellas se reflejaban en sus ojos.

Jack bajó la mirada del cielo de golpe, como si aquellas estrellas pudieran delatarlo.

No era momento para recordar, debía mantenerse totalmente frío, no debía dejar que los sentimientos se adueñasen de su mente o perdería precisión, y allí cualquier error se pagaba con sangre.

El recuerdo se disolvió con la misma rapidez con la que había llegado, dejando detrás una presión incómoda en el pecho. Apretó la mandíbula y obligó a su mente a volver al presente. Emma no era un recuerdo ahora, era un objetivo.

Levantó el puño y el equipo se detuvo al instante.

Habían llegado.

No entraron directamente, nunca lo hacían.

Se deslizaron hasta un punto elevado, una pequeña loma rocosa desde la que se dominaba la zona sin exponerse. El terreno ofrecía sombras irregulares, restos de muros derruidos y chatarra oxidada que servían de cobertura natural. Se agacharon, casi fundiéndose con el paisaje, y comenzaron a observar.

Jack se tumbó boca abajo con los prismáticos en la mano.

Delante de ellos, a unos cientos de metros, se extendía el complejo: edificaciones bajas, muros levantados a medias, una

antigua nave industrial reutilizada con luces escasas y mal distribuidas. Demasiado silencio para ser casual.

—Tengo dos guardias al este —susurró Alex Turner por el comunicador—. Armados. Patrón de movimiento corto.

—Confirmo uno más al sur —añadió Daniel Miller—. Parece fijo. No patrulla.

Jack asintió despacio.

—No improvisan. Siguen rutina.

Mark Reynols ajustó su visor nocturno.

—Entrada principal al frente con una puerta metálica. Una secundaria por detrás, medio oculta. Esa me gusta menos.

—A mí también —murmuró Luke Donovan—. Demasiado tranquila.

Ethan, más atrás, revisaba ángulos.

—Hay perros. No los veo, pero los oigo. Dos, quizá tres.

Jack apretó los prismáticos cuando distinguió una figura moviéndose cerca de la nave principal. El corazón le dio un golpe seco, pero su voz no cambió.

—La retienen dentro —dijo con calma—. Esa estructura es el centro, no la van a tener en un edificio secundario.

—Demasiado valiosa —añadió Mark—. Coincido.

Durante varios minutos nadie habló, solo vigilaban tomando nota mental de todo: tiempos, trayectorias, luces que se encendían y apagaban y cambios de guardia.

—Cambio cada veinte minutos —susurró Daniel—. Son disciplinados… pero no brillantes.

Jack bajó un momento los prismáticos y cerró los ojos apenas un segundo.

—Bien —dijo al fin—. Entrada por el flanco oeste.

—¿La rampa de servicio? —preguntó Mark sin apartar el ojo del visor.

—Sí. —Jack volvió a levantar los prismáticos—. No hay focos fijos, solo luz intermitente. Dos guardias, no, tres, y el ángulo muerto para no ser visibles lo genera la propia estructura.

—Tiene eco —murmuró Daniel—. Pasillos duros y piedra. El sonido corre —comentó no muy seguro.

—Pero también se pierde —replicó Jack—. Hay mucho ruido ambiente: generadores, viento… nadie va a distinguir pasos si vamos pegados al muro.

Mark desplazó el dedo por el mapa plegable.

—Salida —dijo con voz susurrada—. Si todo va limpio, ¿misma ruta?

—Sí —corroboró Jack.

—¿Y si no va limpio? —intervino Daniel—. Tenemos que pensar en el helicóptero.

Jack asintió despacio.

—LZ primaria al sur. Terreno abierto, pero visible desde la azotea —contestó y resopló observando aquella zona.

—La azotea es un problema —corroboró Mark—. Si dan la alarma, se van a concentrar ahí, puede haber fuego cruzado.

—Por eso no salimos por la entrada —respondió Jack—. Salimos por la parte trasera, bajamos por el desnivel y ganamos esos trescientos metros —dijo rápidamente, con los prismáticos en los ojos.

Hubo un silencio breve.

—¿Alternativa? —preguntó Mark.

Jack señaló con la barbilla.

—Ese muro norte. Medio derruido —señaló con el dedo—. No es bonito, pero nos cubre del fuego directo. Desde ahí podemos pedir aproximación máxima.

—¿Y si el helicóptero no puede bajar tanto? —insistió Daniel.

—Entonces LZ secundaria —respondió Jack sin dudar—. Nos movemos al este entre las rocas. Es más largo y feo —bromeó—, pero viable.

Mark respiró hondo.

—Todo el edificio se va a dar cuenta de que estamos ahí.

—Sí —dijo Jack—. Y en ese momento ya no importa el sigilo. Importa el tiempo.

Daniel miró de nuevo el edificio.

—Entrar rápido. Salir más rápido —comentó bromeando.

Jack bajó los prismáticos otra vez, clavó la vista en la estructura y habló en voz baja, firme.

—No es la primera vez que hacemos algo así —recordó—. La sacamos y, luego, que arda todo lo demás.

El tiempo dejó de estirarse y empezó a comprimirse. Ya no era la espera, ahora era una cuenta atrás.

Jack hizo un gesto breve con la mano y el equipo se recogió sobre sí mismo, sombras ajustando sombras. Mark revisó el cargador por última vez y lo encajó con un golpe seco, contenido. Daniel comprobó el cuchillo en el costado y luego el arma, rutina aprendida a base de noches peores que aquella.

—Canal uno —susurró Jack.

Un clic leve en su oído.

—Te recibo —respondió Mark.

—Claro y limpio —añadió Daniel.

Jack asintió. Ajustó el auricular contra la piel, comprobó el micrófono con dos dedos y cerró un instante los ojos, escuchando solo el murmullo del viento y la respiración controlada de los otros. Todo funcionaba correctamente.

Se colocó el casco mate, sin marcas, bajándolo hasta que le cubrió bien la frente. Después se subió la braga negra, gruesa, ocultándole la boca, la nariz y parte de las mejillas, al igual que el resto del equipo. Solo quedaron visibles los ojos, duros, irreconocibles incluso para quien los hubiese mirado de cerca alguna vez, y se ajustó las gafas balísticas.

Miró a los demás, todos iguales, totalmente anónimos, sin nombre ni pasado. Solo hombres a punto de entrar en un lugar que no perdonaba errores.

Jack fue el primero en moverse. Se acercó al borde del punto de observación y levantó el puño cerrado.

—Vamos —susurró.



8

La noche los engulló mientras avanzaban.

Se movían pegados a los muros con los cuerpos agazapados y pasos medidos.

El edificio crecía ante ellos como una masa oscura, irregular, con ventanas ciegas y heridas abiertas en el hormigón.

Jack levantó el puño y el equipo se detuvo al instante. Dos sombras vigilaban la rampa de servicio, de espaldas y ajenas a lo que se les acercaba.

Mark y Daniel se deslizaron primero, tal y como hacían siempre.

No hubo disparos ni gritos, solo el roce breve de una mano firme, el chasquido seco de un cuello girado con precisión quirúrgica y el peso de un cuerpo que caía al suelo sin ruido. El segundo guardia apenas tuvo tiempo de girar la cabeza antes de que una hoja corta encontrara su sitio en el cuello.

Jack contó hasta dos y dio la orden con un gesto.

—Zona uno, limpia —susurró mientras Mark y Daniel dejaban los dos cuerpos en las sombras para no ser vistos y que se desatase el caos.

Jack abrió la puerta poco a poco, intentando evitar cualquier ruido o crujido.

El interior olía sobre todo a gasóleo. Los pasillos eran estrechos y las columnas estaban mal alineadas, creando sombras que engañaban al ojo.

Avanzaron en cuña, cubriéndose los ángulos y deteniéndose cada pocos metros. Jack señalaba, Daniel cubría y Mark cerraba la retaguardia. El ritmo era constante y letalmente silencioso.

—Contacto, derecha —susurró Alex desde el fondo.

Jack levantó dos dedos indicando que debían esperar.

Un hombre apareció al final del pasillo, ajustándose el arma y bostezando.

Ethan surgió de las sombras y lo atrapó antes de que pudiera reaccionar. Dio un golpe seco y controlado. El cuerpo cayó quedando apoyado contra la pared, como si siempre hubiera estado allí.

—Anulado —confirmó.

—Sigue —ordenó Jack en un susurro que solo podían escuchar ellos a través de los auriculares en sus oídos.

Se ocultaron tras una pila de cajas cuando una luz cruzó el pasillo perpendicular. Se escucharon pasos, voces lejanas y risas apagadas.

Jack contó el tiempo exacto entre las pisadas y levantó la mano. Se movieron cuando el sonido se alejó, como si el edificio respirara a su favor.

—Cruce despejado —susurró.

—Recibido —respondió Mark, el último de la formación.

Subieron una escalinata a medio derruir. Aquel edificio estaba totalmente hecho trizas y debían ir con cuidado con cada piedra o trozo de pared caído, pues cualquier sonido podría alertar de que se encontraban allí.

En el rellano, dos hombres discutían en voz baja.

Mark se lanzó primero y Daniel cerró por detrás. Uno cayó sin poder reaccionar siquiera y el otro intentó llevarse la mano al arma, pero no llegó.

—Limpio —susurró Daniel.

Más adentro, el ruido de un generador marcaba un pulso irregular y las sombras se espesaban. Jack se detuvo frente a una puerta metálica, apoyó la palma y escuchó. Al otro lado había una respiración nerviosa y una silla arrastrándose.

—Objetivo probable —susurró—. Cubrid.

Asintieron mientras tomaban sus posiciones con las armas listas y los dedos fuera del gatillo. Jack respiró una vez, giró el pomo con cuidado y empujó apenas lo suficiente para deslizarse dentro.

El edificio no sabía aún que estaba muriendo por dentro mientras ellos seguían avanzando, silenciosos y precisos, dejando atrás un rastro invisible de puertas abiertas y amenazas que ya no lo eran.

La puerta cedió con un crujido leve, pero allí no estaba Emma.

Jack lo supo en el primer segundo, antes incluso de procesar lo que sí había: cuatro hombres alrededor de una mesa, con las armas apoyadas en ella y una linterna iluminando la estancia. Sus miradas se alzaron al unísono, sorprendidas e incrédulas. El tiempo se comprimió hasta doler.

—Ahora —ordenó en un susurro.

Los disparos fueron secos, contenidos y casi irreales. Los silenciadores ahogaron el sonido, pero no el impacto. Dos cuerpos cayeron al instante, pero el tercero intentó levantarse con los ojos abiertos de par en par. Jack lo abatió antes de que pudiera apuntar. El cuarto gritó. No fue un grito completo, solo un sonido breve… pero suficiente para que la alarma surgiese en el edificio.

—Mark, aguanta la puerta —dijo Jack sin levantar la voz, comprobando que el resto de los caídos ya no tenían opción de responder.

—Recibido.

Mark se colocó al lado del marco con el arma en alto, cubriendo el pasillo exterior mientras el eco del grito se extendía como una mancha. A lo lejos, las voces se alzaban y se escuchaban pasos apresurados. El edificio estaba despertando.

Jack avanzó hacia el fondo de la estancia donde había otra salida.

—Tenemos comunicación trasera —murmuró Daniel.

La puerta daba a un pasillo estrecho, más oscuro aún, con dos accesos enfrentados al final. Desde allí ya se escuchaba el caos: órdenes gritadas en árabe, el arrastre nervioso de armas y puertas abriéndose de golpe.

—Se acabó el sigilo —dijo Alex.

—Lo sé —respondió Jack—. Pero aún tenemos ventaja.

Una ráfaga de disparos resonó a lo lejos, sin silenciador, y así comunicaron al resto del edificio que no estaban solos.

—Contacto múltiple acercándose —avisó Mark desde la puerta—. Rápido.

Jack levantó el arma y señaló las dos puertas del pasillo.

—Daniel, izquierda. Ethan, derecha. Entramos y limpiamos.

El pasillo vibró con pasos que se acercaban y el aire se llenó de tensión, de polvo en suspensión, de ese olor previo a la violencia total.

Jack dio un paso al frente, dirigiéndose al final del pasillo para controlar.

Daniel abrió la puerta con el arma en alto… y se quedó inmóvil.

En la habitación no había combatientes, solo una mujer encogida contra la pared y un niño dormido sobre una cama improvisada, envuelto en una manta demasiado fina.

Los ojos de la mujer se clavaron en él con un terror de esos que no necesitan explicación. El niño se removió, murmuró algo en sueños y abrazó el borde de la manta.

Daniel bajó el arma despacio y se llevó un dedo a los labios.

—Shhh… —susurró—. Nada de ruido —ordenó.

La mujer asintió frenéticamente, tapándole la boca al niño con la mano. Daniel dio un paso atrás, cerró la puerta con cuidado y apoyó la frente un segundo en la madera. Aquel crío no tendría más de seis años. Demasiado pequeño para entender por qué dormía entre armas, gritos y miedo, demasiado pequeño para crecer allí.

Daniel apretó la mandíbula y regresó al pasillo, no podía permitirse pensar más.

Al otro lado, Ethan abrió su puerta y contuvo el aliento.

—La tengo —dijo por el comunicador, con la voz más grave—. Tengo el paquete.

Jack no esperó a oír nada más y echó a correr. Entró en la habitación y el mundo se redujo a un solo punto. Emma estaba allí. Se le paralizó el corazón de inmediato y tuvo que hacer un gran esfuerzo por reaccionar. Estaba acostumbrado a situaciones así, pero aquella vez era diferente.

Emma permanecía colgada del techo por unas cadenas que le apresaban las muñecas unidas, con el cuerpo vencido hacia delante y los pies apenas rozando el suelo. Sus brazos se encontraban estirados en un ángulo imposible, sujetando todo el peso del cuerpo que no podía apoyar en el suelo. Tenía la cabeza caída y el cabello pegado al rostro por el sudor y la sangre seca. No se movía.

Se acercaron a ella en dos zancadas.

Jack vio la camisa rota, desgarrada a la altura del hombro, los pantalones manchados y abiertos por los muslos, cortes finos en los brazos y moratones oscuros que empezaban a dibujarse bajo la piel. Había sido golpeada, maltratada y humillada, pero no dejó que la ira se apoderase de él, no aún, necesitaba mantener la mente fría, aunque el pecho le ardía de rabia.

—Ethan, el anclaje —ordenó señalando el gancho del techo—. Ahora.

Ethan se subió a una silla inestable y comenzó a manipular la cadena con manos firmes. El metal chirrió suavemente al aflojarse mientras Jack se colocaba debajo y sujetaba a Emma por las caderas para cuando ella cayese. Cuando la cadena cedió, el cuerpo de Emma cayó a peso muerto y Jack la atrapó al instante. El impacto le sacudió los hombros, pero no la soltó. Se dejó caer con ella, amortiguando la caída hasta depositarla en el suelo con una delicadeza casi reverente, como si el mundo entero pudiera romperse si la soltaba mal. Se fijó en su rostro, aquel rostro que tanto había amado en su juventud, recordando su sonrisa, y apretó los labios.

Daniel se situó al lado de su puerta cubriendo la zona del pasillo, preparado para disparar si fuera necesario.

Jack golpeó suavemente la mejilla de Emma, pero esta no reaccionó. Fue Ethan, el médico militar, quien se arrodilló a su lado y buscó su pulso.

Ethan se inclinó sobre ella con manos firmes pero delicadas, buscando cada señal de vida que pudiera confirmarle que no estaba rota del todo. Sus dedos palpaban el cuello, la muñeca, la clavícula y, finalmente, levantó la cabeza hacia Jack.

—Pulso estable —dijo en un susurro táctico, con el comunicador pegado al pecho—. Está inconsciente, pero bien.

Jack asintió y se inclinó con cuidado hacia ella, colocándole una mano bajo la nuca y la otra sobre la mejilla.

—Emma Carter… mírame. Emma, estás a salvo.

Ella no reaccionó. Jack negó con la cabeza hacia Ethan, un gesto breve de frustración contenida, pero justo entonces los párpados de Emma temblaron y se abrieron. Sus ojos encontraron los de ellos, aunque los dos pudieron detectar el miedo en su mirada y cómo comenzaba a temblar, sin comprender lo que estaba ocurriendo.

Jack le aguantó la mirada, suave pero autoritario.

—Tranquila —susurró—. Somos soldados estadounidenses. Estamos aquí para sacarla de este lugar. No está sola.

El terror en su mirada no cedía, pero parecía buscar alguna ancla en su voz. Entonces, en un hilo apenas audible, Emma murmuró.

—Tom… —sollozó.

Jack supo a quién llamaba, pues ya le habían informado en el *briefing* de que su compañero había sido ejecutado.

Su cuerpo se aflojó de nuevo, cayendo hacia un lado, inconsciente.

Jack la sostuvo, asegurándose de que no cayera, mientras los disparos comenzaron a reverberar a lo lejos. El crujir de la madera, los ecos metálicos de balas impactando en paredes cercanas. La operación, que hasta entonces había sido sigilosa, empezaba a desmoronarse.

—Se complica —informó Daniel a través del canal silencioso con la respiración contenida pero urgente—. Fuego cruzado en la primera planta. No sabemos cuántos, pero se nos complica todo.

Alex, junto al equipo, tomó la radio y pulsó el botón con rapidez mientras se agachaba para que las balas no le interceptasen, rebotando por encima de la pared que le servía de escudo.

—Carga comprometida. Extracción inmediata al mando —exigió Daniel mientras se agachaba más, encogiéndose ante el fuego cruzado.

Alex se agachó a su lado sin dejar de disparar en la primera planta.

—Son demasiados —le dijo a su compañero, el cual ya extraía su fusil y tomaba posición para realizar la cobertura que daba a las escaleras por donde debían bajar el paquete.

—Ya está dada la orden —dijo antes de apretar el gatillo. Por varios pasillos no dejaban de llegar milicianos dispuestos a evitar que su misión se cumpliese.

Se agachó de nuevo cuando todos escucharon por radio las órdenes del centro de mando, sin margen de dudas.

—Recibido, equipo. Confirmada carga comprometida. Helicóptero de extracción en camino. Mantened posiciones defensivas. Prioridad: proteger al objetivo. Jack, asegure la retirada con Emma. Cobertura máxima. Todos los demás, fuego selectivo y coordinación por sectores. Confirmad cuando estéis en ruta hacia el punto de extracción.

El tono no dejaba lugar a discusiones. Cada palabra pesaba como plomo sobre el oído de los hombres, pero a la vez les daba una meta: sobrevivir, cubrir al compañero y completar la misión.

—Entendido —contestó Jack apretando los dientes mientras Ethan se ponía en pie y se dirigía junto a su compañero para cubrir las escaleras y facilitar la extracción—. Movemos al objetivo, orden de fuego en todo momento, nadie queda atrás.

—Afirmativo —replicó Mark desde la puerta mientras ajustaba la posición de su fusil y cubría el ángulo más expuesto—. Extracción asegurada, nos movemos en cuanto puedan acercar el helicóptero.

—Copiado —dijo Alex mientras mantenía la radio en la oreja y las manos firmes sobre el fusil—. Todo en marcha.

La certeza de que el mando ya estaba coordinando su llegada les dio un respiro tenso, aunque fuera mínimo. Sabían que cada segundo contaba y que el mundo entero se reducía al metal frío de sus armas, a las sombras que avanzaban y a la figura frágil que permanecía tumbada e inconsciente en el suelo.

Jack se inclinó ligeramente sobre Emma, observando cada línea de su rostro, cada sombra marcada por el dolor y el cansancio. El alivio de verla viva se mezclaba con la rabia contenida y la certeza de que nadie, en aquel instante, podría haber asumido lo que él

estaba haciendo. Nadie la cuidaría con la misma intensidad ni arriesgaría tanto por ella como él. Nadie la salvaría como él lo haría.

Pero mientras la sostenía, su mente lo traicionó con un recuerdo de doce años antes que lo golpeó con la fuerza de la nostalgia.

—Jack… por favor… —susurraba ella en el porche de su casa, sollozando, mientras lo tomaba del brazo—. No me dejes. Intentémoslo. Podemos hacerlo.

Él respiró hondo, con la mirada fija en algún punto imaginario del jardín delantero, tratando de contener el dolor que le arrancaba su propia voz.

—No… no podemos, Emma —dijo con voz firme, pero rota por dentro—. Yo… mis misiones, lo que hago… no puedo darte una vida conmigo. No puedo dejar que esperes algo que quizá nunca volveré a poder darte.

—¡Pero…! —Ella sollozó más fuerte, desesperada—. ¿Por qué? Te quiero, Jack… solo intenta…

Él negó con la cabeza suavemente, con una mezcla de dolor y amor contenido.

—No —dijo tajante—. No podemos, Emma.

—¿Por qué…? —sollozó ella, aferrándose a su chaqueta—. Solo… intentémoslo.

—¡Porque esto no es vida! —gritó al final—. Yo no soy alguien con quien se construya nada y no voy a arrastrarte conmigo.

—No me importa —susurró ella entre lágrimas—. Puedo esperar.

Jack apretó la mandíbula. Su voz salió seca, cortante, como un disparo contenido.

—No voy a volver. Acostúmbrate a esa idea.

No dijo nada más. No la abrazó. No dio ninguna explicación más.

Ella cerró los ojos y las lágrimas resbalaron por su rostro. Él, en silencio, acarició su mejilla con una mano imaginaria, sabiendo que aquel adiós era la decisión más dolorosa que jamás tomaría.

Durante todos esos años jamás había dejado de pensar en ella, en su sonrisa, en la forma en que sus ojos se iluminaban. En cada

misión, en cada decisión, Emma había estado allí, aunque él nunca pudiera mostrárselo.

Y ahora, doce años después, el destino los había vuelto a unir. Pero no como él había soñado en sus noches más secretas. No en aquel instituto ni en las calles de Nueva York, sino aquí, en el caos, entre el fuego y el miedo, donde el amor y la supervivencia se entrelazaban de una manera que ninguno de los dos había previsto.

Sus pensamientos se interrumpieron por la voz fría y clara del mando en la radio.

—Equipo, atención. Tienen cinco minutos para coordinar con el helicóptero. Confirmad posiciones, cubrimientos y punto de extracción. Prioridad máxima: objetivo seguro. Jack, asegura la retaguardia mientras Emma se mantiene estable. Todos los demás, fuego de cobertura y preparación para movimiento inmediato. Repetición: cinco minutos.

Jack apretó los dientes, asintiendo a través del auricular. El pasado podía esperar. Ahora, la misión reclamaba su mente y su corazón a partes iguales.

Dejó escapar un suspiro contenido y ajustó la braga táctica que cubría parcialmente el rostro de Emma. Con un movimiento firme, la levantó del suelo y la apoyó sobre su hombro derecho, sujetándola con fuerza, pero con cuidado para que no se lastimara más. Su peso no era ligero, pero la adrenalina lo mantenía sólido y concentrado.

—Mark, Daniel —dijo manteniendo la voz baja, pero autoritaria —. Formación diamante. Mark delante, Daniel cubre retaguardia conmigo. Ethan, ajusta la cobertura en las escaleras, mantente listo para apoyo.

Ethan asintió, observando cada paso, mientras Alex mantenía la radio abierta y revisaba los canales de coordinación con el helicóptero.

—Águila Uno, aquí Bravo —dijo Jack sin perder el ritmo—. Carga asegurada. Solicitamos extracción inmediata. Punto secundario comprometido. Estado de LZ.

La voz del piloto respondió clara y firme:

—Bravo, recibido. Patrón bajo. Fuego ligero desde el sur. LZ secundaria no viable. Propuesta: patio trasero, ochenta metros al

oeste. Tiempo estimado de llegada: tres minutos.

—Confirmado —replicó Jack—. Necesitamos fuego de supresión en aproximación. Entrada caliente.

Un estruendo resonó desde la primera planta y el polvo cayó del techo. Jack avanzó un par de pasos más, ajustando la posición de Emma sobre su hombro.

—Humo rojo, solo cuando diga —ordenó Jack mientras miraba a su compañero—. Movimiento en dos. Nadie se separa. Si alguien cae, lo arrastramos. No paramos.

Ethan sujetó la puerta, cubriendo el flanco mientras Jack avanzaba con Emma. Cada paso era medido, firme, mientras el equipo de la planta baja seguía disparando sin cesar.

—Águila Uno —informó Jack a través de la radio—. Bravo en movimiento hacia LZ primaria. Cuenta atrás iniciada.

—Os esperamos —contestó el piloto—. Tres minutos.

Jack respiró hondo. Cada disparo, cada sombra, cada segundo lo acercaban más a la meta. Sobre su hombro, Emma estaba inconsciente, frágil, pero viva. Y él sabía que haría lo que fuera necesario para sacarla de allí… costara lo que costara.

Con la noche como aliada y los disparos retumbando por todo el edificio, Jack avanzó, llevando a la mujer más importante de su vida hacia la única salida que importaba: la libertad.

El rugido lejano del helicóptero se escuchaba antes incluso de verlo. El piloto confirmó por radio con voz firme.

—Bravo, patrón visual. Edificio localizado. Preparados para extracción. Fuego de supresión listo. Tiempo estimado de llegada: treinta segundos.

Jack ajustó la braga de Emma sobre su rostro y la apretó contra su hombro, respirando hondo, sintiendo cada músculo tenso.

—Movimiento en marcha —dijo—. Ethan, Daniel, cobertura trasera. Mark, adelante. Vamos.

No hubo pausa. Los disparos rebotaban por los pasillos, las balas silbaban rozando paredes, pero el equipo se movía como una unidad perfecta, sincronizada, ensayada en mil escenarios.

Jack no dejaba de correr. Emma sobre su hombro era un peso que lo hacía más consciente de cada paso y de cada escalón.

Bajaron la escalera a toda velocidad, con Mark cubriendo la vanguardia y Daniel disparando a cada sombra que se movía.

—Puerta derecha —susurró Jack mientras giraban, ajustando la trayectoria para llegar al patio trasero—. Cuidado con los ángulos.

El corazón le latía como un tambor. Cada paso lo acercaba al punto de extracción, cada disparo lo empujaba a acelerar. Alex y Ethan mantenían fuego de supresión desde atrás, conteniendo a los milicianos mientras la tensión se podía cortar en el aire.

Giraron en el siguiente pasillo. Jack adelantó un instante la mirada y vio que Mark abría la puerta, controlando los flancos. Sin vacilar, Jack avanzó con Emma sobre el hombro, saltando los restos de escombros y esquivando los últimos disparos que se colaban desde las ventanas rotas.

Al asomarse al patio trasero, la visión del helicóptero los golpeó como una promesa: las luces iluminaban el polvo en suspensión, la metralleta desde el helicóptero giraba disparando sobre los ángulos abiertos donde los secuestradores intentaban evitar la extracción, cubriendo desde el helicóptero la retirada con un rugido que era al mismo tiempo fuego y música de guerra.

—Bravo en zona —dijo Jack en la radio—. Confirmado visual. Movimiento rápido al LZ.

El viento del rotor golpeaba sus rostros con arena y sentían cómo la adrenalina les atravesaba cada vena. No había tiempo para pensar, solo para moverse, proteger, correr y sobrevivir.

—¡Avance, avance! —ordenó Mark mientras cubría la puerta—. No os detengáis. Equipo reunido —gritó hacia Jack dándole a entender que todos se encontraban rodeándolo para poder llevar el paquete a salvo hasta el helicóptero.

—Bravo, a LZ —informó Alex desde atrás, manteniendo la calma bajo el estrés—. Cobertura máxima. Movimiento directo.

Jack no lo pensó más. Era ahora o nunca.

Sujetó con fuerza la cintura de Emma sobre su hombro, notando cada hueso, cada peso, cada leve movimiento inconsciente de su cuerpo, y comenzó a correr a través del patio. Las balas silbaban a centímetros de sus pies, rebotando y levantando polvo. El rotor del

helicóptero agitaba el aire caliente y cortante, golpeándole la cara cubierta.

El corazón de Jack latía con fuerza desbocada, cada paso era una mezcla de impulso y miedo. Sabía que cualquier segundo de vacilación podía costarle la vida a Emma, a él o a todo el equipo. Su respiración era corta y acelerada mientras corría con el instinto de supervivencia y la determinación de no fallarle jamás. Cada centímetro de patio parecía infinito, cada sombra podía ser un disparo y cada crujido un enemigo oculto.

Sus compañeros cubrían el avance con la precisión con la que siempre formaban y tantas veces habían ensayado, como si se tratase de una coreografía.

Ethan y Daniel avanzaban disparando hacia atrás, manteniendo fuego de supresión constante para que ningún miliciano pudiera acercarse al grupo o disparar en su dirección. Mark iba por delante, abriendo ángulos, controlando los posibles flancos y señalando mentalmente rutas de escape. Alex se mantenía alerta, cubriendo radios y comunicando cada amenaza, cada movimiento enemigo, cada rincón del patio que podría ser peligroso tanto a sus compañeros como al helicóptero para que pudiesen cubrirlos.

Jack sentía la presión en cada músculo: sus piernas quemaban, su respiración ardía en el pecho, pero no podía permitirse reducir la velocidad. Cada vez que pasaba junto a un disparo cercano, su cuerpo se tensaba instintivamente y la adrenalina le quemaba las venas como fuego líquido. Miró a sus compañeros y vio en sus ojos la misma mezcla de concentración y urgencia, la confianza mutua que solo se forjaba en misiones imposibles, en vidas compartidas entre balas y caos.

El helicóptero ya estaba allí, vibrando y disparando la metralleta para despejar cualquier camino. Ajustó a Emma sobre su hombro a medida que se acercaba al helicóptero para saltar a su interior, asegurándola contra su torso y notando cómo su pequeño cuerpo temblaba inconsciente.

—Sigan cubriendo flancos —ordenó con voz corta y precisa, casi inaudible entre el ruido.

Sus ojos se fijaron en la plataforma del helicóptero, y cada centímetro que los acercaba hacía que el miedo y la esperanza se mezclaran en un solo golpe de adrenalina. Sabía que estaban cerca, pero también que el peligro estaba en cada sombra, en cada paso que daban hacia la libertad. No había margen de error. No podía fallarle a Emma.

—Bravo, en LZ —gritó Alex por la radio, con voz firme—. Cobertura completa, objetivo seguro casi en plataforma.

Jack vio la borda del helicóptero acercándose y un soldado que no estaba operando la metralleta extendió la mano.

—Arriba, rápido —dijo con precisión militar—. Salta, peso seguro.

Jack respiró hondo y avanzó un paso más. Cada músculo ardía, cada golpe de rotor lo empujaba hacia atrás, pero no dudó. Colocó un pie sobre el borde de la plataforma y, con un impulso controlado, subió con Emma en su hombro, balanceándola ligeramente para mantenerla estable.

El soldado lo sujetó de la mano con fuerza y tiró de él hacia dentro. Jack sintió cómo el aire cortante del rotor golpeaba su rostro mientras depositaba a Emma con cuidado sobre una camilla improvisada. Apenas la colocó, sus manos regresaron a su fusil y se incorporó, respirando con dificultad, pero vigilante.

—Paquete asegurado —informó Jack con la respiración agitada —. Movimiento completado.

Detrás de ellos, el equipo se movía con precisión. Ethan y Daniel seguían cubriendo el patio, manteniendo fuego de supresión mientras Mark cerraba la retaguardia, asegurando que ningún enemigo se acercara. Alex coordinaba con el piloto, dando coordenadas exactas para que el helicóptero ajustara la posición, cada movimiento milimétrico, cada decisión basada en segundos de ventaja.

Jack disparaba sin cesar al igual que la metralleta para asegurar las vidas de sus compañeros mientras se acercaban al gran helicóptero, aunque giró un momento su cuello hacia ella. Emma estaba a salvo, aunque inconsciente, y él no dejaría que nada ni nadie cambiara eso.

—Zona crítica —gritó el piloto que intentaba mantener estable el helicóptero en aquel patio trasero, sin llegar a tocar tierra para ir girando a medida que sus compañeros llegaban, facilitando así la entrada de todos ellos.

—Fuego de supresión activo —ordenó Jack por la radio—. Cobertura trasera y flancos, mantengan ángulos limpios —repitió indicándole las zonas de mayor peligro.

Jack escuchó un disparo cercano que rebotó en el helicóptero y le hizo tensarse.

Jack se incorporó sobre la cubierta, respirando con fuerza. Ayudó a su equipo a subir con la mano hasta que todos estuvieron a salvo.

—¡Listo! —gritó Mark, el último en entrar, mientras cerraba la puerta del helicóptero y este ganaba altura sin esperar un segundo más. Jack se permitió un instante para mirar el terreno que dejaban atrás: el edificio, los disparos y el caos organizado. Había sido un infierno, pero lo habían logrado. Emma estaba a salvo, y aunque el miedo aún latía en cada músculo, una chispa de esperanza se encendió en su pecho: la misión había triunfado y, una vez más, nadie del equipo había quedado atrás.



9

El rugido del rotor llenaba la cabina, mezclándose con el zumbido del viento que se colaba por las rendijas. En cuanto el helicóptero se estabilizó, Ethan examinó de nuevo a Emma, tumbada sobre una camilla, asegurándose de que no tuviese ninguna herida que pusiese en riesgo su vida y la cubrió con una manta.

Jack permanecía firme, con Emma aún inconsciente ante él y su respiración irregular.

Miró de nuevo por la ventanilla. No se podía permitir relajarse, cada fibra de su cuerpo seguía alerta, escaneando el horizonte, buscando cualquier indicio de que los milicianos pudieran haberlos seguido.

A su alrededor, el equipo estaba concentrado, ajustando armas y comunicándose en voz baja. Nadie hablaba más de lo necesario, pero el peso de la tensión era casi tangible. Siempre era así.

Tragó saliva y volvió a mirar a Emma. Era lo único que le importaba. No podía permitir que nada ni nadie la pusieran en peligro otra vez.

Poco a poco, Emma empezó a mover los dedos de la mano, un gesto leve, casi imperceptible, pero Jack lo notó de inmediato y bajó la cabeza para observarla sin hacer ruido.

Emma parpadeó con lentitud y finalmente abrió los ojos.

Jack fue consciente de ello y se incorporó de inmediato.

—Ethan —llamó a su compañero, el médico, mientras Emma parecía recobrar el conocimiento.

Ethan se acercó con calma, situando su rostro ante ella, aunque aún llevaban el casco y la braga para cubrir su rostro. Ethan se bajó la braga y miró a Emma que le devolvía una mirada asustada y confundida.

—Tranquila —intentó calmarla al ver que ella miraba nerviosa de un lado a otro. Extrajo una pequeña linterna y apuntó a los ojos para ver si sus pupilas reaccionaban—. Emma Carter, ¿me escucha?

—Sí —murmuró ella con dificultad.

Ethan colocó sus dedos sobre la muñeca y luego sobre el cuello, midiendo el pulso, luego controló la respiración.

—Pulso regular… bien. Ahora abre los ojos lentamente —dijo al ver que ella volvía a cerrarlos. Los abrió lentamente y su mirada siguió la luz—. ¿Ves la luz que te señalo?

—Sí —susurró entornando los ojos.

—Perfecto. ¿Dolor en alguna parte? Dime cualquier cosa, incluso mínima.

Ella tardó unos segundos en responder.

—El estómago… y los brazos… un poco —contestó con voz temblorosa.

—Entendido. Mantén la calma —continuó con voz suave ante la supervisión continua de Jack—. ¿Escuchas bien mis instrucciones?

—Sí —afirmó ella con un hilo de voz.

Jack se inclinó un poco hacia ella y habló con voz grave y firme, pues ella parecía asustada, como si no supiese dónde se encontraba.

—Somos soldados estadounidenses —le explicó—. Estás a salvo. Ya no pueden hacerte daño. —Ella parpadeó varias veces y, de repente, una lágrima resbaló por su mejilla al comprender la situación. La presión de todo lo que había vivido se desbordó en un sollozo ahogado—. Shhh… tranquila, estás a salvo —continuó Jack apretando suavemente su mano que descansaba sobre la camilla.

Ethan anotaba datos mientras hablaba, revisaba los ojos, el oído y la respiración.

—Emma, sigue mi dedo con la mirada… muy bien. Ahora aprieta mi mano —dijo Ethan dándole la otra mano—, solo un poco.

—Sí —dijo ella intentando obedecer mientras otro sollozo se le escapaba.

—Bien —confirmó Ethan a Jack, informándole de la situación de la muchacha—. Pulso firme, respiración estable, conciencia parcial —confirmó Ethan sentándose de nuevo en su asiento sin perder de vista a Emma—. Todo dentro de los parámetros normales para alguien que ha pasado por lo que tú has pasado —le confirmó a ella de forma tranquilizadora—. Eres una mujer fuerte.

Emma giró su cuello y miró a Jack que no soltaba su mano.

—Gracias —susurró con voz temblorosa. Jack negó con la cabeza—. Mi… mi compañero… Tom… —lloró esta vez más fuerte, quebrando la respiración de todos los soldados al comprender lo que ocurría. Su compañero había sido ejecutado por aquella milicia siria.

Jack asintió sin soltar su mano.

—El gobierno ha recuperado su cuerpo —intentó infundirle al menos un poco de alivio.

Emma lloró con fuerza mientras se cubría los ojos con la mano y dejaba que todos los nervios saliesen a flote.

Ethan se acercó de nuevo al ver que comenzaba a sufrir un ataque de ansiedad.

—Toma —dijo colocando una pequeña pastilla sobre su boca—. Debes ponerla bajo la lengua y dejar que se disuelva. Eso te calmará.

Ella la tomó entre sus dedos e hizo lo que le pedían mientras Ethan le daba unas caricias en el hombro.

El helicóptero giró ligeramente, ajustando su rumbo hacia la base de Al-Tanf. Avanzaban hacia la zona segura. Cada segundo que pasaba los alejaba del infierno que dejaban atrás. Jack sabía que lo más difícil aún no había comenzado. Emma estaba viva, pero quebrada totalmente y, aunque sabía que se recuperaría del trauma que suponía un secuestro, lo cierto era que había sido una situación muy difícil, una situación límite.

Jack miró a sus compañeros mientras escuchaba a Emma llorar. Todos parecían comprender lo que debía sentir en aquel momento. Aquellos bárbaros habían matado a su compañero, Tom,

seguramente delante de ella, y la habían torturado durante los últimos días. La rabia le subió desde el estómago como un fuego sordo, mezclada con una culpa que no le pertenecía, pero que cargaba igual. Pensó en todo lo que no pudo evitar, en cada segundo que Emma había pasado allí mientras él seguía respirando. Y, aun así, se obligó a mantenerse entero.

Apretó la mandíbula, recorriendo con la mirada a los hombres que lo rodeaban.

El chasquido del auricular rompió el momento.

—Águila Uno a equipo en cabina —sonó la voz del piloto—. Tránsito limpio. Tiempo estimado a base: veintisiete minutos. Mantengan a la carga asegurada. Turbulencia leve en diez minutos.

Jack asintió por reflejo, aunque sabía que no podían verlo.

—Recibido, Águila Uno —respondió—. Carga estabilizada. Mantendremos protocolo médico en curso.

Cortó la transmisión y, sin apartarse de Emma, llevó dos dedos al botón del comunicador táctico. Su voz salió baja, controlada, la de un hombre que vuelve a ser soldado porque no puede permitirse ser otra cosa.

—Mando, aquí Líder Alfa.

—Adelante, Alfa —contestó su coronel desde el puesto de mando.

—Paquete asegurado y en custodia —informó Jack—. Objetivo vivo. Consciente intermitentemente. Sin daños críticos aparentes, presenta signos compatibles con cautiverio prolongado. Equipo íntegro. En ruta a base. Solicito preparación de recepción médica y confinamiento seguro.

Hubo una breve pausa al otro lado.

—Copiado, Alfa —respondió el coronel—. Buen trabajo. Equipo médico en alerta. Mantengan vigilancia y reporten cualquier cambio. Bienvenidos a casa.

—Recibido —dijo Jack—. Gracias. Alfa fuera.

Bajó la mano lentamente y volvió a centrar toda su atención en Emma, tomando de nuevo su mano. Sus sollozos se habían convertido en un llanto silencioso, agotado, como si por fin su

cuerpo se permitiera caer. Jack se inclinó un poco más hacia ella y apoyó su mano en el borde de la camilla.

Podía escuchar cómo ella lloraba con los ojos cerrados y pronunciaba sin cesar el nombre de su compañero.

Tragó saliva y se bajó la braga que protegía su rostro de los ojos hasta el cuello.

—Emma, Emma… —pronunció suavemente apretando más su mano.

Emma abrió los ojos. Parecía que le costaba enfocar y parpadeaba continuamente, como si la luz del interior del helicóptero fuese demasiado intensa para una mente aún atrapada en la oscuridad de los últimos días. Su mirada vagó sin rumbo hasta que, poco a poco, se detuvo en él. Durante unos segundos se quedó mirando a Jack con el ceño levemente fruncido, sin entender nada.

—Emma… —dijo él en voz baja, pronunciando su nombre como si temiera que se fuese a romper—. Tranquila. —Alzó la mano con cuidado y acarició su cabello oscuro y desparramado sobre la almohada, despacio, con una suavidad que contrastaba con la brutalidad de todo lo que la había rodeado aquellos últimos días. Fue un gesto pequeño, casi íntimo, pensado solo para ella, para anclarla a ese momento.

Emma lo miró sin comprender, respirando de forma irregular. Luego giró la cabeza, observando el interior del helicóptero, los hombres armados, el ruido constante del motor y la luz roja intermitente. Todo parecía demasiado irreal. Sus dedos se tensaron sobre la manta que la cubría, como si necesitara algo sólido a lo que aferrarse.

Finalmente volvió la mirada hacia él. Sus ojos, aún empañados en lágrimas, se clavaron en los de él con una mezcla de duda y necesidad.

—¿Jack? —susurró casi sin voz, como si decirlo en alto pudiera hacerlo desaparecer.

Él asintió sin apartar los ojos de ella.

—Sí. Soy yo.

Emma cerró los ojos un instante y una lágrima se deslizó por su sien hasta perderse entre el cabello. Su respiración se quebró y al

volver a abrirlos lo miró con una fragilidad que le atravesó el pecho.

—¿Qué… qué está ocurriendo?

Emma aún permanecía desubicada.

—Hemos ido a buscarte, te mantenían secuestrada.

Ella tragó saliva, sin apartar los ojos de él.

—Pero… ¿tú? ¿Qué… qué haces aquí?

Jack observó de reojo cómo varios de sus compañeros seguían atentos aquella conversación, intrigados, aunque disimulando.

—He venido a rescatarte… hemos —rectificó rápidamente.

Ethan y Daniel se miraron fijamente sin comprender y señalaron hacia Mark con la cabeza para que escuchase la conversación.

Ella soltó su mano y la llevó temblorosa hasta su mejilla, acariciándola.

Cuando la mano de Emma rozó su mejilla, el mundo de Jack se estrechó hasta quedar reducido a ese único punto de contacto. No fue una caricia firme ni segura, sino frágil, temblorosa, como si incluso ese gesto le exigiera un esfuerzo descomunal. Y, aun así, le atravesó con más fuerza que cualquier bala. La sintió distinta, demasiado ligera y quebradiza. No era la Emma que su memoria había conservado intacta durante años, era alguien que había sobrevivido a lo indecible… y eso le heló la sangre.

Siempre la había recordado así, incluso cuando intentaba convencerse de lo contrario: con esa suavidad innata, con esa forma de tocar que lo decía todo. Durante doce años había vuelto a ella en pensamientos, en noches demasiado silenciosas, en recuerdos que aparecían sin previo aviso y que siempre acababan igual: con su sonrisa, con su voz, con la certeza de que había sido lo más puro que había tenido nunca. Y ahora estaba allí, en medio del caos, colgada entre la vida y la inconsciencia, tocándolo como si el tiempo no hubiese pasado.

Le pareció imposible estar en una zona de guerra, rodeado de hombres armados, con el rugido del helicóptero vibrándole en los huesos… y sentir que todo se detenía por una simple caricia. Aquella mano sobre su rostro le devolvió a una versión de sí mismo que creía enterrada, al chico que la buscaba con la mirada en los pasillos

del instituto, al hombre que se marchó para no destruirla y acabó destruyéndose un poco a sí mismo en el proceso.

Sus ojos se encontraron con los de ella.

—Te queda bien el uniforme… —pronunció ella antes de cerrar los ojos y que su mano quedase inerte.

De acuerdo, aquello no era precisamente lo que hubiese esperado escuchar por su parte, pero estaba claro que se encontraba en una situación de semi inconsciencia. Al menos, parecía haberlo reconocido después de tantos años.

Jack sujetó su mano mientras la veía sumirse en un suave letargo y se la depositó con cuidado sobre la camilla. Luego se pasó la mano por los ojos y apretó la mandíbula.

—Joder… mierda —susurró antes de inspirar hondo, dejando que la tensión de las últimas horas se disipara lentamente.

—Le he dado un ansiolítico —le aclaró Ethan, pues parecía nervioso. Aquellas palabras provocaron que él apartase la mano de sus ojos y lo mirase—. Estaba sufriendo ansiedad, por eso está dormida.

Jack asintió y finalmente se situó correctamente sobre el asiento, apoyando su espalda.

—¿La conoces? —preguntó Daniel sentado a su lado.

Jack lo miró unos segundos y asintió, luego miró al resto de sus compañeros que lo observaban atentamente, interesados en aquella información, pues parecía que a todos los había cogido de improviso.

—¿De qué? —preguntó Ethan interesado.

Él resopló y cerró los ojos unos segundos.

—Era mi novia del instituto.

En el interior del helicóptero hubo un leve murmullo y todos lo miraron sorprendidos, con una sonrisa de soslayo.

—Joder, capi… ¿en serio? —preguntó Luke con la voz más animada.

Aquella confirmación parecía haber levantado los ánimos de todos después de la tensión vivida.

—Hace doce años —confirmó él a sus compañeros, como si eso ya no tuviese importancia.

—Espera, espera… ¿sabías que era ella cuando nos informaron de la misión? —preguntó Daniel.

—Claro que sabía que era ella. La vi en el video de esos hijos de puta. ¿Tú te olvidas de tus ex? —ironizó él.

Daniel se encogió de hombros.

—Y… ¿por qué no nos dijiste nada? —insistió.

—No hubiese cambiado nada… era una extracción como cualquier otra —respondió.

Luke lo miró fijamente.

—No me lo creo… —comentó seriamente.

Jack inspiró hondo y apoyó la cabeza de nuevo contra el respaldo.

—Somos soldados con la misión de rescatar a una persona que vivía un infierno —concluyó—. Dejadme tranquilo —susurró cerrando los ojos, como si la misión lo hubiese dejado exhausto.

Todos parecieron hacer caso a lo que su capitán les pedía en un principio, hasta que Mark ladeó la cabeza, observando a Jack con una sonrisa de soslayo que no tenía nada de inocente.

—Claro… "una extracción como cualquier otra" —repitió, marcando las comillas en el aire—. Solo que esta venía con trauma emocional incluido.

Jack no abrió los ojos.

—Mark —advirtió cansado.

—¿Qué? —se defendió él alzando las manos—. Solo digo que no todos los días cargamos al hombro a la chica que te rompió el corazón en el instituto.

Daniel soltó una breve risa, aún con la adrenalina vibrándole en el cuerpo.

—Ahora encajan muchas cosas —añadió—. El sprint suicida, lo de ignorar los disparos…

—Yo pensaba que estabas especialmente motivado por el espíritu patriótico —ironizó Luke—. Y resulta que era romanticismo reprimido.

Jack abrió un ojo y los fulminó a todos con la mirada.

—Como alguno vuelva a usar la palabra "romántico", juro que lo bajo del helicóptero en marcha.

Ethan intervino desde su asiento, sin perder el tono tranquilo, pero con chispa.

—Eh, capi, relájate —dijo—. Es estrés post misión. Si no soltamos alguna tontería ahora, explotamos luego.

Mark se inclinó un poco hacia delante.

—Además —añadió—, míralo por el lado bueno. Has sobrevivido, ella está viva… y nosotros tenemos una historia perfecta para arruinarte la reputación durante años.

Jack resopló, esta vez sin poder evitarlo.

—Sois unos cabrones.

—Pero unos cabrones leales —respondió Daniel al instante, señalándolo.

El helicóptero siguió su rumbo, entre el rugido del rotor y el parpadeo de las luces del panel. Jack abrió los ojos y giró su cuello hacia el exterior, donde todo aún era oscuridad, aunque suponía que en breve comenzaría a amanecer.

Giró su cuello y miró a Emma dormida, esta vez más tranquila. La pastilla que le había dado Ethan, sumada al agotamiento no solo físico, sino mental, debían de haberle pasado factura y había caído fulminada.

Pero ahora… ¿qué decir cuando llegasen a la base? Cuando ella despertase.

Jack apoyó la cabeza contra el respaldo y cerró los ojos solo un segundo, como si así pudiera ordenar un pensamiento que llevaba más de una década enredado dentro de él. Había ensayado conversaciones imposibles durante años, frases que nunca diría, respuestas que no tendría ocasión de dar. Y, sin embargo, ahora el destino caprichoso, cruel y casi burlón, se la había devuelto. No encontraba ni una sola palabra que no sonase insuficiente.

No había logrado borrarla de su mente en doce años. Ni en los desiertos, ni en las selvas, ni en las noches en las que el silencio pesaba más que los disparos. Había aprendido a vivir con su recuerdo como se vive con una cicatriz: sin tocarla demasiado, fingiendo que no duele… hasta que alguien roza justo ahí.

Y ahora estaba allí, dormida a pocos metros de él, frágil y real.

El destino tenía un sentido del humor miserable, pensó. Una broma mala y barata. No había podido quedarse a su lado cuando todo era fácil, cuando bastaba con promesas y planes universitarios. Y, ahora, la vida los reunía entre sangre, miedo y cadenas, como si quisiera recordarle que nunca tuvo el control de nada.

¿Qué se le dice a la mujer que fue tu primer amor cuando te vuelve a mirar después de haber visto el infierno?

Jack apretó la mandíbula y volvió a mirarla con una mezcla de culpa, alivio y una ternura que no se permitía mostrar. Tal vez no había respuestas. Tal vez solo quedaba estar ahí, vigilar su sueño y asegurarse de que esta vez, al menos esta, el destino no se la arrebatara de nuevo.



10

En el horizonte un leve tono anaranjado comenzaba a ganar a la oscuridad.

El helicóptero descendió sobre la pista levantando una nube densa de polvo y arena. Las aspas aún giraban cuando las ruedas tocaron suelo y, antes de que el ruido se amortiguara, ya había movimiento esperando.

—Base Al-Tanf, equipo médico listo —sonó por la radio—. Zona asegurada.

Jack fue el primero en saltar con el arma baja y mirada rápida alrededor. Dos soldados de seguridad avanzaron en abanico mientras la camilla se acercaba a toda prisa. Ethan fue el siguiente en saltar, ya con los guantes puestos.

—Paciente femenina —dijo sin rodeos—. Semiconsciente, Glasgow 13. Deshidratación, ansiedad reactiva, contusiones múltiples. Sedación ligera administrada en vuelo. Estable.

—Recibido —respondió la médica al frente del equipo—. Llevamos suero y monitorización continua. ¿Algún sangrado activo?

—Negativo —confirmó Ethan—. Riesgo principal: shock y agotamiento.

No acostumbraba a hacerlo, pero esta vez, por instinto de protección, Jack se situó al lado de la camilla, siguiéndolos en la rápida travesía. Emma abrió los ojos brevemente y lo miró durante

un segundo, coincidiendo con sus ojos, luego murmuró algo ininteligible.

Jack se inclinó un segundo sobre ella sin dejar de caminar.

—Tranquila —dijo en voz baja—. Ya estamos en la base. Te pondrás bien.

La médica levantó la vista.

—Capitán, necesitamos espacio —le urgió.

Jack asintió y dio un paso atrás, distanciándose de la camilla, aunque sin dejar de avanzar a su lado.

—Identidad confirmada —informó seguridad—. Sin dispositivos. Sin seguimiento.

—Copiado —dijo la médica—. Traslado a enfermería, ahora.

La camilla echó a rodar. Jack la siguió un par de pasos, pero se obligó a detenerse cuando el suboficial de seguridad lo tomó del brazo.

—Hasta aquí, capitán —indicó—. Es procedimiento, ya lo sabe.

Jack sostuvo la mirada un segundo y luego asintió.

—Entendido.

Ethan se giró antes de desaparecer tras la puerta.

—Te aviso en cuanto esté estabilizada.

—Gracias —respondió Jack.

La camilla se alejó hacia la puerta de la base y la vio circular por el pasillo unos metros con un sonido metálico que a Jack le resultó insoportablemente alto. La vio desaparecer tras la puerta de la enfermería y, durante un segundo, tuvo el impulso casi físico de seguirla, pese a saber que no podía. No lo hizo. El protocolo era un muro infranqueable, frío y necesario, y él lo sabía mejor que nadie.

Se quedó quieto, con los puños cerrados, sintiendo cómo la adrenalina se disipaba y dejaba atrás un vacío incómodo mientras la base seguía en constante movimiento. Hasta ese momento había tenido un objetivo claro: sacarla de allí con vida. Ahora, sin ella a la vista, la misión parecía incompleta.

Le inquietaba no estar a su lado cuando despertara, no poder decirle que ya había pasado todo, que estaba segura, que no tenía que volver a tener miedo. Le preocupaba que abriera los ojos y no lo viera, que creyera que todo había sido una ilusión nacida del

cansancio y el dolor. Se sintió completamente inútil, reducido a un espectador obligado a confiar en manos ajenas.

Dio unos pasos hacia delante, respiró hondo y apoyó la frente un instante contra la pared, cerrando los ojos. Había sobrevivido a combates, a pérdidas, a noches interminables en territorio hostil, pero aquello… aquello era distinto. No poder protegerla ahora, cuando más vulnerable estaba, le resultaba más duro que cualquier enfrentamiento. Se obligó a enderezarse y a recuperar la compostura. Era un capitán, un soldado y, aunque le costara admitirlo, también era un hombre que acababa de reencontrarse con la parte más delicada de sí mismo.

—Buen trabajo —dijo el coronel acercándose. Jack se giró para observarlo—. Equipo íntegro y objetivo vivo. —Situó una mano sobre su hombro y dio una palmadita de felicitación—. Reunión de *debriefing* preliminar —comentó iniciando la marcha hacia otra parte de la base.

Jack respiró hondo y asintió mientras miraba a su equipo acercarse. No hizo falta que les informase de lo que tocaba hacer, lo sabían de sobra, así que simplemente les indicó con un movimiento de cabeza seguir al coronel, algo que todos hicieron.

La sala de *debriefing* era sobria, funcional, pensada para hechos y no para emociones. Una mesa rectangular ocupaba el centro, rodeada de sillas metálicas. En una pared había una pantalla aún en negro, en la otra, un mapa plastificado de la zona este de Siria marcado con chinchetas y líneas rojas. El aire olía a café recalentado y a polvo seco que aún parecía pegado a la ropa de todos.

Jack entró el último y cerró la puerta tras de sí.

—Siéntense —ordenó el coronel sin levantar la voz.

El equipo ocupó sus asientos y el coronel apoyó ambas manos sobre la mesa.

—Hora de inicio de operación —dijo—. Capitán.

Jack enderezó la espalda.

—Inserción a las 02:13. Contacto visual con el objetivo a las 04:57. Extracción efectiva a las 05:41.

—Bajas propias.

—Negativo.

—Bajas enemigas —continuó el coronel.

Jack dudó un segundo, lo justo para que no pareciera una evasión.

—Múltiples. Número exacto indeterminado. Resistencia creciente tras pérdida de sigilo.

El coronel asintió, anotando.

—Causa de la pérdida de sigilo.

—Contacto inesperado en una sala intermedia —intervino Mark —. Un miliciano gritó antes de ser neutralizado.

—Confirmado —añadió Daniel—. A partir de ahí, alarma general.

El coronel levantó la vista.

—¿La rehén?

—Localizada en una sala interior —respondió Jack—. Suspendida del techo. Inconsciente. Contusiones visibles. Cortes superficiales. Estado crítico, pero estable —dijo pasándose la mano por la nuca.

Ethan se inclinó hacia delante.

—Añadid ansiedad severa, deshidratación y signos de trauma psicológico. No había heridas letales.

—¿Confirmación del segundo periodista? —preguntó el coronel, directo.

El silencio cayó como una losa.

—Confirmada su ejecución —dijo Jack finalmente—. Previa al rescate. Probablemente delante de ella. Murmuró varias veces su nombre.

El coronel cerró los ojos un segundo.

—Entendido.

Se hizo un breve silencio operativo.

—Extracción —continuó—. Explique la decisión.

—LZ secundaria comprometida —respondió Jack—. Se activó LZ primaria a trescientos metros. Carga incapacitada. Procedí a extracción manual bajo fuego a máxima proximidad. Solicité cobertura aérea —dijo rápidamente.

—¿Riesgo elevado?

—Sí, señor.

—¿Necesario?

Jack sostuvo su mirada.

—Sí, señor.

El coronel no replicó, simplemente asintió.

—Buen criterio —lo señaló con la mano.

Luke se movió en su asiento.

—El helicóptero recibió fuego ligero durante la aproximación —añadió—. Sin impacto.

—Anotado —dijo el coronel—. Inteligencia ya está cruzando datos del complejo. Su intervención ha evitado un uso propagandístico mayor. —Cerró la carpeta—. Esta no ha sido una misión estándar —continuó—. Pero se ejecutó con precisión y sin bajas propias. Eso importa. —Miró a Jack directamente—. Capitán, su equipo queda liberado del *debriefing* preliminar. Descansen. Habrá informe completo en doce horas.

Jack asintió.

—A la orden, señor.

Cuando se levantaron, nadie habló. No era el momento. Salieron uno a uno de la sala, dejando atrás mapas, cifras y palabras técnicas que no alcanzaban a describir el infierno que habían vivido y, al cerrar la puerta, su pensamiento volvió de inmediato a la enfermería, a Emma.

La luz de la enfermería era suave, constante, muy distinta a los destellos bruscos que aún parecían parpadearle en su memoria. Emma abrió los ojos lentamente, como si temiera que el simple gesto pudiera devolverla a aquel otro lugar. El techo blanco permanecía inmóvil sobre ella. No había gritos, no había sombras armadas, solo el pitido regular de un monitor.

Su respiración se aceleró de golpe.

—Tranquila —dijo una voz femenina de inmediato a su lado, ni siquiera se había dado cuenta de que había una mujer controlando sus constantes vitales—. Respira conmigo, despacio. —La mujer tomó su mano, transmitiéndole calma—. Estás a salvo —continuó—. Soy la doctora Davis. Estás en una base militar estadounidense. Has sido rescatada.

Emma tragó saliva. El aire parecía no llegarle del todo a los pulmones.

—¿Dónde…? —susurró—. Yo…

—Lo sé —la interrumpió con suavidad—. Has pasado por algo muy duro y traumático. Es normal sentir ansiedad. Nadie va a hacerte daño aquí. —La doctora comprobó la vía, el monitor y le dedicó una bonita sonrisa profesional—. Has estado dormida varias horas. Tu cuerpo lo necesitaba. Físicamente estás estable. Emocionalmente… iremos paso a paso. —Emma asintió, aunque las manos le temblaban bajo la sábana—. Voy a dejarte descansar un poco más —añadió la doctora—. Volveré enseguida. No estás sola.

Cuando se giró para marcharse, Ethan apareció en la puerta. La doctora le hizo un gesto afirmativo y salió, cerrando con cuidado.

Ethan se acercó despacio, sin invadir su espacio.

—Hola, Emma —dijo—. Soy Ethan. El médico que te atendió en el helicóptero.

Ella lo miró unos segundos, procesando la información, y luego asintió indicando que lo recordaba.

—Gracias… —murmuró con el labio tembloroso—. Por… todo.

—Es nuestro trabajo —respondió con sencillez—. Pero me alegra verte despierta. Solo me pasaba para confirmar que estabas bien. Nos has tenido un rato preocupados —admitió con una sonrisa. Ella le devolvió una sonrisa tímida—. Te dejaré descansar, cualquier cosa que necesites, tienes el botón sobre la camilla —le indicó—. Púlsalo y la doctora Davis vendrá enseguida.

Ella asintió.

—Gracias. ¿Puedo beber agua?

Ethan hizo un gesto de desagrado.

—Es preferible que estés un poco más sin beber líquidos. Te hemos puesto sueros.

Ella apretó los labios y asintió.

El silencio volvió a envolverlos, pero esta vez no era amenazante. Aun así, había algo en su pecho que no terminaba de asentarse.

—Doctor… —dijo con timidez—, ¿puedo preguntarle algo?

—Claro.

Dudó un segundo, como si la pregunta pesara más de lo que debería.

—Uno de los soldados… el que estaba conmigo —susurró—. ¿Se llama Jack?

Ethan no se sorprendió. La miró con atención antes de responder y sonrió recordando la conversación que habían mantenido con su capitán en el helicóptero tras el rescate.

—Sí —confirmó—. Capitán Jack Hayes. Líder del equipo de rescate.

Emma bajó la mirada, pensativa, y sus dedos se aferraron a la sábana.

Cuando Ethan confirmó su nombre, algo se acomodó y se rompió a la vez dentro de ella. No era un eco de su mente agotada ni una alucinación nacida del miedo. Había estado allí, en el helicóptero, con ella.

Durante sus momentos de consciencia había querido convencerse de que aquello había sido un sueño amable, una trampa del cerebro para sobrevivir al horror. Porque… ¿cómo iba a ser real? ¿Cómo podía aparecer él, justamente él, en mitad de aquel infierno?

Recordó la última vez que lo había visto con una claridad cruel: su espalda se alejaba por la acera, recta y decidida, sin girarse.

Recordó el esfuerzo que le había costado no llamarlo, no correr tras él, no rogarle que se quedara.

Aquella despedida le había partido el corazón de una forma silenciosa y definitiva, como se rompen las cosas que no hacen ruido, pero lo cambian todo. Durante mucho tiempo había pensado que no volvería a recomponerse del todo.

Hubo meses oscuros después, años incluso. Se había sentido perdida, enfadada y pequeña. Había llorado lo que no supo decirle, había odiado su ausencia y, en algunos momentos, también su recuerdo. Pero la vida la había obligado a seguir hacia delante. Se había refugiado en sus estudios, en su trabajo, en el ruido de las redacciones y en la necesidad casi desesperada de demostrar que podía sostenerse sola. Poco a poco, el dolor se había vuelto menos punzante. Jack pasó a ser eso: un recuerdo. Importante, sí.

Doloroso, también. Pero difuso, guardado en algún lugar de su ser al que ya no miraba.

Y ahora, de repente, había vuelto, no como una promesa ni como una nostalgia, sino como un soldado cubierto de polvo y armas, como el hombre que había corrido con ella en brazos para sacarla de allí con vida. La gratitud le llenó el pecho de golpe, tan intensa que casi le dolió. La había salvado. Había estado allí cuando nadie más podía estarlo y, pese al miedo que aún le recorría el cuerpo, pese a la ansiedad que no terminaba de soltarse, una chispa tibia se encendió en su interior.

No sabía qué significaba aquello. No sabía siquiera qué decirle cuando lo viera. Solo sabía que, por primera vez desde hacía días, sentía algo que no era terror ni vacío, sino una profunda e inmensa gratitud por volver a cruzarse con el chico que una vez amó… convertido ahora en el hombre que le había devuelto la vida.

—Creí que no… —no pudo terminar la frase.

—Ha preguntado varias veces por ti —añadió Ethan con voz tranquila—. Pero el protocolo es claro. No dejamos pasar a nadie hasta que estés estable. —Levantó ligeramente las cejas, dándole espacio—. Ahora lo estás. ¿Quieres verlo? —le ofreció.

Emma cerró los ojos un instante, intentando encajar aquello, y finalmente asintió despacio.

—Sí —dijo con una leve sonrisa y los ojos llorosos—. Me gustaría verlo.

Ethan le devolvió la sonrisa, breve y profesional.

—De acuerdo —respondió—. Lo avisaré.

Ethan salió de la habitación y se quitó los guantes despacio, con ese gesto mecánico que marca el final de una intervención médica y el principio de algo más humano. Los dejó en el contenedor y se pasó la mano por la nuca. La base estaba más silenciosa a esa hora, envuelta en un murmullo lejano de generadores y pasos amortiguados. Caminó sin prisa, atravesando corredores conocidos, cruzándose con soldados que volvían a su rutina como si el mundo no hubiera estado a punto de romperse hacía solo unas horas.

Encontró a Jack apoyado contra una pared, cerca de la zona de descanso. Aunque sabía que en algunos casos la autorización para

ver a los pacientes tardaba días en llegar, él permanecía cerca de la enfermería, con la mirada perdida en un punto indeterminado. No parecía cansado, simplemente estaba en pausa, como si todo su cuerpo estuviera esperando una sola señal para volver a ponerse en marcha.

—Capitán —dijo Ethan, deteniéndose a un par de pasos de él. Jack alzó la vista de inmediato. No hizo falta nada más para que Ethan supiera que llevaba horas aguardando esa palabra—. Está estable —continuó—. Consciente. Algo desorientada, pero fuera de peligro.

Jack soltó el aire que no sabía que estaba conteniendo. La tensión en sus hombros cedió apenas un grado, lo justo para delatar el alivio que le recorrió el cuerpo.

—¿Seguro? —preguntó con voz grave y contenida.

—Seguro —asintió Ethan con una leve sonrisa—. El cuerpo empieza a responder. Lo peor ya pasó. —Hubo un breve silencio—. Ha preguntado por ti. —Las cejas de Jack se elevaron, sorprendido —. No estaba segura —explicó Ethan—. Pensó que podía estar delirando. Creía que lo del helicóptero era un sueño. Me preguntó si uno de los soldados se llamaba Jack. —Se quedó en silencio unos segundos—. Le dije la verdad —continuó—. Que sí. Que eras el capitán del equipo de intervención.

Jack bajó la mirada un instante, asimilándolo. Una mezcla inesperada de emociones le golpeó de lleno: alegría por saberla viva y estable… y un nerviosismo casi adolescente que no había sentido en años. La idea de volver a verla consciente, mirándolo, lo desarmaba más que cualquier misión.

—Quiere verte —dijo Ethan al fin—. Si tú quieres.

Jack levantó la cabeza.

—Sí —respondió directamente—. Claro que quiero.

Ethan le sostuvo la mirada con una comprensión silenciosa.

—Entonces ven —dijo—. Está tranquila ahora. Pero… —hizo una pausa—, ha pasado por mucho.

Jack tragó saliva.

—Lo sé.

Ethan dio media vuelta y empezó a caminar de nuevo por el pasillo. Jack lo siguió, ajustándose el uniforme con un gesto casi inconsciente.

Ethan lo miró de reojo y sonrió al verle hacer aquel gesto.

—No te preocupes, estás muy guapo —pronunció casi como si se burlase de él.

—Calla, idiota —le respondió directamente.

Cada paso hacia la enfermería le pesaba más que una marcha nocturna bajo fuego enemigo. Iba a verla por primera vez en doce años y, aunque había sobrevivido a lo imposible para traerla hasta allí, no estaba seguro de estar preparado para ese momento.



11

Ethan se detuvo frente a la puerta de la enfermería y alzó la mano. Llamó dos veces, firme pero respetuoso, y esperó la respuesta desde dentro. Cuando la obtuvo, giró el pomo y miró a Jack.

—Adelante —dijo en voz baja—. Yo me quedo fuera observando.

Jack asintió y durante un segundo, un solo segundo, dudó. No por miedo, sino por todo lo que aquel gesto implicaba.

No lo dudó más y entró.

Emma estaba incorporada en la camilla, con una manta clara cubriéndole las piernas y una vía aún conectada al brazo. Alzó la vista al oír el ruido y, al verlo, el tiempo pareció detenerse. Se miraron sin decirse nada, como si ambos necesitaran confirmar que aquello no era una ilusión más. Los ojos de Emma se abrieron un poco más, incrédulos. Los de Jack se suavizaron de golpe, desarmados.

Había pasado tanto tiempo… y, sin embargo, allí estaban.

Emma sintió cómo el pecho se le llenaba de golpe. Verlo de pie, real y vivo, después de todo lo que había vivido, le rompió la última defensa. Había intentado mantenerse fuerte desde que despertó, controlar el temblor, la ansiedad, las imágenes que volvían a su mente sin permiso, pero verlo allí, saber que no había sido un sueño… fue demasiado impactante.

Las lágrimas le brotaron sin que pudiera evitarlo.

Jack reaccionó al instante. Dejó a un lado cualquier distancia, cualquier prudencia, y se acercó a la camilla con dos pasos largos. Se inclinó hacia ella y la rodeó con sus brazos con cuidado, protegiéndola, consciente de cada cable, de cada herida invisible.

—Eh… —susurró apoyando la mano en su espalda—. Tranquila. Ya pasó.

Emma se aferró a su uniforme con una fuerza inesperada, como si necesitara comprobar que era sólido, que no iba a desaparecer. Su cuerpo era sacudido por el temblor contenido, aunque lloraba en silencio.

—Estoy aquí —repitió Jack, con la voz baja y firme—. No tienes que ser fuerte ahora. Ya no.

Ethan observó la escena desde la puerta unos segundos más, asegurándose de que Emma no se alteraba más de la cuenta, física o mentalmente.

—Capitán —dijo provocando que Jack girase su cuello sin soltarla —. Tiene que descansar, pero puede quedarse un rato. Avíseme si se marea o aumenta la ansiedad.

Jack asintió sin apartar a Emma de sus brazos.

—Gracias.

Ethan cerró la puerta con cuidado, dejándolos a solas conforme al protocolo. Fuera, la base seguía funcionando. Dentro, el mundo se había reducido a ese abrazo frágil y necesario, al reencuentro imposible entre dos personas que no se buscaban… y que el destino había decidido unir de nuevo.

El abrazo se prolongó unos segundos más, suspendido en un tiempo que no pertenecía a la base ni a la guerra. Jack la sostuvo sin apretar, como si temiera romperla, y cuando notó que su respiración empezaba a acompasarse, se separó lo justo para mirarla. Se sentó en el borde de la camilla con cuidado, alzó la mano y, con el pulgar, le secó una lágrima que había quedado atrapada en su mejilla. Luego entrelazó sus dedos con los de ella y no la soltó.

—Todavía no entiendo bien lo que ha ocurrido, es como si mi mente… —susurró Emma sin acabar la frase, mirándolo como si pudiera desvanecerse—. ¿Cómo puedes estar aquí…?

Jack esbozó una sonrisa tranquilizadora.

—Es normal —dijo—. Estás en shock. El cerebro hace cosas raras para protegerte.

Ella negó despacio, sin apartar la mirada.

—En el helicóptero te vi… pero no sabía si eras real. Pensé que estaba delirando. Que… —tragó saliva y su respiración se aceleró un poco.

Jack apretó suavemente su mano.

—Eh —dijo con calma—. Respira conmigo, despacio —susurró—. Eso es. No tengas prisa por entender nada ahora. —Emma asintió obligándose a ello. Inspiró y soltó el aire con dificultad al principio, luego mejor—. Estoy aquí de verdad —continuó él—. Y tú estás a salvo. Es lo único que debe quedarte claro, lo único que importa.

Ella lo observó unos segundos, como si intentase ordenar recuerdos que aún se mezclaban con el miedo.

—Creí que no iba a salir de allí —confesó—. Pensé que… —la voz se le quebró.

Jack se inclinó un poco más hacia ella, sin soltar su mano. Realmente estaba traumatizada por lo ocurrido, aunque no era para menos.

—Lo sé —dijo en voz baja, intentando mantener la calma—. Pero ya pasó. No tienes que revivirlo ahora. Si algo te viene a la cabeza y te aprieta el pecho, me lo dices… y paramos. ¿De acuerdo?

Emma asintió, con los ojos brillantes.

—Gracias —murmuró apretando más su mano.

Ella cerró los ojos un instante, apoyándose levemente contra su brazo, y cuando volvió a mirarlo parecía un poco más presente, un poco menos asustada.

—Supongo que… necesitaré tiempo —dijo.

Jack apretó su mano con suavidad, firme.

—Todo el que haga falta —contestó él—. No hay prisa.

Emma respiraba más calmada ahora. El temblor había cedido y, aunque seguía frágil, su mirada estaba más despejada. Jack aún le sujetaba la mano, como si soltarla pudiera devolverla a la incertidumbre.

—¿Qué haces aquí? —preguntó al fin, con suavidad—. Quiero decir… sé que suena absurdo, pero… ¿cómo has acabado

rescatándome tú aquí en Siria?

Él bajó un segundo la mirada, como si ordenara los años antes de decirlos en voz alta. Cuando volvió a mirarla, su tono era sereno, casi profesional, aunque en sus dedos seguía habiendo una calidez que lo delataba.

—Me alisté en las fuerzas especiales —explicó—. Primero infantería, luego selección y entrenamiento avanzado. Operaciones en zonas hostiles, rescates de alto riesgo y extracción de personal civil y militar. —Emma escuchaba sin interrumpirlo, con una atención tranquila, asentando despacio en su mente lo que escuchaba—. Con el tiempo, pasé a liderar un equipo como capitán —continuó—. Me asignaron una unidad especializada en rescates de inserción nocturna, objetivos cautivos y evacuación bajo fuego. Es… lo que hacemos.

—Vaya… —murmuró ella intentando asimilarlo y luego le sonrió con una tristeza que no pudo fingir—. Me alegra saber que estás bien, que has encontrado tu sitio.

Jack la miró en silencio unos segundos.

—Lo encontré —dijo al fin—. Aunque no fue fácil.

Emma asintió comprensiva. No hacía falta decir más. Lo observó con una mezcla de orgullo y algo parecido a la ternura.

—Gracias por venir —dijo entonces—. Por sacarme de aquel infierno.

Jack negó despacio, sin soltarle la mano.

—Es mi trabajo.

Ella arqueó ligeramente una ceja.

—Puede —respondió—. Pero no todos habrían corrido así. —Sonrió con tristeza—. Tengo lagunas, pero creo que… me sacaste a hombros. Recuerdo ver el suelo pasar a toda prisa bajo tus pies, el sonido de las balas y el de un helicóptero cercano.

Jack no contestó. Solo sostuvo su mirada y asintió.

—No ha sido uno de mis rescates más fáciles —acabó admitiendo con una sonrisa de soslayo y luego la miró a los ojos y acarició más fuerte su mano—. Pero te hubiese sacado de allí como fuese.

Ella tragó saliva y apartó la mirada de él, hacia la mano que la acariciaba suavemente.

Jack notó el cambio al instante. La forma en que apartó la mirada. El modo en que sus dedos se tensaron apenas un segundo antes de volver a relajarse bajo los suyos.

—Emma… —dijo con cuidado—. ¿Puedo preguntarte algo?

Ella dudó, pero asintió despacio.

—Sí.

Jack inspiró hondo, midiendo cada palabra como si fuera un paso en terreno minado.

—¿Qué haces aquí en Siria?

La pregunta quedó suspendida entre ambos. Al principio, Emma abrió la boca para responder, pero no pudo articular palabra. Las imágenes llegaron antes que las palabras: oscuridad, voces, el peso del miedo. Su respiración se aceleró de nuevo, traicionándola.

—Yo… —empezó, y se detuvo. Cerró los ojos un instante mientras su respiración se aceleraba otra vez—. Lo… lo siento… no… no puedo… —sollozó.

Jack apretó su mano un poco más, firme pero suave.

—Eh —murmuró—. No pasa nada. No tienes que hacerlo ahora.

Ella negó, avergonzada.

—Creí que podía —susurró—. Pero no… no puedo.

—Está bien —repitió él—. Calma… ¿sí?

Emma obedeció. Inhaló despacio y soltó el aire otra vez hasta que el temblor fue cediendo poco a poco.

—Y no te disculpes —añadió Jack—. Has pasado por algo que nadie debería experimentar jamás. No hay prisa. No me debes explicaciones.

Ella lo miró entonces con los ojos brillantes.

—Gracias por no forzarme. —Hubo un silencio cómodo después, distinto al anterior. Emma volvió a mirar sus manos entrelazadas, como si aquel contacto fuera el ancla que la mantenía en el presente —. Supongo que… —dijo al final— cuando esté preparada… te lo contaré.

Jack asintió.

—Aquí estaré.

Ella esbozó una sonrisa leve, cansada pero sincera. Y, aunque el pasado seguía esperando a ser contado, por primera vez no pesaba tanto porque no se sentía tan sola.

—Jack… —dijo Emma al cabo de un momento—. ¿Mi familia… sabe algo?

Él no tardó en responder. Apretó suavemente su mano, como si necesitara anclarla antes de darle la información.

—Sí —dijo—. Se les ha notificado.

Emma contuvo el aliento.

—¿Qué saben exactamente?

—Que estás viva —explicó—. Que has sido rescatada y que estás bajo custodia médica estadounidense. Nada más.

—¿No saben dónde estoy?

—No —negó él—. Ni dónde, ni con quién. Es protocolo en casos de secuestro en zona hostil. Hasta que no salgas del teatro de operaciones, la información es mínima.

—¿Teatro de qué? —preguntó confundida.

—Nada, jerga militar, no es importante.

Emma asintió despacio, asimilándolo.

—¿Y… ellos están bien? —preguntó en voz baja—. ¿Lo están llevando…?

Jack dudó un segundo antes de responder con honestidad.

—Han pasado días muy duros —admitió—. Pero saber que estás viva lo cambia todo. Les han dicho que, cuando sea seguro, podrán hablar contigo.

Los ojos de Emma se humedecieron.

—Debe de haber sido horrible no saber nada —murmuró.

—Lo es —confirmó Jack—. Pero peor habría sido una llamada precipitada. Aquí se protege tanto a la víctima como a la familia.

Ella respiró hondo.

—¿Cuándo podré hablar con ellos?

—Cuando llegues a Jordania —respondió—. Allí entra la vía diplomática, la embajada, donde se realizan las comunicaciones civiles. Todo se normaliza poco a poco.

Emma apretó un poco más su mano.

—Gracias —susurró—. Por pensar también en eso.

Jack negó despacio.

—No tienes que agradecerlo —dijo—. Es parte del procedimiento.

Ella lo miró con una mezcla de alivio y cansancio.

—Empiezo a entender por qué sobreviví —murmuró—. Porque había gente haciendo bien su trabajo.

Jack sostuvo su mirada un segundo más.

—Y porque tú aguantaste —añadió.

Su labio inferior tembló amenazando con un puchero, pero logró controlarlo.

—Estás cambiado —le sonrió con ternura.

Jack esbozó una sonrisa al escucharla.

—Éramos más jóvenes —respondió.

Emma soltó una pequeña risa, suave, casi nostálgica.

—Sí… —asintió—, qué tiempos aquellos.

Su mirada se perdió un segundo en algún lugar del pasado. No dijo nada, pero la curva de sus labios delató un recuerdo que prefirió guardar en silencio. Algo íntimo, algo solo suyo.

Jack la observó sin apartar los ojos. Aquella sonrisa… la reconoció al instante. No había cambiado. Seguía siendo la misma que lo desarmaba en los pasillos del instituto, la que aparecía cuando ella pensaba en algo que la hacía feliz sin darse cuenta.

Sintió cómo el corazón le daba un golpe seco en el pecho, más fuerte de lo necesario, como si hubiera olvidado que podía reaccionar así. Se obligó a respirar despacio.

Jack sostuvo su mirada un segundo más de la cuenta.

—Esa sonrisa siempre fue mi punto débil —dijo al fin.

Las palabras salieron antes de que pudiera frenarlas. Se dio cuenta demasiado tarde.

Tragó saliva, consciente de lo que acababa de confesar sin pretenderlo, y bajó apenas la mirada, como si buscara recomponerse.

Emma no apartó los ojos de él. Lo observó con atención, con una calma frágil, casi reverente. Aquello no la asustó. Tampoco la desbordó.

—Jack… —murmuró sin saber muy bien qué decir.

Él volvió a mirarla, más serio ahora, con una ternura contenida que no necesitaba explicaciones.

—No tienes que responder a eso —añadió enseguida con una sonrisa de soslayo, casi sin mirarla a los ojos—. Solo… quería que lo supieras.

Emma apretó suavemente su mano. No había sonrisa esta vez, pero sí algo parecido al alivio en su mirada.

—Gracias —dijo—, por decírmelo.

Ella bajó la vista un instante, emocionada, y cuando volvió a mirarlo, sus ojos brillaban.

—A veces tengo miedo de no volver a ser la misma —confesó.

Jack se acercó un poco, reclinándose hacia ella, aunque sin invadirla.

—No tienes que ser nada ahora —dijo—. Ni fuerte, ni valiente, ni la de antes. Solo tienes que recuperarte.

Emma respiró hondo, como si aquellas palabras le dieran permiso para descansar por primera vez.

—Me alegra que seas tú quien esté aquí —susurró.

Jack cerró los dedos alrededor de los de ella, con cuidado, como si sostuviera algo frágil.

—A mí también —respondió él—. Más de lo que debería admitir —acabó sonriendo más fuerte.

Le siguió un silencio lleno de respeto y de una ternura que no exigía nada más que estar presentes.

La puerta se abrió con un golpe suave en la madera. Los dos miraron hacia allí.

—Capitán —dijo Ethan desde el umbral—, la paciente debe descansar.

Jack levantó la vista, sabiendo lo que significaba antes incluso de escucharlo del todo. Apretó un poco más la mano de Emma, sin darse cuenta.

—No te vayas —dijo ella enseguida, con un hilo de voz.

No era una súplica exagerada. Era de un miedo puro y simple. El miedo de quedarse sola otra vez.

Jack la miró y observó cómo se le humedecían los ojos. Comprendía demasiado bien lo que estaba sintiendo. Asintió

despacio, intentando transmitirle calma, aunque por dentro algo se le rompiera.

Ethan avanzó un par de pasos, con respeto, manteniendo cierta distancia.

—Emma —dijo con suavidad—, ahora mismo lo más importante es que descanses. Tu cuerpo y tu cabeza necesitan parar. Es protocolo en rescates como el tuyo.

Ella bajó la mirada, pero no soltó la mano de Jack.

—No quiero estar sola —murmuró.

Jack tragó saliva. Aquello le atravesó como un disparo limpio. Se vio a sí mismo años atrás, dándole la espalda, marchándose porque creía que era lo correcto. El dolor era el mismo, exactamente el mismo.

—Voy a volver —dijo él inclinándose un poco hacia ella—. Te lo prometo.

Ella lo miró, buscando algo firme a lo que agarrarse.

—¿De verdad?

Jack alzó la vista hacia Ethan.

Ethan asintió.

—Puede venir esta noche —confirmó—. Una visita corta si todo sigue estable.

El alivio cruzó el rostro de Emma de inmediato, aunque no dijo nada, simplemente suspiró.

Poco a poco, como si soltara algo que le costaba demasiado, aflojó los dedos. Jack sintió el vacío en cuanto su mano quedó libre. Se incorporó despacio, sin apartar los ojos de ella.

—Descansa —dijo—. Yo estaré aquí cuando despiertes.

Emma asintió, aún con gesto frágil, pero más tranquila.

Ethan aprovechó para continuar, con ese tono clínico que no dejaba de ser humano.

—Cuando estés un poco más fuerte, podrás salir a caminar por zonas seguras de la base. Un poco de aire te irá bien, pero ahora… necesitas dormir.

Ella volvió a asentir, obediente y cansada.

Jack dio un paso atrás, y luego otro. Cada movimiento le costaba más de lo que admitiría jamás. Antes de salir, Emma lo llamó de

nuevo con la mirada.

—¿Vendrás? —insistió ella con tristeza.

Jack sostuvo sus ojos un segundo más, observándola en aquella camilla, con el cuerpo malherido y lleno de contusiones.

—Sí —respondió—. No me voy a ir muy lejos, tranquila.

Al cerrar la puerta tras de sí, el peso en el pecho le recordó que algunas despedidas, por muy breves que fueran, seguían doliendo igual que la primera vez.

El pasillo volvió a envolverlos con su luz fría y su silencio funcional.

—Capitán —dijo Ethan colocándose a su lado—. Estará bien. Te lo aseguro. —Jack no respondió al instante. Tenía la mirada fija en la puerta cerrada, como si aún pudiera verla al otro lado—. La vigilaré yo mismo —añadió—. Si hay cualquier cambio, te avisaré. No le va a pasar nada —dijo más suave al ver la reacción de su compañero, intentando calmarlo también.

En todas las misiones que habían compartido, Jack era como un muro de hormigón. Siempre se preocupaba por todos sus rescates, los visitaba, pero esta vez sabía que para su capitán era distinto, lo podía detectar en su mirada y en su forma de actuar.

Jack inspiró hondo por fin y asintió despacio.

—Gracias —dijo con la voz más grave de lo habitual.

Ethan le sostuvo la mirada un segundo más, entendiendo sin necesidad de preguntas.

—Ve a descansar —le dijo.

Jack volvió a asentir. Se dio la vuelta y empezó a caminar por el pasillo. A cada paso, la expresión de su rostro se iba endureciendo. La ternura se disipó, sustituida por algo más oscuro.

Pensó en ella, frágil en aquella camilla, en sus manos temblorosas, en la forma en que le había pedido que no se fuera y algo le ardió en el pecho, una rabia peligrosa. No contra el mundo en general, sino contra rostros que no olvidaría jamás.

Apretó la mandíbula mientras avanzaba hacia su zona de la base.

La rabia le subió desde el estómago como una marea oscura e imposible de ignorar. No era la ira rápida del combate ni la

adrenalina que se disipaba tras una misión cumplida. Era algo más profundo, más frío.

Jack caminaba con los puños cerrados, sintiendo aún la piel de Emma bajo sus dedos, el miedo en su voz, la forma en que había temblado al quedarse sola. Todo se le clavaba por dentro. Aquellos hombres no solo la habían secuestrado, la habían quebrado por dentro, la habían reducido a sentir únicamente un miedo que nadie debería conocer. Esa idea le encendió la sangre.

Pensó en sus rostros, en sus manos, en la risa fácil de quienes se alimentan del sufrimiento ajeno.

No gritó. No golpeó nada. Se limitó a seguir caminando con la mandíbula tensa y la mirada fija al frente, dejando que esa furia se ordenara en algo peligroso: memoria.

En su interior, una certeza se asentó con la calma de quien ya ha tomado una decisión: hay deudas que no prescriben.

Y supo, con una calma peligrosa, que, si alguno de aquellos hombres volvía a cruzarse en su camino, no habría órdenes ni guerra ni tiempo suficiente que lo detuvieran: solo el silencio definitivo que él mismo sabría imponer.



12

—Deir ez-Zor—

El edificio aún olía a humo y pólvora. Las paredes estaban marcadas por impactos recientes, el suelo cubierto de casquillos y sangre seca que nadie se había molestado en limpiar. Una de las ventanas había reventado por completo y dejaba entrar un aire frío que agitaba las cortinas rasgadas, como si el lugar respirara con dificultad. Aquel espacio, que horas antes había sido un centro de control, ahora parecía un animal herido.

Hasan al-Qadir permanecía de pie en el centro de la estancia, con la chaqueta abierta y las manos manchadas de polvo. Sus ojos negros recorrían el desastre con una furia contenida.

No había nacido para mandar, pero la guerra se había encargado de moldearlo hasta convertirlo en lo único que sabía ser: un superviviente.

Su infancia había transcurrido en un barrio pobre, de calles polvorientas y casas apretadas unas contra las otras, donde aprender a callar era tan importante como aprender a respirar. Había crecido viendo cómo el miedo se instalaba en los ojos de los adultos y cómo la violencia se volvía cotidiana, primero como un rumor lejano y después como una presencia constante.

Perdió demasiado pronto a su padre, demasiado joven para entender por qué un proyectil podía decidir el destino de una familia entera. A partir de entonces, algo se creó y surgió dentro de él.

La guerra le ofreció un lugar cuando no tenía ninguno al que ir.

Primero, fue un muchacho más con un arma prestada, luego alguien que aprendió a obedecer y, más tarde, un hombre que descubrió que sabía mandar.

Hasan no era el más fuerte ni el más carismático, pero sí el más frío, el que no dudaba, el que entendía que el poder no se gritaba, se ejercía. Ascendió porque sobrevivía donde otros caían, porque tomaba decisiones rápidas y porque no se permitía mirar atrás.

En la milicia, se encargaba de controlar el territorio, de castigar la traición y de negociar cuando convenía. Para él, todo era una cuestión de equilibrio, con el miedo suficiente para mantener el orden y la violencia cuando era necesaria.

No luchaba por ideales grandilocuentes ni por discursos patrióticos. Luchaba por el control, por no volver a ser el niño que miraba al suelo mientras otros decidían por él. Combatía a facciones rivales, a grupos extremistas que amenazaban su dominio y a cualquiera que pusiera un pie en su territorio sin permiso. Pero su odio más profundo estaba reservado para los americanos. Para los que llegaban desde fuera creyendo entender una guerra que no era la suya. Para los que entraban, intervenían, se llevaban lo que querían y desaparecían, dejando el caos atrás. Los llamaba entrometidos porque eso era lo que eran para él: extraños que jugaban a ser salvadores sin pagar nunca el precio real.

La periodista representaba todo lo que detestaba. La mirada que juzga, la voz que cuenta una historia que no le pertenece.

Que se la hubieran arrebatado no era solo una derrota táctica, era una herida a su orgullo, y él nunca perdonaba las humillaciones. En su mundo, cada ofensa exigía respuesta. Cada pérdida, compensación.

Él mismo había apretado el gatillo sin pestañear contra uno de los periodistas y había mirado a los ojos a la mujer mientras había ordenado que se la llevaran y la usaran como rehén para sus objetivos. Y ahora… se la habían quitado.

—Habla —ordenó sin volverse.

A su espalda, Firas al-Mansur, su segundo al mando, se aclaró la garganta.

—Nueve muertos —dijo—. Dos en la planta baja, uno en el pasillo norte y los otros en la sala de retención. Tres heridos graves. El resto… huyeron cuando comenzó el fuego desde el aire.

Hasan apretó la mandíbula.

—¿Y ella?

—Se la llevaron —confirmó Firas—. Entraron directos. No dudaron. —Hasan soltó una breve risa malhumorada—. También dejaron con vida a la mujer y al niño.

Hasan giró la cabeza despacio.

—¿Qué mujer?

Firas señaló hacia una esquina de la estancia contigua. Allí, sentada en el suelo, una mujer abrazaba a un niño pequeño contra su pecho. El crío no lloraba, solo observaba en silencio con unos ojos demasiado grandes para su edad. La mujer mantenía la cabeza gacha, temblorosa, como si aún esperara un disparo que no había llegado.

—No eran el objetivo —explicó Firas—. Les dijeron que se quedaran quietos y se fueron.

Hasan los observó unos segundos más de lo necesario. Luego volvió la mirada al caos del edificio.

—Los americanos —escupió—. Vienen, roban lo que es nuestro y se marchan como si nada.

—No fue solo una operación —añadió Firas con el mentón alzado —. Fue un mensaje.

Hasan cerró los puños.

—Y yo no dejo los mensajes sin respuesta.

Comprendía mejor que nadie el peligro de una historia bien contada. No era el arma lo que más temía, ni siquiera los helicópteros que habían rasgado el cielo aquella noche. Era ella. La periodista. Una mujer que había visto demasiado y que, además, había sobrevivido para contarlo. Eso la convertía en algo mucho más peligroso que cualquier enemigo armado.

Aquella mujer no llevaba uniforme ni bandera, pero sí palabras. Las palabras, bien usadas, podían atravesar fronteras, encender conciencias y convertir el control en tiranía a ojos del mundo. Ella era un testimonio vivo de lo que hacían allí, de cómo se gobernaba

el miedo, de cómo se castigaba al que no obedecía, al que se negaba a luchar, al que quería seguir siendo civil en medio de una guerra que no había elegido. Hasan sabía que, en su relato, no habría matices ni justificaciones. Solo habría víctimas y verdugos. Él mismo había visto la entrevista realizada por parte de los dos periodistas a un disidente.

Para él, aquellos que, como aquel disidente, no se alineaban con su postura, eran cobardes, gente débil que pretendía sobrevivir sin ensuciarse las manos, ignorando que la neutralidad no existía en su mundo. Su milicia mantenía el orden a base de brutalidad, porque así era como se sostenía el poder, porque así había aprendido él a sobrevivir.

Una periodista no entendía esas reglas, peor aún, creía que las entendía y las juzgaba. Eso era imperdonable.

Le ardía pensar que ahora estaría a salvo, rodeada de médicos y soldados, preparándose para contar al mundo lo que había visto, para señalar con el dedo, para convertir su nombre en sinónimo de barbarie. Hasan apretó los dientes al imaginar titulares, entrevistas, miradas de condena desde países lejanos que nunca habían pisado aquel suelo. Ella era una grieta en su dominio, una amenaza real que no podía silenciar con balas… al menos, no ahora.

Se giró por fin hacia su segundo, con una expresión dura y afilada.

—Esa periodista creyó que podía entrar aquí, mirar, juzgar… y marcharse —dijo—. Pensó que sobreviviría sin consecuencias.

Firas asintió, serio.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó directamente.

Hasan clavó la mirada en la puerta destrozada por donde habían huido hacia el patio trasero, donde un helicóptero los había recogido, y se acercó junto a la ventana rota, observando el desierto como si pudiera arrancarle respuestas al horizonte. El viento levantaba polvo entre los restos del edificio y, durante unos segundos, solo se escuchó ese murmullo áspero.

—He hablado con la gente de las aldeas. Pastores, transportistas… todos dicen lo mismo —dijo Firas finalmente, rompiendo el silencio. Hasan no se giró—. Vieron el helicóptero —

continuó—, en vuelo bajo y rápido. No se dirigió al norte. Tampoco al oeste. Iba hacia el sur… hacia el desierto.

Hasan cerró los ojos un instante. No necesitaba mapas. Conocía aquella lógica mejor que nadie.

—Entonces no fue una evacuación improvisada —murmuró—. Fue una retirada limpia. —Se volvió despacio hacia su segundo—. ¿Coinciden todos?

—Todos —afirmó Firas—. Ninguno vio aterrizar cerca de zonas civiles y no hubo un convoy después.

Hasan dejó escapar una sonrisa fría.

—Al-Tanf —dijo—. No hay otro lugar.

Firas asintió.

—Eso pensé yo.

Hasan caminó unos pasos por la estancia, esquivando restos de cristales y sangre seca. En su mente, las piezas encajaban con una claridad que le resultaba casi reconfortante. Los americanos siempre hacían lo mismo, creían que la distancia y la tecnología los protegían de todo.

—Escucha bien, Firas —dijo al fin—. No quiero hombres armados cerca de esa base. Ni uno.

—¿Ni siquiera para provocar? —preguntó él.

Hasan lo miró con dureza.

—¿Quieres que bombardeen media región? —replicó—. No somos idiotas. Esa base no se toca. —Se acercó más, bajando la voz —. Pero todo lo demás… sí.

Firas entendió al instante.

—Rutas —dijo—, carreteras, caminos de tierra…

—Pastores —añadió Hasan—, comerciantes, chicos que miran sin ser vistos. Quiero saber cada movimiento que salga de allí. Cada vehículo y cada helicóptero.

—¿Y si no se mueven?

Hasan apretó la mandíbula.

—Se moverán —respondió—. No retienen a una mujer así mucho tiempo. La sacarán del país, seguramente por Jordania. —Se detuvo un segundo, dejando que esa idea se asentara—. Y ese será su error.

Firas dudó.

—¿Ordenamos fuego si despegan?

—No —cortó Hasan—, aún no. Que vuelen tranquilos, que crean que han ganado.

Sus pensamientos eran claros y afilados. No necesitaba vengarse de inmediato. Necesitaba paciencia y control. El poder no estaba en atacar primero, sino en elegir el momento exacto—. Cuando la muevan —continuó—, cuando salga del perímetro… entonces actuaremos.

—¿Para traerla de vuelta? —preguntó Firas.

Hasan sostuvo su mirada.

—No —dijo con calma—. Para cerrar una boca que sabe demasiado.

Firas asintió con seriedad.

—Daré las órdenes.

Hasan volvió la vista al desierto. En su interior no había prisa, solo una certeza firme y peligrosa: nadie salía de su territorio sin dejar algo atrás. Y la periodista aún no había pagado el precio de seguir con vida.

Habían pasado tres días desde el rescate.

Emma estaba mejor, no del todo bien, pero lo suficiente como para notarlo. Dormir seguía siendo difícil, el sueño llegaba a trompicones, fragmentado, y a menudo necesitaba un ansiolítico para conseguir descansar unas horas seguidas. Aun así, ya no despertaba sobresaltada cada pocos minutos. Su cuerpo empezaba a entender que estaba a salvo, aunque su mente aún caminara con cautela.

Había hablado con una psicóloga militar dos veces. Sesiones breves y sin presión. Nadie le pidió que contara lo ocurrido. Solo le explicaron cómo funcionaban las reacciones del cuerpo tras un trauma, qué era normal sentir y qué no debía forzarse. Solo debía respirar, dormir y comer, el resto llegaría después. Todo seguía un protocolo claro: estabilizar primero, profundizar más adelante, cuando ya no estuviera en zona de guerra.

Jack estaba sentado a su lado, en la silla de siempre. No muy cerca, pero tampoco lejos. La acompañaba como quien entiende que la presencia, a veces, es suficiente.

—Te juro que la comida de esta base mejora cuando llevas varios días aquí —comentó él con una sonrisa—. El primer día piensas que es incomestible. El tercero… empiezas a defenderla.

Emma lo miró, divertida.

—Eso suena más a resignación que a mejora —respondió.

—Exacto. Es supervivencia —dijo Jack—. Paso uno: no morir. Paso dos: convencerte de que el puré no está tan mal.

Ella soltó una risa, breve y real.

Jack la observó con atención. Aquella risa le alivió el pecho más de lo que admitiría jamás.

Pero la sonrisa de Emma se desdibujó casi de inmediato, como si se hubiera sorprendido a sí misma haciendo algo que no le correspondía.

—No debería reírme —dijo en voz baja—. Tom está muerto. Y yo estoy aquí… riendo.

Jack no respondió al instante. Estiró la mano despacio y tomó la suya, sin apretar.

—No es una traición —dijo—. Reír no borra lo que pasó, no le quita peso a tu dolor.

Emma tragó saliva.

—Pero se siente mal —susurró.

—Lo sé —respondió él—. Pero también tienes derecho a concederte momentos así, a respirar y a reír, incluso ahora.

Ella negó despacio.

—Quizá… más adelante.

Jack asintió, aceptándolo.

—Cuando tú quieras.

La puerta se abrió con un golpe suave.

—Interrumpo algo importante, ¿verdad? —preguntó una voz serena.

La doctora Davis entró en la enfermería con una carpeta bajo el brazo. Ella había sido quien había llevado el seguimiento de Emma

desde el primer momento. Su rostro transmitía calma y profesionalidad.

—No —respondió Emma—. Estábamos… hablando.

—Eso es buena señal —dijo la doctora, acercándose—. Precisamente por eso vengo. —Jack se incorporó un poco en la silla —. Emma —continuó la doctora Davis—, tu evolución es buena. Estás estable, te mueves con normalidad y ya no necesitas monitorización constante. Así que, si estás de acuerdo, hoy mismo te trasladaremos a una habitación dentro de la base.

Emma abrió ligeramente los ojos.

—¿Ya no dormiré aquí?

—No —sonrió la doctora—. Tendrás tu propio espacio. Seguiremos vigilándote, por supuesto, pero fuera de la enfermería. Podrás descansar mejor.

—¿Puedo… salir un poco? —preguntó Emma con cautela—. Caminar.

—Por zonas seguras —aclaró Davis—. Y con autorización. También podrás ir a la cantina. Todo con calma, paso a paso. —Emma miró a Jack, buscando algo en su expresión—. ¿Te parece bien? —preguntó la doctora.

Jack asintió antes de que ella respondiera.

—Le vendrá bien el aire y la normalidad —dijo él.

Emma respiró hondo y asintió también.

—Sí —dijo—, me gustaría.

La doctora Davis cerró la carpeta.

—Perfecto. En un par de horas hacemos el traslado.

Cuando salió de la sala, el silencio volvió a instalarse entre ellos. Emma apretó un poco la mano de Jack.

—Supongo que… es un paso —murmuró.

Jack le devolvió una pequeña sonrisa.

—Vas dándolos poco a poco —respondió—, aunque no te des cuenta.

Por primera vez en días, Emma creyó que quizá era verdad.

Jack se acomodó un poco mejor en la silla, sin soltarle la mano.

—Cuando te instalen en la habitación —dijo—, si te apetece, puedo llevarte a ver las zonas seguras de la base.

Emma alzó una ceja, intrigada.

—¿Zonas seguras?

—Las que no implican armas, gritos ni gente corriendo —respondió él—. Caminos interiores, patios controlados, algún banco al sol… sitios donde el mundo parece un poco más normal.

—Eso suena… bien —admitió ella—. ¿Y qué se hace allí?

Jack se encogió de hombros.

—Caminar, sentarse, respirar… mirar el cielo sin pensar qué va a caer de él.

Emma asintió despacio.

—Eso me gustaría.

Él sonrió.

—Y además tendrás habitación para ti sola —añadió casi bromeando.

Ella lo miró confundida.

—¿Eso es tan raro?

Jack soltó una breve risa.

—Es oro puro en esta base. Una cama sin ronquidos ajenos, sin botas en el suelo y sin alguien hablando en sueños.

—¿Tú no tienes habitación propia? —preguntó Emma.

—No —negó—. Duermo con mi equipo. Siempre juntos. Tenemos que estar listos para movernos en cualquier momento.

—¿Siempre los mismos?

—Desde hace años —respondió—. Hemos pasado más tiempo juntos que con nadie más.

Emma lo observó con atención.

—Hablas de ellos con mucho cariño.

Jack bajó la mirada un segundo antes de asentir.

—Porque ya no son solo compañeros —dijo—. Se han convertido en mi familia.

Emma sonrió levemente.

—¿Y no echas de menos a tu familia en Nueva York?

—Claro que sí —admitió—. Cada vez que tengo permiso o acabo una misión voy a verlos. No es mucho tiempo, pero… el suficiente

para recordar de dónde vengo.

Emma apretó un poco más su mano.

—Debe ser duro vivir así.

Jack la miró y sonrió, sincero.

—Lo es —dijo—, pero hay cosas que hacen que merezca la pena. —Y, al decirlo, no apartó los ojos de ella. Inspiró hondo y soltó su mano. Luego dio unas palmadas sobre sus piernas—. El traslado será en breve, ¿te ayudo con algo?

Ella sonrió y negó. No tenía nada, absolutamente nada. No había perdido solo a su compañero, sino también el testimonio que había grabado de la resistencia, aquel por el que Tom había dado su vida… Se quedó paralizada ante la mirada de Jack que, durante unos segundos, se quedó observándola en silencio.

—¿Ocurre algo? —preguntó preocupado al notar que ella respiraba más rápido. Ella no contestó, como si algo en su mente se hubiese abierto—. Emma… —dijo echándose sobre ella y tomó su mano de inmediato. La otra mano la llevo hasta su mejilla, obligándola a que lo mirase. Su respiración era excesivamente rápida —. Emma, mírame… eh, respira tranquila… Estás en una base estadounidense, estás a salvo…

—Mi ropa… —titubeó y miró a su alrededor como si la estuviese buscando—. Mi… mi camisa.

Él miró también de un lado a otro.

—¿Estás buscando tu camisa? ¿Con la que llegaste aquí? —preguntó acelerado.

Ella asintió sin soltar su mano.

—Necesito… necesito mi camisa.

Él la miró confundido.

—Tienes ropa limpia —intentó calmarla.

Ella cerró los ojos intentando ordenar las ideas.

—Mi camisa… la grabación… —susurró al final y lo miró fijamente—. En mi camisa había una tarjeta de memoria —continuó rápidamente, agobiada—. Es una grabación muy importante, se la hicimos a un integrante de la defensa siria. La necesito.

Él asintió lentamente sin soltar su mano.

—Está bien… preguntaré por tu camisa, pero cálmate.

—La necesito ahora —exigió.

—Vale, vale… —dijo soltando su mano—. Pediré que la busquen.

Ella asintió y se quedó mirando un punto fijo en la pared. Jack se quedó observándola unos segundos mientras daba unos pasos hacia atrás. Emma pareció calmar su respiración al recibir aquella respuesta, aunque tenía claro que su mente comenzaba a trabajar y a recordar cosas horribles.

Abrió la puerta sin perderla de vista y la doctora Davis se dirigió a él.

—¿Todo bien?

Él la miró e hizo un gesto de no estar muy seguro.

—Sí, se… se ha puesto un poco nerviosa ahora, ha debido de recordar algo. Me pide la camisa con la que la trajeron aquí, algo sobre una tarjeta de memoria.

La doctora lo miró con un atisbo de inseguridad.

—Es normal que tenga episodios así —se giró para observarla. Emma inspiraba hondo, pensativa, como si estuviese analizando parte de sus recuerdos—. La ropa debe de estar o bien en la lavandería o si estaba en muy mal estado la habrán tirado.

Jack asintió.

—Iré a buscarla, gracias. —La doctora Davis asintió. Jack iba a girarse, pero reaccionó rápidamente volviéndose de nuevo hacia la doctora—. Si no le importa, me gustaría ir con ella al traslado a su nueva habitación.

—Claro, pero vamos a trasladarla en pocos minutos, lo acabamos de consensuar —le sonrió la doctora—. Mejor que vaya con alguien que le transmita confianza. —Miró a Jack con una sonrisa—. Usted le hace mucho bien. Le da esa seguridad que tanto necesita y que es clave para su recuperación. Vaya a buscar la camisa para que no le genere más ansiedad y le esperamos en la nueva habitación. Tranquilo, no estará sola.

Aquellas palabras provocaron que él sonriese.

—De acuerdo —dijo dando unos pasos atrás—. Nos vemos ahora —continuó ya girándose, dirigiéndose directamente a la lavandería.



13

La doctora Davis caminaba a su lado con paso tranquilo mientras un militar las precedía unos metros por delante, atento a cada cruce y a cada puerta. Emma avanzaba despacio, todavía acostumbrándose a la idea de salir de la enfermería. La base se extendía ante ella como un pequeño mundo autosuficiente: módulos bajos, pasillos de grava compacta, estructuras prefabricadas protegidas por sacos de arena y vallas interiores. Todo estaba pensado para resistir, no para durar.

—Tu habitación está en el módulo médico secundario —le explicó la doctora Davis—. No es la enfermería, pero está lo bastante cerca por si ocurre cualquier cosa. Tendrás vigilancia discreta en el exterior y control de accesos. Nadie entra sin autorización. —Emma asintió, escuchando con atención—. Podrás descansar y tener tus cosas —continuó—. Paseos por zonas seguras y visitas autorizadas. Si notas ansiedad o no puedes dormir, avisa. No estás sola aquí.

La habitación era pequeña, austera, pero limpia. Una cama individual bien hecha, una mesa sencilla, una silla, una taquilla metálica y una pequeña ventana alta que dejaba entrar una luz tenue. No había adornos, pero tampoco frialdad. Era un espacio propio y protegido.

—Aquí estarás bien —concluyó la doctora.

En ese momento, Jack apareció en la puerta. El militar intercambió una mirada con Davis y asintió.

—Te dejamos —dijo ella—. Volveré más tarde para comprobar cómo te adaptas.

Cuando se quedaron solos, Jack miró alrededor de la casita y esbozó una sonrisa.

—No está mal —comentó—. Una casita para ti sola. Te envidio un poco.

Emma dejó escapar una sonrisa nerviosa.

—¿Tú dónde duermes?

—En un lugar con mucho menos glamur y con ronquidos incluidos. —Se acercó entonces a la mesa y dejó algo doblado con cuidado—. Por cierto… —dijo—, esto estaba en la lavandería. ¿Era lo que querías?

Emma reconoció la camisa al instante. La suya. Rota, sucia, pero de una pieza. El corazón le dio un vuelco. La agarró con rapidez y la desdobló. Sus dedos temblaban mientras buscaba el pequeño bolsillo delantero, aquel que apenas se notaba, cerrado con un botón diminuto.

Jack la observaba intrigado.

—¿Emma? —preguntó—. ¿Qué pasa? —Ella desabrochó el botón y metió los dedos con cuidado. Cuando notó el pequeño objeto se le llenaron los ojos de lágrimas. Sacó la tarjeta microSD y la sostuvo entre los dedos, como si fuera algo irreal. Jack abrió los ojos, sorprendido—. ¿Qué es eso?

Emma no respondió de inmediato. Lo miró, incrédula, con la respiración entrecortada.

—¿Cómo…? —susurró—. ¿Cómo es posible que no la vieran?

Jack entendió entonces la magnitud de lo que sostenía. Se acercó un poco más, bajando la voz sin darse cuenta.

—Te registraron —dijo—, sí, pero no como crees. Las milicias no suelen hacer registros exhaustivos o profesionales. Buscaban armas, cámaras, mochilas… cosas evidentes.

Emma negó despacio, con las lágrimas resbalando por sus mejillas.

—Ni siquiera miraron bien…

—No es un registro profesional —insistió Jack—. Es rápido, brutal y desordenado. Y muchas veces… evitan ciertas zonas. Tienen

muchos tabúes, van con prisas…

Emma cerró la mano alrededor de la tarjeta microSD, apretándola contra el pecho.

—Tom… —murmuró y miró a Jack sin poder controlar el temblor de su cuerpo—, por esto lo mataron. Encontraron su tarjeta, pero no la mía.

Jack bajó la cabeza, respetando el silencio mientras lloraba y sostenía la tarjeta de memoria contra su pecho, como si de aquella forma se pudiese sentir más cerca de su compañero.

—Por eso no te examinaron mejor, pensaban que ya habían ganado. —Inspiró hondo, sin atreverse a preguntar, no sabía hasta dónde podía llegar con ella sin fragmentarla de nuevo—. ¿Puedo preguntarte algo? —Ella lo miró apretando los labios y finalmente asintió—. ¿Qué hay en esa tarjeta de memoria?

Emma apretó la microSD entre los dedos como si pudiera desvanecerse en cualquier momento. Miró a Jack, pero al intentar hablar la voz se le quebró.

—Ahí… —empezó, y tuvo que detenerse. Inspiró, pero el aire no llegó a los pulmones—. Ahí está todo.

Las lágrimas comenzaron a caerle ya sin control. Jack dio un paso hacia ella al instante.

—Emma —dijo con suavidad—. Tranquila. No pasa nada.

Ella negó con la cabeza, desesperada.

—Sí pasa —susurró—. Pasa que… —se llevó la mano al pecho, respirando a trompicones—. No puedo… perdona.

Jack la guio con cuidado hasta la silla y la ayudó a sentarse. Luego se arrodilló frente a ella, a su altura, sosteniéndole las manos con firmeza.

—Mírame —pidió—. Respira hondo. —Ella cerró los ojos y el temblor fue cediendo—. No tienes que explicarme nada ahora —añadió él—. Cuando estés preparada.

Emma cerró los ojos un segundo. Cuando los abrió, había una determinación dolorosa en su mirada.

—No —dijo—. Necesito hacerlo ahora. —Jack no la interrumpió —. Es… es un testimonio —continuó ella con la voz rota—. De un hombre de la resistencia. No de los extremistas. De los otros. De los

que también tienen miedo. Habla de lo que hacen las milicias… de cómo controlan aldeas, de las palizas, de las desapariciones, de los acuerdos con supuestos aliados que luego usan a civiles como moneda de cambio. —Las lágrimas le nublaron la vista—. Habló de niños —susurró—. De mujeres. De gente que no quiere luchar. Dijo nombres, Jack… lugares. Cosas que nadie se atreve a decir en voz alta. —Jack apretó un poco más sus manos, sintiendo cómo le ardía el pecho—. Tom lo grabó todo —siguió Emma—. Yo… yo guardé una copia por si algo salía mal. Por si… —la voz se le rompió del todo—. Por si nos mataban. —Un sollozo le atravesó el cuerpo—. Eso es lo que hay aquí —dijo al fin, levantando la microSD—. Eso fue lo que encontraron en la tarjeta de memoria de Tom, por eso lo mataron.

Las palabras quedaron suspendidas entre ambos.

Jack bajó la cabeza un instante, sin soltarla.

—Lo siento —dijo en voz baja—. Lo siento tanto. —Emma asintió, agotada y echando su cabeza hacia delante, como si al decirlo en voz alta algo se hubiera liberado dentro de ella—. Tom… —pronunció Jack con extrema delicadeza—, no murió en vano. —Emma cerró los ojos, dejando que esas palabras la sostuvieran mientras las lágrimas seguían cayendo—. Lo que hicisteis no se perdió —añadió con firmeza—. Sobrevivió. Y eso… importa.

Emma alzó la vista hacia él, aún temblorosa, pero con algo nuevo brillando en sus ojos.

Estaban a apenas unos centímetros, lo bastante cerca como para que él sintiera su respiración temblorosa. Jack no apartó los ojos. Con una lentitud casi reverente, alzó la mano y apartó un mechón de cabello que se le había pegado a la mejilla húmeda y se la acarició.

Ella no dijo nada. Solo se inclinó hacia él y lo abrazó, como si el cuerpo supiera antes que la cabeza dónde refugiarse.

Jack la rodeó de inmediato, con firmeza y cuidado a la vez.

—Eres muy fuerte, Emma —murmuró contra su cabello—. Mucho más de lo que crees. Pocas personas podrían haber soportado lo que tú has pasado… y seguir en pie.

Ella asintió sin soltarse, llorando contra su pecho.

—Tengo que seguir —susurró—. No solo por mí… sino por lo que hay en esa tarjeta. Por Tom. Por la toda la gente buena de estas tierras condenadas por la guerra.

—Lo sé —respondió él, apretándola un poco más—. Y lo harás. Darás ese testimonio. —Jack se separó lo justo para tomarla por los hombros y mirarla de frente. Sus ojos estaban enrojecidos, pero firmes—. Sé que eres capaz de eso —dijo—. Y de mucho más.

Emma volvió a asentir, respirando con dificultad.

—Gracias —susurró—. Por estar aquí. Por no soltarme —sollozó.

Jack apoyó las manos en sus brazos, sujetándola con una ternura que no necesitaba promesas grandilocuentes.

—Estoy aquí —dijo—, para lo que necesites y cuando lo necesites.

Y Emma, por primera vez desde que había salido del infierno, creyó que quizá podría sostener el mañana.

El sol caía oblicuo sobre la base, suavizando los contornos ásperos del desierto. Emma caminaba despacio, marcando el paso sin darse cuenta al ritmo del de Jack, que no se adelantaba ni un centímetro. Aquel paseo no tenía destino, era solo una excusa para salir, para mover el cuerpo, para recordarle al mundo y a sí misma que seguía allí.

—¿Te encuentras bien? —preguntó él en voz baja, más atento a su respiración que al camino.

—Sí… —respondió tras pensarlo un segundo—. Cansada, pero mejor. Anoche dormí un poco más.

Jack ladeó la cabeza, interesado.

—¿Un poco más es…?

—Tres horas seguidas —dijo ella, encogiéndose de hombros—. Para mí ahora mismo es un logro.

—Lo es —afirmó él sin ironía—. El cuerpo necesita tiempo.

Llegaron a un banco sencillo, de metal, colocado en una zona protegida por sacos de arena y una lona que daba algo de sombra. Jack esperó a que ella se sentara primero y luego él lo hizo a su

lado, dejando un espacio mínimo entre ambos, suficiente para no invadirla y demasiado corto para parecer distancia.

—A veces me despierto y no sé dónde estoy —confesó Emma mirando al frente—. Tardo unos segundos en recordar que… ya pasó.

Jack apoyó los codos sobre sus rodillas.

—Eso también es normal —dijo—. La cabeza va más lenta que el cuerpo.

—El ansiolítico ayuda —añadió ella—. No me gusta depender de él, pero… sin eso no creo que durmiera más de media hora seguida.

—No es depender —respondió—. Es apoyarte mientras sanas.

Emma lo miró de reojo.

—Hablas como si lo hubieras vivido.

Jack sostuvo la mirada un segundo antes de apartarla.

—He visto a muchos hacerlo —corrigió—. Y a algunos les costó más que a otros.

Ella asintió, comprendiendo sin preguntar nada más. El silencio se instaló entre ellos, pero no fue incómodo. Era de esos silencios que brindan un poco de paz en la tormenta.

—Aquí parece todo… tranquilo —murmuró Emma—. Casi normal.

—Es solo una ilusión —respondió Jack—. Pero, a veces, esa ilusión es justo lo que hace falta para continuar adelante.

Emma apenas sonrió, apoyando la espalda en el banco.

—Gracias por sacarme —dijo—. Por caminar conmigo, quiero decir.

Jack giró la cabeza hacia ella.

—No tienes que agradecerlo.

—Lo sé —admitió.

El viento movió ligeramente la lona sobre sus cabezas. Jack observó cómo Emma cerraba los ojos un instante, dejándose llevar, y sintió que aquel momento simple y silencioso era una victoria pequeña pero real. Ella sanaría poco a poco de todo lo sufrido.

Emma giró un poco la cabeza hacia él, apoyando el codo en el respaldo del banco.

—¿A cuánta gente has ayudado tú?

Él soltó una breve risa nasal y negó despacio.

—¿Seguro que quieres saber eso?

—Ahora que lo dices… —sonrió ella—, no sé, pero tengo curiosidad.

Jack se encogió de hombros.

—He ayudado a algunos —dijo—. A otros no llegué a tiempo… así es esto.

Emma frunció ligeramente el ceño.

—Debe de ser difícil vivir con eso.

—Lo es —admitió—. Pero también te enseña a valorar cuando sí llegas.

Ella asintió, pensativa. Luego lo observó con descaro, recorriendo con la mirada el uniforme impecable.

—Dime una cosa —añadió—. ¿Siempre vas vestido así? ¿O es que no tienes ropa normal?

Jack la miró, sorprendido, y luego soltó una carcajada sincera.

—Tengo ropa normal —se defendió—. Lo prometo.

—Ajá… —dijo ella divertida—. Porque creo que no te he visto nunca sin uniforme.

—Eso dice más de mi trabajo que de mi armario, ¿verdad? —respondió sonriente—. Aunque reconozco que últimamente el uniforme gana por goleada.

Emma sonrió un poco más relajada.

—Te pega —comentó—. Pero me cuesta imaginarte ya… no sé, en vaqueros.

—Gracias —replicó él con ironía—. Cuando vuelvo a casa te aseguro que no visto así, tengo más ropa… te lo aseguro.

—Lo siento —dijo ella, llevándose una mano al pecho—. Pero ahora necesito pruebas.

Jack la miró de reojo, divertido.

—Algún día —concedió—. Cuando no estemos en mitad de una base militar en un país en guerra, te lo mostraré —dijo mirándola. Ella le sonrió tímidamente por lo que aquella última frase entrañaba.

Poco a poco, su expresión se volvió más seria. Se quedó mirando el suelo un momento antes de volver a alzar la vista hacia él.

—¿Tu familia… sabe realmente a qué te dedicas? —preguntó—. Quiero decir, lo que haces de verdad.

Jack tardó unos segundos en responder. No porque no supiera la respuesta, sino porque estaba acostumbrado a medirla.

—Saben lo justo —dijo al fin—. Y eso es así por protocolo.

Emma ladeó la cabeza, interesada.

—¿Protocolo?

—Sí —asintió—. A la familia se le informa de la unidad general, del rango, de que estás desplegado, pero no de las misiones concretas. Ni lugares ni fechas ni nombres.

—Para protegerlos —dedujo ella.

—Exacto —confirmó—. Cuanto menos sepan, menos peligro corren y menos peso cargan.

Emma frunció el ceño revelando cierta preocupación.

—Debe de ser duro no poder contarles nada importante.

—Lo es —admitió—. Mi madre cree que paso más tiempo en oficinas de lo que realmente paso. Y mi padre… prefiere no hacer demasiadas preguntas.

—¿Y tú? —preguntó ella—. ¿Nunca has querido decirles la verdad?

Jack respiró hondo.

—A veces. Pero hay cosas que, si las dices, ya no puedes quitarlas de la cabeza de quien te quiere. Y no quiero que vivan con esa angustia permanente. Es mejor así.

Emma asintió despacio, comprendiendo.

—Supongo que es una forma de protegerlos… aunque estés lejos.

—O precisamente porque estoy lejos —respondió él.

Ella lo miró con una mezcla de respeto y tristeza.

—Tiene que ser muy solitario.

Jack giró el cuello hacia ella y esbozó una sonrisa.

—Por eso se agradece la buena compañía.

Emma bajó la mirada, pero la curva suave de sus labios delató que aquella frase había llegado a su sitio.

Cuando el sol empezó a caer tras las estructuras de la base, el viento cambió. Llegó más seco, más frío, colándose entre la ropa

como un aviso silencioso de que el día terminaba. Emma se estremeció sin darse cuenta.

Jack lo notó al instante. Sin decir nada, se levantó, se quitó la chaqueta y se la colocó sobre los hombros con un gesto lento y cuidadoso, como si temiera romper algo frágil.

Emma alzó la vista, sorprendida.

—No hacía falta.

—Claro que hacía falta —respondió él con naturalidad, ajustándole la chaqueta—. Protocolo básico. —Ella sonrió mientras él se sentaba a su lado de nuevo—. Siempre listo para proteger —añadió con un tono serio, deliberadamente exagerado—. Incluso del frío enemigo —acabó con voz más ronca.

Emma soltó una pequeña carcajada.

—Gracias —dijo en voz baja.

—No se aceptan agradecimientos —replicó él—. Va incluido en el servicio —continuó con la broma.

Se quedaron unos segundos en silencio, mirando cómo el cielo comenzaba a teñirse de tonos anaranjados y violetas.

—Una de estas noches —dijo Jack de pronto—, cuando estés un poco mejor, te llevaré a ver las estrellas. Aquí el cielo es… —buscó la palabra—, distinto. Es el más hermoso que verás nunca.

Emma apretó un poco la chaqueta contra su cuerpo.

—Eso me trae buenos recuerdos —confesó.

Jack tragó saliva sin mirarla y asintió despacio.

—A mí también. —Se quedó observando el horizonte un instante más y, casi sin pensar, añadió—. Creo que fue bajo un cielo estrellado cuando te di mi primer beso.

Emma giró la cabeza hacia él, con una melancolía aflorando en su mirada.

—Lo recuerdo.

Jack dejó escapar una risa breve.

—Estaba muerto de miedo —admitió—. Me temblaban las manos, sudaba... Estaba convencido de que ibas a apartarte.

Emma rio más libre esta vez.

—Pero no lo hice —reconoció.

—Menos mal que no me hiciste la cobra —respondió—. Aunque aún no sé qué fue peor… si los nervios de besarte por primera vez o los que paso ahora en mi trabajo.

Ella soltó una carcajada sincera, sorprendida de sí misma.

Jack la miró entonces con esa mezcla de ternura y asombro que no había desaparecido con los años y pensó que, incluso en medio del caos, verla sonreír seguía siendo una de las cosas más hermosas que conocía.

Emma seguía sonriendo cuando volvió a mirarlo, acomodándose mejor la chaqueta sobre los hombros.

—Y cuando no estás salvando gente ni siguiendo protocolos —preguntó—, ¿qué haces para divertirte aquí?

Jack arqueó una ceja, pensativo.

—¿La respuesta oficial o la real?

—La real —contestó ella sin dudar—. La oficial ya me la imagino.

Él soltó una risa.

—Bueno… cuando no estoy trabajando, intento hacer cosas normales. Correr, entrenar, leer algo que no tenga mapas ni informes. A veces pongo música demasiado alta solo para recordar que sigo vivo.

—¿Música? —se interesó ella—. No te imaginaba así.

—Pues deberías —replicó—. Tengo muy mal gusto, además.

Emma lo miró con curiosidad.

—Eso tendré que comprobarlo.

—Algún día —concedió—. También me gusta quedarme mirando el cielo. Suena menos interesante de lo que es.

Ella ladeó la cabeza.

—No suena nada mal.

—Es… silencioso —explicó—. Y el silencio, cuando no hay disparos ni órdenes, se vuelve casi un lujo.

Emma asintió, comprendiendo más de lo que dijo él en voz alta.

—Yo escribo —comentó—. Incluso cuando no trabajo. A veces solo para mí. Me ayuda a ordenar todo esto —se señaló la sien—. Aunque últimamente cuesta.

—Volverá —aseguró él—. Todo vuelve, aunque no sea igual.

Ella lo miró con una gratitud infinita.

—Gracias por responderme —dijo—. Me gusta saber cómo eres cuando no llevas el uniforme puesto —acabó tocándole divertida el uniforme por el hombro.

Jack sonrió de lado.

—Ten cuidado —advirtió—. Puede que no te guste la versión civil.

—Lo dudo —respondió ella sin pensarlo demasiado.

Y esa respuesta, simple y sincera, se le quedó a Jack grabada mucho después de que el viento volviera a soplar frío sobre la base.

El viento volvió a soplar con más fuerza y Jack miró el cielo, calculando la hora casi por instinto.

—Debería irme —dijo al fin, con cierta resistencia en la voz—. No quiero que te canses más de la cuenta.

Emma asintió despacio, aunque una parte de ella no quería que aquel momento terminara.

—Gracias por salir conmigo —dijo—. Me ha venido bien.

Caminaron juntos hasta su módulo. Jack avanzaba a su lado, atento, como si aún estuviera escoltándola, aunque el peligro ya no fuera inmediato. Al llegar a la puerta, se detuvieron.

Ella dudó apenas un segundo antes de abrazarlo. Fue un gesto suave, contenido, pero al rozar su mejilla con la de él, Jack sintió su calor atravesarlo todo. El corazón le golpeó el pecho con fuerza. Durante un instante fugaz, Jack pensó en inclinarse un poco más y besarla… pero no lo hizo. Sabía que había perdido ese derecho el día que se marchó.

Se separó despacio, demasiado despacio, como si le costara soltarla.

—Descansa —murmuró.

Jack ya se había girado cuando la oyó llamarlo.

—¿Vendrás mañana?

Él se volvió y esbozó una sonrisa picarona.

—Claro —respondió—. No vas a librarte de mí tan fácilmente.

Emma sonrió, y esa sonrisa fue lo último que Jack se llevó consigo antes de alejarse.

Emma cerró la puerta y el silencio volvió a envolverla. De golpe, la calma se transformó en un nudo en el pecho. La soledad pesó

más de lo esperado. Fue al pequeño baño, llenó un vaso de agua y se tomó uno de los ansiolíticos con manos temblorosas.

Luego se quedó mirando frente al espejo.

Su reflejo le devolvió una imagen cansada… pero viva. La contusión junto a la sien había remitido casi por completo gracias a los antiinflamatorios.

Bajó la mirada, se desabrochó el botón de la camisa y dejó al descubierto el hombro, parte del cuello y el pecho, aún marcados por tonos violáceos y amarillentos.

El aire se le atascó en la garganta y las lágrimas brotaron sin permiso.

Cerró los ojos con fuerza, intentando impedir que los recuerdos regresaran, que el dolor volviera a arrastrarla hacia atrás y que aquella frase que la perseguía dejase de amartillar su cerebro… ¿Por qué ella había sobrevivido y Tom no?

Se llevó las manos al rostro, ocultándolo, y el llanto brotó al fin sin contención. Buscó apoyo en la pared y se dejó caer despacio hasta el suelo. A veces, lo único que necesitaba para seguir en pie era permitirse llorar.



14

Emma caminaba despacio por la zona segura, dejándose llevar por el ritmo tranquilo de la base. El aire estaba más limpio a esa hora de la mañana y, por primera vez en días, sentía que podía respirar sin pensar en ello. A lo lejos, distinguió una silueta conocida avanzando entre los módulos.

Jack.

Una sonrisa suave se dibujó en su rostro casi sin que se diera cuenta, pero antes de que él llegara hasta ella, unos gritos rompieron la calma. Voces alteradas y agudas.

Emma se giró sobresaltada y vio a varios civiles acercándose a la valla interior, gesticulando frente a dos soldados armados que mantenían la posición con rigidez. Había hombres, mujeres y, al menos, dos niños aferrados a las faldas de una de ellas.

—¡Por favor! —gritaba uno de los hombres en árabe—. ¡Comida! ¡Ayuda!

Emma dio un paso instintivo hacia ellos.

—Emma —murmuró Jack acelerando el paso hacia ella.

Llegó en segundos, le pasó el brazo por los hombros con firmeza y la giró con suavidad, sin darle opción a quedarse mirando.

—Ven conmigo —dijo en voz baja—. Ahora.

—¿Qué pasa? —preguntó ella alarmada mientras se dejaba guiar por otra zona del perímetro—. Son civiles… hay niños.

—Lo sé —respondió él manteniendo el paso—. Pero no puedes estar ahí.

Emma frunció el ceño.

—¿Por qué no los ayudan?

Jack respiró hondo antes de contestar.

—Hay un protocolo —explicó—. Ningún civil puede acercarse libremente a una base. Ni siquiera para pedir ayuda.

—Pero solo quieren comida…

—Y eso es justo lo que lo complica todo —dijo con pesar—. A veces es verdad y a veces no. Puede ser una distracción, un intento de reconocimiento o alguien obligado a venir.

Emma se detuvo un momento y él también lo hizo, sin soltarla.

—¿Incluso con niños? —preguntó ella en un susurro.

Jack bajó un poco la voz.

—Incluso con niños. Especialmente con niños —enfatizó.

Ella lo miró, impactada.

—¿Y qué hacen entonces?

—Se activa un canal —continuó—. Un intermediario local, organizaciones humanitarias, o se les deriva a puntos controlados fuera del perímetro. Pero aquí… —miró alrededor— aquí no.

Emma negó despacio.

—Debe de ser horrible.

—Lo es —admitió—. Para ellos… y para nosotros.

A lo lejos, los gritos se fueron apagando. Emma volvió la vista una última vez antes de seguir caminando.

—Siento como si estuviéramos dándoles la espalda.

Jack apretó un poco más el brazo alrededor de sus hombros.

—No es indiferencia —dijo—. Es contención. A veces, proteger también significa no cruzar ciertas líneas.

Siguieron caminando juntos, alejándose del ruido, mientras la base recuperaba su falsa calma y Emma comprendía, un poco más, que incluso en los lugares diseñados para salvar vidas, no todas podían tocarse.

—¿Cómo has dormido estas dos últimas noches? —preguntó con cuidado.

Emma dudó un segundo.

—¿Quieres sinceridad?

Él la miró de reojo.

—Por favor.

—Regular —admitió—. Duermo a ratos. Me despierto cada poco tiempo… asustada. A veces no sé ni por qué. Y luego me quedo mirando el techo, esperando que pase.

Jack frunció ligeramente el ceño.

—¿Has tenido que tomar más ansiolíticos?

—Sí —respondió sin rodeos—. Y eso es lo que me preocupa. Si sigo así acabaré dependiendo de ellos —bromeó—. Me sacarán de aquí y tendré que ir a una clínica de deshabituación.

—No —dijo él con firmeza tranquila y una leve sonrisa de soslayo —. No si lo estás haciendo con control médico y no si sabes por qué los necesitas ahora.

Emma suspiró.

—La psicóloga viene cada día —añadió—. Me está ayudando mucho, la verdad. Me dice que lo que siento es normal… pero aun así cuesta.

—Claro que cuesta —respondió Jack—. No es algo que se supere en unos días. Lo que has vivido es una situación límite.

Ella bajó la mirada.

—A veces siento que ya debería estar mejor.

Jack se detuvo y la obligó a mirarlo.

—No te exijas eso —dijo con suavidad—. No hay un tiempo correcto para sanar. Cada paso cuenta, incluso los que parecen pequeños.

Emma asintió despacio.

—Eso mismo me dice ella —confesó—. Que no me compare con nadie. Que… me dé permiso para estar mal.

—Tiene razón —afirmó—. ¿Te dice algo más? Si quieres contármelo… —le propuso.

Emma pensó unos segundos antes de responder.

—Que el miedo no se va de golpe —dijo—. Que aprende a hacerse más pequeño y que hablar… ayuda más de lo que creemos.

Jack le dedicó una sonrisa breve.

—Entonces estás haciendo justo lo que tienes que hacer.

Ella lo miró, agradecida.

Jack notó el cambio en su respiración y supo que era momento de aflojar un poco la tensión. Inclinó la cabeza hacia un lado, pensativo, y luego la miró con una chispa divertida en los ojos.

—Bueno —dijo—, si te sirve de consuelo… no eres la única que duerme mal aquí.

Emma lo miró con curiosidad.

—¿Tú tampoco? ¿No deberías estar ya acostumbrado?

Él resopló.

—Tengo un compañero que ronca como si estuviera derribando edificios —respondió—. Así que dormir del tirón es una misión casi imposible.

Emma soltó una pequeña risa.

—Eso no suena muy militar.

—Créeme, debería estar tipificado como arma de destrucción masiva —pronunció colocando las dos manos en sus bolsillos.

Ella rio un poco más, llevándose una mano a la boca.

—¿Y nadie le dice nada?

—Lo intentamos —contestó—. Pero luego nos recuerda que nos ha cubierto la espalda en más de una misión y se lo perdonamos.

Emma negó con la cabeza, divertida.

—Sois una familia rara.

—Totalmente —admitió—, pero funciona. —La miró un segundo más—. Además, si no duermes bien, siempre puedes echarle la culpa a la base. No es el lugar más acogedor del mundo.

—Eso es verdad —sonrió ella—. No es precisamente un hotel.

—Lo sé —respondió él.

Emma caminó unos pasos más y lo miró de arriba abajo con descaro fingido.

—Entonces, dime, soldado Hayes —dijo—, ¿en el entrenamiento también os enseñan a contar chistes malos para distraer a la gente?

Jack se llevó una mano al pecho, fingiendo ofensa.

—Chistes malos no, por favor. Humor táctico.

—Ah, claro —sonrió ella arrastrando las palabras—. Eso lo explica todo.

—Es una habilidad esencial —continuó él, siguiéndole el juego—. Reduce el estrés, mejora la moral y, en casos extremos, evita que alguien me lance algo a la cabeza. Me sirve con los recién llegados. —Ella arrugó su frente—. Los soldados que comienzan su primera misión en una base como esta. Siempre tiene que haber algún superior que los… supervise… o los controle un poco.

—¿Tienes alumnos? —preguntó ella sorprendida.

—A veces —respondió—. Y todos creen que saben más que yo. —Chasqueó la lengua—. Hasta que empiezan a correr con treinta kilos a la espalda. —Emma negó con la cabeza, divertida, mientras seguían caminando. Jack carraspeó, como si necesitara despejar la garganta antes de decirlo—. Si te apetece, mañana podrías comer con mi equipo.

Emma se detuvo en seco y lo miró.

—¿Tu equipo? —preguntó—. ¿El que me rescató?

—Sí —respondió él como si fuera lo más natural del mundo—. Claro.

—¿No les importará?

—¿Importarles?, ¿por qué iba a importarles? —preguntó sin comprender.

Ella bajó la mirada un segundo, pensativa, y luego volvió a alzarla con una sonrisa tierna.

—Me encantaría —dijo—. Así podré agradecerles lo que hicieron por mí.

Jack se encogió de hombros.

—No es necesario. De verdad. Es nuestro trabajo.

—Aun así…

—Me conformo con que no les cuentes que uno ronca como si quisiera competir con un motor de helicóptero, aunque él dice que no ronca, que sueña que es una moto —añadió.

Emma rio.

—Prometo guardar el secreto.

—Bien —asintió él—. Porque tienen muchas ganas de conocerte.

Ella frunció ligeramente el ceño.

—¿A mí?

—Ajá.

Emma se detuvo para mirarlo confundida.

—¿Hacéis eso con todas las personas a las que rescatáis? —preguntó con curiosidad.

Jack negó despacio.

—Solo con algunas —admitió.

El silencio se coló entre ambos. Él apretó los labios, incómodo, evitando mirarla durante un segundo demasiado largo. Emma lo observó con atención hasta que no pudo evitar sonreír.

—¿Les has contado que estuvimos juntos? —preguntó divertida.

Jack se pasó la mano por la nuca, resignado.

—Sí… —admitió—. Pero tranquila, no les he dado detalles. Solo lo justo para que no me miren raro.

Emma arqueó una ceja.

—Y eso, ¿qué incluye?

—Mmm… —dudó un poco—, que fuiste mi primer amor —respondió con una sonrisa, aunque aquella mirada se tornó más nostálgica cuando coincidió con la mirada de ella.

Jack pudo detectar cómo ella sentía lo mismo.

Las palabras se le quedaron resonando por dentro más de lo que esperaba. *"Mi primer amor".* Al decirlo en voz alta, Jack sintió cómo algo profundo se removía en su pecho. No era solo nostalgia, era la certeza amarga de haber dejado escapar a alguien extraordinario. Siempre lo había sabido, incluso cuando intentó convencerse de lo contrario. Había seguido adelante, había conocido a otras mujeres, había compartido camas y silencios… pero ninguna había logrado ocupar el lugar que Emma dejó. Ninguna tenía esa forma de mirar el mundo ni esa risa que desarmaba ni esa valentía tranquila que ahora, más que nunca, reconocía.

Le dolía admitirlo, pero perderla había sido una herida que nunca terminó de cerrar.

Había sido una gran mujer entonces y lo era aún más ahora.

Se aclaró la garganta, buscando palabras que no delataran todo lo que sentía.

—Fui joven —dijo él al fin, con una medio sonrisa cansada—. Y tomé decisiones creyendo que hacía lo correcto. A veces… uno se equivoca incluso cuando intenta proteger.

No dijo *"lo siento"* ni *"me arrepiento"*, pero en su mirada, en la forma en que sostuvo la de Emma apenas un segundo más de lo necesario, estaba todo lo que no se atrevió a pronunciar.

Emma sintió cómo el corazón le daba un vuelco. Inspiró hondo, como si necesitara anclarse al suelo para no dejarse arrastrar por todo lo que aquellas palabras removían en su interior. Cuando habló, lo hizo despacio, con una ternura que no pedía nada a cambio.

—Lo que tuvimos fue… bonito —dijo con una tierna sonrisa—, y eso no se estropea con el tiempo ni con las decisiones que vinieron después. —Alzó la vista hacia él, sosteniéndole la mirada—. Eso ya quedó atrás —continuó—. No con rencor. Solo… en su lugar. Ahora existe este momento. Y existe porque tú me sacaste de allí. —Tragó saliva, emocionada—. Te debo la vida, Jack. Y no solo por haberme rescatado —añadió—. Gracias a ti puedo tener un presente y un futuro. —Negó suavemente con la cabeza, como si las palabras no fueran suficientes—. No creo que tenga jamás forma alguna de agradecerte algo así. Ni siquiera con toda una vida por delante.

Jack no respondió de inmediato. No hizo falta. Porque en la forma en que Emma lo miró había gratitud, paz… y una promesa silenciosa de que, pese a todo, seguían caminando juntos, aunque fuera de otra manera.

Le costó reaccionar. Se quedó mirándola unos segundos, como si las palabras de Emma hubieran desordenado algo que llevaba demasiado tiempo intentando mantener bajo control. Inspiró hondo, bajó la mirada un instante y, al volver a alzarla, esbozó una sonrisa torpe, casi juvenil.

—Antes de que se me olvide… —dijo carraspeando—. Te he traído algo.

Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó una libreta pequeña, de tapas sencillas, junto con un bolígrafo. Se los tendió con una timidez inesperada en él.

—El otro día me dijiste que te gustaba escribir —añadió—. Pensé que… bueno, que quizá te serviría. Para cuando te apetezca. Sin presión.

Emma tomó la libreta con cuidado, como si fuera algo frágil. Pasó los dedos por la tapa, la abrió un poco y observó las páginas en

blanco. Aquel gesto sencillo le apretó el pecho.

—Es perfecta —dijo en voz baja—. Gracias.

Levantó la vista hacia él y sonrió, sincera y agradecida, con esa emoción tranquila que no necesitaba grandes gestos.

Jack asintió aliviado y pensó que, a veces, lo más valioso que podía ofrecer no era protección ni palabras pomposas… sino un espacio en blanco donde volver a empezar.

La habitación estaba en silencio cuando Emma se sentó a la pequeña mesa junto a la ventana. Fuera, la base respiraba con su murmullo constante, pero dentro todo parecía suspendido. Abrió la libreta que Jack le había regalado y apoyó el bolígrafo unos segundos sin escribir, como si las palabras necesitaran tiempo para ser encontradas.

Al final, lo hizo.

No sé si algún día podré contar todo sin que me tiemble la mano. Pero hoy sigo aquí. Y eso ya es algo.

Escribió despacio, con letra irregular. No buscaba un reportaje ni un testimonio todavía. Solo ordenarse y sacar de dentro aquello que no sabía dónde colocar.

Unos golpes suaves en la puerta le hicieron alzar la cabeza.

—¿Emma? —preguntó una voz tranquila—. Soy la psicóloga.

—Sí, adelante —respondió ella, cerrando la libreta con cuidado.

La psicóloga entró despacio y tomó asiento frente a ella, con una expresión abierta.

—Solo vengo a hacer seguimiento —dijo—. ¿Cómo te encuentras hoy?

Emma pensó un segundo antes de contestar.

—Mejor —admitió—. Pero… las noches siguen siendo lo peor. Tengo muchas pesadillas. Me cuesta conciliar el sueño.

La psicóloga asintió, como si hubiera esperado esa respuesta.

—¿Sigues con la medicación?

—Sí.

—Bien —respondió—. Es importante que la mantengas de momento. Lo que estás viviendo es una reacción normal a un

trauma. Tu cerebro sigue en estado de alerta, intentando protegerte. Las pesadillas, el insomnio, la ansiedad… forman parte del proceso.

Emma bajó la mirada.

—A veces siento que debería estar avanzando más rápido.

—No hay un ritmo correcto —explicó la psicóloga—. Sanar no es lineal. Habrá días mejores y otros más difíciles. Lo importante es que no te juzgues por ello. —Guardaron silencio unos segundos—. ¿Hay algo que te preocupe especialmente ahora mismo? —preguntó—. ¿Algo que quieras compartir?

Emma negó despacio.

—No… creo que no.

La psicóloga señaló la libreta sobre la mesa.

—¿Estabas escribiendo?

—Sí.

—Eso es muy positivo —sonrió—. Es una forma de procesar, de darle estructura a lo que sientes. Te animo a que sigas haciéndolo.

Emma asintió.

—Lo haré.

—¿Alguna duda? ¿Algo que necesites?

—No —respondió—. Gracias.

La psicóloga le sonrió y fue hacia la puerta.

—Recuerda: cualquier cosa, manda que me llamen. No tienes que atravesar esto sola —le dijo con voz suave.

Emma asintió mientas la veía cerrar la puerta y volvió a abrir la libreta.

Respiró hondo y sostuvo el bolígrafo entre sus dedos.

Se reclinó sobre la libreta y dejó que el bolígrafo avanzara sin pensar demasiado.

Las noches me asustan. *Pero los días empiezan a enseñarme que sigo viva. Que todavía puedo reírme, caminar despacio, respirar sin miedo durante unos segundos.*

Se detuvo, tragó saliva y añadió otra línea.

No sé cuánto tiempo tardaré en dejar de temblar por dentro, pero hoy he dado un paso. Quizá mañana pueda dar otro.

Inspiró hondo mientras dejaba salir todo lo que sentía dentro. Volvió a escribir con una lentitud calculada, como si cada palabra

necesitara permiso para existir.

A veces lo que no puede decirse en voz alta encuentra refugio en el papel. Escribir no borra el dolor, pero le da forma, lo hace menos caótico. Quizá así, poco a poco, pueda curar todo lo que llevo dentro.

El bolígrafo tembló un instante.

Los recuerdos siguen siendo afilados. Hay imágenes que aún me atraviesan sin previo aviso, que me dejan sin aire. Sé que tengo que ser fuerte, aunque me cueste. Sé que no siempre lo consigo. Pero debo intentarlo.

Tragó saliva antes de añadir la última línea.

Se lo debo a Tom.

Las lágrimas nublaron su vista y tuvo que cerrar la libreta con cuidado, incapaz de continuar. Se quedó unos segundos así, respirando hondo, hasta que abrió el cajón de la mesita y sacó la pequeña tarjeta de memoria. La sostuvo entre los dedos, diminuta y pesada a la vez.

Mientras aquella voz pudiera ser escuchada, mientras ese testimonio saliera a la luz, una parte de Tom seguiría viva. Su verdad no moriría con él.

Emma cerró el puño alrededor de la microSD y apoyó la mano contra el pecho.

Tenía que ser fuerte para llevarlo a cabo. No solo por ella, sino también por él.



15

El disparo resonó seco, brutal y demasiado cerca. Vio cómo Tom convulsionaba unos segundos, con su sangre esparciéndose por el suelo y salpicando todo a su alrededor. Vio su mirada apagarse entre el ruido y la risa ahogada de los hombres.

Se removió en la cama y se incorporó de golpe, gritando con fuerza.

Despertó jadeando, con el corazón desbocado y el cuerpo empapado en sudor.

El grito aún le vibraba en la garganta cuando se incorporó a trompicones. No podía respirar, el aire no entraba. Se llevó la mano a la garganta como si así pudiese respirar mejor, pero le era imposible.

Se levantó como pudo y avanzó hasta el aseo, apoyándose en la pared y con las piernas temblándole.

—No… no… —susurró desorientada.

Llegó al lavabo y abrió el botiquín con manos torpes. Sacó el ansiolítico, intentó llevárselo a la boca, pero los dedos le fallaron, temblaban demasiado. La pastilla cayó al suelo con un ruido casi imperceptible.

Emma se dejó caer tras ella, encogida, temblando, con el pecho ardiendo, pues su corazón iba a una velocidad desconocida para ella.

Unos golpes firmes sonaron en la puerta.

—¿Señora? —preguntó una voz masculina—. Soy el soldado de guardia. He oído un grito. ¿Está todo bien? ¿Puedo pasar?

Tuvo que respirar varias veces profundo para encontrar su voz.

—No —respondió ella entrecortada—. No… por favor… no pase.

—Necesito asegurarme de que está bien —insistió—. Voy a entrar, ¿de acuerdo?

—No —repitió con la voz rota y las lágrimas comenzando a caerle por sus mejillas.

La puerta se abrió despacio. El soldado la encontró en el suelo, encogida, con la respiración alterada.

—Tranquila —dijo agachándose a su lado—. Está a salvo. Míreme. —Aquel soldado debía de estar adaptado a aquello, porque sabía perfectamente cómo actuar en aquellas situaciones—. ¿Puede mirarme? —Ni siquiera podía elevar su cuello para mirarlo, estaba totalmente bloqueada—. Voy a llamar.

Emma negó con la cabeza, incapaz de moverse, totalmente paralizada.

—No… no llame a nadie —murmuró entre lágrimas—. Por favor.

—Voy a llamar a la doctora —respondió él, activando ya la radio.

—No —sollozó suplicante.

El soldado no dudó.

—Es protocolo.

Emma apretó los labios y, con el poco aire que le quedaba, solo pronunció un nombre.

—El protocolo —ironizó ella, cansada de escuchar aquella palabra esos últimos días. Cerró los ojos con fuerza e intentó respirar de nuevo, pero no podía, era como si sus vías respiratorias se hubiesen cerrado—. Jack —gimió desolada.

El soldado la miró con atención mientras hablaba por la radio.

Minutos después, la puerta volvió a abrirse. La doctora Davis entró con paso rápido y sereno.

—Emma —dijo con voz suave—. Estoy aquí. —Fue hacia el aseo. Emma permanecía sentada allí, apoyando la espalda en la pared. Tenía claras dificultades para respirar, todo su cuerpo temblaba y estaba pálida y sudorosa—. Mírame —le pidió. Se dio cuenta de la pastilla que estaba en el suelo y la recogió—. Un vaso de agua, por

favor —pidió al soldado que se había quedado con Emma mientras la doctora llegaba.

El soldado obedeció de inmediato y se lo tendió a la doctora.

—Despacio —indicó—. Una respiración conmigo, vamos… —la animó, pero a Emma le era difícil—. Poco a poco, Emma, venga… —Emma finalmente logró respirar hondo—. Eso es. Ahora, la pastilla.

Emma obedeció entre sollozos. La doctora le sostuvo la mano hasta que tragó.

—Muy bien —susurró—. Ya pasó lo peor, estás a salvo, sobre todo recuerda eso.

Emma se llevó la mano temblorosa a su rostro.

—Pero él no…

La doctora la miró sin comprender.

—¿Quién?

—Tom… —lloró más fuerte—. Lo asesinaron… —dijo casi sin aliento.

—Shhh… tranquila —dijo intentando calmarla, colocando las manos en sus hombros.

—Le dispararon en la cabeza… —gritó desesperada—, delante de mí. No… no pude hacer nada para salvarlo y ellos… ellos se reían —lloraba desconsolada.

—Shhh… —dijo la doctora abrazándola para darle el refugio que tanto necesitaba en aquel momento, comenzando a acunarla—. Desahógate… tranquila…

—Lo asesinaron… lo asesinaron… —gritaba sin parar—. Se reían…

La doctora miró al soldado sin soltarla.

—¿Cómo la encontraste? —preguntó en voz baja.

—En el suelo —respondió él—. Temblando y desorientada. Dijo un nombre: Jack.

La doctora asintió.

—Se refiere al capitán —aclaró—. Avísalo. Dile que venga.

Eran las tres de la madrugada cuando Jack echó a correr por el pasillo de grava iluminado a medias por focos amarillentos.

El aire nocturno le cortaba los pulmones, pero no redujo el paso. Solo había un nombre golpeándole la mente con insistencia: Emma.

Conocía bien el protocolo, demasiado bien. Secuestro prolongado, violencia extrema, pérdida de un compañero delante de la víctima. El cuerpo podía estar a salvo, pero la mente seguía atrapada allí. Ataques de ansiedad nocturnos, pesadillas vívidas, desorientación, sensación de amenaza constante y algo más que los manuales decían sin decirlo del todo: la importancia de una figura de referencia. Alguien que representara seguridad real, no teórica. Para Emma, ese alguien era él y él lo sabía.

Llegó al módulo y abrió la puerta sin llamar.

Emma estaba sentada en la cama, encogida, con los hombros tensos y el rostro pálido. Le temblaban las manos, el pecho subía y bajaba de forma irregular. Tenía los ojos enrojecidos por el llanto. La doctora Davis estaba a su lado, hablándole en voz baja, intentando anclarla al presente.

—Emma… mírame… estás aquí… estás a salvo…

Ella levantó la vista y lo vio.

Se quedó paralizada, como si su mente necesitara confirmar que no era otra imagen creada por el miedo.

Jack no dudó, cruzó la habitación, se sentó en la cama y la rodeó con los brazos sin pedir permiso.

Emma se quebró al instante. Se desplomó contra su hombro y lloró con un sollozo profundo, desgarrado, como si por fin pudiera soltarlo todo. Jack la sostuvo con fuerza con una mano firme en su espalda, la otra protegiéndole la nuca.

—Estoy aquí —murmuró—. Ya pasó. Estoy contigo.

La doctora observó la escena en silencio. Vio cómo, poco a poco, la respiración de Emma empezaba a acompasarse, cómo el temblor iba cediendo y su cuerpo, aún tenso, se rendía a la certeza de estar protegida.

Se acercó a Jack y habló en voz baja.

—Siento haberlo despertado a estas horas… pero la crisis ha sido intensa.

Jack negó despacio, sin apartar la mano del cabello de Emma.

—No importa —respondió—. Hizo lo correcto. Todo está bien.

La doctora asintió. Permaneció unos segundos más, confirmando que Emma se calmaba entre sus brazos, y dio un paso atrás. No hacía falta más intervención. Aquella no era una herida médica… era otra cosa.

Jack apoyó la mejilla sobre la cabeza de Emma, sintiendo su respiración cada vez más lenta y más segura. No dijo nada más… no hizo falta.

Allí, en mitad de la noche y del silencio, él era exactamente lo que ella necesitaba, y no pensaba moverse de su lado.

Emma seguía aferrada a él, con la respiración aún acelerada, irregular, pero ya no desbocada. Jack notaba cómo su pecho subía y bajaba contra el suyo, cómo cada inhalación iba encontrando poco a poco su ritmo. Emma tenía los ojos cerrados y la frente apoyada en su hombro, como si aquel punto exacto fuera el único lugar seguro del mundo.

Jack no se movió. Ni un músculo. Temía que cualquier gesto brusco pudiera devolverla al abismo del que acababa de salir.

Desde la puerta, la doctora Davis observaba en silencio. Veía cómo el cuerpo de Emma respondía a la cercanía de Jack, la tensión que se aflojaba, los dedos que dejaban de clavarse en la tela de su uniforme y el temblor que iba cediendo.

Se acercó un poco más y le susurró.

—Me marcho. Está respondiendo bien.

Jack levantó apenas la mirada.

—Doctora… —murmuró—. ¿Puedo quedarme esta noche? Solo para vigilarla. Si vuelve a tener otra crisis, la llamo de inmediato.

La doctora Davis no dudó.

—Estás autorizado, capitán —respondió en el mismo tono bajo —. Le diste el ancla que necesitaba. —Hizo una breve pausa, profesional hasta el final—. Tomó el ansiolítico hace unos quince minutos. Si fuera necesario, puede tomar otra pastilla igual. Esa sería la dosis máxima recomendada esta noche.

Jack asintió.

—Entendido.

La doctora intercambió una última mirada con él y salió del módulo junto al soldado de guardia, cerrando la puerta con cuidado.

Dejaron la luz encendida, suave, suficiente para no sumir la habitación en sombras traicioneras.

Jack volvió a bajar la mirada hacia Emma. Ella había aflojado un poco el agarre, pero seguía allí, respirando contra su pecho, exhausta. Él apoyó la mano en su espalda, firme y constante, como un recordatorio silencioso de que no estaba sola.

Al menos ya no se ahogaba. El temblor iba y venía en oleadas suaves, como un eco tardío. Jack deslizó la mano lentamente por su espalda, con un movimiento constante, paciente, y marcándole un ritmo.

—Respira conmigo —susurró—. Así. Despacio. Estoy aquí.

Ella asintió contra su hombro, con los ojos cerrados.

—Lo vi… —murmuró de pronto—. Lo vi todo. Vi cómo le disparaban. Aquí… —se llevó la mano temblorosa a la sien—. Y ellos… ellos se reían. —El cuerpo de Jack se tensó un instante apenas perceptible. No la interrumpió—. No puedo sacarlo de mi cabeza —continuó ella con la voz rota—. Cada vez que cierro los ojos vuelve. Siempre vuelve.

—Lo sé —respondió él, firme pero suave—. Tu mente está intentando entender algo que fue inhumano. No significa que vaya a quedarse ahí para siempre. El tiempo lo suaviza todo.

Emma negó despacio.

—Tengo miedo de no olvidarlo nunca.

Jack tomó su mano con más fuerza, anclándola de nuevo al presente.

—No tienes que olvidarlo —dijo—. Tienes que aprender a vivir sin que te rompa por dentro, y eso lleva tiempo.

Ella apretó sus dedos con desesperación, como si temiera que él se desvaneciera.

—No quiero estar sola —susurró.

Jack bajó un poco la cabeza hasta que su boca quedó casi pegada a su oído.

—No lo estás —afirmó—. Estoy contigo. No me voy a ir.

Emma inspiró hondo, aferrándose a aquellas palabras y a su promesa.

—¿De verdad? —preguntó, frágil.

—De verdad —repitió—. Ni esta noche ni mañana. No ahora que más me necesitas.

Ella asintió, agotada, y se quedó quieta. Jack alzó una mano y le acarició el cabello con una delicadeza infinita. Luego, sin pensar, inclinó la cabeza y besó su frente.

Emma no reaccionó, no se apartó ni se movió, era como si ese gesto se hubiera integrado de forma natural en la calma que empezaba a envolverla.

Pero dentro de Jack todo se desordenó.

El corazón le golpeó con fuerza, atravesado por una rabia oscura hacia quienes le habían hecho aquello… pero también latió con intensidad movido por un amor antiguo, intacto, que nunca había sabido extinguir. La sostuvo un poco más fuerte, como si pudiera protegerla también del pasado, y permaneció allí, en silencio, decidido a ser el refugio que ella necesitaba hasta que el miedo, poco a poco, se fuese diluyendo.

Jack permaneció unos minutos más en silencio, sosteniéndola, dejando que el tiempo hiciera su parte. La respiración de Emma ya no iba a trompicones, era más profunda y lenta. Aun así, notaba cómo le temblaban ligeramente los dedos entre los suyos.

—¿Quieres que salgamos a dar un paseo para que te dé el aire? —preguntó en voz baja—. Solo unos minutos.

Ella negó despacio, sin abrir los ojos.

—No creo que… que mis piernas me aguanten ahora mismo.

—Está bien —respondió—. No hay prisa.

Se dio cuenta entonces de que Emma seguía apoyada en su hombro, inmóvil, con la respiración cada vez más regular. Parecía que se estaba quedando dormida. Jack se movió con cuidado, casi sin respirar, y la recostó sobre el colchón.

Emma se sobresaltó al sentir el movimiento.

—Eh… —murmuró.

—Soy yo —susurró él de inmediato—. Tranquila. Descansa.

Ella lo miró un segundo, desorientada.

—No te vayas —pidió con un hilo de voz.

Jack negó despacio.

—No me voy —aseguró—. Me quedo aquí contigo.

Emma se giró sobre un lado, encogiéndose un poco, y Jack la tapó con la manta con un gesto delicado. Después miró alrededor. La habitación era sencilla. Vio la silla junto a la pared. No parecía cómoda, pero sería suficiente.

La acercó a la cama sin hacer ruido y se sentó a su lado.

Apagó la luz de la habitación. En el interior solo entraba a través de la pequeña ventana la suave luz de los focos del exterior.

En cuanto lo hizo, Emma estiró la mano buscándolo a ciegas. Jack la tomó de inmediato, entrelazando sus dedos con los de ella. Emma suspiró, un sonido leve, aliviado, y no volvió a moverse.

Jack se quedó observándola unos segundos. La medicación debía de estar haciendo efecto porque parecía dormida.

Apoyó la cabeza contra la pared, sin soltar su mano, y cerró los ojos. El cansancio empezó a pesarle en los hombros, pero no le importó. Allí era exactamente donde debía estar.

Jack despertó de golpe al escuchar su grito.

—¿Emma? —susurró.

Emma se incorporó de repente en la cama, sollozando, con el cuerpo sacudido por un temblor violento. Aún no había amanecido, la habitación seguía envuelta en esa penumbra azulada que precede al alba. Jack reaccionó sin pensar. Se sentó a su lado y la rodeó con los brazos, firme e inmediato.

—Estoy aquí —susurró—. Emma, mírame… no me voy a ir.

Ella se aferró a él con desesperación, respirando a bocanadas, apoyando el rostro contra su pecho como si el mundo pudiera desaparecer si lo soltaba.

Jack le pasó una mano por el cabello, despacio, con ternura. Después le rozó la mejilla… y notó la humedad. Una lágrima silenciosa se le quedó prendida en los dedos.

Situó una mano en su mejilla y levantó con cuidado su rostro, apenas lo justo para mirarla a los ojos. Sabía que estaba dañada, que cada gesto debía ser suave y comedido. Emma lo miró, desbordada, con la respiración aún irregular. Él no apartó la mano de

su mejilla, siguió acariciándola con una calma que no sentía desde hacía años.

—Shhh… no estás sola —susurró de nuevo.

Jack tragó saliva, sobrepasado por la intensidad de lo que Emma estaba viviendo… y por todo lo que despertaba en él. Entonces lo comprendió con una claridad brutal.

Nunca la había olvidado. Nunca. Había sido su primer amor, ese que no se diluye con el tiempo porque se incrusta en la piel, en la memoria, en la forma misma de sentir. Podía haber vivido otras vidas, haber amado a otras mujeres, pero Emma siempre había estado ahí, en silencio, como una verdad que no se apaga y, ahora, estaba entre sus brazos.

No solo quería protegerla del miedo, de los recuerdos, de la violencia que le habían impuesto. La quería. La quería de verdad. Como en el pasado o incluso más.

Se quedaron mirándose unos segundos que parecieron eternos. Los ojos de Emma se habían incrustado en los suyos, observándolo también con un amor y un agradecimiento que no se podía describir con palabras. Aquella mirada lo sobrecogió mientras acariciaba su mejilla. No se contuvo más.

Jack bajó la frente un instante, como si dudara, como si le pidiera permiso al mundo. Luego descendió despacio, con cuidado, y posó sus labios sobre los de Emma en un beso suave, contenido y lleno de promesas no dichas.

Un beso que no pedía nada, solo confirmaba que seguía ahí.

Jack se separó apenas unos centímetros, lo justo para volver a respirar. Aún sentía la suavidad de sus labios, una sensación tan intensa que le recorrió el cuerpo entero. Era extrañamente familiar y dolorosamente perfecto, como aquel primer beso de juventud que había quedado grabado en su memoria para siempre… y, al mismo tiempo, era distinto, más profundo y más consciente.

Habían pasado muchos años desde entonces. Años de decisiones, de renuncias, de silencios impuestos, sin embargo, jamás había olvidado lo que se sentía al besarla. Nunca. Ahora comprendía el porqué: porque no era solo el gesto, sino todo lo que Emma había significado para él. Su primer amor. El que te enseña quién eres

cuando amas sin defensas. El que no se borra jamás, aunque la vida siga.

La miró de nuevo a los ojos con un nudo en el pecho. El miedo apareció de golpe: miedo a haber ido demasiado lejos, a haberse propasado cuando ella venía de un infierno que aún le dolía en la piel. Buscó rastro de confusión, de rechazo… pero no lo encontró. En su mirada no había temor, había calma.

Emma alzó la mano despacio y acarició su mejilla, notando la aspereza suave de la barba reciente. Ese gesto sencillo terminó de desarmarlo. Ella se inclinó hacia él sin prisas, como si supiera exactamente lo que hacía, y volvió a buscar sus labios.

Jack la acogió de inmediato. Esta vez el beso fue más profundo, más firme, cargado de una emoción contenida durante demasiado tiempo. La rodeó con los brazos y la acercó con cuidado contra su pecho, protegiéndola incluso en ese gesto. El beso se intensificó, lento al principio, luego más decidido, como si ambos se reconocieran de nuevo, aunque en realidad nunca se hubieran olvidado.

El beso se volvió más profundo, más posesivo, pero nunca brusco. Era lento, cargado de una emoción que había esperado demasiados años. Jack la besaba con la seguridad de quien ya no es un muchacho, de quien sabe exactamente lo que hace… y, sobre todo, a quién desea. Y ese deseo tenía nombre y rostro: Emma.

Ella respondió sin dudas. Acarició su mejilla con los dedos temblorosos y llevó la mano hasta su nuca, aferrándose a él con una naturalidad que hablaba de recuerdos compartidos y de un presente elegido por propia voluntad. Sabía lo que hacía. Sabía lo que quería. Y en aquel gesto volvió a reconocer aquellos besos de juventud, torpes y llenos de promesas, que ahora regresaban transformados en algo más intenso y más consciente.

Nunca habían cruzado esa línea. A pesar de haber sido su primer amor, sus primeras experiencias más íntimas habían llegado con otras personas, no entre ellos. Era una frontera que siempre había quedado intacta, suspendida en el tiempo… y que ahora parecía reclamarlos con una fuerza imposible de ignorar. Era algo que se debían más que nunca.

El beso se tornó más apasionado. Emma sintió el calor de sus labios, el peso protector del cuerpo de Jack rodeándola, envolviéndola en una sensación de refugio absoluto. Fue él quien, con infinito cuidado, la recostó sobre el colchón sin romper el contacto, prolongando el beso como si temiera que el mundo pudiera arrebatárselo. Su mano descendió hasta su cintura, por encima del camisón blanco que le habían dado en la base, un gesto firme pero contenido, atento para no hacerle daño.

No quería herirla, pero tampoco quería detener aquello que ambos estaban construyendo.

Cuando Emma rodeó sus hombros y lo atrajo hacia ella, Jack supo que ya no había marcha atrás. Se separó apenas de sus labios, lo justo para mirarla, sin dejar de acariciar su cintura. Sus ojos la recorrieron con una mezcla de asombro, ternura y una verdad que llevaba demasiado tiempo guardada.

—Te he llevado conmigo incluso cuando no estabas —susurró—. En cada noche en la que el mundo se me hacía demasiado grande… siempre eras tú quien volvía a mis pensamientos —confesó. Ella lo miró como si algo profundo se resquebrajara en su interior—. Dejarte marchar fue el error más grande de mi vida —continuó con la voz baja y sincera, a pocos centímetros de sus labios—. Nunca dejé de quererte, Emma. Nunca.

No necesitó decir más. En esa frase estaba todo resumido: los años, la ausencia, el amor que nunca se había ido y el presente, por fin, reclamándolos sin miedo.

Emma lo miró con los ojos llenos de emoción, brillantes y desbordados. Las palabras de Jack no solo la habían alcanzado, se le habían hundido en el pecho, allí donde aún dolía todo lo que había vivido. Ya no era solo que él se hubiera convertido en su pilar en aquellos días oscuros, era la certeza de que siempre la había querido, incluso cuando la vida los había separado. Y esa verdad, dicha al fin en voz alta, hizo que algo dentro de ella se removiese del todo.

Se aferró a él con fuerza, como si necesitara comprobar que era real.

Jack se colocó sobre ella con cuidado, sosteniéndose para no cargarla con su peso, consciente de cada herida invisible y visible. La protegía incluso en ese momento íntimo.

Para Emma, aquellas palabras eran una forma de sanar, de permitir que el dolor encontrara una grieta por la que escapar. Después del infierno, seguía teniendo derecho a sentirse así: protegida, sí… pero también amada.

Sintió la mano firme de Jack acariciando su cadera, lenta, segura, y cómo descendía con delicadeza hasta su pierna desnuda. Su piel se erizó al instante, no solo por el contacto, sino por la intención que había en él: respeto, deseo y cuidado. El beso se volvió más profundo, más demandante, como si él la reconociera como suya sin poseerla, envolviéndola con una ternura que dolía de lo hermosa que era.

Emma cerró los ojos un instante y respiró hondo. Allí, entre sus brazos, comprendió que no estaba traicionando a su dolor ni a su pasado. Estaba permitiéndose vivir y, por primera vez desde que todo se había roto, esa idea no le dio miedo.

La mano de Jack ascendió despacio, con una reverencia casi sagrada, como si cada centímetro de piel fuera una promesa. Emma contuvo el aliento cuando sintió cómo él se alejaba lo justo para deshacerse de su ropa interior, ayudándola a quitársela, la última barrera entre ellos dos, un gesto lento, deliberado y cargado de intención. La respiración de ambos se volvió más agitada, no por prisa, sino por la conciencia plena de aquel instante largamente postergado.

Jack apartó sus labios de los de Emma y descendió por su garganta con una suavidad que la desarmó. Ella inclinó el cuello instintivamente, ofreciéndose, dejando que él marcara ese camino íntimo que hacía temblar cada rincón de su cuerpo. Sentirlo así, tan atento, tan presente, fue su perdición.

La mano de Jack volvió a subir, recorriéndola con cuidado, como si quisiera memorizarla. Emma respondió buscándolo también, deslizándose bajo su camisa, descubriendo el calor firme de su piel, la tensión de unos músculos que reaccionaban a su contacto. Jack

se deshizo de la camisa con un gesto breve, permitiéndole acercarse aún más, como si ya no hubiera fronteras entre ellos.

Cuando sus labios regresaron a los de Emma, el beso fue más profundo.

Ella dejó escapar un gemido leve, involuntario, y eso bastó para que Jack se detuviera un segundo, apoyando su frente en la de ella.

—Si en algún momento te hago daño… dímelo —susurró con una ternura que lo delataba.

Emma negó despacio, mirándolo a los ojos mientras acariciaba su rostro.

—No lo haces —respondió—. Solo… quédate conmigo.

La forma en que lo dijo fue suficiente. Jack no dudó más. Se acomodó entre sus brazos, entrelazándose con ella con una devoción absoluta.

—¿Estás segura? —preguntó una última vez.

Emma asintió.

Y entonces el mundo exterior dejó de existir.

Jack llevó la mano hasta el botón de sus pantalones, desabrochándolo, y se los bajó. Luego se quitó los calzoncillos. Acto seguido, se acomodó con cuidado entre sus piernas, como si cada movimiento fuera una promesa de protección. Volvió a besarla, esta vez con una intensidad que les robó el aliento. Se detuvo un segundo para mirarla a los ojos, atento a cada gesto, a cada respiración. No quería hacerle daño.

Entró ella lentamente, despacio, con cuidado.

Emma contuvo el aliento cuando lo sintió tan cerca, tan presente. Lo rodeó con las piernas instintivamente, anclándose a él como si su cuerpo supiera exactamente dónde debía estar. Se besaron de nuevo, despacio al principio, y luego con una urgencia contenida que los hizo respirar al mismo ritmo.

Jack comenzó a moverse lentamente, con cuidado, mientras besaba su cuello y volvía a sus labios. Se abrazaron siguiendo una cadencia común, íntima y profunda. Jack se movía con una delicadeza casi dolorosa, conteniéndose, escuchándola más allá de las palabras, vigilando en cada momento no dañarla.

—No me voy a romper —murmuró ella en su oído.

Jack la miró a los ojos y aquello fue su perdición, sujetó su pierna contra su cadera y comenzó a entrar más profundo y con más fuerza en ella mientras Emma se sujetaba con fuerza a sus hombros y se dejaba llevar por aquel placer que sentía junto a él.

Jack la sostuvo con más decisión, como si reclamara también todo el tiempo perdido, todo lo que no habían vivido juntos. El mundo exterior se desdibujó. Solo existían ellos, el calor compartido y la certeza de reencontrarse después de tantos años.

Por primera vez desde su rescate del infierno, Emma no sintió miedo.

El ritmo que impuso Jack era más fuerte, provocando que el placer se incrementase con cada embestida, aunque no dejaba de observarla buscando cualquier muestra o gesto de dolor en el rostro de Emma. Finalmente, se relajó y comenzó a disfrutar cuando ella se sujetó más fuerte a él y cerró los ojos, dejándose llevar por el placer.

Jack rugió cuando incrementó más aún el ritmo. Se excitó muchísimo al escuchar los suaves gemidos de Emma en su oído y situó un brazo que ella usó como almohada en su cabeza mientras con la otra mano acariciaba su mejilla antes de besarla de nuevo.

En aquel momento tan íntimo y de tanto placer Emma olvidó todo el dolor, todo el sufrimiento. Jack era su ancla, su protección y su amor de toda la vida.

Emma gimió arqueando la espalda cuando el placer llegó sin avisar, incapaz de comprender cómo podía sentir aquello en un momento como aquel, pero no le dio vueltas, prefirió rendirse a él.

Jack sujetó su pierna a su lado mientras descendía por su garganta, besando su cuello de nuevo. Emma acarició su cabello y su mejilla mientras él repartía sus besos sin dejar de moverse.

Buscó la mano de ella y entrelazaron sus dedos, uniéndose ambos en un vaivén que incrementaba el placer hasta lugares desconocidos para ambos, llegando a un clímax que provocó que ella lo apretase junto a su pecho.

Jack no se dejó caer sobre ella, pero sí situó su frente sobre la suya y la miró. Ella también lo observaba. No pudo evitar sonreírle mientras acariciaba su mejilla. El corazón le latió con más fuerza

cuando Emma le sonrió de una forma tierna, recuperando también el aliento.

Besó su frente mientras ambos se acariciaban, demostrándose esta vez de una forma más tranquila todo el afecto y el amor que se profesaban.

Cuando todo quedó en silencio, Jack apoyó la frente en la de Emma y cerró los ojos. No había prisa, no había palabras urgentes, solo el pulso compartido, la respiración que poco a poco encontraba calma. La abrazó con cuidado, como si aquel gesto fuera una promesa antigua que por fin podía cumplir.

Emma se acurrucó contra él, exhausta y serena a la vez. En ese abrazo entendió que siempre se habían querido, incluso cuando la vida los había separado y los había empujado por caminos distintos. Aquello no había sido un impulso ni un refugio momentáneo, era algo que se debían desde hacía años, algo que había esperado paciente a que ambos estuvieran preparados.

Jack la sostuvo con una certeza nueva. Ella había vuelto a aparecer en su vida como un milagro imperfecto, doloroso y marcado por cicatrices, pero un milagro, al fin y al cabo. No fue en las circunstancias que él hubiera deseado, no como lo había imaginado tantas veces y, aun así, era real. Estaba allí. Viva. En sus brazos.

Besó su cabello con ternura y la estrechó un poco más, como si pudiera protegerla de todo lo que había quedado atrás. Y mientras el amanecer comenzaba a insinuarse tras la ventana, Jack supo algo con una claridad absoluta: no iba a dejarla marchar de nuevo. No esta vez. No después de haber llegado, por fin, al lugar al que siempre habían pertenecido juntos.



16

La luz de la mañana entraba despacio por la ventana, suave, dorada, filtrándose entre las cortinas como si temiera despertarlos demasiado pronto. Emma abrió los ojos primero, con esa sensación extraña de calma que tardó unos segundos en reconocer. Su cuerpo estaba relajado, cálido, y cuando giró levemente la cabeza, encontró a Jack a su lado, observándola en silencio, aunque desde la silla y ya vestido.

No había prisa en su mirada, solo ternura.

—Buenos días —susurró él con una sonrisa tranquila, levantándose de la silla y recostándose en la cama.

Emma parpadeó, aún adormecida. Tardó un instante en recordar dónde estaba, qué había pasado… y entonces todo volvió, pero sin el peso que solía acompañar a los recuerdos traumáticos recientes.

—Buenos días… —respondió ella, con la voz ronca.

Jack apartó un mechón de cabello de su rostro con delicadeza.

—¿Cómo estás?

Emma pensó un momento antes de responder. Inspiró hondo, como si comprobase algo dentro de sí misma.

—Sorprendida —admitió—. Esta vez… no he tenido pesadillas.

Lo dijo en un susurro, como si temiera romper aquel pequeño milagro.

Jack arqueó las cejas con fingida solemnidad.

—Claro —dijo—. Es mi magia.

Emma lo miró y una sonrisa divertida apareció en sus labios.

—¿Tu magia?

—Sí —asintió él—. Protocolo secreto del equipo de rescate. Garantía de noche tranquila incluida.

Ella dejó escapar una risa breve, todavía incrédula, y esa risa fue suficiente para que el pecho de Jack se aligerara.

—Estás vestido.

—Sí, tengo que irme —pronunció Jack con fastidio.

Jack permaneció unos segundos más observándola, como si no quisiera romper aquel instante de calma que habían construido juntos, asegurándose de que estaba bien. Finalmente suspiró y se incorporó despacio.

—Me toca pasar por el puesto de mando y revisar un par de cosas —explicó mientras se ponía las botas.

Emma lo observaba en silencio, siguiendo cada gesto, cada movimiento que le resultaba tan familiar y nuevo a la vez.

—¿Volverás? —preguntó ella casi sin darse cuenta de que la pregunta había salido en voz alta.

Jack levantó la mirada hacia ella y sonrió con suavidad.

—Claro que sí —respondió poniéndose bien el cuello de la camisa—. Vendré a buscarte a mediodía, si te apetece, para comer con el equipo. Están deseando verte.

Emma asintió con una sonrisa tímida que todavía llevaba rastros de la noche anterior.

—Me apetece.

Jack se inclinó entonces sobre ella, apoyando una mano junto a su cabeza, y la besó con ternura.

—Nos vemos luego —murmuró contra sus labios. Se separó despacio y le acarició la mejilla—. Y si necesitas cualquier cosa… cualquier cosa —enfatizó—, que me llamen.

Emma asintió de nuevo, siguiéndolo con la mirada mientras él se dirigía hacia la puerta.

Cuando salió, el silencio regresó a la habitación, pero ya no era el mismo de antes. Ahora estaba lleno de algo cálido, de una certeza nueva que permanecía incluso cuando él no estaba allí.

Emma se quedó unos segundos más en silencio después de que la puerta se cerrara. El eco suave de los pasos de Jack alejándose todavía vibraba en la habitación y, por primera vez en mucho tiempo, la soledad no le resultó pesada. Inspiró hondo dejando que el aire llenara sus pulmones con calma y se levantó despacio.

Se vistió con ropa cómoda que le habían proporcionado en la base, moviéndose sin prisa, como si quisiera prolongar la sensación cálida que aún le recorría el cuerpo. Mientras se recogía el cabello frente al pequeño espejo, sus pensamientos regresaron inevitablemente a la noche anterior.

"El destino", pensó. Siempre había creído que el destino era cruel y caprichoso, pero también podía ser codicioso, capaz de arrebatarlo todo para luego devolver algo inesperado. Los había separado cuando eran jóvenes, los había llevado por caminos distintos… y ahora los reunía de nuevo, en el lugar más improbable del mundo.

Salió del módulo y comenzó a caminar por la zona segura. El aire de la mañana estaba fresco, limpio, y el sol apenas empezaba a alzarse sobre las estructuras de la base.

A unos metros, el soldado de guardia levantó la mano a modo de saludo.

—Buenos días, señora.

—Buenos días —respondió ella, acercándose.

El soldado se acercó despacio.

—¿Cómo se encuentra?

—Estoy… mejor que anoche —respondió con timidez.

El militar asintió con una sonrisa discreta.

—Me alegra escuchar eso.

Emma lo observó con más detenimiento. Era joven, más de lo que había imaginado la noche anterior.

—Gracias por lo que hiciste —añadió ella.

El soldado se encogió ligeramente de hombros.

—Estamos aquí para ayudar en lo que necesite. Es parte del trabajo.

—¿Cuánto tiempo llevas en el ejército? —preguntó ella con curiosidad.

—Tres años —respondió—. Esta es mi segunda misión fuera.

—¿Y te gusta?

El joven dudó un segundo antes de sonreír.

—Sí. Es duro… pero siento que hago algo importante.

Emma asintió.

—¿Es tu primera misión en una base como esta?

—Sí, señora.

—Llámame Emma —corrigió ella suavemente.

Él inclinó la cabeza, agradecido.

—Emma.

—¿Te gustaría ascender?

Sus ojos brillaron un poco.

—Sí. Quiero seguir formándome, aprender más… quizá entrar en un equipo especializado algún día.

Emma sonrió con curiosidad.

—¿Has sido alumno del capitán Hayes?

El soldado negó.

—No, pero he oído hablar mucho de él. Tiene muy buenas referencias. Es una lástima no haber coincidido antes.

Ella asintió, con una sonrisa que no pudo disimular.

—Sí… lo es.

Después de unos minutos más de conversación ligera, Emma se despidió y continuó caminando. Cada paso parecía más firme que el anterior, como si el mundo hubiese recuperado un poco de color.

Regresó a su habitación y, casi por instinto, tomó la libreta que Jack le había regalado. Se sentó junto a la mesa y abrió una página en blanco.

Hoy el aire se siente distinto. *No sé si el mundo ha cambiado… o si lo he hecho yo.*

Se detuvo un instante, pensando.

Quizá sentirse amada no borra el dolor, pero lo suaviza. Lo vuelve más llevadero, como si alguien compartiera el peso contigo y, por un momento, recordaras que aún hay luz incluso después de la oscuridad.

Sus dedos temblaron ligeramente al continuar.

No sé qué vendrá después. Pero esta mañana… esta mañana no duele tanto respirar.

Jack empujó la puerta del comedor con suavidad y dejó que Emma entrara primero.

El ruido la envolvió de inmediato.

Voces superpuestas, bandejas golpeando metal, sillas arrastrándose, risas que estallaban en distintos puntos del lugar. El aire olía a café cargado y a comida caliente.

Emma se detuvo un segundo.

No era silencio. No era aislamiento. No era el eco frío del módulo médico… era vida en estado puro.

Jack observó cómo sus hombros se relajaban levemente.

—¿Demasiado ruido? —preguntó en voz baja.

Ella negó despacio, mirando alrededor.

—No… —susurró—. Es… normal. Me gusta.

Él sonrió abiertamente.

El comedor era amplio, funcional, sin pretensiones: largas mesas metálicas, filas de bandejas, una zona de autoservicio donde varios soldados avanzaban con movimientos automáticos, pantallas con noticias sin sonido, mochilas apoyadas contra las patas de las mesas y uniformes mezclados con ropa civil.

—Ven —dijo Jack guiándola con una mano suave posada en su espalda.

Al fondo, su equipo ocupaba una mesa larga.

Fueron los primeros en verla y el cambio fue inmediato. Las conversaciones se apagaron, no por tensión, sino por respeto.

Luke fue el primero en ponerse en pie, luego los demás.

No hubo rigidez excesiva ni formalidad exagerada, eran soldados, sí, pero también hombres que sabían que aquella mujer había sobrevivido a algo terrible.

—Equipo, ya la conocéis… Emma —dijo Jack con naturalidad.

Ella sonrió un poco nerviosa.

Daniel dio un paso adelante, aunque no intentó abrazarla, no invadió su espacio y le ofreció la mano con una sonrisa cálida.

—Es un honor verte.

Ella estrechó su mano, agradecida.

Uno a uno, fueron saludándola igual: manos firmes, miradas sinceras y una cordialidad contenida, pero auténtica.

Nadie la tocó más de lo necesario, intentando mantener el respeto y el cuidado necesarios.

Jack comenzó a presentarlos.

—Mark Reynols. Francotirador designado… el tipo que no falla.

Mark alzó las cejas.

—Excepto cuando Jack no está mirando —bromeó.

—Luke Donovan —continuó Jack—. Segundo al mando.

Luke inclinó la cabeza.

—Encantado de verte mejor.

—Ethan Brooks, médico. Ya sabes quién es —continuó Jack.

Ethan le guiñó un ojo.

—Esta vez sin agujas, lo prometo.

Emma soltó una pequeña risa.

—Daniel Miller… explosivos.

—Intento no romper cosas importantes —añadió Daniel ladeando la cabeza.

—Y Alex Turner, experto en comunicaciones.

Alex levantó la mano desde su asiento.

—El que gritó "extracción inmediata" mientras todo se iba al garete.

Emma respiró hondo, mirando a todos con gesto agradecido.

—Gracias… —dijo con voz suave pero firme—. Sé que decís que es vuestro trabajo… pero arriesgasteis vuestra vida por alguien que ni conocíais. Eso… eso es valentía de verdad.

Se hizo un breve silencio incómodo.

Mark se encogió de hombros.

—Nah… Jack nos paga bien —respondió moviendo la mano como si apartase una mosca.

Las miradas se desviaron hacia el capitán con una sonrisa apenas disimulada. Sí, conocía perfectamente aquellas miradas. Demasiadas horas juntos.

Jack frunció el ceño.

—Ni se os ocurra.

Daniel cruzó los brazos.

—Bueno… ahora que la conocemos… entendemos mejor por qué estabas tan… motivado.

Emma alzó una ceja, divertida.

—Ah, ¿sí? —preguntó ella.

Jack carraspeó.

—Vale, vamos a por la comida —dijo Jack situando una mano en la espalda de Emma.

—Espera —dijo Luke con calma—. Queremos oír la versión de ella.

Emma rio suavemente.

—No voy a decir nada malo de Jack. Me salvó la vida.

El equipo estalló en carcajadas.

—Eso no cuenta —protestó Daniel.

Jack alzó las cejas repetidas veces como si hubiese ganado aquella batalla y se llevó a Emma de allí. Avanzaron hacia la línea de autoservicio donde había bandejas metálicas y opciones limitadas de comida.

—¿Bufé *gourmet* militar? —preguntó Emma con ironía.

—Alta cocina —respondió Jack muy serio—. Cinco estrellas si llevas hambre suficiente.

Se sirvieron arroz seco, pollo demasiado cocido y verduras sospechosamente blandas.

Cuando volvieron a la mesa, Mark levantó el tenedor.

—Lo mejor del menú… es que no te mata.

—Siempre discutimos eso —añadió Alex.

Emma soltó una risa auténtica y Jack, al verla reír con ellos, sintió algo profundo aflojarse dentro de su pecho.

Por primera vez desde que la había sacado de aquel infierno ella no parecía una víctima, parecía parte de algo.

Daniel miró el plato de Emma con gesto crítico.

—Vale, primera pregunta importante —dijo señalando el arroz—. ¿Sabes mentir bien?

Emma levantó una ceja.

—Depende.

—Perfecto —continuó él—. Entonces dinos que esto está bueno.

Ella pinchó un poco con el tenedor, lo observó como si fuese una criatura desconocida y lo probó. Masticó despacio mientras todos esperaban su respuesta.

—He comido cosas peores —dijo finalmente.

La mesa estalló en risas.

—Diplomática —murmuró Alex.

—Periodista —corrigió Emma con una sonrisa.

Mark se inclinó hacia delante apoyando los codos.

—Vale… pregunta real.

Jack levantó la mirada de inmediato.

—Ni se te ocurra.

—Solo es curiosidad científica —replicó Mark—. Emma… ¿es verdad que Jack era un romántico empedernido en el instituto?

Jack dejó el tenedor sobre la bandeja.

—Voy a cambiar de mesa —murmuró.

Emma lo miró con fingida sorpresa.

—¿Romántico?

Luke carraspeó.

—No tenemos pruebas, solo sospechas.

Emma apoyó el mentón en la mano, pensativa.

—Mmm… podría confirmar o negar esa información… —dijo con teatralidad—. Pero entonces tendría que eliminaros después.

Daniel soltó una carcajada.

—Me cae bien. —La señaló antes de meterse un trozo de pollo en la boca.

Jack negó con la cabeza, resignado.

—Esto ha sido un error.

—Totalmente —añadió Alex—. Nunca traigas a alguien que conozca tu pasado.

Ethan sonrió mientras comía.

—Lo curioso es que tú nunca hablas del pasado.

Emma alzó el tenedor.

—Porque algunas cosas son mejores cuando siguen siendo un misterio —comentó ella animada.

—Oh, eso suena a secreto —dijo Daniel, señalándola—. ¿Secretos del instituto?

Ella se encogió de hombros.

—Digamos que… Jack tenía… momentos.

—¡Lo sabía! —exclamó Mark.

Jack la miró con falsa indignación.

—Emmaaa —arrastró la última vocal unos segundos como si la advirtiese—. Ten cuidado con estos.

Ella le devolvió la mirada con inocencia fingida.

—No estoy diciendo nada en concreto.

Luke rio por lo bajini.

—Estrategia perfecta. Revelar sin revelar.

—Años de entrenamiento —añadió Emma.

Daniel la observó con ojos entornados.

—Vale, otra pregunta. ¿Es verdad que él se pone intenso cuando está nervioso?

—Daniel —le riñó Jack y esta vez no se controló. Alzó una mano dándole una colleja.

—Joder, capi —se quejó divertido.

Emma inclinó la cabeza, como si evaluara la pregunta.

—Diría que… se concentra mucho.

—Traducción: sí —murmuró Alex.

Las risas volvieron a llenar la mesa.

Mark bebió un trago de agua y añadió:

—Ahora en serio… nos alegra verte así. No siempre vemos finales buenos.

La conversación bajó de intensidad un segundo.

Emma asintió con suavidad.

—Y yo me alegro de poder estar aquí… riéndome con vosotros.

Ethan la miró con una sonrisa apacible.

—Eso significa que vas bien.

Daniel levantó el tenedor.

—Además, oficialmente ya formas parte del grupo. Has sobrevivido a la comida.

—Eso merece una medalla —añadió Alex.

Emma rio y Jack se quedó mirándola unos segundos más de lo necesario.

Porque aquella risa… no era frágil, era real. Además, escucharla entre su equipo, viéndola relajarse poco a poco, le brindaba una paz que no recordaba haber sentido en mucho tiempo.

—Por cierto —dijo Daniel de repente—. Emma, última pregunta. —Jack suspiró cargándose de paciencia y enarcó una ceja hacia Daniel—. ¿Quién dio el primer beso?

Emma levantó la mirada hacia Jack y hubo un silencio. Emma sonrió divertida hacia Jack.

—Eso… —dijo con calma—, se queda entre nosotros.

El equipo explotó en carcajadas mientras Jack cerraba los ojos un segundo, resignado.

Emma pensó que desde que él había comenzado aquella misión parecía simplemente un hombre sentado entre amigos y no un capitán cargando con el peso del mundo.

—Sois unos cabrones… —pronunció mientras negaba con la cabeza.

Daniel dejó caer el tenedor sobre la bandeja con dramatismo exagerado.

—Estoy profundamente decepcionado con esa respuesta —anunció mirando a Emma con gravedad fingida—. Muy decepcionado.

Emma alzó las cejas, divertida.

—¿Sí?

—Sí —continuó él—. Nuestro capitán lidera un equipo de rescate de élite en zonas de alto riesgo. Entramos en edificios llenos de milicias armadas, cruzamos desiertos de noche, volamos bajo fuego enemigo… —enumeró levantando los dedos—. Y resulta que no sabemos quién dio el primer beso. Esto es información estratégica.

Luke se inclinó hacia delante siguiéndole el juego.

—Exacto. Un hombre capaz de correr entre balas debería haber sido el primero en lanzarse.

Alex añadió desde el otro lado:

—Tan valiente para entrar en fuego cruzado… ¿y tan cobarde para no dar un besito el primero?

Hizo un gesto exagerado, poniendo morritos hacia Jack.

Jack inspiró hondo y se pasó la mano por la nuca por los comentarios de sus compañeros.

—No puedo creer que esta sea la conversación.

—Lo es —respondió Daniel sin pestañear—. Y es importante para la cohesión del equipo.

Emma intentó contener la risa, pero acabó inclinándose hacia delante.

—No sabía que el protocolo militar incluyese esto.

—Manual secreto —añadió Mark.

Jack negó con la cabeza, mirando a Emma con una mezcla de resignación y diversión.

—¿Sabes qué? —dijo finalmente—. Tienes permiso para responder, pero solo porque quiero que se callen.

Emma lo miró unos segundos, disfrutando claramente del momento.

Luego sonrió despacio.

—Vale… fue él. —Señaló a Jack.

Un segundo de silencio y luego el equipo estalló de risa.

—¡Sabía que el capi tenía carácter! —gritó Daniel.

—No esperaba menos —añadió Luke—. Nuestro amado líder —dijo como si lo adorase.

—Todo un machote —remató Alex.

Jack levantó las manos.

—Gracias por los cumplidos… idiotas.

—Siempre a su servicio, señor —respondió Mark con una falsa seriedad que provocó nuevas risas.

Emma no podía parar de reír, mirando a uno y a otro, sorprendida por la facilidad con la que aquel grupo convertía cualquier conversación en algo ligero.

Mientras los observaba bromear, insultarse con cariño y compartir ese lenguaje propio de quienes han sobrevivido juntos a demasiadas cosas, algo cálido se instaló dentro de ella.

Aquellos hombres eran soldados que corrían hacia el peligro cuando todos los demás huían, hombres que se adentraban en lugares donde la muerte era una posibilidad constante, pero allí, sentados alrededor de una mesa, riéndose por saber quién había dado el primer beso, eran simplemente chicos pasando el rato. Una familia.



17

El sol comenzaba a caer cuando regresaron al módulo de Emma.

La base se teñía de tonos dorados y rojizos y el viento levantaba pequeñas nubes de arena que se deshacían en el aire como susurros. Habían pasado la tarde caminando por las zonas seguras, hablando de cosas sencillas y riendo a ratos.

Él le daba la paz que tanto necesitaba en aquellos momentos.

Emma caminaba despacio junto a Jack, con las manos dentro de los bolsillos de la chaqueta que él le había prestado.

—Entonces… —dijo él finalmente—. Evaluación oficial. ¿Sobreviviste al equipo?

Ella sonrió.

—No solo sobreviví… creo que me adoptaron.

Jack soltó una pequeña risa.

—Eso pasa. Una vez te aceptan ya no hay vuelta atrás.

—Me gustaron mucho —añadió ella con sinceridad—. Son… diferentes a como me los imaginaba.

—¿Mejor o peor?

—Más humanos, hay camaradería entre vosotros —respondió Emma tras pensarlo—. Esperaba algo más… rígido. Pero sois como una familia.

Jack bajó la mirada un instante.

—Lo somos.

Caminaron unos pasos más en silencio.

—Gracias por lo de hoy —dijo ella—, por no tratarme como si fuera frágil.

Él la miró de reojo.

—Lo eres aún… un poco. —Emma hizo un gesto de protesta—. Pero también sé que eres más fuerte de lo que crees —añadió él suavemente.

Ella no respondió, pero su sonrisa se volvió más íntima.

Llegaron al módulo y Emma sacó la llave para abrir la puerta. Antes de entrar, lo miró de reojo. Jack observó su perfil bajo la luz tenue del atardecer y dio un paso más hacia ella, acortando la distancia.

—No estoy autorizado a pasar esta noche contigo… —murmuró cerca de su oído—. Pero… ¿me dejarías entrar un momento?

La insinuación flotó entre ambos.

Emma tragó saliva y miró brevemente alrededor. Al final del camino dos guardias vigilaban la zona.

Volvió a mirarlo sin decir nada, solo asintió levemente mientras abría la puerta.

Ella entró primero y Jack la siguió.

Cerró la puerta despacio, demasiado despacio. Sus movimientos eran comedidos, casi contenidos, hasta que el "clic" suave del cierre de la puerta resonó en la habitación.

Entonces, todo cambió.

Jack se lanzó hacia ella, la tomó por la cintura y la giró con firmeza hacia él.

Sus labios encontraron los de Emma en un beso intenso, cargado de deseo contenido. La empujó suavemente contra la pared, sin brusquedad, pero con urgencia.

Ella dejó escapar un pequeño quejido y Jack se separó al instante.

—Lo siento… ¿te he hecho daño?

Emma negó rápidamente.

—No… —susurró respirando agitada—. Estoy bien. —Sus manos subieron hasta la nuca de él, atrayéndolo de nuevo—. Bésame…

Jack no necesitó más.

Volvió a inclinarse sobre ella, aprisionándola con cuidado contra la pared, besándola con una mezcla de hambre y ternura que hablaba de años contenidos, de recuerdos compartidos y de todo lo que aún quedaba por decir.

El mundo fuera dejó de existir, solo estaban ellos dos y el latido acelerado de algo que nunca había dejado de pertenecerles.

El beso se volvió más lento, más profundo.

Jack deslizó una mano por la cintura de Emma, sujetándola con firmeza, como si necesitara asegurarse de que era real, de que no desaparecería si la soltaba. Sus labios se movían sobre los de ella con una mezcla de ternura y deseo reprimido, como si ambos estuvieran aprendiendo de nuevo el ritmo del otro después de tantos años.

Emma dejó escapar un suspiro, apoyando la espalda contra la pared mientras sus dedos se enredaban en el cabello corto de él. Cada contacto parecía despertar algo antiguo y familiar, algo que nunca había terminado de marcharse.

Se separaron apenas un instante, lo suficiente para respirar y mirarse.

Jack apoyó la frente contra la de Emma.

—Debería irme… —susurró, aunque su voz no sonaba convencida.

Emma negó despacio mientras sus ojos brillaban.

—Quédate un momento más…

No fue una petición desesperada, sino una confesión suave.

Él sonrió, vencido desde antes de empezar.

—Un momento más —repitió.

Sus labios descendieron hacia la mejilla de ella, luego hacia su mandíbula, besando con una delicadeza extrema. Emma cerró los ojos, inclinando levemente el rostro hacia él, dejando que aquel contacto la envolviera.

—¿No… no puedes pedir que te autoricen?

Él sonrió antes de besarla de nuevo.

El mundo fuera seguía girando, la base seguía llena de ruido y protocolos… pero dentro de aquella habitación el tiempo parecía haberse detenido.

—Mmm… —pronunció sin apartarse de sus labios—, traviesa. ¿Pretendes que desobedezca órdenes?

—¿Es una misión imposible?

—Soy especialista en misiones imposibles —respondió él con falsa solemnidad antes de besarla de nuevo con intensidad.

Ella sonrió mientras rodeaba con sus manos su cuello.

—Qué modesto —ironizó.

—Es parte del entrenamiento.

Ella rio ante la respuesta mientras él acariciaba sus brazos. Sus manos volvieron a encontrarse, casi sin darse cuenta. Jack acarició lentamente el dorso de la mano de Emma con el pulgar, como si explorara un territorio que conocía y al mismo tiempo redescubría.

El silencio que siguió fue cálido.

Ella inclinó la cabeza hacia él. Jack respondió acercándose un poco más, hasta que sus frentes volvieron a rozarse.

—Me gusta cuando ríes —murmuró él—, y cuando me miras así.

Emma sostuvo su mirada un instante, y algo cambió en el aire entre ellos.

Fue ella quien se inclinó primero esta vez.

El beso comenzó suave, lento.

Jack respondió con la misma calma, deslizando una mano por su cintura con cuidado, asegurándose de no presionar demasiado. Sus labios se movían con una delicadeza que hablaba más de protección que de urgencia, más de cariño que de hambre.

Emma suspiró contra él, acercándose un poco más, apoyando una mano en su pecho. Sintió el latido firme bajo la tela del uniforme, y eso la hizo sonreír mientras se besaban.

Jack descendió con suavidad hacia su mejilla, luego hacia su mandíbula, besándola con calma, deteniéndose a cada instante, como si quisiera grabar cada reacción en su memoria.

Emma cerró los ojos, dejando que aquellas caricias la envolvieran. Sus dedos se deslizaron hacia la nuca de él, atrayéndolo, sintiendo el calor de su cuerpo y la seguridad que transmitía.

El beso volvió a intensificarse, más profundo, pero todavía contenido, lleno de algo que no era solo deseo, sino reconocimiento,

como si ambos supieran que aquello no era solo un momento, sino más bien el regreso a algo que nunca había terminado del todo.

Jack llevó la mano hasta la cadera de ella, acariciándola, besándola con una pasión desenfrenada hasta que, finalmente, con un gruñido, se apartó.

Tragó saliva y la miró a los ojos. Con su dedo pulgar acarició sus labios con una suave caricia.

—Tengo que irme, pero mañana volveré. —Ella hizo un gesto de desagrado—. Uno de estos días te llevaré a la cantina. —Ella lo miró extrañada—. A nuestro bar.

Emma lo miró sorprendida.

—¿Tenéis un bar?

—No es gran cosa, pero nos entretiene.

Ella asintió.

—Lo he pasado muy bien hoy con el equipo, así que lo de la cantina supongo que estará bien también.

Él asintió. La besó de nuevo y, sin previo aviso, dio un paso atrás, luego la miró con una intensidad desbordada mientras situaba las manos en su cintura. Inspiró hondo unos segundos, intentando calmarse, y acabó sonriéndole.

—Si necesitas cualquier cosa sabes que solo tienes que hacerme llamar… —Ella chasqueó la lengua fastidiada. Él sonrió—. Pero, sintiéndolo mucho, debo regresar a mi…

Su voz quedó interrumpida por unos golpes en la puerta del módulo.

—¿Emma? —preguntaron desde fuera.

Los dos se miraron.

—Es la psicóloga —le susurró ella al reconocer la voz. Él se sentó en la silla aparentando normalidad y ella fue hacia la puerta. La abrió con una sonrisa—. Hola —dijo con tono alegre.

—Hola, Emma… —La psicóloga miró al interior y sonrió a Jack—. Hola, capitán. —Él elevó su mano para saludarla—. Veo que estás bien acompañada, eso está muy bien —le sonrió.

Jack se puso en pie y fue hacia la puerta.

—Hoy he llevado a Emma a comer con mis compañeros.

La psicóloga lo miró sorprendida y luego lució una gran sonrisa hacia Emma.

—¿Ha ido bien? —Emma asintió—. ¿Te has divertido?

Emma se mordió el labio y volvió a asentir.

—Sí, me… me he reído bastante —confesó.

—Eso está muy bien Emma, debes concederte esos momentos de naturalidad.

—He pensado en… que un día de estos la llevaré a la cantina, ¿le parece bien? —le preguntó Jack a la psicóloga.

—Siempre y cuando Emma quiera… —se encogió la psicóloga de hombros—, estará bien. No veo impedimento.

La psicóloga miró a Jack y luego a Emma, pues ninguno de los dos se movía.

—Si no le importa, capitán, me gustaría hablar con Emma a solas, tener una sesión antes de que caiga la noche —le pidió con una sonrisa.

—Sí, claro… —situó una mano en el hombro de Emma y asintió —, mañana vendré a verte.

Emma asintió y vio cómo se alejaba, aunque Jack se giró un segundo para mirarla antes de alejarse demasiado.

Emma suspiró y miró a la psicóloga que la observaba con atención.

—Me ha comentado la doctora que ayer tuviste un brote de ansiedad importante por la noche… —Emma tragó saliva y asintió—, ¿puedo pasar y hablamos?

—Sí, claro —respondió Emma echándose a un lado para que pasara.

El despacho del coronel estaba situado en el ala más silenciosa del módulo de mando.

No era una sala grande, pero sí imponente.

Las paredes estaban cubiertas de mapas tácticos, pantallas con información en tiempo real y líneas rojas marcando rutas aéreas y zonas calientes. Sobre una mesa larga descansaban carpetas

clasificadas, tabletas militares y una taza de café olvidada hacía demasiado tiempo.

La luz blanca caía directa desde el techo, fría y sin concesiones.

Jack permanecía de pie frente al escritorio mientras el coronel revisaba unos documentos.

—Capitán Hayes —dijo finalmente sin levantar la vista—. Tome asiento.

Jack obedeció situando su espalda recta en el respaldo de la silla y las manos apoyadas sobre las rodillas, aunque algo dentro de él ya sabía hacia dónde iba a ir aquella conversación.

El coronel cerró la carpeta y lo miró directamente.

—He hablado con la doctora Davis y con la psicóloga asignada.

Jack mantuvo la expresión neutra.

—Señor.

—Según su evaluación —continuó—, la periodista ha mostrado una evolución positiva durante los últimos tres días. El nivel de ansiedad ha disminuido, el sueño mejora progresivamente y responde bien al entorno seguro.

Jack asintió lentamente, aunque sentía un nudo extraño en el pecho. Sabía que aquello era bueno, que era necesario, pero aun así…

—Por tanto —añadió el coronel—, vamos a proceder con la extracción hacia Jordania.

Las palabras cayeron como algo inevitable.

Jack inspiró hondo. Era lo correcto, lo más seguro para ella y, pese a todo, la idea de verla marcharse le produjo una punzada incómoda, casi física.

No dejó que se le notara.

—Entendido, señor.

El coronel lo observó unos segundos más.

—¿Alguna objeción operativa?

—Negativo. Personalmente… —añadió Jack después de un instante—, creo que es lo mejor para ella.

Lo dijo con firmeza, pero su mirada se perdió apenas un segundo en uno de los mapas, porque sabía lo que significaba dejarla ir otra vez.

El coronel asintió lentamente, como si entendiera más de lo que decía.

—Pasemos a la operación. —Activó una pantalla y un mapa tridimensional apareció proyectado—. Ruta aérea directa desde Al-Tanf hacia base aliada en Jordania. Tiempo estimado de vuelo: aproximadamente cuarenta minutos.

Jack inclinó el cuerpo hacia delante

—¿Plataforma de destino?

—Base aérea avanzada en territorio jordano, bajo control aliado. Allí será transferida a personal diplomático y sanitario para posterior traslado a Estados Unidos.

Jack asintió.

—¿Tipo de aeronave?

—Helicóptero UH-60 modificado para evacuaciones médicas. Perfil de vuelo bajo para reducir detección.

—¿Riesgos? —preguntó Jack.

El coronel señaló varias zonas en rojo.

—Actividad irregular de milicias en sectores norte y oeste. Posibilidad de MANPADS[2], misiles portátiles, aunque inteligencia indica baja probabilidad en la ruta directa.

Jack frunció el ceño.

—¿LZ primarias y secundarias?

—Tres zonas marcadas —respondió el coronel—. Primaria en territorio jordano. Secundarias dentro de Siria en caso de emergencia o fuego hostil.

Jack absorbía cada detalle.

El coronel continuó:

—Equipo de escolta: usted y tres miembros seleccionados por recomendación operativa.

Jack levantó la mirada.

—¿Selección abierta?

—Confío en su criterio, capitán.

Una responsabilidad… y una concesión.

—Sí, señor.

—Reglas de enfrentamiento estándar. Prioridad absoluta: protección del paquete.

Jack asintió.

—Confirmado.

El coronel apoyó las manos sobre la mesa.

—Salida prevista en cuarenta y ocho horas.

Hubo un silencio y Jack se levantó lentamente.

—¿Algo más, señor?

El coronel dudó apenas un segundo.

—Solo una cosa.

Jack esperó.

—Asegúrese de que esté preparada.

Jack tragó saliva.

—Lo estará.

Salió del despacho con pasos firmes, pero cuando la puerta se cerró tras él, dejó escapar el aire lentamente. Sabía que aquella misión no sería solo una evacuación: sería una despedida. Y aunque su deber era llevarla a un lugar seguro, una parte de él deseaba detener el tiempo antes de que eso ocurriera.

Jack caminó por el pasillo del módulo de mando sin ver realmente nada a su alrededor.

Los soldados que se cruzaban con él saludaban con un gesto breve con la cabeza. Él respondía por puro automatismo mientras su mente seguía atrapada en una sola idea.

Jordania. Extracción. Traslado definitivo. Emma se iría.

Era lo correcto, lo más seguro para ella. Era su deber y, aun así, le costaba respirar con normalidad al pensarlo.

La imagen de ella riendo aquella mañana, la forma en que su mano buscaba la suya sin darse cuenta, el modo en que sus ojos se iluminaban cuando se sentía protegida… todo aquello se mezclaba ahora con una sensación amarga, como si el destino volviera a colocarlo en el mismo lugar que años atrás.

Obligado a dejarla ir, obligado a convencerse de que era lo mejor.

Y entonces, el recuerdo llegó sin avisar.

El día de ir por primera vez a la base había llegado.

La parada de autobús estaba casi vacía.

Jack sostenía la mochila colgada del hombro, demasiado grande para su edad, demasiado pesada para alguien que aún no había aprendido a dejar atrás aquello que amaba.

Miraba la calle una y otra vez, esperando.

Sabía que no vendría. Después de lo que había hecho… ¿cómo iba a aparecer?

La había dejado con palabras duras, necesarias y frías. La había empujado lejos porque creía que era la única forma de protegerla, aunque una parte de él esperaba verla correr hacia él.

El autobús llegó con un rugido metálico. Subió sin mirar atrás. Se sentó junto a la ventana pensando que era lo correcto, que Emma merecía una vida tranquila sin pasar noches en vela preguntándose si él volvería con vida, pensando que amar a un soldado era condenar a alguien a vivir con miedo.

Romperle el corazón era un sacrificio necesario.

Jack parpadeó lentamente, regresando al presente. Sin duda, era la peor decisión que había tomado en su vida.

Ahora, el destino volvía a ponerlo en una encrucijada parecida. Porque sí, podría visitarla cuando tuviera permisos, podría verla, podrían intentarlo, pero ¿era justo para ella?, ¿era justo hacerla esperar?, ¿que volviese a temer cada misión?

Su mandíbula se tensó.

No, no lo era.

Suspiró reconduciendo sus pensamientos a lo que realmente era importante en ese momento: la misión y la seguridad de ella durante el traslado.

Respiró hondo y cambió el rumbo hacia el módulo de su equipo.

Debía elegir a tres hombres. No eran solo compañeros, eran personas que garantizarían que Emma llegara viva a Jordania.

Entró en el módulo directamente.

El equipo estaba repartido entre las mesas, revisando material, limpiando armas y bromeando en voz baja.

Todos levantaron la mirada al verlo.

—Capi —dijo Daniel Miller—. Tienes cara de reunión larga.

Jack ignoró el comentario.

—Necesito a tres hombres para misión de traslado. —El ambiente cambió inmediatamente con un silencio profesional—. Evacuación a Jordania —añadió.

Mark Reynols fue el primero en asentir.

—Cuenta conmigo.

Jack lo miró y supo que sí. Mark, con experiencia en extracción bajo presión, sangre fría y capacidad de cobertura en movimiento. Si algo salía mal, necesitaba a alguien que pudiera tomar decisiones sin titubear.

—Reynols confirmado.

Mark simplemente inclinó la cabeza.

—También conmigo —se ofreció Alex.

—Alex confirmado.

Le iría bien tenerlo en el equipo para tema de comunicaciones y tecnología.

Jack miró al resto.

Su elección debía ser lógica y táctica, no emocional.

—Ethan Brooks —dijo finalmente.

Ethan levantó la mirada sorprendido, aunque solo un segundo. Él era el médico y, aunque Emma viajaría estabilizada, el protocolo era claro: paciente con trauma reciente, posibles crisis y heridas internas aún en recuperación. Necesitaban asistencia médica inmediata si algo ocurría.

—Necesito un sanitario con capacidad táctica —explicó Jack—. No vamos a arriesgarnos.

Ethan asintió.

—Entendido.

Daniel y Luke levantaron una ceja.

—¿Nos estás diciendo que nos quedamos fuera del paseo turístico? —preguntó Daniel.

Jack lo miró.

—Alguien tiene que quedarse vigilando el fuerte.

La tensión se rompió un poco ante aquellas palabras, pero Jack ya estaba pensando en otra cosa mientras se dirigía a su mesa para preparar los documentos y la autorización de los tres soldados

aprobados. Aquella misión implicaba volver a dejarla marchar y, esta vez, no estaba seguro de ser capaz de hacerlo sin que algo dentro de él se rompiera de nuevo.



18

El módulo del equipo olía a metal, café recalentado y cansancio acumulado.

Las taquillas abiertas, los chalecos colgados y las botas alineadas daban al lugar ese aire de refugio improvisado que solo los soldados sabían convertir en hogar.

Daniel Miller estaba apoyado contra la mesa central revisando un cargador cuando levantó la mirada hacia la puerta por la que Jack había salido hacía apenas unos minutos.

Esperó a que el eco de sus pasos desapareciera.

—Vale… —murmuró en voz baja—. ¿Soy el único que piensa que el capitán está raro?

Luke Donovan soltó una risa por lo bajini.

—¿Raro? Está caminando como si alguien le hubiese puesto un palo… ya sabes dónde.

Mark Reynols negó con la cabeza mientras limpiaba su rifle.

—Bajad el volumen.

—¿Qué? —susurró Daniel exagerando el gesto—. ¿No podemos preocuparnos por nuestro líder emocionalmente reprimido?

Ethan Brooks alzó una ceja.

—No está reprimido. Está… —buscó la palabra—, está pensativo.

—Eso es peor —añadió Alex Turner desde el fondo sin levantar la vista del portátil—. Cuando el capi piensa demasiado, alguien acaba

corriendo.

Hubo risitas cómplices.

—Yo digo que es por ella —susurró Luke inclinándose hacia delante.

—Obvio —respondió Daniel—. El hombre se ha pasado media vida corriendo entre balas y ahora le toca correr detrás de sentimientos reprimidos durante años.

Mark levantó la mirada e insistió.

—Dejadlo.

—No, en serio —continuó Daniel—. ¿Habéis visto cómo la mira? Parece que alguien le haya reiniciado el sistema.

—Daniel… —advirtió Ethan.

—¿Qué? Solo digo que si yo tuviera a mi ex en la base, después de rescatarla de una milicia siria…

La puerta se abrió de golpe y el silencio cayó como un disparo.

Jack estaba allí, apoyado en el marco de la puerta, mirándolos. Nadie sabía cuánto había escuchado.

Daniel carraspeó.

—Eh… justo hablábamos de logística.

Jack arqueó una ceja mientras entraba en el módulo.

—¿Logística emocional? Sois discretísimos —ironizó.

Daniel levantó las manos.

—Oye, es porque nos importas.

—Claro —añadió Alex—. Equipo de élite, apoyo psicológico incluido.

Jack dejó escapar una breve risa nasal.

Durante un segundo parecía relajado.

—Sí, sí… muy gracioso.

Se acercó a la mesa buscando unos documentos.

—Si habéis terminado el club del cotilleo, tenemos trabajo.

—¿Ves? —susurró Daniel a Luke demasiado alto—. Está susceptible.

Jack lo miró.

—Te oigo —le advirtió.

—Eso forma parte del encanto —bromeó Luke.

—Ya basta —advirtió Mark al ver que la mandíbula de su capitán se tensaba.

Pero Daniel no podía evitarlo.

—Solo queremos saber si estás bien, capi. Es decir… no todos los días rescatas a tu exnovia y luego la mandas lejos.

El silencio cambió de matiz. Algo en el aire se tensó.

Jack inspiró lentamente.

—Estoy bien —acabó murmurando.

—Claro que sí —dijo Luke con una sonrisa ladeada—. Totalmente relajado. Se te nota.

Jack apretó la mandíbula.

—¿Sabéis qué más se me nota? Que tengo un equipo que debería centrarse en la misión —acabó con un tono más alto y amenazante.

Daniel levantó las manos.

—Eh, solo bromeábamos…

—No —interrumpió Jack. Su voz bajó un tono y sonó más dura —. No estáis bromeando. Estáis hablando de algo que no os concierne —los señaló.

El silencio se volvió incómodo.

Ethan observó la escena con atención.

—Jack… —intentó calmarlo.

—No —repitió él—. Soy vuestro capitán, no vuestro tema de conversación.

—No era nuestra intención… —indicó Daniel.

Jack soltó una risa breve y seca, incrédulo por lo que escuchaba.

—Pues empezad a pensar antes de abrir la boca. —La tensión ya no tenía vuelta atrás—. Esto no es un instituto —añadió con dureza —. Es una base militar. Y mientras yo esté al mando, quiero profesionalidad. ¿Entendido?

Nadie respondió. No hacía falta.

Jack cogió su chaqueta, la silla se movió bruscamente al apartarse y salió.

El portazo resonó en todo el módulo.

El equipo se quedó en silencio.

Daniel exhaló lentamente.

—Vale… creo que ahora sí lo hemos enfadado.

Mark dejó el rifle sobre la mesa.

—Le habéis tocado donde más duele.

Ethan asintió.

—No está enfadado con nosotros, no os preocupéis —continuó Ethan ordenando sus notas.

Después de las palabras secas de Jack antes de abandonar el módulo, ninguno encontró algo gracioso que decir.

La cantina de la base no tenía nada de sofisticado, pero sí algo que la hacía especial.

Luz cálida, mesas de madera gastada, música baja que alguien había puesto desde un altavoz antiguo y el murmullo constante de conversaciones cruzadas. El olor a café fuerte se mezclaba con cerveza barata y fritos improvisados. Era el único lugar donde el uniforme parecía pesar un poco menos.

Jack empujó la puerta con el hombro y dejó pasar a Emma delante de él.

Ella se detuvo apenas un segundo, observando el lugar con curiosidad. Una breve sonrisa se dibujó en su rostro casi sin darse cuenta.

—Aquí es donde bajamos un poco la guardia —murmuró Jack.

Emma asintió.

—Me gusta —respondió—. Tiene su encanto.

Al fondo, el equipo de Jack ocupaba una mesa larga.

Las miradas se alzaron casi al mismo tiempo.

Ethan fue el primero en reaccionar.

—Capi —dijo con naturalidad, levantándose un poco mientras ellos se acercaban—. ¿Todo bien?

Jack lo miró un segundo y entendió el gesto.

—Todo bien —respondió con firmeza—. Gracias.

Ethan asintió y volvió a sentarse sin añadir nada más.

Emma los observó con curiosidad, como si captara que algo había pasado, pero sin darle importancia.

—Ven —dijo Jack, guiándola a una silla

Daniel fue el primero en sonreír.

—Hombre, si es nuestra invitada favorita.

—No exageres —replicó Luke.

—No exagero —insistió Daniel—. Es la única que sonríe cuando entra aquí.

Emma soltó una pequeña risa mientras se sentaba.

Jack tomó asiento a su lado.

—¿Qué te apetece? —le preguntó inclinándose un poco hacia ella—. Dentro de lo que este lugar considera bebida.

Emma miró alrededor, pensativa.

—¿Qué es lo más… seguro?

—Café —respondió Mark sin dudar—. El alcohol aquí es… una experiencia.

—Café entonces —decidió ella divertida.

Jack se levantó.

—Ahora vuelvo.

—No hace falta —intervino Alex—. Hoy invita la casa.

—Eso no existe —replicó Jack poniéndose de pie.

—Déjanos fingir.

Mientras Jack iba hacia la barra, Emma se quedó mirando al equipo, entretenida.

—¿Venís mucho aquí? —preguntó.

—Demasiado —respondió Luke—. Es esto o hablar de trabajo.

—O dormir —añadió Mark.

Jack regresó con dos cafés y le tendió uno a Emma.

—Quema.

—Gracias, capitán —respondió ella con una sonrisa.

Jack se sentó de nuevo y se echó un poco sobre ella para tener un poco de intimidad.

—¿Estás bien? —le preguntó en voz baja.

—Sí —respondió ella—. Me gusta salir un poco. Me hace sentir… normal.

—Eso es bueno.

—¿Y tú? —añadió ella mirándolo—. Te noto serio.

Jack abrió la boca para responder, pero Daniel se le adelantó.

—Siempre está serio. Forma parte de su encanto.

—Daniel —advirtió Jack.

—Perdón, señor —respondió con una sonrisa descarada—. Continúa.

Emma ocultó la risa tras el vaso.

—¿Siempre sois así? —preguntó.

—Peor —respondió Alex.

—Mucho peor —confirmó Luke.

La conversación empezó a fluir.

Jack observaba cómo Emma se relajaba, cómo reía, cómo su cuerpo parecía menos rígido.

Daniel se recostó en la silla con aire teatral.

—Vale, ya que estás aquí… creo que es obligatorio contarle la historia del camello.

Jack cerró los ojos un segundo.

—No.

—Sí —replicó Mark inmediatamente—. Es tradición.

Emma levantó las cejas, intrigada.

—¿El… camello?

Luke dejó el vaso sobre la mesa.

—Afganistán. Operación de reconocimiento nocturno. Silencio absoluto. Todo perfecto.

—Hasta que apareció "él" —añadió Daniel señalando dramáticamente al aire.

—Era un camello —dijo Alex con tono solemne—. Pero no uno cualquiera. Un demonio con dos jorobas.

Emma soltó una risa.

—Esto suena prometedor.

Jack negó con la cabeza, resignado.

—No era un demonio. Era un animal asustado —comentó.

—Un animal que decidió perseguirnos —corrigió Daniel—. Durante veinte minutos.

—Porque alguien —añadió Mark mirando fijamente a Luke—, dejó caer comida.

Luke alzó las manos.

—No fue culpa mía.

—Llevaba una bolsa abierta en la mochila —replicó Ethan rápidamente—, así que el camello seguía el olor.

Emma ya estaba riendo abiertamente.

—¿Me estáis diciendo que un camello os persiguió en plena misión?

—No nos persiguió —protestó Luke.

—Nos escoltó agresivamente —matizó Daniel.

—Hacía ruido —añadió Alex—. Mucho ruido, y nosotros intentando mantener perfil bajo mientras el capi intentaba convencer al animal de que se fuese.

Emma giró la cabeza hacia Jack, fascinada.

—¿Intentaste hablar con un camello?

Jack bebió un sorbo de café antes de responder.

—Estábamos intentando no morir, así que probé opciones.

—Le susurraba cosas —dijo Mark con una sonrisa maliciosa.

—No susurraba.

—Susurrabas —confirmó Mark.

Emma se inclinó hacia delante, divertida.

—¿Qué le decías?

Jack suspiró.

—Que se fuera… amablemente.

La mesa estalló en carcajadas.

—Lo mejor —continuó Daniel entre risas—, es que al final funcionó.

—Porque Luke tiró toda la comida de la mochila en dirección contraria —aclaró Ethan.

—Estrategia táctica —defendió Luke.

Emma apoyó el codo en la mesa, escuchándolos con interés genuino.

—Me encanta escucharos. Es como… ver otra cara de todo esto.

—No se habla de trabajo —recordó Alex señalando la mesa como si fuera una ley sagrada.

—Esto no es trabajo —protestó Daniel—. Esto es historia cultural.

—Es para ilustrar a la muchacha —añadió Luke señalando a Emma con exageración.

Emma asintió con una sonrisa.

—Me gusta saber cosas.

Jack la miró de reojo, divertido.

—Claro que te gusta saber cosas. Eres periodista.

Ella lo miró con una sonrisa cómplice.

—Exacto. Y ahora necesito saber si el camello sobrevivió.

Daniel levantó el dedo.

—Sobrevivió… y probablemente sigue buscando al capitán. —Jack negó lentamente, aunque una sonrisa inevitable apareció en sus labios—. Eras tan cariñoso con él… susurrándole en mitad de la noche…

—Habibi —pronunció Ethan.

Ella lo miró sin comprender.

—¿Habibi?

—Bautizamos al camello así.

En medio de las bromas, sus ojos buscaron los de Jack casi sin darse cuenta.

Él ya estaba mirándola.

No había ruido en ese instante para ninguno de los dos, solo esa mirada tranquila, cálida y cargada de algo que necesitaba esconderse.

Jack sonrió con una sonrisa suave que solo era para ella.

Emma respondió igual, con una ternura silenciosa que le hizo olvidar por un momento dónde estaban.

Bajo la mesa, sin llamar la atención, Jack deslizó la mano con cuidado hasta encontrar la suya.

La tomó despacio, como si le pidiera permiso incluso en ese gesto mínimo.

Emma no dudó.

Entre sus dedos se formó un pequeño refugio secreto, invisible para los demás.

Jack comenzó a acariciar suavemente el dorso de su mano con el pulgar, un movimiento lento, calmado y casi inconsciente.

Emma sintió cómo algo dentro de ella se aquietaba, como si ese contacto la anclara al presente, como si todo, por un instante, estuviera bien.

Sobre la mesa, las risas continuaban, por debajo de esta, sus manos hablaban un idioma distinto.

Ninguno de los dos quiso soltarse.

Las risas seguían girando alrededor de la mesa, con Daniel exagerando algún detalle de la historia.

Emma apenas escuchaba ya, su atención estaba en otra parte, en la mano de Jack entrelazada con la suya bajo la mesa, en cómo su pulgar seguía trazando círculos lentos sobre su piel, en la calma inesperada que aquello le provocaba.

Se inclinó apenas un poco hacia él, acercándose lo suficiente para que su hombro rozara el suyo.

Jack giró ligeramente la cabeza, anticipando algo.

Emma acercó los labios a su oído y su voz fue un susurro cálido.

—Gracias… por traerme aquí.

Jack sintió el aliento de ella rozando su piel y un escalofrío suave le recorrió la espalda.

—No tienes que agradecerme nada —respondió también en voz baja, inclinándose hacia ella.

—Sí, hacía tiempo que no me sentía… así.

Jack apretó un poco más su mano bajo la mesa.

Sus miradas se encontraron de nuevo, más cercanas ahora, más intensas.

Emma sonrió, una sonrisa íntima que parecía existir solo para él.

—Además… —añadió ella con un brillo travieso en los ojos—, necesitaba confirmar si lo que había oído sobre tu equipo y tú es real.

Jack arqueó una ceja.

—¿Y?

—Es peor de lo que imaginaba.

Él soltó una risa bajita, apenas audible entre el ruido general.

—Y aun así sigues aquí.

Emma se encogió ligeramente de hombros.

—Tal vez porque hay alguien que hace que todo merezca la pena.

La frase quedó suspendida entre ellos.

Jack tragó saliva. El pulgar dejó de moverse un segundo antes de volver a acariciar su mano, esta vez con más intención.

La distancia entre sus rostros era mínima. El mundo alrededor parecía difuminarse hasta que la voz de Daniel irrumpió.

—Vale, algo está pasando aquí porque el capi está demasiado callado.

Emma se separó riendo suavemente, pero la tensión dulce que había crecido entre ellos no desapareció. Solo quedó flotando… esperando el siguiente momento a solas.



19

La noche había caído sobre la base como un manto tranquilo, envolviéndolo todo en una calma engañosa. Las luces amarillentas de los caminos dibujaban sombras largas sobre la arena y el aire se había vuelto más frío, más limpio.

Emma caminaba despacio junto a Jack por una de las zonas seguras, siguiendo el perímetro marcado por pequeñas balizas luminosas. A lo lejos se escuchaban voces, algún vehículo militar pasando y el zumbido constante de la base que nunca dormía del todo.

Pero allí, en ese momento, parecía existir solo el silencio entre ellos.

Jack levantó la vista hacia el cielo. Estaba despejado. Las estrellas brillaban con una intensidad casi irreal.

Sin decir nada, se quitó la chaqueta y la colocó con cuidado sobre los hombros de Emma. Sus dedos rozaron su cuello un segundo más de lo necesario.

—Gracias —murmuró ella.

—Hace frío cuando baja el sol —respondió él con naturalidad.

Caminaron unos pasos más.

—Hoy ha estado bien —dijo Emma finalmente, con una pequeña sonrisa—. Me hacía falta distraerme.

Jack asintió.

—A ellos también les van bien estos momentos.

Ella soltó una risa suave.

—Se nota que son tu familia.

—Lo son.

El silencio regresó más denso esta vez.

Jack inspiró hondo, como si buscara el valor para atravesar algo invisible.

—Emma…

Ella giró la cabeza hacia él inmediatamente. Había algo en su voz que no le gustó.

Jack se detuvo.

El viento movió ligeramente el cabello de ella mientras ambos quedaban frente a frente bajo el cielo lleno de estrellas.

—El coronel ha hablado hoy conmigo —dijo al fin. Emma no respondió, solo lo miró esperando—. Se ha dado ya la orden —continuó él—. Van a evacuarte a Jordania… y desde allí organizarán tu traslado a Nueva York. —El mundo pareció encogerse un poco. Emma bajó la mirada hacia el suelo. Jack tragó saliva antes de seguir—. La ruta ya está planificada. Salimos en helicóptero desde aquí, rumbo sur-suroeste. Volaremos bajo radar para evitar detección, atravesaremos la Badia siria y cruzaremos hacia territorio jordano. Punto de inserción en una base avanzada aliada donde…

Emma levantó una mano suavemente, interrumpiéndolo.

—Jack…

Él se detuvo.

—No soy uno de tus hombres —dijo ella con una sonrisa leve y cansada—. Puedes hablarme normal.

Jack exhaló avergonzado.

—Perdona, la costumbre. —El silencio volvió a instalarse entre ellos—. Lo importante… —continuó más despacio—, es que es la opción más segura. Estarás protegida en todo momento. Yo estaré contigo. Me encargaré personalmente de llevarte hasta Jordania.

Emma alzó la vista.

—¿Tú vendrás?

—Sí. —Hubo una pausa—. Es lo que hay que hacer —añadió él, aunque su voz tenía algo más profundo—. Es lo mejor para ti.

Emma asintió lentamente.

Sabía que tenía razón, que debía marcharse en algún momento, que quedarse allí no era una opción, pero aun así…

—¿Cuándo? —preguntó finalmente.

Jack dudó apenas un segundo.

—En dos días.

Las palabras quedaron suspendidas entre ellos como una sentencia inevitable.

Dos días.

Se miraron sin decir ninguno lo que realmente pensaba. Ninguno habló del miedo ni del vacío que empezaba a abrirse camino, ni siquiera que aquello se sentía peligrosamente parecido a otra despedida.

Jack sostuvo su mirada más tiempo del que debería.

Emma inspiró hondo, como si intentara memorizar cada detalle de él bajo ese cielo estrellado.

Era lo correcto y, precisamente por eso, dolía más.

—Está bien —dijo con suavidad, aunque la voz de ella sonó firme, demasiado.

Volvieron a caminar lentamente hacia el módulo donde ella se alojaba. El cielo seguía desplegándose sobre sus cabezas como un océano oscuro lleno de estrellas, y el silencio entre ellos ya no era cómodo, sino frágil, como si cualquier palabra pudiera romper algo importante.

Emma mantuvo la espalda recta y los pasos seguros. Parecía fuerte y tranquila, pero cuando Jack apartó la mirada un instante para vigilar el perímetro, ella giró la cabeza hacia el lado contrario… y su expresión se quebró.

El gesto firme desapareció y su labio inferior tembló ligeramente.

Inspiró rápido, conteniendo el aire como si intentara impedir que algo se derrumbara dentro de ella.

Había sobrevivido al miedo, a la guerra, a la sensación constante de muerte respirándole en la nuca. Había visto cómo mataban a Tom delante de sus ojos. Había soportado el cautiverio, el dolor y la humillación. Y aun así lo que más le dolía ahora era algo infinitamente más silencioso: perder otra vez a Jack.

Sin darse cuenta, se había acostumbrado a él, a sus paseos caminando a su lado, a sus bromas, a su voz calmándola cuando la ansiedad amenazaba con devorarla y a sentirse protegida sin necesidad de fingir que era fuerte todo el tiempo.

Él se había convertido en el punto de equilibrio que la mantenía en pie y, ahora… también tendría que dejarlo atrás.

Sabía que era lo correcto, que era el protocolo, que los militares seguían procedimientos claros con víctimas de secuestro: estabilización, traslado y regreso a casa.

Lo sabía como periodista que era y lo entendía como adulta, pero entender algo no hacía que doliera menos.

Se estaba acostumbrando a esa vida extraña dentro de la base, a la rutina pequeña y segura que habían creado sin darse cuenta, a despertarse sabiendo que lo vería al día siguiente… y ahora ese tiempo tenía fecha de caducidad.

El módulo apareció frente a ellos.

Emma sacó la llave con dedos que apenas temblaron un poco.

Jack habló mientras caminaban los últimos pasos.

—Vendrán conmigo Ethan, Alex y Mark —explicó con voz tranquila—. Ethan por razones médicas… por si necesitas asistencia durante el traslado y Alex porque es nuestro especialista en cobertura y navegación terrestre. Mark es mi segundo y el mejor francotirador que podrías encontrar. Si algo se complica, ellos son los mejores.

Emma asintió con una breve sonrisa.

—Tiene sentido —dijo sin querer peguntar al respecto.

El gesto parecía ligero, pero el temblor casi imperceptible en su labio inferior la traicionaba.

Introdujo la llave en la cerradura y la giró lentamente.

Durante un segundo permaneció quieta, mirando la puerta, sin abrirla aún.

Dejó salir el aire lentamente, obligándose a recomponerse, colocando cada emoción en su lugar, como si levantara un muro invisible.

Cuando volvió a girarse hacia Jack, su expresión era serena, pero él la estaba observando con atención, estudiándola

preocupado. La conocía demasiado bien.

—¿Estás bien?

Jack no apartó la mirada, Emma había vuelto a ponerse la máscara, lo sabía.

La serenidad en su rostro era demasiado perfecta, demasiado controlada para ser real. La conocía desde antes de que ambos supieran quiénes iban a ser en el mundo, y había aprendido a leer cada uno de sus silencios.

Y ese silencio… dolía.

Ella abrió la puerta despacio, pero no entró todavía. Se quedó allí, con una mano apoyada en el marco, como si cruzar ese umbral significara algo más que entrar en una habitación.

Jack dio un paso hacia ella.

—Emma…

Su voz fue baja, cuidadosa.

Ella alzó la mirada.

—¿Sí?

Hubo una pausa breve. Demasiado breve para todo lo que él quería decir.

Jack tragó saliva. Dudó. Las palabras se arremolinaron en su pecho, empujándolo hacia un lugar peligroso.

¿Te arrepientes de irte? ¿Te estás rompiendo por dentro? ¿Querrías quedarte conmigo, aunque eso fuese imposible?, pensó.

Pero ninguna de esas preguntas fue dicha en voz alta, porque no era justo, porque él era un soldado y porque tenía que volver a dejarla ir.

Apretó los labios y negó suavemente con la cabeza.

—Nada… —murmuró al final, aunque era mentira. Emma lo observó con atención, como si hubiese sentido el peso de todo lo que no dijo. Suspiró y la miró directamente a los ojos—. No tienes que fingir que estás bien conmigo —dijo finalmente, con una ternura que le rompió la voz—. Sé que… esto es mucho.

Ella bajó la mirada. Sus dedos se cerraron con más fuerza alrededor de la llave.

—Estoy bien —susurró.

Jack exhaló lentamente.

—No —respondió con suavidad—. Estás siendo fuerte, que no es lo mismo.

El comentario la atravesó.

Emma levantó los ojos de nuevo, sorprendida por la precisión con la que había llegado hasta ella.

Durante unos segundos ninguno habló, el aire entre los dos parecía vibrar.

Jack alzó una mano con cuidado, despacio, dándole tiempo para apartarse si lo necesitaba.

Pero ella no se movió. Sus dedos rozaron su mejilla con una caricia leve, casi devota. Luego le cogió la mano con suavidad y entrelazaron los dedos.

—No tienes que cargar con todo sola —añadió en voz baja.

Emma cerró los ojos un instante y cuando volvió a abrirlos había algo distinto en ellos.

—Tengo… tengo ganas de ver a mi familia —sonrió finalmente, aunque su sonrisa llevaba una pena que no podía ocultar.

Sí, suponía que Emma estaría deseando abrazar a los suyos, pero aquella pena era por algo más, era por la pena de perder la rutina que había ganado aquellos últimos días, por estar ambos separados.

—Voy a llevarte yo —dijo con firmeza tranquila—. Y no voy a apartarme ni un segundo de ti.

Emma tragó saliva. Sus dedos se cerraron alrededor de los de él con más fuerza.

—Eso es lo único que me tranquiliza —admitió.

Sus rostros quedaron muy cerca, demasiado cerca. Su mirada descendió hacia los labios de ella sin que pudiera evitarlo. Luego volvió a elevar su mirada, buscando alguna señal en sus ojos.

No encontró miedo, solo una vulnerabilidad abierta que lo desarmó por completo.

—Emma… —susurró, pero la frase murió antes de nacer, porque si seguía hablando… quizá ya no podría detenerse.

Emma se puso de puntillas casi sin pensarlo, como si el impulso hubiese nacido antes que la decisión. Sus labios rozaron los de Jack

en un beso breve, suave al principio, pero cargado de algo mucho más profundo que la simple despedida que ambos intentaban fingir.

Cuando se separaron, se miraron en silencio. Sus ojos hablaron más que cualquier palabra.

—Si quieres… puedo entrar —murmuró él—. Solo un momento.

El tono era neutro, casi casual, pero la tensión en su voz delataba la verdad que ambos entendían sin necesidad de nombrarla.

Emma decidió no decir nada y cruzó el umbral del módulo dejando la puerta entreabierta.

Jack se quedó un segundo fuera, mirando a ambos lados del pasillo, asegurándose de que ningún guardia observaba. El silencio de la base a esas horas era denso, cómplice.

Entró rápido y cerró la puerta tras de sí.

No hubo palabras. Solo la distancia entre ellos reduciéndose en unos pocos pasos urgentes. La tomó por la cintura y la giró hacia él, y esta vez el beso no tuvo nada de tímido. Fue intenso, contenido durante demasiado tiempo, cargado de todo lo que habían callado desde que el rescate terminó. Emma se aferró a él como si quisiera memorizar cada sensación, cada latido contra su pecho.

El mundo exterior dejó de existir.

Jack deslizó los dedos hasta los botones de la camisa de Emma, desabrochándolos con urgencia y lanzándola al suelo, luego hizo lo mismo con su camisa. Las prendas cayeron al suelo sin más, olvidadas, mientras buscaban el calor del otro, piel con piel, con respiraciones entrecortadas y caricias que parecían querer detener el tiempo.

Se dirigieron lentamente hasta la cama, sin separarse, como si hacerlo fuese peligroso, como si cualquier espacio entre ellos significara perder algo irrecuperable. Se dejaron caer entre sábanas desordenadas, besándose con urgencia y ternura a partes iguales, con esa mezcla imposible de deseo y despedida que hacía que cada gesto pesara más de lo habitual.

Jack cerró los ojos un instante, sintiendo el latido de Emma contra el suyo, y comprendió que aquello era precisamente lo que hacía más difícil su decisión.

El deber de un soldado no consistía solo en luchar, ni en salvar vidas bajo fuego enemigo, a veces significaba elegir el camino que más dolía: llevarla a Jordania, mantenerla a salvo y dejarla marchar.

La abrazó con más fuerza, como si intentara memorizar su presencia en su piel y en su mente.

Había aprendido que amar no era poseer ni retener a alguien a toda costa. Amar de verdad era saber cuándo soltar, incluso cuando cada parte de uno mismo pedía lo contrario. Ya lo había hecho una vez, y el recuerdo aún dolía como una herida mal curada.

Y, sin embargo, allí estaba otra vez, amándola lo suficiente como para no dejarla ir.

El módulo de planificación estaba en penumbra, iluminado solo por la proyección azulada del mapa táctico sobre la mesa central. Líneas de vuelo cruzaban el desierto sirio hacia el sur, hasta desaparecer en el espacio aéreo jordano marcado en verde.

Jack permanecía en pie, de brazos cruzados, observando la ruta como si pudiera memorizar cada piedra del terreno.

A su derecha, Mark, su segundo, revisaba una tableta con datos meteorológicos. Frente a ellos, Alex, el especialista en comunicaciones, ajustaba frecuencias en un panel portátil. El último en entrar fue Ethan, todavía con los guantes quirúrgicos colgando del bolsillo.

—Bien —dijo Jack finalmente—. Desde el momento en que Emma suba al helicóptero, el reloj empieza a correr. Estimación de vuelo: veintidós minutos hasta cruzar frontera, treinta y dos hasta aterrizaje en base jordana si mantenemos perfil bajo.

Mark levantó la mirada.

—¿Ruta directa?

—Negativo. —Jack amplió el mapa—. Entramos aquí, bordeamos esta elevación para evitar radares improvisados y cruzamos por el corredor Delta. Hay menos tráfico hostil registrado en las últimas cuarenta y ocho horas.

Alex señaló un punto intermitente.

—Zona caliente potencial. Señales de radio no identificadas ayer por la noche.

Jack asintió.

—Lo sé. Podrían ser milicias o simples contrabandistas, pero lo tratamos como amenaza activa.

Ethan apoyó ambas manos en la mesa.

—Necesito saber qué pasa si recibimos fuego. Ella aún está débil. No puede soportar maniobras bruscas prolongadas.

—Si recibimos ataque ligero, el piloto entra en evasiva baja altitud —respondió Jack sin dudar—. Si es amenaza seria, desplegamos contramedidas y seguimos hacia frontera. No volvemos atrás salvo daño crítico.

El médico frunció el ceño.

—¿Y si necesita intervención en vuelo?

—Entonces la estabilizas hasta aterrizaje —intervino Mark con tono práctico—. No hay segunda opción.

Alex cambió de pantalla.

—Frecuencia primaria encriptada lista. Secundaria con control jordano programada para cambio automático al cruzar línea. Si perdemos comunicación…

—Seguimos protocolo Alfa —terminó Jack—. Silencio de radio, rumbo sur, velocidad máxima segura.

Hubo un breve silencio.

Jack amplió otra sección del mapa. Se visualizaron varias zonas marcadas en rojo.

—Aquí, aquí y aquí —dijo señalando—. Reportes de actividad hostil en la última semana. Nada confirmado hoy, pero asumimos presencia.

Mark soltó un leve suspiro.

—Siempre asumimos presencia.

Jack no sonrió.

—Porque siempre la hay.

El ambiente se volvió más serio.

—Escuchad —añadió entonces, bajando ligeramente la voz—. Esto no es una misión más. —Nadie habló—. A quien llevamos es a

Emma. Fue rehén. Es un activo sensible y una civil bajo protección. Quiero todo bien atado. Sin improvisaciones.

Mark intercambió una mirada rápida con Alex antes de responder.

—Como siempre, capitán.

El tono era ligero, pero cargado de respeto. Y de algo más: comprensión silenciosa.

Jack sostuvo su mirada un segundo más de lo necesario antes de volver al mapa.

—Tiempo en suelo en Al-Tanf: noventa segundos. Equipo médico la traslada desde enfermería hasta LZ Alfa. Rotor en marcha todo el tiempo.

—¿Custodia durante embarque? —preguntó Alex.

—Nosotros. Nadie más cerca del paquete.

Ethan inclinó la cabeza.

—¿Está prevista reacción emocional durante el traslado?

La pregunta quedó suspendida en el aire.

Jack tardó una fracción de segundo en responder.

—Es probable.

El médico asintió con seriedad.

—Entonces necesito acceso directo durante el vuelo. Sin interferencias.

—Lo tienes —corroboró Jack.

Mark golpeó suavemente la mesa.

—¿Y si nos siguen después del despegue?

Jack respiró hondo.

—Velocidad, perfil bajo y cruzar frontera lo antes posible. Una vez en Jordania, cambia la ecuación.

El mapa quedó en silencio desplegado frente a ellos, como si ya contuviera todas las posibilidades.

Alex cerró su tableta electrónica.

—Todo suena limpio.

Jack negó suavemente.

—Nada es limpio.

Y, durante un instante, su voz dejó entrever algo más profundo que simple cautela.

Mark se apartó de la mesa.

—La sacaremos de aquí, como siempre hacemos con todos.

Jack asintió, aunque su mirada permaneció fija en la línea de vuelo hacia el sur, porque sabía que esa línea no solo marcaba un trayecto, marcaba un final.

—Repasad protocolos otra vez —ordenó finalmente—. Valoramos todas las opciones. No dejamos cabos sueltos.

—Recibido.

La reunión terminó, pero nadie se movió inmediatamente, como si todos entendieran que aquella misión era distinta, aunque nadie lo dijera en voz alta.

Jack se enderezó despacio.

—La misión es llevarla a Jordania. Viva, segura y sin ruido.

Las palabras parecían más una promesa que una orden. Se hizo un breve silencio.

—Y después… —añadió Ethan—, ¿qué?

Jack tardó un segundo en responder.

—Después la dejamos marchar —pronunció, aunque sus compañeros captaron perfectamente lo que entrañaban aquellas palabras. Jack se apoyó sobre la mesa táctica y miró a sus hombres uno por uno antes de hablar. La proyección del mapa seguía encendida, la línea de vuelo cruzando el desierto hacia Jordania como una cicatriz luminosa—. Vamos a dejar esto claro —dijo con voz firme—. Quiero que todos sepan quién va a bordo y cuál es su papel.

Mark asintió ligeramente, cruzado de brazos.

Jack señaló primero hacia la cabina delantera dibujada en el esquema del helicóptero.

—Tripulación de vuelo. Dos pilotos. No forman parte del equipo táctico, pero el mando del aparato es suyo. Nosotros seguimos sus tiempos en aire. —Deslizó el dedo hacia las puertas laterales—. Dos *gunners*: artilleros de puerta encargados de la vigilancia visual y cobertura si recibimos fuego. Sus ojos son nuestra primera alerta.

Alex inclinó la cabeza.

—¿Frecuencias compartidas con ellos?

—Sí. Canal interno abierto durante todo el vuelo —respondió Jack sin dudar.

Luego movió la mano hacia la cabina trasera.

—Equipo de traslado. —Su mirada pasó primero por Ethan—. Médico, vas junto a Emma desde el embarque hasta el aterrizaje. Si algo se complica, tú tienes la última palabra en cuestiones médicas. —Ethan asintió con gravedad. Jack continuó—. Alex. Comunicaciones. Mantienes enlace con Al-Tanf hasta cruzar frontera. Después cambias a canal jordano. Si perdemos señal, aplicamos protocolo Alfa.

—Recibido.

Jack miró entonces a Mark.

—Tú conmigo. Seguridad directa del paquete. Nadie se acerca sin que lo veamos primero.

Mark respondió con una leve sonrisa.

—Como siempre.

Jack dejó la frase en el aire unos segundos antes de continuar.

—Emma va sentada entre nosotros. No es una pasajera más. Es una rehén rescatada y un activo sensible. Eso significa máxima protección. —Nadie comentó nada, pero el silencio dijo suficiente. Jack respiró hondo—. Resumen final. En el helicóptero vamos nueve personas en total. —El mapa siguió brillando frente a ellos—. Quiero cada variable cubierta antes de que ese rotor empiece a girar.

Mark soltó un pequeño resoplido.

—Como siempre, capitán.

Pero esta vez nadie sonrió.



20

El ruido del rotor llegaba como un latido lejano incluso antes de que Jack abriera la puerta del módulo.

Emma levantó la mirada desde la cama cuando lo vio entrar. Durante un segundo pareció que el mundo se detenía, después, el sonido grave del helicóptero volvió a imponerse, vibrando a través de las paredes metálicas.

Jack no sonrió.

—Es la hora —dijo simplemente.

Mark apareció detrás de él, apoyado contra el marco, revisando el pasillo antes de asentir.

—LZ lista. Viper One en caliente.

Emma se puso de pie despacio. El movimiento aún le costaba a veces. Sus dedos fueron instintivamente hacia el pequeño bolsillo interior de la camisa. Lo palpó apenas un segundo, con discreción. La microSD seguía allí, un peso mínimo y una carga imposible.

El recuerdo pasó rápido: una cámara, voces tensas, sangre en el suelo… y Tom.

Tragó saliva y dejó caer la mano antes de que nadie lo notara.

Jack la observó en silencio.

—¿Lista?

Ella asintió, aunque realmente no sabía si lo estaba.

El aire exterior golpeó con fuerza cuando salieron del módulo. El sonido del helicóptero era ahora ensordecedor, el rotor levantaba

remolinos de polvo y arena que obligaban a avanzar agachados.

Alex ya estaba en la zona, hablando por radio con voz rápida y técnica.

—Control, aquí Viper One. Paquete en movimiento hacia LZ Alfa. Tiempo estimado treinta segundos.

Ethan caminaba unos pasos por detrás con la mochila médica asegurada al pecho. Mark tomó posición ligeramente adelantada, escaneando el perímetro.

Emma intentó concentrarse en cada paso, pero el ruido… el ruido le golpeaba en el pecho de una forma que no esperaba.

El viento del rotor, el metal vibrando, la sensación de ser conducida hacia algo inevitable.

Durante un instante, el cuerpo recordó antes que la mente: manos sujetándola, puertas que se cerraban, el sonido de otro motor, el de un coche alejándola de todo lo conocido.

Parpadeó un par de veces. No estaba allí, estaba en la base, a salvo.

Jack caminaba a su lado. Su presencia era un ancla silenciosa.

—Respira —dijo él, inclinado hacia ella para que pudiera oírlo—. Solo sigue caminando.

Ella obedeció.

El helicóptero apareció entre el polvo como una bestia viva. Las luces intermitentes cortaban la oscuridad mientras el *gunner* en la puerta hacía señales rápidas con el brazo.

—¡Muévanse! —gritó por encima del ruido.

El piloto mantenía los rotores en marcha, el aparato temblaba como si quisiera despegar incluso antes de que terminaran de embarcar.

Mark subió primero, revisando el interior con un vistazo rápido.

—Claro —gritó.

Jack se giró hacia Emma.

—Ven.

La ayudó a subir con una mano firme en su cintura mientras ella buscaba apoyo con el pie. El interior vibraba bajo sus botas.

Ethan entró detrás, seguido de Alex, que ya conectaba cables y comprobaba frecuencias.

—Frecuencia primaria activa. Cambio automático al cruzar frontera —informó.

Jack señaló el asiento lateral.

—Aquí —indicó a Emma.

Emma se sentó, intentando ignorar cómo el ruido le hacía tensar los hombros.

Jack tiró del arnés y lo ajustó con un gesto automático.

—Aprieta —ordenó.

Ella obedeció.

El *gunner* cerró parcialmente la puerta y golpeó el fuselaje.

—¡Listos!

Mark levantó el pulgar.

—Equipo embarcado.

Alex habló por radio.

—Viper One listo para salida.

El helicóptero se inclinó ligeramente.

Emma sintió cómo el estómago se le hundía cuando las ruedas dejaron el suelo.

El ruido aumentó y el polvo desapareció bajo ellos.

Jack permanecía sentado a su lado, la mirada fija al frente, pero su mano descansaba aún sobre el cierre del arnés, como asegurándose de que seguía allí.

Ella volvió a tocar el pequeño bolsillo interior de la camisa, casi sin pensar. La tarjeta de memoria seguía en su sitio.

Y mientras el helicóptero se elevaba hacia la noche, Emma entendió que ya no había marcha atrás… volvía a su hogar.

El interior del helicóptero vibraba como un corazón mecánico.

El ruido del rotor llenaba cada rincón del fuselaje, una presión constante que se sentía más en el pecho que en los oídos. Las luces rojas interiores teñían todo de sombras cortadas, haciendo que los rostros parecieran más duros, más tensos.

Emma respiraba despacio, concentrándose en el ritmo del aire que entraba y salía mientras el desierto se extendía oscuro bajo ellos.

Jack estaba sentado a su lado, hombro contra hombro. Su mirada iba alternando entre ella y la puerta lateral abierta, donde el *gunner* escaneaba el horizonte con movimientos lentos y precisos.

—Viper One estable —sonó la voz del piloto por el intercomunicador—. Altitud baja mantenida.

Alex respondió sin levantar la voz.

—Recibido. Enlace con Al-Tanf estable. Sin tráfico en radar.

Mark levantó el pulgar hacia Jack.

Hubo un largo silencio donde solo se escuchaba el rotor.

El *gunner* izquierdo inclinó el torso hacia fuera con la ametralladora siguiendo el movimiento de su mirada.

—Sector izquierdo limpio. —Unos segundos después prosiguió—. Nada en visual hasta dos kilómetros.

Emma observaba sin querer mirar demasiado. El movimiento constante, la vibración, el aire entrando por la puerta… todo le recordaba algo que prefería no nombrar.

—Waypoint Charlie alcanzado —anunció el copiloto—. Tiempo estimado a frontera nueve minutos.

Ethan levantó la mirada desde su mochila médica.

—¿Condiciones estables?

—Por ahora —respondió el piloto—. Viento lateral leve.

Alex revisó su pantalla.

—Frecuencia jordana lista para cambio automático. Cruce previsto en nueve minutos.

El helicóptero descendió ligeramente el fuselaje, inclinándose con suavidad. Emma tragó saliva por la sensación.

El *gunner* derecho habló.

—Movimiento en terreno… negativo, solo sombras. Sector derecho limpio.

Jack apoyó un momento la mano sobre el cierre del arnés de Emma, comprobando sin mirar.

—Todo bien —dijo en voz baja, apenas audible.

Ella asintió.

El desierto parecía infinito bajo ellos. Nada se movía, todo estaba demasiado quieto.

El rotor cambió apenas de tono mientras ajustaban la velocidad.

Mark observó hacia el frente.

—Zona demasiado tranquila.

Jack no respondió. El silencio volvió a caer dentro del helicóptero, solo el sonido constante del rotor, la vibración y el peso del aire.

El *gunner* izquierdo volvió a inclinarse hacia fuera.

Su cuerpo se tensó un instante.

—Espera… —Todos levantaron la mirada. Un segundo. Dos—. Negativo. Nada confirmado.

El helicóptero siguió avanzando hacia la línea invisible del sur.

Emma volvió a mirar a Jack.

Jack estaba mirando hacia la puerta abierta, atento al exterior, al movimiento del *gunner*, a cualquier cambio en el horizonte, pero algo en su expresión era distinto. Estaba más rígido y distante, como si ya estuviera pensando en el momento en que tendría que dejarla marchar.

Ella lo observó unos segundos y entonces él sintió la mirada y se giró. Sus ojos se encontraron.

No fue una mirada rápida ni casual. Fue larga, sostenida, como si ambos supieran exactamente lo que estaba pasando sin necesidad de nombrarlo.

En los ojos de Emma había algo que no estaba antes: amor y pena. La pena de un final inevitable.

Jack no apartó la mirada.

El mundo parecía reducirse al espacio entre ambos, al ritmo constante del rotor, al movimiento lento del aire entrando por la puerta abierta.

Emma tragó saliva, como si quisiera decir algo, pero no lo hizo, solo sostuvo su mirada un segundo más. Jack asintió casi imperceptiblemente y luego giró la cabeza hacia delante, recuperando la postura profesional.

Jack se dio cuenta de que Ethan, el médico, lo estaba observando desde el asiento contrario. No con curiosidad, no con juicio, sino con comprensión. La mirada de alguien que sabía exactamente lo que estaba pasando, aunque nadie lo hubiera dicho en voz alta.

Ethan realizó un pequeño gesto con la cabeza como si dijera: *"Lo sé"*. Jack sostuvo esa mirada apenas un instante antes de volver a mirar al frente.

El interior del helicóptero vibraba con el mismo ritmo constante desde el despegue, un latido mecánico que se había vuelto casi hipnótico.

—Manteniendo perfil bajo —anunció el copiloto por el intercomunicador.

El *gunner* izquierdo escaneaba el terreno, su arma moviéndose lentamente siguiendo la línea del horizonte.

—Sector limpio.

Emma estaba mirando hacia la puerta abierta cuando el sonido cambió. Fue algo mínimo.

Tan leve que cualquiera sin experiencia lo habría ignorado.

El rotor seguía girando, pero el ritmo perdió por un instante su regularidad perfecta, como si algo invisible hubiera tocado el aire.

Un golpe suave contra el fuselaje, nada más.

Jack levantó la cabeza.

No fue un movimiento brusco. Solo un ajuste casi instintivo. Sus ojos buscaron la cabina.

El piloto se inclinó ligeramente hacia los instrumentos.

—¿Lo has notado? —preguntó el copiloto por el intercomunicador.

—Sí… viento cruzado irregular —respondió el piloto tras una pausa demasiado breve.

Pero Jack sabía que no era solo eso.

El helicóptero descendió unos metros más, pegándose al terreno.

El *gunner* derecho frunció el ceño detrás de las gafas.

—Tengo… —empezó, pero se detuvo—, negativo. Nada claro.

El silencio volvió demasiado limpio.

Emma lo observó de reojo.

—¿Qué pasa? —preguntó inclinándose hacia él para que pudiera oírla.

Jack negó con suavidad.

—Nada.

Pero su mano volvió al cierre del arnés de ella, instintiva y protectora.

El rotor recuperó su ritmo normal y la tensión pareció disiparse.

Mark soltó el aire lentamente.

—Ocho minutos a frontera —dijo Alex tras revisar su pantalla.

El desierto seguía inmóvil bajo ellos y durante un segundo todo volvió a sentirse normal.

Demasiado normal.

El helicóptero avanzaba a unos cuarenta metros del suelo con las sombras del desierto deslizándose bajo ellos como una superficie viva.

—Siete minutos para frontera —anunció el copiloto por el intercomunicador—. Manteniendo perfil bajo a altura de cuarenta metros.

El *gunner* izquierdo permanecía medio inclinado hacia fuera, arnés tenso contra su espalda y la ametralladora siguiendo lentamente el horizonte.

El desierto estaba oscuro y demasiado quieto.

—Sector izquierdo limpio —dijo el *gunner* tras unos segundos.

El rotor cortaba el aire con un ritmo hipnótico.

Jack estaba atento al exterior cuando el *gunner* volvió a inclinarse un poco más.

No fue un movimiento brusco, solo… más atento.

—Espera…

La palabra se perdió casi entre el ruido del rotor.

El *gunner* entornó los ojos detrás de las gafas protectoras. En el horizonte, algo había cambiado. No era una luz, no era un vehículo. Solo… un punto oscuro que no encajaba con el paisaje. Un destello mínimo. Tan breve que podría haber sido fruto de la imaginación.

El *gunner* movió la cabeza, intentando volver a localizarlo. Nada, solo arena y sombras.

El helicóptero siguió avanzando.

—¿Qué tienes? —preguntó Mark.

—No sé… —respondió el *gunner*—, probablemente nada.

Pero su voz ya no era relajada.

Jack levantó la mirada hacia la puerta. El aire dentro del helicóptero pareció volverse más pesado. Un segundo, dos… y el punto volvió a aparecer, esta vez más brillante y moviéndose.

El *gunner* inhaló bruscamente y gritó:

—¡Misil! ¡Misil! ¡Doce en punto!

Emma apenas tuvo tiempo de comprender la palabra.

Jack giró la cabeza hacia la puerta abierta, buscando instintivamente lo que el *gunner* había visto, pero no había un misil, no como esperaba. No había una línea perfecta cruzando el cielo, solo… algo extraño, un punto brillante y pequeño, demasiado pequeño para entenderlo. Se movía rápido, pero no recto. Vibraba en el aire como una chispa viva, zigzagueando ligeramente mientras se acercaba.

Por un instante parecía solo un reflejo, una ilusión. Luego el punto creció, un destello blanco amarillento que parpadeaba irregularmente, casi perdido entre el polvo levantado por el desierto.

—¡Flares! ¡Flares! —gritó el *gunner*.

El piloto respondió antes de que terminara la palabra. El helicóptero se inclinó violentamente.

El cuerpo de Emma se desplazó contra el arnés mientras una lluvia de luces incandescentes salía disparada hacia atrás, pequeñas estrellas ardientes cayendo hacia el suelo.

Durante un segundo el misil desapareció, no explotó, no impactó.

Solo dejó un vacío incómodo.

—Misil desviado —dijo el copiloto con la respiración tensa—. Continúen vigilando.

Pero el silencio que siguió fue peor, porque ahora todos sabían algo. Alguien estaba ahí abajo y estaba disparando.

El *gunner* volvió a inclinarse hacia fuera, buscando desesperadamente el horizonte.

—Contacto posible… no visual claro…

El helicóptero descendió aún más, pegándose al terreno. Jack volvió la cabeza hacia Emma. Ella lo estaba mirando, sin preguntas, solo esperando.

El primer misil había desaparecido entre las bengalas ardientes, perdiéndose en el aire como una amenaza que nunca llegó a materializarse.

Durante un segundo nadie respiró. El rotor seguía golpeando el aire con su ritmo constante. El desierto pasaba bajo ellos demasiado cerca.

—Seis minutos para frontera —anunció el copiloto con voz tensa.

Jack no apartaba la mirada de la puerta abierta.

El *gunner* volvió a inclinarse hacia fuera.

—Contacto visual… espera… —Una pausa, un segundo que se estiró demasiado—. ¡Misil! ¡Segundo lanzamiento!

Todo ocurrió a la vez.

—¡Flares! —gritó el piloto.

El helicóptero no cayó, no se desplomó, simplemente se deslizó. Un movimiento brutal hacia un lado, tan repentino que el mundo pareció desplazarse bajo ellos.

El cuerpo de Emma fue empujado contra el arnés con una fuerza lateral inesperada. No hacia abajo, sino hacia un lado. El aire se volvió pesado y el estómago se hundió.

Jack ya tenía la mano en su hombro, empujándola hacia el asiento.

Las bengalas salieron disparadas detrás del aparato, una lluvia de luces incandescentes que iluminó el interior con destellos rápidos.

El helicóptero giró bruscamente. No era un giro limpio. Era una sacudida controlada, violenta pero precisa. El suelo apareció de repente más cerca por la ventana lateral, demasiado cerca.

Emma sintió cómo el arnés se le clavaba en el pecho mientras la fuerza lateral intentaba arrancarla del asiento.

No era como en las películas, no había sensación de volar, había peso. Un peso enorme aplastándola contra el lateral.

El rotor cambió de tono mientras el piloto forzaba la maniobra.

—Misil desviándose —gritó el copiloto—. Mantengan vigilancia.

El *gunner* seguía buscando, con el cuerpo inclinado hacia el vacío.

—No tengo visual… repito, no tengo visual…

El helicóptero volvió a estabilizarse, demasiado rápido y silencioso.

Emma levantó la cabeza con el corazón golpeándole las costillas.

Jack no se movía, solo observaba.

Y entonces el *gunner* inhaló bruscamente.

—Esperen…

El helicóptero se estabilizó apenas unos segundos después de la maniobra evasiva.

El rotor volvió a su ritmo constante.

Emma respiraba rápido, intentando acompasar su cuerpo al movimiento cuando el silencio dentro del intercomunicador se volvió pesado. Nadie hablaba, todos permanecían totalmente concentrados.

El *gunner* seguía inclinado hacia fuera, con el arma apuntando al horizonte.

—No visual… —murmuró—. Repito, no visual…

El piloto respiró hondo.

—Manteniendo perfil bajo. Cinco minutos treinta segundos para frontera.

Durante un segundo, todo pareció normal: el desierto oscuro, el viento golpeando el fuselaje, la vibración familiar… y entonces el *gunner* se quedó inmóvil.

No gritó de inmediato, primero se tensó su cuerpo entero, como si algo hubiera atravesado su campo visual demasiado rápido para procesarlo.

—¡Misil!

Esta vez no hubo duda.

Jack giró la cabeza y lo vio. No era una línea perfecta ni un cohete brillante, era una luz irregular que crecía demasiado rápido y demasiado cerca.

El piloto no gritó, no como antes. Su voz sonó más baja y más firme.

—Contacto confirmado.

El copiloto lanzó los flares. Las bengalas salieron disparadas hacia atrás como estrellas cayendo. El helicóptero se inclinó violentamente hacia la derecha y el mundo se desplazó bajo ellos.

El misil llegó sin ruido previo.

No hubo tiempo para reaccionar, solo un golpe seco y violento. Un impacto brutal que atravesó el fuselaje como un martillazo gigante.

El helicóptero entero tembló, el sonido cambió al instante.

El rotor dejó de ser un ritmo constante y se convirtió en una vibración irregular, un gruñido metálico forzado que se sentía en los huesos.

Emma no gritó.

Jack miró hacia el piloto.

—¡El rotor!

El aire salió expulsado de los pulmones de Emma cuando su cuerpo fue empujado contra el arnés con una fuerza brutal.

El interior se llenó de chispas breves y humo denso.

—¡Impacto en motor! —gritó el copiloto.

El helicóptero no cayó de inmediato, se inclinó y luego comenzó a descender rápido, demasiado rápido.

El mundo exterior empezó a subir hacia ellos, no al revés.

—*Mayday*, *Mayday*, *Mayday* —dijo el piloto—. Aquí Viper One. Impacto por misil, pérdida de motor, entrando en autorrotación. Posición aproximada cuadrante Delta. Intentando aterrizaje forzoso.

Emma sintió una presión extraña en el estómago, como si el suelo la estuviera atrayendo.

El rotor seguía girando, pero el sonido era distinto, forzado y casi doloroso.

—Entrando en autorrotación —repitió el piloto.

Su voz era firme y concentrada, sin permitirse entrar en pánico.

El rotor dejó de ser un ritmo estable y se convirtió en un gruñido irregular, una vibración profunda que atravesaba el fuselaje y subía por los huesos como electricidad.

El helicóptero se inclinó hacia delante y luego hacia un lado.

—Pérdida de potencia… manteniendo autorrotación… —la voz del piloto era firme, pero forzada, concentrada hasta el extremo.

El descenso se volvió evidente. No era una caída libre, era una presión constante hacia abajo, como si algo invisible los empujara con violencia creciente.

El helicóptero temblaba. Cada vibración hacía crujir el metal.

—¡Cabezas abajo! —ordenó Jack.

Los soldados reaccionaron al instante, sin palabras ni emociones visibles.

Mark bajó la cabeza y sujetó el arnés con movimientos automáticos, Ethan encogió el cuerpo contra el asiento, Alex dejó de mirar sus equipos y adoptó la postura sin dudar, como si ya hubieran estado allí antes, como si el miedo no existiera, solo órdenes y procedimiento.

Jack se giró hacia Emma. Su mano subió a la nuca de ella, firme, guiándola.

—Agacha la cabeza.

Ella obedeció, pero el mundo seguía temblando demasiado fuerte. El ruido se volvió ensordecedor. El aire vibraba.

Emma levantó los ojos hacia él.

Jack acercó el rostro al suyo.

—Mírame.

Ella lo hizo.

Durante un segundo todo desapareció, excepto sus ojos. El helicóptero se sacudió violentamente y Emma apartó la mirada por reflejo, buscando algo donde agarrarse. La mano de Jack no se movió. No la soltó.

—Mírame —repitió más firme.

El descenso se volvió brutal, el suelo estaba demasiado cerca.

—¡Prepárense para impacto! —alzó la voz el piloto por el intercomunicador.

El helicóptero inclinó el morro ligeramente, intentando amortiguar la caída. El rotor golpeaba el aire con un sonido desesperado.

El tiempo pareció ralentizarse y entonces… impactó.

No fue una explosión. Fue una compresión brutal que aplastó todo hacia abajo.

El fuselaje golpeó la arena con un estruendo seco y un rebote violento lanzó los cuerpos contra los arneses.

Emma sintió cómo sus pulmones se vaciaban de golpe, quedando momentáneamente sin aire.

El helicóptero comenzó a deslizarse lateralmente, chirriando el metal contra la arena.

De repente, realizó un giro repentino. La inercia los hizo rotar parcialmente sobre sí mismos mientras el rotor seguía girando, golpeando el aire con un chillido mecánico.

Algo chocó contra el lateral y tuvieron otra sacudida. De golpe, el mundo se inclinó.

Durante un segundo, el horizonte desapareció y todo fue polvo, ruido y fuerza.

Hubo un golpe final y entonces… silencio. Un silencio pesado, roto solo por el zumbido del rotor que giraba lentamente.

Durante un instante nadie se movió, porque aún no sabían si el silencio significaba que habían sobrevivido… o que todo había terminado tras ser derribados.



21

El viento del desierto arrastraba arena fina alrededor de la colina, dibujando remolinos silenciosos bajo la luz pálida del cielo nocturno.

Hasan permanecía inmóvil, con las manos cruzadas a la espalda y la mirada fija en el horizonte.

El helicóptero era apenas una silueta oscura contra el cielo, una sombra que avanzaba baja, demasiado cerca al terreno. El ruido llegaba retrasado, amortiguado por la distancia, un latido lejano que parecía no pertenecer a ese paisaje muerto.

A su lado, sus hombres esperaban en silencio. Nadie hablaba cuando Hasan observaba.

El primer destello apareció como una estrella fugaz, luego otro. Las bengalas ardieron brevemente en el aire antes de desaparecer.

Una sonrisa mínima, casi invisible, apareció en el rostro de Hasan.

Sabían que estaban allí y quiénes iban en ese helicóptero.

El helicóptero descendió de repente, inclinándose con violencia. Durante un instante pareció recuperar estabilidad. Luego llegó el segundo destello, más brillante y definitivo.

El impacto fue un punto de luz seco en la distancia, seguido de una vibración que tardó unos segundos en alcanzar la colina. El aparato perdió altura rápidamente, cayendo hacia el desierto como un animal malherido.

Hasan no apartó la mirada mientras una sonrisa siniestra se dibujaba en su rostro.

Observó cómo descendía, cómo intentaba luchar contra la gravedad, cómo el rotor seguía girando inútilmente mientras el helicóptero se aproximaba al suelo.

Y luego, el golpe.

Una nube de arena se levantó lentamente, expandiéndose como una herida abierta en la oscuridad.

Hubo silencio.

Hasan inspiró profundamente.

Ya estaba, nadie salía de Siria sin su permiso. Nadie. Si aquella periodista creía que podía escapar con sus secretos, con aquello por lo que tantos otros habían muerto, había creído mal.

Eso solo había sido una ilusión para ella.

Bajó la mirada apenas un segundo, como si ya pudiera verla entre los restos, vulnerable, sola y finalmente suya otra vez.

Alzó la mano sin necesidad de mirar atrás y el gesto fue suficiente.

Una decena de hombres se movieron al instante, sin preguntas ni palabras.

Las sombras descendieron por la colina hacia los vehículos estacionados más abajo: *pick-ups* polvorientos, *jeeps* armados con ametralladoras ligeras con motores que rugieron al encenderse rompiendo el silencio del desierto.

Hasan no se apresuró.

Observó cómo partían hacia la nube de arena que aún se elevaba en el horizonte y sonrió con malicia.

Esta vez no escaparían.

El silencio no llegó de golpe.

Primero fue el zumbido, un sonido agudo que parecía existir dentro de la cabeza más que en el aire.

Jack abrió los ojos.

El mundo estaba inclinado y la luz roja intermitente iluminaba el interior, el polvo estaba suspendido, flotando como ceniza.

No pensó, no evaluó, no comprobó si estaba herido. Su mirada fue directa hacia ella.

—Emma.

La voz salió áspera y firme.

Su mano ya estaba moviéndose antes de darse cuenta, buscando el arnés, el hombro, cualquier señal de que seguía allí.

La encontró. El pecho subía y bajaba, respiraba.

El aire abandonó sus pulmones en una exhalación que ni siquiera sabía que estaba reteniendo.

El helicóptero crujía alrededor como un animal moribundo, metal tensándose y piezas sueltas golpeando contra el fuselaje. El olor a combustible quemado llenaba el interior.

Jack parpadeó una vez, obligando a su mente a enfocarse.

"Amenaza. Salida. Equipo".

—¡Estado! —gritó sin levantar la voz más de lo necesario.

Mark respondió primero, casi con voz mecánica.

—Consciente.

Ethan tosió desde el lado opuesto.

—Aquí… estoy bien.

Alex tardó un segundo más.

—Vivo.

—Buen estado —dijo uno de los *gunners*.

Jack asintió.

Los soldados se movían sin expresión, como si el impacto hubiera activado algo dentro de ellos. Ninguno preguntaba, ninguno dudaba, solo ejecutaban.

Emma empezó a moverse bajo su mano.

Jack inclinó su cabeza hacia ella.

—Eh, mírame.

Sus ojos tardaron un segundo en enfocar.

Había confusión, pero estaba allí.

Él sostuvo su mirada, asegurándose de que lo reconocía, de que seguía presente.

El rotor seguía girando lentamente sobre sus cabezas, cada vuelta era un recordatorio de que el helicóptero aún podía explotar.

Tenían tiempo limitado.

Jack soltó el arnés con rapidez.

—Tenemos que salir.

Mark ya estaba liberándose.

Ethan revisaba con un vistazo rápido el interior.

—¿Fuego?

—Negativo por ahora —respondió Alex mirando hacia atrás.

Jack volvió a mirar a Emma un segundo más de lo necesario, asegurándose.

Luego su voz volvió a ser pura operación.

—Nos movemos.

El helicóptero crujía como si respirase mientras se movían de un lado a otro comprobándolo todo. El rotor aún giraba sobre sus cabezas, lento pero implacable, cortando el aire con un golpe pesado que hacía vibrar todo el fuselaje. Comenzaba a haber humo saliendo del compartimento del motor, lo que indicaba un tiempo limitado para salir de allí.

—¡Fuera! —ordenó con voz baja pero firme.

Ethan se inclinó hacia la cabina frontal. El piloto no se movía, con la cabeza caída hacia delante y sin decir nada, al igual que el copiloto. Buscó su pulso rápidamente y resopló mientras negaba. Fue hacia uno de los *gunners* que permanecía recostado hacia el lado y le buscó el pulso. En ese momento se dio cuenta de que una de las piezas del fuselaje debía de haber saltado con el impacto y le había diseccionado la yugular. Un reguero de sangre se estaba formando debajo de él.

—No, no… —susurró intentando buscarle el pulso, pero ya ni se lo encontraba.

Jack ya estaba frente a Emma.

—¿Puedes moverte?

Ella asintió demasiado rápido. El dolor en el tobillo le atravesó la pierna cuando intentó levantarse, pero no se quejó, no dijo nada, no iba a frenarlos.

Jack la sostuvo por la cintura y la ayudó a ponerse en pie.

El helicóptero se inclinó, el metal crujió con un sonido seco mientras el rotor seguía girando.

—Cabezas abajo —ordenó Mark mientras abría la salida lateral.

El aire del desierto entró de golpe junto con arena, calor y olor a combustible.

El *gunner* saltó primero, arma lista, girando sobre sí mismo para asegurar perímetro.

—¡Exterior limpio!

Jack bajó primero, sosteniendo a Emma.

El suelo era inestable bajo las botas. Todo era arena removida por el impacto del helicóptero junto a sus restos.

Ella apoyó el pie y el dolor se volvió agudo, aunque disimuló lo que pudo.

Jack la llevó unos pasos más lejos antes de soltarla.

—Aléjate del rotor —ordenó.

Ese era el peligro real por ahora.

Las aspas aún giraban, invisibles en la oscuridad, capaces de cortar como cuchillas.

Uno a uno, fueron saliendo.

Alex cayó de rodillas al tocar suelo, recuperándose enseguida. Ethan salió el último desde la cabina tras comprobar por última vez si había supervivientes.

—El piloto, el copiloto y el *gunner* del flanco izquierdo están muertos —dijo sin emoción.

Jack asintió levemente, no había tiempo para más.

El fuego empezó a crecer, llamas pequeñas lamiendo el lateral del helicóptero.

El sonido del metal calentándose era casi vivo. Mark levantó la vista hacia el horizonte.

—No estamos solos.

Jack lo sabía. El desierto era demasiado grande para esconderse y la nube de arena que había levantado el impacto era una señal visible desde kilómetros.

Miró a Emma, ella lo miraba igual.

El calor del fuego comenzaba a crecer detrás de ellos.

Jack escaneó el horizonte una vez y otra vez, deprisa. Nada se movía, pero eso era peor, estaba todo demasiado abierto y demasiado visible.

Su mente empezó a ordenar piezas sin esfuerzo consciente: posición, equipo, movimiento y tiempo.

—Alex —dijo sin girarse.

El especialista en comunicaciones ya tenía la radio en la mano, revisando frenéticamente la señal.

—Sin enlace con base —respondió antes de que Jack preguntara —. Interferencia total. Daño en sistema.

Jack asintió, ya lo esperaba.

Los MANPADS significaban una amenaza antiaérea activa. Nadie iba a mandar otro helicóptero a ciegas desde su base, no sin posición exacta y mucho menos mientras hubiera lanzadores ahí fuera.

El rescate estaba descartado.

El pensamiento llegó frío, preciso, como un hecho más.

—¿Posición de la base Al-Tanf?

Alex miró su dispositivo y golpeó la pantalla.

—Estimado… unos ochenta y cinco kilómetros, quizá noventa.

—¿Posición a la frontera con Jordania?

—Estimado unos veinte o veintidós kilómetros.

Jack se giró y miró a Emma, evaluando opciones. Su cabello castaño oscuro se movía con el viento frío de la noche.

Inspiró hondo y se giró observando el horizonte, abierto, prácticamente plano en esa zona… terreno hostil y visible desde kilómetros. Habían sido cazados.

Volvió a mirar el helicóptero, las llamas crecían, alimentándose del combustible, por lo que tenía el tiempo limitado de nuevo, aunque la decisión estaba tomada antes de pensarla.

—Mark, Alex, *gunner*… perímetro. Ethan, con Emma.

Ya se estaban moviendo cuando terminó la frase.

Jack corrió hacia el fuselaje ardiendo y el calor golpeó su rostro.

El rotor se había detenido casi por completo y el interior estaba lleno de humo.

Lo más importante era el agua. Sacó dos mochilas y las lanzó fuera. Luego armas: metralletas, munición, mapas tácticos plegados y radio de largo alcance.

La agarró justo cuando una llamarada subió por el lateral y el metal crujió. Demasiado caliente. Se elevó y volvió a salir del helicóptero de un salto, con lo último en las manos.

—¡Nos movemos! —gritó.

El fuego rugió detrás con un sonido profundo e inestable, el tipo de sonido que anunciaba algo peor.

—Joder… corred, corred…

Corrió unos metros más, empujando al equipo a alejarse y, entonces, llegó la explosión secundaria. Un golpe seco con una onda de calor que les alcanzó la espalda. La arena se elevó provocando que todos tosiesen. Al menos habían evitado que los echase al suelo.

Jack no se detuvo, no miró atrás… sabía perfectamente lo que aquello significaba: nadie vendría a buscarlos, ahora solo quedaban ellos y el desierto.

Se detuvieron apenas unos metros más allá. El calor de la explosión aún golpeaba sus espaldas como una ola invisible.

Jack giró sobre sí mismo, observando el horizonte con movimientos cortos y precisos.

Nada, solo desierto.

El *gunner* ya estaba en movimiento, recogiendo lo que Jack había sacado del helicóptero con eficiencia automática. Mochilas abiertas, armas revisadas y cargadores comprobados en segundos.

El humo negro ascendía detrás de ellos, una columna oscura que rasgaba el cielo como una señal.

Jack la observó apenas un instante, sería visible desde kilómetros a la redonda.

—Nos van a ver —dijo más para sí mismo que para el resto.

Mark terminó de ajustar su arma y levantó la mirada.

—Seguro.

Jack asintió y miró a Emma, la cual observaba esperando cualquier reacción por parte de ellos, totalmente perdida en su mundo. Inspiró hondo mientras su mirada se mantenía con ella y resopló cuando miró el desierto que tenía por delante. Decisión tomada.

—Nos movemos ya. Nos alejamos de la zona de impacto. —Su voz no era alta, pero todos reaccionaron automáticamente—. Ethan, mantente cerca del paquete —añadió.

Emma enarcó una ceja al escuchar aquella palabra, aunque no se sintió menospreciada por ella, sabía que hablaban así. Era simplemente un término operativo, una forma de mantenerla viva.

Jack se colocó a su lado, arma en mano, mirada fija en el terreno.

—Formación en cuña —ordenó—. Mark delante. *Gunner* cubre flanco. Alex, retaguardia. Ethan con Emma. Nadie se separa.

El humo seguía elevándose detrás de ellos, actuando como si de un faro se tratase, un aviso y una invitación a los que les habían derribado.

Jack miró una última vez el helicóptero ardiendo. Ya no era un refugio, era una trampa.

—Van a venir —dijo—. Y rápido. Hay que moverse ya —comenzó a caminar bastante rápido.

Emma apoyó el pie con cuidado mientras el dolor subía por su tobillo, pero no dijo nada y lo siguió, primero caminando y luego más rápido, hasta que Mark aumentó el ritmo.

—Movimiento —avisó incrementando la velocidad.

Puede que ellos fuesen soldados, que estuviesen acostumbrados a aquel tipo de vida, pero no ella, sobre todo cuando empezaron a correr.

El desierto se abrió ante ellos, vasto e implacable.

La columna de humo quedó atrás, creciendo contra el cielo como una promesa oscura.

La arena cedía bajo sus botas mientras avanzaban, el sonido de sus pasos era casi absorbido por la inmensidad del desierto.

Jack mantenía el ritmo firme, ligeramente por delante de Emma, aunque su mano libre se encontraba cerca de ella sin llegar a tocarla.

La columna de humo quedaba ya bastante atrás.

Jack levantó el puño y todos se detuvieron. Emma miró de un lado a otro, nerviosa, solo había silencio. El viento movía la arena en pequeñas olas suaves. Nada más.

Jack frunció el ceño. Había algo que no encajaba. No era un sonido, todavía no, era una sensación en el aire, vibrando apenas, como un eco lejano que no pertenecía al viento.

Miró hacia el horizonte, pero no se veía nada, solo líneas oscuras y la ondulación del terreno.

Se giró hacia atrás y entonces lo vio. No era movimiento, no veía vehículos, solo una línea fina de polvo levantándose en la distancia, recta y antinatural, demasiado constante para ser el viento.

El estómago se le tensó.

—Movimiento probable —dijo en voz baja.

Mark siguió su mirada.

—Sí… lo veo.

El resto aún no entendía qué miraban exactamente.

El sonido llegó segundos después, muy leve, pero delató un rumor grave de motores lejanos acercándose.

Jack inspiró lentamente, no necesitaba verlo para saberlo.

—Nos han encontrado —murmuró.

Emma levantó la mirada hacia él. Jack no demostraba miedo en su rostro, solo comprensión.

Se giró hacia el equipo con la voz que volvió a ser pura operación.

—Aumentamos ritmo. Ahora corremos.

Nadie dudó.

El desierto volvió a moverse bajo sus pies y detrás de ellos, invisible aún, algo empezaba a acortar la distancia.

El ritmo había cambiado, ya no avanzaban, huían.

El sonido lejano de los motores seguía creciendo detrás de ellos, aún distante, pero constante, como un latido oscuro empujándolos hacia delante.

Mark abría camino, recortando la silueta contra el horizonte.

Jack se mantenía junto a Emma, su posición calculada para cubrirla sin romper la formación.

Ella apretó los dientes. El primer dolor real llegó al apoyar el pie de nuevo. Un pinchazo agudo en el tobillo. Intentó ignorarlo y dio un paso más, luego otro… no iba a decir nada, no iba a frenarlos, sus vidas y la de ella pendían de que ella pudiese seguirles el ritmo.

El aire quemaba en los pulmones mientras corrían por aquel terreno irregular que hacía que cada apoyo fuera incierto.

Emma tropezó apenas un poco, un movimiento mínimo, casi invisible, pero que no pasó desapercibido para Jack que parecía verlo siempre todo.

Su mano apareció en su brazo antes de que ella perdiera el equilibrio, aunque no se detuvo ni redujo la velocidad, solo ajustó el ritmo, absorbiendo parte del movimiento para mantenerla dentro de la formación.

—¿Puedes seguir? —preguntó sin mirarla.

—Sí.

La respuesta fue inmediata y demasiado rápida, pero Jack no discutió, solo acercó un poco más su posición a la de ella, lo suficiente para sostenerla si volvía a fallar.

El sonido de los motores se hizo un poco más claro, como un rumor grave arrastrado por el viento.

Alex giró la cabeza hacia atrás.

—Se están acercando.

Jack asintió.

Necesitaba hacer cálculos rápidos: distancia, velocidad, tiempo...

Emma apoyó de nuevo el pie y el dolor subió como fuego. Su respiración se rompió un instante. Jack lo notó sin mirarla y su mano volvió a su espalda baja, firme y estable, como si simplemente la guiara, como si no fuera nada más.

—Mantén el ritmo —murmuró.

No era una orden, era un ancla a la vida.

Mantuvieron unos minutos más el ritmo, en los que Jack miraba hacia atrás controlando aquel indicador de movimiento a lo lejos.

—¡Alto! —La orden sonó en voz baja, pero firme.

El grupo se detuvo casi al instante, formando un semicírculo instintivo mientras el *gunner* levantaba el arma y barría el horizonte.

Jack giró lentamente sobre sí mismo, mirando alrededor e intentando analizar fríamente la situación. Lo habían entrenado justamente para ello.

"Desierto, ondulaciones suaves del terreno, nada donde esconderse, nada que los protegiera. El sonido lejano de los motores

seguía ahí, apenas audible, pero suficiente, y sabía que se acercaban".

Su mente empezó a reconstruir el terreno como un mapa invisible.

"Impacto, columna de humo, dirección de huida: frontera al sur, la ruta más obvia, la más fácil de seguir y la más peligrosa".

Jack inhaló despacio y entonces miró a Emma solo un segundo, lo suficiente para verlo.

"El peso desigual al apoyar, la tensión en la mandíbula, la forma en que evitaba cargar completamente el pie. Se trataba de una torcedura, nada grave en otras circunstancias, pero ahí, en aquel lugar… era un verdadero problema".

—¿Estás bien? —preguntó en voz baja.

Ella sostuvo su mirada.

—Sí.

Demasiado rápida otra vez. Jack asintió, pero no discutió, aunque ya había tomado nota mental. No podían correr durante horas a ese ritmo, no hacia una línea recta.

Volvió a observar el terreno y su mapa mental se completó.

¿Dónde buscarían las milicias sirias? Sin duda buscarían una ruta directa a Jordania con un movimiento rápido.

No, primero debían desaparecer, debían romper el patrón y cambiar el eje, necesitaban ganar tiempo.

Miró hacia el este. Había un ligero descenso del terreno y sombras más profundas con ondulaciones suficientes para ocultar movimiento.

No era perfecto, pero era mejor eso que nada.

—No vamos directos a la frontera —dijo.

Mark frunció el ceño.

—¿Seguro?

—Eso es lo que esperan. —Nadie discutió. Jack señaló hacia el nuevo rumbo—. Nos desviamos al este y bajamos por las ondulaciones. Movimiento bajo y rápido. Reducimos silueta y evitamos línea directa.

Alex asintió.

—Rompemos patrón.

—Exacto —confirmó Jack.

Jack volvió a colocarse junto a Emma y su mano rozó apenas su brazo.

—Vamos.

El grupo cambió de dirección y, por primera vez desde el derribo, dejaron de correr hacia el destino… para empezar a desaparecer en aquel vasto desierto.

Jack avanzaba sin mirar atrás, pero su atención estaba dividida en dos direcciones: el horizonte… y Emma.

La observaba de reojo. No de forma evidente, solo pequeños detalles: la forma en que apoyaba el pie, la respiración ligeramente irregular, el modo en que apretaba la mandíbula cada pocos pasos... Seguía el ritmo, pero no estaba bien.

—Un poco más —murmuró sin mirarla directamente.

Ella asintió sin pronunciar palabra alguna.

Avanzaron unos metros más hasta que Jack levantó la mano.

—Contacto potencial. Cubierta.

Se desviaron hacia una pequeña elevación de arena y se deslizaron detrás de la duna, agachándose casi al mismo tiempo.

El silencio volvió a caer sobre ellos.

Jack señaló al *gunner*.

—Arriba. Observación.

El hombre asintió y avanzó reptando hasta la cresta. Sacó el arma con mirilla óptica, apoyándola con cuidado mientras se asomaba apenas lo justo para no recortar su silueta contra el cielo.

—Visual… —murmuró por el intercomunicador interno. Jack esperó sin moverse—. Tres vehículos. *Pick-ups* armadas… —hizo una pausa—. Aproximadamente ocho hombres.

El corazón de Emma dio un vuelco involuntario cuando el sonido llegó hasta ella. Podía escuchar con claridad disparos lejanos. El eco atravesó el desierto y la hizo tensarse sin poder evitarlo.

Jack reaccionó antes de pensar y situó su mano en el hombro de ella, firme y estable.

—Tranquila —dijo en un susurro—. Están lejos todavía.

Su voz era controlada y profesional. Emma no podía entender cómo podía mantener una actitud así en esos momentos.

—Se mueven hacia el sur… en dirección a Jordania —informó su hombre.

Jack dejó escapar el aire lentamente.

Tal y como había previsto, buscaban la ruta obvia.

—Bien —murmuró.

El equipo relajó los hombros solo un poco. Acababan de ganar tiempo, y eso ya era mucho.

Jack volvió a mirar a Emma.

—Ethan. —El médico ya estaba cerca—. Mira su tobillo —ordenó directamente sin mirar a Emma.

Emma se negó inmediatamente.

—Estoy bien.

Jack la observó un segundo, luego negó despacio.

—No me desobedezcas —pronunció con voz grave. Aunque su tono no era duro, no admitía discusión—. Torcedura probable. Revísala.

Ethan asintió y dejó la mochila en el suelo ante ella, arrodillándose enfrente.

—Voy a quitar la bota —la informó.

Emma intentó disimular cuando él tiró suavemente y un pequeño quejido escapó antes de que pudiera evitarlo.

Ethan examinó con rapidez, presionó puntos concretos, valoró la movilidad y la inflamación.

—Esguince leve —informó—. Ligamento lateral externo afectado, sin inestabilidad grave. —Sacó una venda elástica—. Vendaje compresivo funcional. Un minuto —indicó a su capitán.

Emma mantuvo la mirada fija en el horizonte, respirando despacio mientras Jack observaba desde un paso atrás con el arma baja, pero lista.

Ethan terminó y presionó ligeramente.

—Esto te estabilizará —se dirigió directamente a ella—. Podrás caminar con menos dolor.

Jack asintió y se giró hacia Alex. El especialista en comunicaciones estaba inclinado sobre la radio de largo alcance con cables expuestos.

—¿Algo?

Alex negó con la cabeza.

—Negativo. Sistema muerto. Sin enlace y sin baliza.

Jack ya lo esperaba, nadie vendría. No tenían forma de notificar dónde se encontraban.

Volvió hacia Ethan.

—¿Aguantará? —le preguntó con un movimiento de cabeza hacia Emma.

—Sí —respondió el médico—, pero la revisaremos otra vez cuando podamos.

Jack asintió y miró a Emma un instante más largo de lo necesario.

—Nos movemos.

El equipo recogió el material en silencio y se levantaron. Comenzaron a caminar de inmediato.

El desierto volvió a tragárselos poco a poco, sus siluetas se reducían hasta desaparecer entre las ondulaciones del terreno.

Detrás, los motores lejanos seguían buscando… aunque, por suerte, en la dirección equivocada.



22

El amanecer comenzaba a abrirse sobre el desierto.

Los colores aparecían poco a poco, primero grises suaves, luego tonos dorados y rojizos que se extendían sobre el horizonte como una herida en el cielo que despertaba. La noche se retiraba sin prisa, revelando un paisaje más duro y más real.

El terreno había cambiado, la arena había quedado atrás. Ahora caminaban sobre piedra, grava y pequeñas formaciones rocosas que rompían la monotonía del desierto abierto. Sus pasos eran más silenciosos, más firmes, pero cada sonido parecía viajar más lejos de lo necesario.

Llevaban horas caminando y el cansancio ya no era una sensación, era un peso constante que se adhería al cuerpo.

Jack levantó la mano.

—Alto —susurró.

Se agachó detrás de una formación rocosa junto a Mark, ambos asomando apenas lo suficiente para observar.

Ante ellos se abría un *wadi*, un cauce seco tallado por antiguas lluvias, hundido unos metros bajo el nivel del terreno, serpenteando como una cicatriz oscura entre las piedras. Sus paredes naturales ofrecían sombra y cobertura, rompiendo la línea visual del horizonte. Allí, cerca de uno de sus giros, se encontraban unas ruinas, estructuras bajas de piedra erosionada, restos de lo que alguna vez había sido un pequeño asentamiento o puesto de

pastores. Muros derruidos, aperturas irregulares y sombras profundas donde el sol aún no alcanzaba.

Jack observó en silencio.

Nada se movía, ninguna señal reciente, ninguna silueta.

El amanecer avanzaba.

La luz crecía y, con ella, el peligro.

Por primera vez desde el derribo, sintió una presión distinta. No era urgencia, ni preocupación real, pero con cada segundo que pasaba serían más visibles y con ello más fáciles de encontrar.

Se giró hacia el equipo.

—Avanzamos —dijo en voz baja.

Los hombres que protegían a Emma se movieron de inmediato.

Descendieron hacia el *wadi* con pasos controlados, armas listas y ojos recorriendo cada ángulo.

Jack fue el último en bajar, observando el perímetro antes de entrar completamente: primero el flanco izquierdo, luego el derecho y después las alturas.

Nada.

El grupo avanzó hacia las ruinas. Mark entró primero, inspeccionando las sombras con movimientos precisos. Alex y el *gunner* revisaron las aberturas laterales y, por último, Ethan cubría retaguardia.

Jack observaba, como siempre.

Solo cuando cada ángulo estuvo revisado, asintió.

—Nos quedamos aquí durante el día —dijo. Nadie preguntó—. Somos más visibles con la luz. Establecemos perímetro.

Se movieron sin dudar.

Mark tomó posición elevada en una roca cercana, controlando el acceso principal al *wadi*, el *gunner* se colocó en el extremo opuesto, vigilando el flanco abierto. Alex se quedó cerca del interior, radio en mano, alternando vigilancia y comunicaciones, e Ethan se mantuvo dentro, cerca de Emma.

Jack recorrió el interior de la estructura, comprobando puntos ciegos, grietas posibles y entradas secundarias.

Solo entonces permitió que el peso de la noche cayera un poco sobre sus hombros.

Emma se sentó despacio contra un muro derruido y el cansancio la alcanzó de golpe.

Jack la observó un segundo y luego miró a Ethan.

—Revísale el pie —ordenó.

Emma no protestó, había comprendido algo durante la huida: aquí no estaba el Jack que conocía fuera de la misión, aquí estaba el capitán. Él era hombre que tomaba decisiones que mantenían a todos vivos y obedecer no era sumisión, era confianza.

Ethan se arrodilló frente a ella y comenzó a retirar el vendaje mientras Jack permanecía cerca, vigilando el exterior, aunque su mirada regresaba a ella una y otra vez, siempre asegurándose, siempre contando silenciosamente las respiraciones, porque ahora no solo estaban huyendo, ahora estaban sobreviviendo.

El silencio llegó poco a poco, primero desaparecieron las órdenes, luego el sonido constante de pasos y finalmente quedó solo el viento filtrándose entre las grietas de las ruinas.

La luz del amanecer entraba en líneas finas por las aberturas del muro, dibujando sombras largas sobre el suelo de piedra.

Fuera, los hombres se movían lo mínimo, solo cambiando posiciones, ajustando armas y vigilando.

—Está bien —pronunció Ethan poniéndole el vendaje de nuevo. Luego susurró hacia Jack—. Inflamado, pero aguanta.

El vendaje en el tobillo era firme, estable, pero el dolor seguía allí, profundo y constante, recordándole cada segundo lo frágil que era la situación.

Jack estaba a unos pasos, observando el exterior por una abertura estrecha.

Su silueta parecía parte de las ruinas, inmóvil y atenta.

Durante unos segundos ninguno habló. Emma lo observaba.

La tensión en sus hombros, la forma en que sostenía el arma sin esfuerzo aparente, el silencio que lo rodeaba.

Él sintió la mirada antes de verla y se giró. Sus ojos se encontraron y algo cambió.

No desapareció la tensión, pero se suavizó.

—¿Te duele? —preguntó él finalmente en voz baja.

Emma dudó un segundo, luego asintió. No tenía sentido mentir ahora. Jack inclinó la cabeza un poco, como si hubiera esperado esa respuesta desde el principio.

Se acercó un poco más, no demasiado, solo lo suficiente. Se agachó frente a ella, manteniendo el equilibrio con facilidad, incluso después de horas sin descanso.

—Aguantaste más de lo que debías —murmuró.

No era un reproche, era reconocimiento.

Ella sonrió brevemente, cansada.

—Tenía que hacerlo.

Jack sostuvo su mirada unos segundos más de lo habitual. Había algo en sus ojos que no pertenecía a la misión, algo más humano, más vulnerable, pero desapareció rápido y el capitán volvió.

Un ruido lejano hizo que ambos levantaran la cabeza al mismo tiempo.

Jack se puso en pie inmediatamente, volviendo la mano al arma en modo supervivencia, pero antes de girarse del todo, su mano rozó el hombro de Emma. Un gesto mínimo, silencioso, pero que indicaba que él seguía allí protegiéndola y que eso era suficiente por ahora.

Entonces lo oyó. Un sonido suave, metálico y rítmico: campanillas.

Su cuerpo se tensó al instante.

Había movimiento.

Levantó dos dedos en alerta silenciosa y las figuras dentro de las ruinas se congelaron.

El intercomunicador susurró en su oído.

—Tengo visual parcial —reconoció la voz de Mark—. Movimiento en el *wadi*.

Jack no respondió inmediatamente, solo observó.

Primero apareció una cabra, luego otra… después la silueta de un hombre caminando despacio con un bastón apoyado contra el suelo mientras guiaba al pequeño rebaño.

Un pastor.

El corazón de Jack no se relajó, no todavía. Su mente empezó a calcular.

"Civil. Posible informante. Posible amenaza indirecta".

Si los veía… podía delatarlos sin saberlo o sabiendo exactamente lo que hacía.

—*Gunner* —susurró Jack—. Mantén arma baja.

—Afirmativo.

El pastor avanzaba lentamente por el cauce seco, ajeno a quién se encontraba allí, deteniéndose de vez en cuando para observar el terreno o corregir la dirección de los animales.

Jack sintió el tiempo estirarse, cada paso del hombre era un riesgo. Miró durante un segundo a Emma que permanecía totalmente paralizada, consciente de lo que ocurría.

Ethan se desplazó unos centímetros más cerca con el arma preparada, sabiendo lo que debía hacer si era necesario.

Sus pensamientos eran fríos, calculados. Si el hombre levantaba la vista, si un animal detectaba olor humano, si algo rompía el silencio… todo podía cambiar.

Las cabras comenzaron a dispersarse un poco, acercándose peligrosamente a la zona donde estaban las ruinas.

Emma contuvo la respiración sin darse cuenta.

Jack lo percibió sin mirarla. Su mano se movió hacia atrás, rozando el aire cerca de ella. No era un gesto visible, solo una presencia para intentar que se calmase.

El pastor silbó suavemente y las cabras regresaron hacia él. Durante unos segundos, el pastor se quedó quieto hasta que los animales lo rodearon y luego siguió caminando, sin mirar alrededor ni detenerse.

El sonido de las campanillas comenzó a alejarse lentamente.

Jack esperó sin moverse. No habló hasta que el hombre desapareció completamente tras una curva del *wadi*.

Solo entonces dejó escapar el aire, un respiro largo pero controlado.

—Zona limpia —murmuró finalmente.

El equipo volvió a moverse despacio, rompiendo la quietud.

Jack giró la cabeza sintiendo la mirada de Emma con sus ojos aún tensos por el miedo.

—Ya ha pasado —susurró hacia ella.

Emma soltó el aire despacio, como si hasta ese momento hubiera estado conteniendo la respiración sin darse cuenta. No había disparos, ni gritos, ni peligro visible… y, sin embargo, nunca se había sentido tan expuesta. Comprendió entonces que aquello no era una huida rápida ni una misión de rescate que terminaría en unas horas. Era algo más crudo y real. Estaban escondidos en territorio enemigo, invisibles solo mientras nadie decidiera mirar en su dirección.

Miró a Jack. Él ya había vuelto a escanear el horizonte, como si aquel momento no hubiera sido más que otra variable en un cálculo constante, pero ella había detectado cómo se tensaba, cómo había esperado unos segundos más de lo necesario antes de relajarse. Fue ahí cuando lo entendió: no estaban sobreviviendo por suerte, sino por cada decisión fría que él tomaba segundo a segundo. El miedo no desapareció, pero cambió de forma. Ya no era pánico… era conciencia. Emma sintió con claridad que cada paso que daban podía ser el último si dejaban de pensar como él.

Emma dejó que el silencio la envolviese después de que el pastor desapareciera entre las curvas del *wadi*. Sus ojos recorrieron el interior de las ruinas lentamente, observando a los hombres sin que ellos parecieran darse cuenta… o quizá sí lo hacían y simplemente la ignoraban, concentrados en su trabajo.

Era extraño, días atrás los había visto en la base, en la cantina, sentados con las botas cruzadas bajo la mesa, riendo bajo y compartiendo bromas que ella no siempre entendía. Habían parecido… humanos y cercanos. Ahora eran otra cosa: movimientos precisos, miradas frías, silencios calculados… como si hubieran dejado atrás una versión de sí mismos en cuanto el helicóptero tocó el suelo, como si cada uno de ellos fueran dos personas diferentes.

El pensamiento la golpeó con fuerza inesperada.

El piloto, el copiloto y el otro *gunner* habían muerto. La imagen del impacto volvió sin permiso.

Una presión se instaló en su pecho y, antes de poder evitarlo, notó cómo sus ojos se llenaban de lágrimas. Parpadeó, no quería llorar, no allí.

Miró hacia Jack. Él estaba observando el exterior, pero sabía que la veía. Siempre parecía saberlo todo. Ethan estaba cerca, revisando algo en su mochila, aunque su atención también parecía dividida.

Un tercer hombre vigilaba la entrada, inmóvil como una estatua.

Emma inspiró profundamente.

—Esto es culpa mía —susurró finalmente. Su voz sonó más frágil de lo que quería. Jack giró la cabeza un ápice, sin dejar de vigilar el exterior. Ethan levantó la mirada—. Mataron a Tom… —continuó ella —. Y ahora… el piloto… el copiloto… el *gunner*. —Su garganta se cerró—. Lo siento. —Jack la observó de reojo. No había juicio en su mirada, solo atención. Emma llevó la mano al bolsillo interior de la camisa y sacó la microSD. La sostuvo entre los dedos, pequeña, casi insignificante—. Me buscan por esto —murmuró—. No saben que la tengo… pero saben que soy el testimonio de lo que ocurre aquí… no van a permitir que salga del país con vida.

Ethan la miró seriamente, al igual que Jack, y hubo un silencio breve.

—Nosotros nos encargamos de llevarte viva hasta la frontera —susurró Jack.

No fue una promesa emocional, fue una certeza.

Ethan asintió.

—Esto no es culpa tuya —añadió con voz firme—. Es culpa de esos hijos de puta.

Emma bajó la mirada y Jack dio un paso más cerca.

—Tranquila —dijo más bajo—. Este es nuestro trabajo. Sabemos hacerlo. Confía en nosotros.

Ella levantó la cabeza y sonrió apenas un poco, con tristeza.

—Confío… —susurró—. Pero ¿hasta qué punto es justo que arriesguéis vuestras vidas por mí?

Ethan soltó una exhalación.

—Tú no decides eso —respondió con calma—. Nosotros elegimos estar aquí. Esa parte ya la decidimos hace tiempo.

Jack asintió.

—Y ahora estamos contigo —añadió—. Así que deja de cargar con cosas que no te pertenecen.

Emma sostuvo sus miradas unos segundos más. El miedo seguía allí, pero también algo parecido a alivio al escuchar sus decisiones. Se sintió acompañada, y eso era mucho en la situación en la que se encontraba.

Emma sostuvo la mirada de ambos unos segundos más, como si buscara algo que aún no sabía nombrar. Luego bajó ligeramente la cabeza.

—Gracias… —murmuró finalmente—, por no dejarme sola.

El silencio que siguió no fue incómodo, fue breve y sólido.

Ethan fue el primero en responder.

—No es nada personal —dijo, con un tono casi neutro, aunque una pequeña sonrisa suavizaba sus palabras—. Protocolo básico.

Jack soltó una exhalación corta por la nariz.

—Nunca dejamos atrás a nadie… y tú no vas a ser la excepción. —La miró unos segundos—. Contigo ni siquiera sería una opción. No pienso perderte otra vez —sentenció.

La frase sonó firme, casi automática, pero había algo más debajo, algo que no pertenecía únicamente a la disciplina militar.

Ethan sonrió de soslayo al escuchar aquellas palabras por parte de su capitán, pues estaba claro lo que entrañaban en el fondo.

Emma asintió despacio, aceptando esa respuesta tal y como venía.

Miró la pequeña tarjeta de memoria entre sus dedos y, durante un segundo, pareció dudar.

Luego la volvió a guardar en el bolsillo interior de la camisa, asegurándose de que quedaba bien oculta.

Jack siguió el movimiento sin querer y sus ojos se detuvieron en ese gesto, en lo pequeña que era esa tarjeta de memoria, en lo insignificante que parecía algo capaz de cambiarlo todo.

Un trozo de plástico negro, nada más. Sin embargo…

Habían derribado un helicóptero por ella, habían matado a hombres por ella: Tom, el piloto, el copiloto, el *gunner*…

Su mente reconstruyó la cadena de consecuencias con una claridad fría.

No era solo una misión de extracción, no era solo poner a salvo a una periodista, era una amenaza real para alguien con suficiente poder como para disparar misiles en pleno desierto… y eso lo cambiaba todo.

No lo dijo, no hacía falta, pero algo dentro de él se ajustó silenciosamente.

Un nivel más de alerta y una decisión más profunda.

No solo debía llevarla viva hasta la frontera, debía asegurarse de que aquello, lo que llevaba escondido contra su pecho, sobreviviera también.

Levantó la mirada hacia ella.

Emma no vio el cambio, nadie lo habría visto, pero estaba ahí y ya no iba a desaparecer.

Jack miró a Ethan y señaló hacia la puerta para que él tomase su posición. Ethan se movió rápidamente hacia él ante la atenta mirada de Emma.

Jack salió al exterior sin hacer ruido, apartando apenas una piedra suelta para no dejar rastro visible. El aire del desierto lo golpeó de inmediato, caliente y seco, muy distinto al frescor engañoso de la madrugada. El sol ya había ganado altura suficiente para hacer vibrar el horizonte y la luz caía sobre las ruinas sin piedad, arrancando sombras y escondites con cada minuto que pasaba.

Se detuvo junto a una formación rocosa elevada desde donde podía observar el *wadi* y las ondulaciones del terreno más allá. El silencio era profundo, casi irreal, roto solo por el viento y el eco lejano de algún animal invisible a los ojos.

Por primera vez desde el impacto, permitió que sus pensamientos avanzaran más allá del siguiente movimiento táctico.

Emma.

Su nombre apareció en su mente con una claridad que no había tenido tiempo de aceptar antes. No era solo el activo, no era solo la misión… la quería.

La certeza llegó sin dramatismo, sin sorpresa, como algo que había estado creciendo en silencio hasta que el desierto lo dejó sin distracciones para negarlo.

Inspiró profundamente. El calor del sol comenzaba a atravesar el chaleco pesado sobre sus hombros y con él llegó el peso real de lo que estaba ocurriendo.

La vida de Emma dependía ahora de cada decisión que tomara, cada ruta elegida, cada pausa y cada orden.

Un segundo mal calculado podía significar exposición, un movimiento en línea recta podía llevarlos directos a una emboscada, una elección equivocada sobre cuándo moverse o cuándo esperar podía convertir el desierto en una trampa sin salida. No había margen para errores, no para él.

Ya no se trataba solo de sobrevivir, se trataba de llevarla fuera de aquel lugar, de atravesar kilómetros de territorio hostil con un equipo reducido, sin comunicaciones, perseguidos por hombres que ya habían demostrado estar dispuestos a disparar misiles para detenerlos.

Y aun así, lo que más le inquietaba no era el enemigo, era la posibilidad de fallarle a ella, de tomar una decisión equivocada y verla caer por algo que él hubiera podido prever.

El pensamiento le atravesó el pecho con una precisión fría.

Miró hacia el horizonte, obligándose a regresar al presente.

Respiró una y otra vez, lentamente, intentando calmarse.

Volvió a las ruinas y ordenó a Ethan que volviese a tomar su posición.

Emma lo miró un segundo, aunque rápidamente bajó la mirada quedándose pensativa.

Jack la miró de reojo mientras volvía a tomar posición, vigilante. Ahora cada cálculo tenía un nombre y cada paso hacia la frontera era también un paso para no perderla.



23

Las horas habían pasado lentas dentro de las ruinas.

El calor del día se había instalado sin prisa, llenando el aire de una pesadez silenciosa que obligaba a respirar despacio. Fuera, el *wadi* permanecía inmóvil, como si el mundo entero estuviera conteniendo el aliento.

Jack observó el horizonte una última vez antes de girarse hacia el equipo. El sol comenzaba a esconderse tras las rocas.

—En quince minutos nos movemos —dijo en voz baja—. Revisad equipo, hidratación y carga. Sin ruido innecesario.

Las palabras cayeron como una orden natural. Nadie respondió, simplemente comenzaron a prepararse.

Jack se acercó a Emma y le tendió una cantimplora.

—Bebe.

Ella la tomó. Sus dedos rozaron los de él un segundo.

—Gracias.

Bebió despacio, controlando cada trago. El agua estaba tibia, pero aun así le supo a vida.

Jack observó cómo tragaba antes de hablar.

—¿Cómo llevas el pie?

—Me molesta menos —respondió ella—. El vendaje ayuda.

Él asintió, evaluando algo que no dijo.

—Seguiremos avanzando cuando caiga el sol. Haremos un rodeo hacia el este primero —añadió, señalando mentalmente el terreno—.

Evitamos la zona donde creemos que están las milicias y nos acercamos a la frontera con más margen.

Emma lo miró en silencio.

—¿Cuánto queda?

—Menos de lo que parece y más de lo que me gustaría.

Una sombra de sonrisa cruzó el rostro de ella.

El silencio volvió entre ambos, cómodo, suspendido, mientras Jack empezaba a incorporarse y entonces lo sintió.

No fue un sonido claro, no al principio. Solo algo… fuera de lugar.

Se quedó quieto.

El viento arrastraba partículas de arena contra las rocas, pero detrás de ese murmullo había otra cosa. Un zumbido bajo, constante y demasiado regular.

Levantó una mano sin mirar atrás.

—Quietos.

El equipo se congeló al instante.

Jack inclinó un poco la cabeza, escuchando.

El sonido venía y desaparecía, como si girara en círculos amplios sobre el terreno.

Un insecto imposible, se trataba de una vibración artificial.

Su estómago se tensó.

Emma lo observó, notando el cambio inmediato en su postura.

—Jack… —susurró.

Él no respondió enseguida. Solo acercó la mano hacia ella, apoyándola suavemente sobre su hombro.

—No te muevas —murmuró—. Ni mires arriba.

La firmeza en su voz eliminó cualquier duda.

—¿Qué pasa?

Jack habló por el intercomunicador en un susurro apenas audible.

—Algo en el aire. Posible vigilancia. Congelados.

El zumbido regresó, más claro ahora. Un sonido mecánico que no pertenecía al desierto.

Jack cerró los ojos un segundo, reconstruyendo lo que significaba.

Si era lo que pensaba… no estaban siendo buscados al azar, estaban siendo rastreados.

Un dron no necesitaba atacar para ser letal, solo observar, seguir y marcar posición.

Convertirlos en un punto fijo para cualquiera que viniera después.

El sonido se acercó ligeramente, vibrando en el aire caliente.

Emma sintió cómo su respiración se volvía más corta.

Jack apretó el hombro de ella.

—Respira normal —susurró—. Somos parte del terreno.

El dron pasó por encima sin que lo vieran directamente, su presencia era revelada solo por ese zumbido constante que parecía deslizarse entre las rocas.

Durante esos segundos eternos, nadie se movió, nadie respiró más fuerte de lo necesario, porque todos sabían lo mismo, si los detectaba… la huida acababa allí.

La primera regla para sobrevivir a un dron no era correr, era desaparecer. No desaparecer físicamente, eso era imposible en un terreno abierto como aquel, sino dejar de ser algo que mereciera atención. Sin movimiento. Sin siluetas reconocibles. Sin patrones humanos que una cámara pudiera interpretar como amenaza.

Jack lo sabía sin necesidad de pensarlo.

El cuerpo lo recordaba antes que la mente, debían congelarse, romper la forma humana, respirar despacio y convertirse en paisaje.

El equipo había adoptado posiciones instintivamente. Mark permanecía junto a la entrada de las ruinas, apoyado contra la piedra, arma baja pero lista, su perfil se encontraba escondido en la sombra irregular del muro derruido. El *gunner* se había desplazado unos centímetros hacia una roca elevada, ocultando el cañón del arma tras una grieta natural para evitar reflejos. Alex estaba agachado cerca del interior, radio inerte entre las manos, observando el cielo solo con la visión periférica.

Ethan permanecía junto a Emma, inmóvil, con una mano apoyada contra el suelo para estabilizarse, respiración lenta y la otra mano sobre el hombro de Emma. Se había colocado medio paso

delante de ella, lo suficiente para cubrirla sin bloquearle la visión del exterior.

El zumbido volvió, más cercano.

Giraba.

No era un paso rápido, no cruzaba la zona, la orbitaba en un círculo lento sobre el *wadi*.

El corazón de Jack dio un golpe seco, eso no era casual, un dron en tránsito no repetía un patrón, uno que buscaba… sí.

Su mandíbula se tensó y contó mentalmente los segundos.

El sonido se alejaba, regresaba y se mantenía demasiado tiempo.

Emma notó cómo la presión en el hombro aumentaba apenas un poco cuando la mano de Jack se cerró un poco más.

—Quietos —susurró por el intercomunicador—. Nadie se mueve.

El sol había subido lo suficiente para iluminar parcialmente las ruinas, y Jack sabía que cada sombra estaba cambiando lentamente. Lo que antes era cobertura podía convertirse en exposición en cuestión de minutos.

El zumbido volvió a pasar por encima, esta vez más bajo y más claro. Un sonido artificial que parecía cortar el aire.

Jack levantó la mirada un instante, sin seguirlo directamente, y entonces lo entendió: no estaba pasando, estaba vigilando.

Su mente reconstruyó las posibilidades con rapidez fría.

Las milicias sirias habían visto la columna de humo y habían desplegado vigilancia aérea.

Y ahora… estaban buscando confirmación.

Si el dron los detectaba, no atacaría, solo marcaría la posición y después vendrían los vehículos.

Su respiración se volvió más profunda y controlada.

La certeza llegó sin dramatismo, quizá ya los habían visto.

Jack inclinó ligeramente la cabeza hacia Emma, su voz apenas fue un hilo:

—No importa lo que pase… no te muevas.

El dron volvió a girar sobre ellos.

Más lento y más preciso, como si estuviera decidiendo. Y, por primera vez desde el derribo, el desierto dejó de sentirse vacío.

Se movía, volvía y persistía.

Jack mantuvo la mirada baja, sin seguir el sonido directamente, mientras su mente analizaba cada detalle. El dron no estaba cruzando la zona. No estaba simplemente pasando, estaba buscando, y eso significaba que quedarse completamente inmóvil ya no era suficiente, porque la inmovilidad absoluta también podía delatar.

Una forma humana perfectamente quieta sobre un terreno irregular podía convertirse en un patrón demasiado evidente para una cámara entrenada.

Necesitaba tomar una decisión, rápida, fría y contraintuitiva.

Se inclinó hacia atrás, lo justo para que su sombra se mezclara con la de la roca, rompiendo la línea limpia de su silueta. Con un movimiento lento, casi imperceptible, empujó con la punta de la bota un pequeño fragmento de piedra, alterando la textura del suelo alrededor.

No parecía nada, pero cambiaba la forma, rompía el contorno humano.

—Microajustes —susurró por el intercomunicador—. Lentos. Romped silueta.

Mark desplazó apenas el hombro, alineándolo con una grieta vertical. El *gunner* bajó un centímetro el arma, ocultando el cañón tras la roca. Alex giró el torso lo justo para parecer una extensión del muro e Ethan inclinó la cabeza, fusionándose con la sombra proyectada.

Jack notó cómo Emma contenía la respiración.

Su mano volvió a presionar suavemente su hombro.

—Despacio… —murmuró—, como si fueras parte del terreno.

El zumbido descendió ligeramente.

Más cerca y más presente.

El aire vibró durante unos segundos que parecieron eternos.

Jack sintió cómo el sudor recorría su espalda bajo el chaleco, pero no se movió, solo respiró muy lento y controlado.

El dron pasó por encima. No lo vio directamente, solo percibió el cambio en el sonido, la presión leve en el aire.

Después… se alejó unos metros y volvió. Giró otra vez con demasiada precisión.

El pensamiento apareció sin permiso. Tal vez ya estaban marcados. Tal vez el juego ya había cambiado y, aun así… no podían hacer nada más que seguir siendo invisibles.

El tiempo se estiró y el zumbido siguió allí, como un recordatorio constante de que alguien, en algún lugar, estaba mirando.

De repente, el zumbido desapareció. No se alejó lentamente, no se desvaneció con la distancia… simplemente dejó de estar, como si alguien hubiera apagado el sonido del mundo.

Durante unos segundos nadie se movió, ni siquiera respiraron con normalidad.

El silencio que quedó detrás era más pesado que el ruido.

Jack no levantó la cabeza, no todavía. Esperó cinco segundos, diez, quince… nada.

El viento volvió a ocupar el espacio que antes llenaba el dron, arrastrando partículas de arena contra las piedras con un susurro irregular.

Emma sintió cómo el aire volvía a entrar en sus pulmones con fuerza contenida.

—¿Se ha ido…? —susurró.

Jack no respondió de inmediato porque sabía algo que ella aún no había entendido, que un dron que se aleja lentamente es una cosa, pero uno que desaparece de golpe… es otra completamente distinta.

Su mente reconstruyó posibilidades: cambio de altura, silencio electrónico, fin de vigilancia directa o peor… confirmación obtenida.

Eso era lo que más le preocupaba, no cuándo el enemigo observaba, sino cuándo dejaba de hacerlo, porque aquello significaba que ya no necesitaba mirar.

Jack levantó la mano lentamente.

—Esperamos —susurró por el intercomunicador—. Nadie se mueve todavía.

Mark mantuvo la posición en silencio. El *gunner* no bajó el arma. Alex miró el cielo solo con la visión periférica e Ethan permanecía junto a Emma, inmóvil.

El tiempo volvió a estirarse: un minuto, dos, tres… el desierto parecía demasiado tranquilo, demasiado vacío.

Jack sintió ese peso familiar en el pecho, la certeza incómoda que llegaba antes del peligro real. Si el dron había encontrado algo… lo siguiente no sería invisible, sería rápido.

Giró la cabeza hacia Emma, sus ojos buscaban los suyos, asustada, pero firme.

Jack asintió, un gesto mínimo que decía más de lo que las palabras podían y, en ese instante, entendió que el silencio no era alivio… era una cuenta atrás.

Jack permanecía inmóvil, observando el horizonte con la paciencia fría de quien sabe que moverse demasiado pronto puede ser peor que quedar expuesto.

El viento cambió ligeramente de dirección, un detalle mínimo pero suficiente, que trajo consigo algo más: un temblor casi imperceptible en el suelo. No era un sonido, no todavía, solo una vibración débil que se transmitía a través de la roca bajo sus botas.

Jack bajó apenas la mirada y sintió el pulso irregular bajo la suela… entonces lo supo.

No necesitó verlo, no necesitó oír motores.

Vehículos lejanos, demasiado lejanos para distinguirlos, pero acercándose.

Su mente conectó las piezas sin esfuerzo.

Dron desaparecido. Silencio. Y ahora… esto. Confirmación. Habían sido marcados.

La mandíbula se le tensó, no había sorpresa… solo una aceptación fría.

El juego acababa de cambiar.

Levantó dos dedos lentamente.

—Posible movimiento terrestre —susurró por el intercomunicador —. Aún lejos.

El equipo no reaccionó con sobresalto, solo un ajuste invisible en la postura.

Armas ligeramente más firmes y respiración más controlada.

Emma lo observaba. Había algo en la expresión de Jack que no había visto antes, no era de miedo, era una determinación fría, como

si hubiera cruzado un umbral interno.

Jack volvió a mirar el horizonte y entonces llegó el sonido, muy bajo y grave, intermitente. Claramente eran motores.

Ya no los buscaban, ahora venían hacia ellos.

El sonido de los motores llegó primero como un eco distante, arrastrado por el viento.

Aún no era un sonido fuerte, pero tenía peso, regularidad y dirección.

Jack no se movió. No dio la orden de retirarse, y eso, más que cualquier otra cosa, hizo que el resto entendiera que la situación era seria.

Sus ojos recorrieron el terreno con rapidez calculada: distancias, cobertura, ángulos muertos. Si se movían ahora… se expondrían.

El *wadi* ofrecía ocultación, las ruinas rompían la silueta. El terreno abierto más allá los convertiría en objetivos visibles desde el aire… o desde tierra.

Si el dron los había marcado, salir corriendo sería exactamente lo que esperarían. Un error fatal.

Jack habló en un susurro firme.

—Nadie se mueve.

El intercomunicador permaneció en silencio. Nadie cuestionó la orden.

Emma lo observó, podía sentir la tensión en su postura, en la forma en que cada músculo parecía preparado para reaccionar sin desperdiciar energía.

El sonido de los motores se volvió ligeramente más claro y más definido, pero demasiado rápido. ¿Exploración o búsqueda?

Jack cerró los ojos un segundo y pensó en rutas y en posibilidades.

Si los vehículos venían hacia la zona, había dos opciones: o los habían visto directamente o estaban siguiendo una probabilidad y, hasta que no tuviera la certeza, moverse sería revelar su posición.

Se inclinó ligeramente hacia Emma.

—Quédate quieta hasta que yo diga lo contrario —le susurró.

Ella asintió tragando saliva.

Jack se incorporó unos centímetros, lo justo para observar un punto más alto del terreno.

La luz del sol hacía vibrar el horizonte y entonces vio algo. Una nube leve de polvo lejana, demasiado alineada para ser natural.

—Vehículos confirmados —susurró por el intercomunicador.

Su mente empezó a trabajar más rápido. No podían quedarse allí para siempre, pero tampoco debían salir todavía.

Debían esperar, dejar que pasaran y que eligieran una dirección primero.

El tiempo se volvió denso, cada segundo pesaba más que el anterior.

Jack respiró lentamente y tomó la decisión que separaba a los que sobrevivían de los que corrían por miedo. Esperar, porque moverse demasiado pronto era una condena a muerte.

El sonido de los motores se hizo más claro y más pesado. Ya no era un eco descubierto por el viento, sino un rugido bajo que vibraba en el aire caliente.

Jack no se movió, pero dentro de él algo se tensó aún más.

La nube de polvo creció lentamente sobre el horizonte, elevándose como una señal silenciosa de que el peligro avanzaba sin prisa… y sin desviarse.

Emma sintió cómo su respiración se volvía entrecortada.

El ruido llenaba el espacio entre las rocas, amplificándose en el interior del *wadi* como si los vehículos estuvieran más cerca de lo que realmente estaban.

Un segundo, dos, tres… y entonces aparecieron.

Primero las siluetas oscuras, luego el brillo ocasional del metal. Tres *pick-ups*, avanzando en línea irregular y demasiado cerca.

Emma sintió que el corazón le golpeaba contra el pecho.

Los hombres iban armados, podía verlos ahora.

Uno de ellos parecía estar de pie, vigilando el terreno. Su estómago se encogió.

—Nos han encontrado —susurró Emma y giró la cabeza hacia Jack.

Él observaba sin pestañear, inmóvil, pero algo en sus ojos decía que estaba calculando, no reaccionando.

Los vehículos avanzaron unos metros más.

El sonido se volvió ensordecedor dentro del silencio tenso de las ruinas.

Emma sintió que el mundo se estrechaba.

Si miraban hacia abajo desde aquellos vehículos… si alguien levantaba la vista…

Jack inclinó la cabeza y un detalle mínimo llamó su atención: la dirección de las ruedas, el ángulo del conductor, la forma en que el hombre de pie sostenía el arma…

No estaban escaneando, no buscaban ángulos muertos… miraban hacia delante, hacia la ruta más directa. Seguían la línea obvia… hacia Jordania, exactamente donde él había decidido no ir.

Una exhalación casi imperceptible escapó de su pecho, todavía no los habían visto.

Los vehículos pasaron a menos de cien metros de las ruinas, demasiado cerca.

El sonido de las suspensiones golpeando el terreno se sintió como latidos bajo la tierra.

Emma cerró los ojos un segundo, segura de que alguien iba a detenerse, de que iban a girar y de que todo terminaría allí… pero no ocurrió.

Las *pick-ups* continuaron avanzando y se alejaron lentamente con el sonido del motor cada vez más lejano. Solo cuando el polvo volvió a asentarse sobre el desierto, Jack dejó salir el aire que llevaba conteniendo un buen rato.

Giró la cabeza hacia Emma.

Sus ojos seguían abiertos y con el matiz de sorpresa de quien no entiende de temas militares.

—No nos buscan aquí —susurró.

No era alivio… era una pequeña oportunidad que acababan de ganar y sabía que no duraría mucho.

El ruido de los motores desapareció poco a poco hasta convertirse en un recuerdo lejano.

El silencio regresó, pero no era el mismo, ahora estaba cargado de algo más pesado.

El cuerpo tarda en comprender que el peligro ha pasado, y cuando lo hace… llega la reacción.

Emma no se dio cuenta del primer temblor.

Fue apenas un movimiento involuntario en sus manos, apoyadas contra la piedra, luego otro más visible.

Su respiración se volvió irregular, como si no encontrara el ritmo correcto.

Jack lo vio al instante. Se acercó sin prisa, sin movimientos bruscos que pudieran romper el equilibrio frágil del momento y se agachó frente a ella, ocupando su campo de visión.

—Eh… —murmuró suavemente.

Emma intentó hablar, pero no pudo.

Sus ojos brillaban, húmedos, aunque no llegaban a romperse del todo, no era llanto, era la descarga silenciosa del miedo retenido.

Jack apoyó una mano en su hombro, firme y cálida, dándole estabilidad.

—Respira conmigo.

No fue una orden militar, fue algo más cercano y más personal.

Inspiró lentamente, marcando el ritmo sin decirlo, y ella lo siguió casi sin darse cuenta. Y así, poco a poco, el temblor comenzó a disminuir.

Ethan observó desde un lado y una pequeña sonrisa casi invisible cruzó su rostro al ver cómo su capitán modulaba la voz de una manera que rara vez usaba.

Emma bajó la mirada un momento.

—Pensé que… —susurró sin poder acabar la frase.

—Lo sé. —Su pulgar se movió levemente sobre el hombro de ella, un gesto pequeño, repetido, como si anclara su presencia al presente—. Lo hiciste bien —añadió.

Ella soltó una breve risa nerviosa despojada de humor.

—No hice nada.

Jack negó.

—Quedarte quieta cuando todo te dice que corras… eso no es poca cosa.

Sus miradas se encontraron durante un segundo más largo de lo habitual.

El capitán seguía allí, pero algo más también, algo que no decía en voz alta, pero Emma lo vio y eso la calmó más que cualquier palabra.

Jack retiró la mano despacio, volviendo al exterior con la mirada.

El peligro no había terminado, pero por un instante ella estaba a salvo, y eso era suficiente.

Jack permaneció unos segundos más observando el horizonte, asegurándose de que la nube de polvo se disolvía por completo antes de hablar. El silencio volvió a asentarse sobre las ruinas, pero ahora era distinto, más frágil y más urgente.

Se incorporó lentamente.

—Reunión rápida —murmuró.

Mark se desplazó unos pasos desde su posición elevada. Alex levantó la mirada desde la radio. Ethan se acercó sin hacer ruido mientras Emma permanecía sentada, observándolo.

Jack habló bajo, pero con la firmeza de quien ya había tomado una decisión.

—Ese dron no estaba patrullando al azar. —Nadie respondió, no hacía falta—. Puede que no nos haya identificado —continuó—, pero alguien ha visto algo suficiente como para enviar vehículos a revisar la zona.

Ethan cruzó los brazos.

—Volverá.

Jack asintió.

—Si están buscando, sí. Los drones vuelven cuando hay dudas. Revisan patrones. Esperan movimiento.

Alex frunció el ceño.

—Si nos quedamos aquí…

—Nos convertimos en un punto fijo —terminó Jack.

El silencio cayó de nuevo y Emma tragó saliva.

—¿Nos movemos ahora? —preguntó Ethan.

Jack negó.

—No todavía. Con esta luz somos demasiado visibles. —Se agachó, trazando mentalmente una línea sobre el suelo con el dedo —. Salimos en cuanto el sol empiece a caer. Antes de que oscurezca del todo.

Mark levantó ligeramente la barbilla.

—¿Nos adelantamos a su siguiente pasada?

—Exacto —respondió Jack—. Si esperan que sigamos escondidos, romperemos el patrón.

Ethan asintió lentamente.

—Moverse antes de que quieran que lo hagamos.

Jack sostuvo su mirada un segundo.

—Exacto.

Emma observaba en silencio. Había algo diferente en él ahora, más intenso y más decidido, como si el tiempo hubiera empezado a correr más rápido.

Jack se giró hacia ella y habló en voz baja.

—¿Puedes caminar rápido?

Ella asintió.

—Sí.

Él la analizó con su mirada unos segundos más.

—Bien. Porque cuando salgamos… no vamos a parar hasta estar fuera de su alcance.

Emma respiró hondo y asintió.

Jack asintió una sola vez, pero no respondió, aunque en su mirada había algo que decía más que cualquier palabra.

—Revisad equipo. Hidratación. Salimos en breve.

El grupo se dispersó en silencio y, mientras el sol comenzaba lentamente a descender, Jack volvió a observar el cielo.

Sabía algo que no dijo en voz alta: la próxima vez que el dron apareciera no tendrían otra oportunidad.



24

El tiempo en el desierto no se medía con relojes, se sentía.

Jack lo sabía antes de pensarlo.

Primero fue la luz, el blanco abrasador del día empezó a perder chispa, transformándose en tonos más cálidos que alargaban las sombras y suavizaban los contornos del terreno. Las rocas dejaron de reflejar el sol como espejos y comenzaron a absorberlo lentamente.

Luego llegó el viento, un cambio leve, casi imperceptible, que arrastraba aire más fresco desde el este, levantando pequeñas líneas de arena que serpenteaban sobre el suelo.

El desierto estaba cambiando de ritmo.

Jack levantó la mirada hacia el horizonte. No necesitaba comprobar la hora, lo sentía en su interior.

El momento estaba cerca.

Un ave solitaria cruzó el cielo a baja altura, desplazándose hacia zonas más resguardadas. Los insectos que habían permanecido ocultos durante el calor diurno empezaron a moverse entre las grietas.

Se inclinó apoyando la mano contra la piedra, la temperatura comenzaba a descender. Ya era suficiente.

Se levantó.

—Preparaos —dijo en voz baja.

El equipo reaccionó de inmediato.

Mark ajustó la correa del arma. Alex comprobó una última vez la radio, aunque sabía que seguía muda e Ethan cerró su mochila con movimientos precisos.

Emma observó a Jack.

—¿Ya? —preguntó ella.

Jack asintió.

—El desierto nos está dando una ventana.

Ella frunció ligeramente el ceño.

—¿Cómo lo sabes?

Él señaló el horizonte.

—Sombras largas, viento cambiando y menos reflejo en las rocas. Cuando todo empieza a moverse… nosotros también. —Emma lo miró unos segundos más. Aquello no parecía una explicación, parecía instinto. Jack se acercó un paso—. Cuando salgamos, iremos bajos y sin detenernos. Rodearemos hacia el este antes de girar al sur. No seguimos rutas obvias.

Ella asintió, el miedo seguía allí, pero también la confianza.

Jack levantó la mano y dio la orden de moverse.

Uno a uno, comenzaron a abandonar las ruinas y mientras descendían hacia el *wadi*, el sol iniciaba su caída lenta sobre el desierto, como si supiera que la verdadera carrera empezaba ahora.

El desierto parecía respirar de otra manera cuando comenzaron a avanzar.

Las ruinas quedaron atrás lentamente, tragadas por las sombras crecientes mientras descendían hacia el *wadi*. Las piedras crujían bajo sus botas y el sonido mínimo era absorbido por el terreno irregular.

Jack iba en cabeza, un paso por delante del resto.

No miraba directamente hacia el cielo, nunca lo hacía.

Sus ojos recorrían el terreno, las sombras, los pequeños cambios en la luz que otros pasarían por alto.

El aire estaba más fresco, más quieto, y entonces lo sintió de nuevo.

No fue un sonido, todavía no, fue la ausencia de algo.

El viento había cambiado minutos antes, arrastrando partículas finas de arena que dibujaban líneas suaves sobre el suelo. Ahora

esas líneas habían desaparecido, como si algo hubiera alterado el flujo del aire por encima.

Jack redujo el ritmo. Un ajuste tan leve que solo un operador experimentado habría notado. Escuchó. Nada. Pero el silencio no era natural, era expectante… como una presión leve en la nuca.

Esa sensación familiar de estar siendo observado sin poder demostrarlo.

El equipo continuó avanzando detrás de él, confiando en su ritmo.

Emma caminaba a su lado, concentrada en apoyar bien el pie, en seguir el paso sin pensar demasiado.

Jack levantó una mano lentamente indicando el alto.

Todos se detuvieron al instante.

—¿Qué pasa? —susurró Ethan.

Jack no respondió.

Giró la cabeza un poco, escuchando y esperando. Llegó de nuevo, muy leve, un zumbido bajo, casi perdido entre el aire que comenzaba a enfriarse. El mismo. El dron, más alto esta vez y más lejano… pero allí.

Había regresado antes de lo esperado.

Jack bajó la voz hasta convertirla en un hilo apenas audible.

—Puede que tengamos ojos arriba otra vez.

Emma sintió cómo el estómago se le encogía.

—¿Ya?

—Estaban dudando —murmuró él—. Ahora están comprobando.

El zumbido aumentó ligeramente, girando en círculos amplios sobre el terreno.

Jack miró hacia delante, evaluando rutas, sombras, ángulos. Si seguían moviéndose en campo abierto podrían convertirse en una firma clara, pero quedarse quietos también tenía su precio.

Su mente empezó a recalcular. El juego acababa de reiniciarse.

El zumbido se mantenía alto, girando en círculos amplios sobre el desierto como un depredador paciente.

Jack no levantó la mirada, no directamente. Sus ojos bajaron al terreno, al *wadi*, a las sombras largas que comenzaban a crecer entre las rocas.

El desierto ofrecía pocas mentiras… pero suficientes para quien sabía leerlas.

Se inclinó hacia el equipo.

—Seguimos moviéndonos —susurró—. Despacio. Quedarnos quietos demasiado tiempo crea patrón. Vamos a romperlo.

Emma escuchaba sin entender del todo, pero percibiendo la seguridad en su voz.

Jack señaló con la barbilla hacia una zona donde el *wadi* se estrechaba, creando sombras irregulares.

—En fila. Distancia corta. Aprovechad sombras, no crestas.

El grupo comenzó a avanzar de nuevo. No era caminar normal, era deslizarse: un paso, pausa breve, cambio mínimo de dirección, otro paso... Jack alteraba el ritmo deliberadamente, nunca lineal, nunca predecible.

El dron giró de nuevo y el sonido descendió ligeramente.

Emma sintió el impulso de mirar hacia arriba, pero recordó sus palabras.

"No te muevas. Ni mires arriba".

Jack extendió la mano hacia atrás sin girarse y rozó su muñeca.

Un gesto mínimo de ancla.

—Tranquila —susurró sin girarse.

El *wadi* ofrecía una depresión más profunda unos metros adelante. Jack cambió ligeramente la dirección, guiando al grupo hacia una sombra más densa proyectada por un afloramiento rocoso.

—Romped silueta —susurró por el intercomunicador.

Mark se inclinó apenas lo justo, integrando su perfil con la roca. Alex cambió la posición de la mochila para romper líneas rectas. Ethan redujo su altura, caminando más cerca del suelo. Emma imitó los movimientos, concentrada en cada paso.

El zumbido volvió a pasar por encima, más cerca.

Jack sintió cómo el aire vibraba, pero el grupo ya no parecía una unidad clara.

Eran fragmentos, sombras, irregularidades en el terreno.

El dron continuó su órbita sin detenerse ni descender.

Por primera vez desde que el dron reapareció, Jack sintió que quizá, solo quizá, estaban desapareciendo otra vez, no porque fueran invisibles, sino porque habían dejado de parecer humanos desde arriba.

El zumbido comenzó a alejarse, no abruptamente, simplemente empezó a desvanecerse, elevándose poco a poco hasta convertirse en un sonido distante que el viento terminó por diluir.

El equipo continuó avanzando unos metros más antes de detenerse bajo una sombra irregular. Nadie habló ni celebró…

Jack quedó quieto, observando el horizonte, esperando, contando mentalmente los segundos hasta que el silencio regresó… y esta vez sí parecía vacío.

Ethan exhaló despacio.

—Se ha ido.

Jack no respondió, algo no encajaba.

No se trataba del dron, era lo que había dejado detrás.

Bajó la mirada hacia el suelo.

El viento había cambiado de nuevo, levantando pequeñas líneas de arena que cruzaban el *wadi*.

Entonces lo vio: huellas, no las suyas. No eran recientes, pero tampoco antiguas, en posición paralela, marcadas con intención.

Los vehículos habían pasado por allí antes, quizá algún hombre había bajado a escudriñar el terreno…

Se agachó, tocando la tierra. La arena aún conservaba bordes definidos.

No más de unas horas.

El dron no estaba buscando al azar. Estaban peinando rutas específicas.

Jack levantó la mirada lentamente.

El horizonte seguía vacío, pero ahora sabía algo que el resto aún no había comprendido.

El dron se había ido… porque ya no necesitaba estar. Habían reducido el área y alguien más vendría a cerrar el círculo.

Se incorporó.

—Cambiamos ritmo —dijo en voz baja.

Emma lo miró.

—¿Qué pasa?

Jack sostuvo su mirada un segundo.

—Esto ya no es solo vigilancia.

No añadió más, no hacía falta. El peligro había cambiado de forma y el tiempo acababa de volverse más valioso.

Jack volvió a ponerse en movimiento sin mirar atrás.

El ritmo cambió, no era una carrera, pero tampoco era la marcha controlada de antes, era algo más duro: el tipo de avance que no deja espacio para el cansancio.

Emma lo sintió enseguida.

El terreno irregular exigía más al tobillo vendado y cada paso enviaba una punzada sorda hacia arriba, aunque intentó disimularlo. Apretó los dientes y mantuvo el ritmo.

Durante varios minutos nadie habló.

Solo el sonido leve de las botas sobre la grava y el viento arrastrando arena.

Ethan fue el primero en notar la diferencia.

—¿Aumentamos velocidad? —preguntó.

—Sí.

Una sola palabra firme y sin explicación adicional.

Emma aceleró un poco más para mantenerse a su lado.

—Jack… —murmuró.

Él no se detuvo, pero giró ligeramente la cabeza hacia ella.

—Han reducido el área —dijo finalmente—. Si esperan encontrarnos escondidos, tenemos que adelantarnos a su siguiente movimiento.

Ella asintió, aunque la información llegó acompañada de un peso distinto, más urgencia y más riesgo.

Caminaron unos metros más y el dolor empezó a hacerse más evidente.

Emma tropezó, un movimiento mínimo, pero Jack reaccionó sin mirar, tomándola con su mano firme del brazo y estabilizándola antes de que perdiera el equilibrio.

No se detuvo, pero la miró evaluándola unos segundos.

—Puedo seguir —dijo ella rápidamente.

Él guardó silencio unos segundos y luego habló más bajo.

—Lo sé.

Siguieron avanzando. El sol descendía lentamente, alargando las sombras, y el desierto parecía empujarlos hacia delante.

Emma respiró hondo.

—Si necesitas ir más rápido… hazlo. No voy a frenarte.

Jack se detuvo solo un segundo y se giró hacia ella.

Sus ojos eran firmes e intensos.

—No te estoy dejando atrás.

No era una promesa romántica, era una verdad, pero debajo había algo más.

Jack inspiró despacio y el capitán volvió a hablar.

—Vamos a movernos más duro —añadió—. Menos pausas. Ritmo constante. Necesitamos distancia antes de que oscurezca del todo.

Ethan observaba desde un lado, entendiendo perfectamente lo que estaba pasando: la decisión correcta… y lo que le costaba a Jack tomarla.

Emma asintió.

—Entonces vamos.

Jack sostuvo su mirada un segundo más y algo pasó entre ellos.

Luego volvió a avanzar y el grupo se puso en movimiento otra vez, desapareciendo lentamente entre las sombras crecientes del desierto.

El ritmo constante empezó a pasar factura. No de golpe ni de forma evidente.

Primero fue un pequeño desfase entre pasos. Un segundo de retraso al cruzar una zona de grava. Luego otro.

Emma intentaba mantener la cadencia del grupo, concentrada en no mirar hacia abajo, en no pensar en el dolor que comenzaba a subir por la pierna con cada apoyo, pero el cuerpo tiene límites.

Jack lo notó antes de verla quedarse atrás.

El sonido de sus pasos había cambiado a uno más pesado e irregular. No necesitaba girarse para saberlo.

Redujo el ritmo un poco, lo suficiente para que ella volviera a alinearse con él.

—Estoy bien —dijo Emma en voz baja, anticipándose.

Él no respondió, solo avanzó unos metros más.

El terreno se inclinó ligeramente hacia arriba y el esfuerzo aumentó.

Emma apretó los dientes. El pie falló con otro tropiezo mínimo, pero Jack reaccionó al instante. Su mano apareció en su cintura, firme, estabilizándola sin detener la marcha.

Durante unos pasos siguieron así, juntos. El contacto era práctico y necesario en aquel momento.

—Lo siento, os estoy frenando.

Jack exhaló lentamente.

—No lo estás haciendo.

Pero su mirada bajó un instante hacia el tobillo vendado, calculando distancia restante, tiempo antes de la noche cerrada y riesgo creciente.

Tomó una decisión, sin dramatismo y sin anuncio.

Se detuvo de golpe y el equipo también.

Jack se giró hacia ella, sus ojos eran serios y su voz baja.

—Ven aquí.

Antes de que Emma pudiera preguntar, él ajustó ligeramente la posición del chaleco táctico y pasó su brazo por detrás de su espalda, guiándola hacia su lado izquierdo.

No era un gesto íntimo, era estructura, apoyo.

Su ritmo cambió de forma sutil, absorbiendo parte del peso de ella sin hacerlo evidente.

—Menos carga en ese lado —murmuró. Emma abrió la boca para protestar, pero él negó con un gesto leve—. No es negociable.

Ethan observó desde un lado, con una sonrisa apenas visible cruzando su rostro.

No era solo estrategia, era cuidado.

Jack retomó la marcha más cerca de ella, lo suficiente para sostenerla si hacía falta, sin decirlo y sin mirarla constantemente, pero siempre allí.

Emma entendió algo en ese momento. No era solo que no la dejaría atrás, era que ni siquiera contemplaba la idea.

El grupo siguió avanzando sin detenerse.

El desierto cambiaba lentamente de color mientras el sol descendía, bañando las rocas en tonos cálidos que engañaban al ojo

y al tiempo. Las sombras crecían a su alrededor, alargándose como si intentaran alcanzarlos.

Jack caminaba junto a Emma, manteniendo el ritmo constante, absorbiendo parte del terreno irregular con movimientos precisos.

—Vas bien —murmuró sin mirarla.

Ella dejó escapar una pequeña exhalación.

—No me mientas.

Jack giró la cabeza para mirarla.

—No lo hago.

Emma negó levemente.

—Estáis entrenados para decir eso… para mantenernos en marcha. Yo no.

Hubo un breve silencio entre ambos, lleno de pasos y respiraciones.

Jack bajó un poco la voz.

—No me refiero al entrenamiento —respondió finalmente—. Te digo que lo estás haciendo mejor de lo que crees.

Emma sostuvo su mirada un segundo antes de volverla al frente.

Algo en su tono la desarmaba, no era motivación vacía, era confianza.

Ethan apareció unos pasos más atrás, igualando su posición.

—Respiración corta —comentó con suavidad.

Emma intentó sonreír.

—Estoy intentando no morir.

—No hace falta hacerlo todo hoy —respondió él con una sonrisa —. Solo el siguiente paso.

Caminaron unos metros más.

El ritmo seguía siendo exigente. Ethan la observó un momento.

—Baja los hombros —dijo en voz baja—. Estás tensando el pecho y eso acelera la respiración. —Ella obedeció sin pensar demasiado y el aire entró mejor—. Eso —añadió él—. Nariz al inspirar, boca al soltar. Como si estuvieras marcando el ritmo de una canción.

Emma soltó una pequeña risa sin aliento.

—No esperaba clases de yoga en medio del desierto.

—No es yoga —respondió Ethan—. Es sobrevivir sin agotarte antes de tiempo.

Jack escuchaba sin intervenir, pero su mirada regresaba a ella cada pocos segundos.

—Tienes mucho camino por delante —añadió Ethan, más suave —. Guarda energía.

Su tono era profesional, pero también cálido.

Emma asintió.

—Gracias.

El grupo siguió avanzando, paso a paso, respiración tras respiración, y cada cierto tiempo, casi sin darse cuenta, Jack volvía a inclinarse hacia ella.

El terreno volvió a cambiar bajo sus pies.

Una zona de piedras sueltas obligó al grupo a ajustar el ritmo sin detenerse. Emma intentó seguir el paso sin mirar hacia abajo, aunque el dolor subía en oleadas breves, cada vez más insistentes, y el cansancio empezaba a infiltrarse entre sus pensamientos.

Dio un paso mal apoyado y el pie cedió.

Su cuerpo se inclinó hacia un lado antes de que pudiera reaccionar.

Jack la sostuvo al instante y su brazo rodeó su cintura con firmeza, atrayéndola hacia él antes de que cayera.

No se detuvieron, pero su agarre se volvió más sólido.

—Te tengo —murmuró.

Emma cerró los ojos un segundo, recuperando el equilibrio.

—Lo siento…

—No —respondió él con suavidad—. Solo ajusta el paso.

Siguieron avanzando.

Su mano permaneció en su espalda baja, guiándola sin imponer.

El contacto era práctico y constante.

Jack sabía lo que estaba pasando, no era solo el dolor, era la mente intentando alcanzar al cuerpo, el miedo, la adrenalina, la presión acumulada. Ellos estaban entrenados para caminar dentro de ese ruido, pero ella no. Y eso hacía todo más difícil.

—¿Sabes qué es lo peor del entrenamiento? —preguntó de repente, en voz baja.

Emma lo miró de reojo, sorprendida.

—¿Qué?

—Que te enseñan a ignorar el dolor… pero nadie te explica qué hacer cuando aparece el miedo.

Ella apretó los labios.

—Pensaba que eso también os lo enseñaban.

Jack negó.

—Aprendemos a caminar con él. No a que desaparezca. —Caminaron unos pasos más. El sonido del viento llenaba los silencios entre frases—. Cuando empecé —añadió él—, contaba pasos. Diez pasos y respiraba. Otros diez y volvía a empezar.

Emma frunció el ceño.

—¿De verdad?

—Funcionaba —dijo con una leve sonrisa que ella apenas pudo ver—. El cerebro deja de pensar en cuánto falta… y solo se centra en el siguiente número.

Ella intentó seguir la idea.

—¿Diez pasos?

—Empieza con cinco —respondió él suavemente—. Cinco pasos, una respiración, luego otros cinco…

Emma asintió, concentrándose en contar los pasos y en respirar… era cierto que el dolor seguía allí, pero ya no ocupaba todo el espacio.

Jack la observó unos segundos más.

—Lo estás haciendo muy bien.

Ella negó levemente.

—Sigues mintiendo.

Él dejó escapar una risa floja.

—No. Solo estoy siendo honesto de una forma que te ayude a seguir avanzando.

Emma sintió cómo algo dentro de ella se relajaba y, por primera vez desde que habían dejado las ruinas, el camino dejó de parecer infinito porque ya no caminaba sola.

Emma siguió contando pasos en silencio. El ritmo empezaba a estabilizarse, aunque el dolor seguía allí, constante, como un recordatorio que ya no gritaba, pero tampoco desaparecía.

Jack caminaba a su lado, su mano aún firme en su espalda baja, ajustando el paso sin que pareciera un esfuerzo.

—¿Lo ves? —murmuró—. Ya estás marcando el ritmo.

Ella soltó una pequeña sonrisa, cansada.

—No me acostumbro a que alguien me dé instrucciones para respirar.

—Créeme —respondió él—. Funciona mejor de lo que parece.

Caminaron unos metros más.

El viento arrastraba pequeñas líneas de arena a través del terreno, dibujando patrones irregulares que se deshacían con cada paso.

Y entonces Jack lo vio, no fue algo evidente, solo un detalle fuera de lugar.

Las líneas de arena cambiaban de dirección en un punto concreto, como si algo hubiera interrumpido el flujo del viento recientemente.

Sus ojos se fijaron allí apenas un segundo. Un rastro ligero y paralelo, demasiado recto para ser natural.

Redujo el ritmo.

Era tan leve que solo un operador entrenado lo habría notado. Miró hacia delante y se dio cuenta de que Ethan y Alex también lo miraban, como si también hubiesen sido conscientes de ello.

Emma siguió caminando sin percibirlo.

—¿Qué pasa? —preguntó ella al darse cuenta de que los tres se miraban.

Jack no respondió de inmediato.

Sus sentidos se expandieron escuchando más allá del viento.

Nada claro, pero algo… no encajaba.

Levantó la mirada hacia el terreno más adelante, hacia una pequeña elevación, una curva natural del *wadi*. Un punto perfecto para observar sin ser visto.

Su mandíbula se tensó.

—Nada —dijo finalmente, con suavidad—. Sigue contando pasos.

Emma lo miró de reojo, sabía que mentía, pero también sabía que lo hacía para mantenerla tranquila.

Jack habló por el intercomunicador, apenas un susurro.

—Ojos abiertos. Posible actividad reciente.

Mark respondió con un leve *"recibido"*.

El grupo ajustó la postura sin cambiar el ritmo.

Nadie miró directamente hacia la zona, nadie señaló, pero todos entendieron.

Jack volvió a centrarse en Emma.

—Cinco pasos más —murmuró.

Ella asintió, pero ahora podía sentir algo distinto en él: una tensión nueva.

Y aunque todavía no sabía qué era… el desierto ya no parecía vacío.



25

Llevaban horas avanzando.

No corriendo exactamente, pero sí a un ritmo que el cuerpo interpretaba como huida constante. El desierto se extendía oscuro y silencioso bajo el cielo abierto. Las estrellas brillaban con una intensidad casi irreal sobre sus cabezas.

Jack levantó la mano.

—Micro descanso. Tres minutos. Dispersión baja.

El equipo redujo la marcha sin detenerse de golpe, desviándose hacia una depresión natural del *wadi* donde una formación rocosa creaba una sombra irregular incluso bajo la luz de la luna.

No era un lugar elegido al azar.

La curva del terreno rompía la línea visual desde cualquier punto elevado. Las rocas ofrecían cobertura lateral y, lo más importante, había dos vías claras de salida: una hacia el este siguiendo el cauce y otra hacia una elevación del terreno que permitía desaparecer rápidamente si algo salía mal.

Jack recorrió el perímetro con la mirada antes de asentir.

—Zona limpia —susurró.

Se agacharon casi al mismo tiempo.

No hubo relajación, solo una disminución controlada de la tensión, porque detenerse no significaba estar seguros, significaba mantenerse funcionales.

—Ethan —murmuró Jack—. Revisa el pie.

Ethan asintió y se acercó a Emma mientras dejaba caer la mochila con cuidado.

Jack desenroscó su cantimplora y bebió un trago corto antes de sacudir la tierra acumulada en las botas. Mark y Alex imitaron el gesto en silencio. El *gunner* permanecía medio girado hacia el exterior, vigilando mientras bebía también un poco de su cantimplora.

Jack volvió hacia Emma y le tendió el agua.

—Bebe.

Ella tomó la cantimplora con ambas manos, bebiendo despacio, intentando no parecer desesperada. El agua bajó por su garganta como un alivio inmediato.

—Gracias —murmuró.

Cuando terminó, se la tendió a Ethan, pero este negó.

—Gracias. Tengo la mía. —Ethan terminó de revisar el vendaje—. Sigue estable —dijo en voz baja—. Inflamación controlada.

Ajustó un poco la presión y se apartó unos pasos, dejándole espacio.

Emma levantó la mirada hacia el cielo. Las estrellas parecían infinitas allí, sin contaminación ni ruido.

Jack siguió su mirada y sonrió levemente.

—Bonito, ¿eh?

Ella asintió.

—Me prometiste que me llevarías a ver las estrellas en la base —le recordó.

Él soltó una pequeña risa.

—No esperaba que fuese así.

—Yo tampoco —respondió ella con una sonrisa cansada.

Un silencio cómodo se instaló entre ambos durante unos segundos.

—Aun así… —añadió Jack—, sigue siendo una buena vista.

Emma dejó escapar una exhalación suave.

—Sí.

La miró unos segundos como si memorizase su rostro y miró alrededor. La voz de Jack rompió el momento.

—Movimiento en treinta segundos.

No era una sugerencia, era una cuenta atrás.

El equipo reaccionó de inmediato, cerrando cantimploras, ajustando correas y levantándose con movimientos fluidos.

Jack miró a Emma un instante más.

—¿Lista?

Ella asintió.

—Lista.

Jack levantó la mano.

—En marcha. Ritmo bajo. Silueta rota —susurró por el intercomunicador.

El grupo volvió a moverse, desapareciendo otra vez entre sombras y estrellas mientras el desierto seguía observando en silencio.

El ritmo volvió casi de inmediato.

El descanso había sido breve, apenas suficiente para bajar las pulsaciones impidiendo que el cuerpo se relajara del todo. El aire nocturno se sentía más frío contra la piel sudada mientras avanzaban por el *wadi*. Las sombras alargadas se movían con ellos como figuras silenciosas.

Mark iba en cabeza. Su silueta era apenas visible contra las sombras del *wadi* mientras avanzaba con pasos medidos, leyendo el terreno como si formara parte de él. Detrás, el resto del equipo mantenía la distancia exacta, cada uno ocupando su espacio dentro de una coreografía silenciosa aprendida con años de entrenamiento.

Jack caminaba junto a Emma, absorbiendo pequeños desequilibrios antes incluso de que ella los sintiera.

El desierto parecía tranquilo otra vez, demasiado tranquilo.

Jack redujo el ritmo, obligando al grupo a ajustarse sin detenerse.

La arena estaba más compacta.

Se inclinó ligeramente mientras caminaba, observando las marcas sin llamar la atención.

Había pisadas, no de animales ni de personas, de camiones. Eran antiguas… pero repetidas. Vehículos que habían pasado varias

veces por el mismo punto. Un corredor.

Su mirada siguió las líneas en el suelo y entonces vio otra cosa.

Una piedra colocada en vertical junto a una roca mayor. No era natural, era un pequeño marcador y fácil de ignorar para cualquiera que no supiera qué mirar.

Alguien estaba usando esa ruta y no para atravesarla rápido, sino para controlarla.

Jack levantó dos dedos.

Mark redujo el paso en respuesta inmediata.

—Actividad humana reciente —susurró por el intercomunicador.

Emma notó el cambio en su postura.

—¿Qué pasa? —preguntó en voz baja.

Jack mantuvo la mirada al frente.

—Nada aún —murmuró finalmente—. Solo seguimos atentos.

Pero en su mente las piezas ya empezaban a encajar.

Rutas marcadas, terreno compactado, puntos elevados cercanos… un lugar perfecto para detener vehículos, para observar y para esperar.

No lo dijo, todavía no, pero la palabra apareció clara en su cabeza: *Checkpoint*.

El grupo siguió avanzando y, con cada paso, el desierto dejó de sentirse vacío para convertirse en territorio vigilado.

Jack sintió cómo el terreno se estrechaba ligeramente y cómo la curva del *wadi* creaba un ángulo muerto perfecto unos metros más adelante, demasiado perfecto.

Su mano se cerró sobre el brazo de Emma.

—Alto.

La orden fue baja, un susurro, pero el equipo se detuvo al instante.

Mark congeló el paso en cabeza y el silencio cayó de golpe.

Jack observó el terreno unos segundos más.

Las sombras delante eran densas, pero no naturales. El perfil de una roca alta creaba una cresta que impedía ver qué había más allá… mientras ofrecía cobertura ideal para cualquiera que estuviera observando desde el otro lado.

—Entramos en zona roja —susurró por el intercomunicador—. Máximo peligro. Silencio total. —Jack bajó la mano lentamente—. Abajo.

El equipo se agachó al mismo tiempo.

Luego, sin más indicaciones, comenzaron a descender hasta quedar casi pegados al suelo.

Jack miró a Emma, sus ojos eran firmes.

—Vamos a arrastrarnos. Movimiento lento. Copia lo que haga yo.

Ella asintió tragando saliva.

Jack se colocó ligeramente delante de ella, guiándola con movimientos medidos mientras apoyaba el peso en antebrazos y rodillas, avanzando centímetro a centímetro.

La grava raspaba contra el tejido, aun así, el sonido era mínimo.

Cada movimiento parecía amplificado por la tensión.

Mark avanzó primero hacia la cresta baja, reptando hasta quedar a pocos metros de la línea visual.

El *gunner* se desplazó hacia un lateral para cubrir ángulo. Alex permanecía un poco atrás, vigilando retaguardia e Ethan cerraba el grupo junto a Emma y Jack.

Jack se adelantó unos centímetros al *gunner* y se detuvo. Escuchó. Nada. Solo el viento. Y entonces, un reflejo breve, como un metal lejano.

Su respiración se volvió más lenta mientras se llevaba la mano al intercomunicador, levantando la cabeza solo lo necesario para ver sin exponerse.

Allí estaban, tres *pick-ups*, las tres paradas, una atravesada parcialmente en el paso natural del *wadi* y figuras moviéndose alrededor.

Un *checkpoint* móvil.

Jack bajó la cabeza de inmediato. Su voz fue un hilo apenas audible.

—Contacto visual confirmado. *Checkpoint* delante.

El peso de las palabras cayó sobre el equipo como una descarga silenciosa.

Jack se giró hacia Emma y situó su mano en su hombro.

—Ni un movimiento hasta que yo lo diga.

El desierto dejó de respirar y, por primera vez desde que habían salido de las ruinas, el peligro tenía una forma concreta.

Cada sonido del *checkpoint* llegaba fragmentado hasta ellos: voces lejanas, el golpe metálico de algo contra la carrocería de una *pick-up* y el murmullo irregular de un motor aún caliente.

Jack permanecía inmóvil, observando sin levantar demasiado la cabeza. *"Ver sin ser visto"*, pensó calculando la distancia, ángulos y posibles rutas de rodeo.

Emma intentó controlar la respiración, pero entonces su mirada se detuvo sobre un pequeño destello.

Algo metálico en el suelo, unos centímetros delante de ella, parecía una carcasa vacía de munición, parcialmente enterrada en la arena.

El reflejo de la luna la hizo brillar un segundo.

Instintivamente, movió la mano para apartarla, pensando en evitar cualquier sonido accidental, pero la grava crujió bajo sus dedos.

Jack reaccionó antes de que terminara el movimiento.

Su mano atrapó la muñeca de Emma con rapidez, firme pero cuidadosa, deteniéndola a medio gesto. Sus ojos buscaron los de ella inmediatamente en el más absoluto silencio.

El mundo se redujo a ese instante.

—Quietos —susurró por el intercomunicador.

El equipo se congeló y Jack negó lentamente con la cabeza hacia Emma.

Ella entendió y retiró la mano despacio dejando el reflejo metálico donde estaba.

Jack mantuvo su mano sobre la muñeca de ella un instante más de lo necesario, no solo para detenerla, sino para asegurarla. Su pulgar presionó levemente la piel antes de soltarla. Un gesto mínimo, pero lleno de significado.

Emma tragó saliva, podía sentir la cercanía del peligro como un peso físico.

Jack volvió a mirar hacia delante, el *checkpoint* seguía allí.

Uno de los hombres caminaba lentamente cerca del vehículo atravesado, fumando, demasiado cerca de la línea visual.

Jack exhaló despacio y la mente fría volvió a ocupar el espacio.

Mantuvo la mirada fija sobre el *checkpoint* y las tres *pick-ups*, vehículos perfectos para aquel entorno.

Dos hombres andaban vigilando con armas largas y otro permanecía apoyado contra el capó, fumando lentamente.

Retroceder no era una opción, no ahora, el terreno detrás quedaría expuesto durante demasiados metros y si el dron volvía… estarían exactamente donde esperaban encontrarlos.

Su decisión llegó rápida y se inclinó hacia el intercomunicador.

—No retrocedemos. Rodeamos por la izquierda. Movimiento reptando. Zona expuesta… pero es la única ventana.

Mark asintió, el *gunner* ajustó su posición, Alex revisó el ángulo de cobertura y Emma sintió cómo el estómago se le encogía. Ethan la miró con gesto preocupado.

Jack se giró hacia ella.

—Despacio. Pegada al suelo. Copia cada movimiento —repitió.

Ella asintió.

Justo entonces, un nuevo sonido llegó desde el *checkpoint*, un motor acercándose.

Las luces breves atravesaron la oscuridad antes de apagarse: otra *pick-up*.

Se detuvo junto a las otras tres y un hombre saltó del vehículo, hablando rápido, con tono urgente.

Emma frunció el ceño, no entendía nada, pero parecía que aquel hombre hablaba con mucha urgencia.

El cambio en el ambiente era evidente.

Jack se quedó completamente inmóvil, escuchando.

"…Hasan…" —escuchó claramente.

Su mandíbula se tensó.

El hombre continuó hablando con rapidez.

"…al-sahafiya[3]*…"*, alcanzó a oír.

Mark giró la cabeza hacia él, al igual que Alex.

Todos habían entendido lo suficiente.

"Hasan…periodista… la frontera… Jordania… atentos…".

Las piezas encajaron. Estaban buscando, pero no al azar. La buscaban a ella.

Emma observó sus rostros, la forma en que se miraron, de forma breve, pero cargada de significado. No necesitó palabras para entenderlo, sobre todo cuando alguno la miró de reojo.

Lo comprendió al momento. Hablaban sobre ella y un nudo se formó en su estómago.

Quiso preguntar, quiso saber… pero se obligó a quedarse quieta y en silencio.

Jack seguía escuchando, inmóvil.

El árabe continuaba fluyendo desde el *checkpoint*.

"…Hasan…".

"…al-sahafiya…".

"…la frontera… Jordania… atentos…".

Las piezas encajaron definitivamente.

Se inclinó hacia el intercomunicador, apenas habló con un hilillo de voz.

—Ya habéis escuchado —susurró dando a entender que todos lo habían oído. El silencio se volvió más pesado, aunque Emma no dijo nada. Jack giró hacia ella un instante. Su mirada era firme y tranquila—. Eso significa que no esperan que pasemos por aquí, así que vamos a hacerlo por donde menos mirarían. —Se inclinó hacia el equipo—. Preparados para rodeo. Máximo sigilo.

El desierto parecía contener la respiración y el margen de error acababa de desaparecer.

Jack levantó dos dedos dando la orden de movimiento.

Mark avanzó primero, reptando hacia la izquierda, aprovechando una franja oscura donde el terreno descendía apenas unos centímetros. El *gunner* se desplazó en paralelo, cubriendo ángulo sin levantar la silueta.

Jack esperó un segundo más.

Observó el *checkpoint*. Uno de los hombres seguía fumando, apoyado contra la *pick-up*, otro revisaba algo en la parte trasera del vehículo, el tercero hablaba con el recién llegado.

Ventana abierta, breve.

—Ahora —susurró.

Comenzaron a moverse.

Jack avanzó primero y Emma lo imitó inmediatamente, pegada al suelo, sintiendo cómo la grava raspaba contra sus manos y rodillas. Él mantenía un brazo ligeramente hacia atrás, guiándola sin tocarla constantemente, pero listo para detenerla si era necesario.

El tramo era corto, pero completamente expuesto.

No había rocas grandes, no había sombras profundas, solo terreno bajo y una leve ondulación que ofrecía cobertura parcial… si se mantenían lo suficientemente agachados.

Un metro, dos, tres…

El sonido de sus propias respiraciones parecía demasiado fuerte.

Emma concentró toda su atención en copiar cada movimiento de Jack.

Arrastrar, pausa, respirar… arrastrar, pausa, respirar… Entonces ocurrió…

El miliciano que fumaba dejó caer el cigarrillo y se giró directamente hacia su dirección.

El mundo se detuvo.

Jack congeló el movimiento al instante y su mano se cerró sobre el hombro de Emma, presionándola suavemente hacia el suelo, más abajo, indicándole que no se moviese.

El hombre caminó unos pasos y la luz tenue del ocaso se reflejó en su arma.

Miraba, no directamente… pero cerca, demasiado cerca.

Emma sintió cómo el corazón golpeaba con fuerza contra el suelo.

El silencio era absoluto.

El miliciano escupió al suelo y miró hacia la oscuridad.

Un segundo, dos… Jack no respiraba y el tiempo dejó de existir. Entonces, el hombre giró la cabeza hacia sus compañeros diciendo algo en árabe que se perdió entre el viento y se alejó.

Jack exhaló en un gesto mínimo.

Siguieron avanzando, más rápido ahora, pero igual de agachados.

El tramo expuesto terminó con una roca grande que los tragó de nuevo dentro de la sombra.

Jack detuvo el movimiento un instante, mirando a Emma.

Sus ojos buscaban asegurarse.

—¿Bien?

Ella apenas asintió y continuaron. Todavía no estaban fuera de peligro.

La sombra los envolvió de nuevo. El contraste con el tramo expuesto fue inmediato, como si el desierto hubiera decidido ocultarlos otra vez entre sus pliegues.

Jack levantó la mano indicando "alto". Todos se detuvieron, nadie habló, solo respiraron.

Emma permanecía pegada al suelo, el pecho subiendo y bajando con rapidez controlada mientras intentaba procesar lo que acababa de ocurrir.

Entonces lo entendió.

Durante todo el cruce… Jack no había avanzado primero. Había mantenido su cuerpo ligeramente retrasado, alineado con ella, protegiéndola del ángulo directo del *checkpoint*, interponiéndose sin hacerlo evidente.

No era casualidad.

Su mirada subió lentamente hacia él. Jack seguía observando hacia atrás, vigilando el tramo que acababan de cruzar, evaluando si alguien había notado algo.

Su respiración ya estaba estable, fría y profesional, como si aquello hubiera sido simplemente otra maniobra, pero Emma había sentido la presión constante de su presencia, la forma en que había ajustado el ritmo, cómo había detenido su movimiento exactamente cuando ella estaba a punto de levantarse demasiado. No era solo liderazgo, era cuidado, y eso la desarmó más que el peligro.

Jack giró la cabeza un instante y sus miradas se encontraron, aunque inmediatamente volvió a centrarse en el entorno.

—Seguimos —susurró por el intercomunicador.

No hubo más palabras.

El equipo retomó el movimiento, avanzando aún agachados, bordeando la zona del *checkpoint*.

Emma lo siguió, pero ahora se arrastraba con una certeza nueva, no solo porque él era el capitán, sino porque había elegido, una y

otra vez, ponerse entre ella y el peligro sin decirlo, sin pedir reconocimiento, simplemente haciéndolo.

Avanzaban despacio, más agazapados ahora y pegados al terreno.

El *checkpoint* había quedado atrás… pero no lo suficiente como para relajarse.

Jack sabía que el verdadero peligro empezaba cuando uno creía haber salido airoso.

Ordenó ponerse en pie lentamente. El terreno cambió ligeramente bajo sus manos.

Menos grava y más arena fina.

Emma intentaba copiar exactamente sus movimientos, concentrada en no levantar demasiado el cuerpo, en mantener la respiración controlada como él le había enseñado.

Entonces Mark, que iba a en primera posición, se detuvo de golpe.

La mano de Jack salió hacia atrás, golpeando suavemente el pecho de Emma para detenerla.

Alto.

Ella se congeló al instante, no sabía por qué, pero sabía que debía confiar.

Mark se giró hacia Jack y bajó la mirada.

Un hilo fino, casi invisible bajo la arena, tensado entre dos pequeñas piedras.

Aquello no era natural.

Un cable conectado probablemente a latas, campanillas o algo peor, desde arriba, con la luz justa, sería imposible verlo, pero desde su ángulo… ahí estaba, a centímetros del pie de Mark que por suerte lo había detectado.

Jack levantó lentamente dos dedos hacia el equipo. Peligro.

Mark se quedó completamente inmóvil, el *gunner* cambió el ángulo del arma sin mover el cuerpo y Emma sintió cómo el corazón se le subía a la garganta.

Jack se inclinó lentamente hacia ella.

—No te muevas.

Ella asintió sin respirar.

Jack dio un paso hacia delante y extendió la mano con precisión quirúrgica, apartando la arena para revelar el cable por completo.

Lo siguió con la mirada, este se perdía hacia la oscuridad, perfectamente colocado para alguien que intentara rodear el *checkpoint* sin emplear el paso principal. Una trampa inteligente.

Su mente calculó rápido, no podían pisarlo… solo había una opción.

Se giró hacia Emma.

—Cuando te diga… avanzas exactamente donde pongo mi mano y mi pie.

Ella asintió.

Mark pasó primero y Jack movió lentamente su propio cuerpo, deslizándose milímetro a milímetro para pasar por encima, sin tensar el cable.

El tiempo se estiró y luego extendió la mano hacia atrás.

—Ahora.

Emma avanzó lenta y con exactitud.

Su pie pasó a centímetros del hilo, pero por suerte el cable no se movió.

Jack no respiró hasta que ella estuvo al otro lado.

Uno a uno, el resto del equipo cruzó.

Cuando el último pasó, Jack volvió a cubrir el cable con arena suavemente.

Nadie sabría que habían estado allí.

Se incorporó, miró hacia atrás una última vez y entendió algo. No solo estaban buscando, estaban esperando.

Jack avanzó primero unos centímetros más, asegurándose de que el terreno seguía limpio antes de hacer un gesto leve hacia el equipo, indicando movimiento.

Habían pasado, el *checkpoint* quedaba atrás. No lejos del todo, pero sí lo suficiente para respirar más tranquilos.

El desierto volvía a abrirse frente a ellos, oscuro y silencioso bajo un cielo lleno de estrellas.

Emma sintió cómo el aire volvía lentamente a sus pulmones.

Tal vez… solo tal vez, lo habían conseguido.

Entonces llegó el sonido, un golpe metálico seco, lejano, desde atrás.

Su cuerpo reaccionó antes que su mente y el equipo se congeló.

Escucharon otra voz en árabe, más fuerte ahora, un tono distinto, pero no de conversación, sino de pregunta.

Jack giró la cabeza, escuchando.

Otro sonido de pasos rápidos.

Una linterna se encendió brevemente en el *checkpoint*, barriendo la oscuridad en un arco irregular. Alguien había notado algo, no sabían qué… pero algo.

Emma sintió cómo el miedo regresaba con fuerza.

Jack bajó la voz al mínimo.

—Nos movemos… lento.

No correr, no aún, porque correr era confirmar.

Avanzaron lentamente, un paso tras otro.

Detrás, una voz más alta, incluso un grito de enojo. La linterna comenzó a moverse de un lado a otro más rápido.

Jack sintió cómo el tiempo se comprimía, ya no era sigilo puro… era anticipación.

Un segundo después, el sonido de una puerta de vehículo cerrándose de golpe rompió el silencio.

El margen se acababa.

Jack habló por el intercomunicador, con voz apenas audible.

—Preparados para ruptura de contacto si es necesario.

Emma no entendía las palabra, pero entendía el significado.

El peligro ya no era invisible y, por vez primera desde que habían comenzado a rodear el *checkpoint*, alguien estaba mirando en su dirección.

El sonido del vehículo al arrancar llegó amortiguado por la distancia.

No estaban seguros aún, pero estaban más alerta.

Jack sintió cómo el ritmo del equipo cambiaba casi de forma imperceptible. No corrían… pero el cuerpo quería hacerlo.

Un grave error.

Levantó la mano con el puño cerrado indicando un “alto total”.

Se detuvieron de inmediato, aunque Emma tardó una fracción de segundo más. Su instinto gritaba moverse. Alejarse. Pero el agarre firme de Jack en su brazo la ancló al suelo antes de que pudiera avanzar un paso más.

—Quietos —susurró por el intercomunicador.

Emma tragó saliva.

No entendía. Si los habían visto… ¿por qué detenerse?

Jack bajó lentamente el cuerpo hasta quedar completamente pegado al terreno, señalándole a ella que hiciera lo mismo.

Emma obedeció mientras el corazón golpeaba fuerte contra la arena fría.

La linterna volvió a barrer la oscuridad detrás de ellos, más rápida ahora y más nerviosa.

Un miliciano gritó algo en árabe. Jack escuchó cada palabra.

"…movimiento…".

Su mandíbula se tensó… estaban dudando, pero no confirmados. La duda… esa era su gran aliada. Si corrían ahora… se convertirían en objetivos claros, pero si desaparecían dentro del terreno… podrían volver a ser solo sombras.

El vehículo arrancó definitivamente y el sonido del motor se volvió más fuerte.

Emma sintió cómo el miedo se convertía en presión física en el pecho.

Jack inclinó la cabeza hacia ella, tan cerca que su voz fue apenas aire.

—Si corres… nos ven.

Ella cerró los ojos un segundo y asintió.

El vehículo avanzó unos metros y se detuvo. Hubo un silencio donde el desierto parecía escuchar.

Jack contó mentalmente: cinco… diez… quince.

El haz de luz pasó por encima del terreno donde habían estado segundos antes, demasiado cerca, y luego se movió hacia otro lado buscando, pero sin dirección clara.

Jack exhaló, por suerte seguían siendo una duda, nada confirmado. Y mientras fueran duda podían sobrevivir.



26

El sonido del motor rompió el silencio del desierto como una amenaza viva. No era constante, subía y bajaba. Avanzaba unos metros y se detenía, como un animal olfateando la oscuridad en busca de algo que todavía no podía ver.

Jack permanecía inmóvil, pegado al suelo, cada músculo en una tensión controlada mientras escuchaba.

No miraba directamente hacia atrás. Nunca se exponía la mirada cuando alguien buscaba.

Se escuchaba, se sentía y se calculaba.

El haz de luz volvió a barrer la zona, más cerca esta vez.

Emma sintió cómo el aire desaparecía de sus pulmones mientras el corazón golpeaba contra la arena fría.

El vehículo avanzó de nuevo, más cerca.

Jack lo entendió al instante. No tenían confirmación visual, pero alguien había decidido comprobar.

La duda se estaba convirtiendo en interés, y el interés… en peligro real.

Levantó dos dedos.

Mark se desplazó milímetros hacia una roca baja, el *gunner* ajustó el arma sin levantarla y Alex controlaba la retaguardia. Ethan permanecía junto a Emma, preparado para intervenir.

El motor rugió ligeramente al subir una pequeña pendiente y la luz apareció sobre la cresta. Una línea blanca atravesó la oscuridad

y pasó a pocos metros por delante de ellos.

Emma cerró los ojos instintivamente mientras Jack apoyaba una mano firme sobre su hombro indicándole que no se moviese.

El vehículo se detuvo y un hombre bajó.

El sonido de botas sobre grava llegó hasta ellos. Pasos lentos e inseguros.

El miliciano hablaba por radio en árabe con su voz cargada de irritación.

Jack captó fragmentos: *"…movimiento…"*, *"…quizá animales…"*, *"…Hasan quiere confirmación…"*.

Estaban demasiado cerca.

El hombre avanzó unos pasos más hacia su dirección y Emma sintió cómo el mundo se estrechaba. El tiempo se ralentizó mientras Jack evaluaba opciones: seguir invisibles o romper contacto, ambas eran malas, pero una aún podía funcionar.

El miliciano levantó la linterna y el haz comenzó a subir lentamente directo hacia su posición.

Jack tomó aire, necesitaba tomar una decisión en ese preciso instante.

No podían quedarse, no con esa dirección y mucho menos a esa distancia.

El miliciano avanzó un paso más y la grava crujió bajo su bota.

Jack tomó la decisión antes incluso de terminar de pensarla.

Se inclinó hacia Emma, su voz fue apenas un hilo.

—Cuando te empuje… te deslizas hacia esa roca. Sin mirar atrás.

Ella abrió los ojos, sorprendida. Quiso protestar, pero no había tiempo. La linterna seguía subiendo.

Jack apoyó la mano en su hombro.

—Confía.

Emma asintió.

Un segundo después, él la empujó suavemente hacia el lateral, guiando su cuerpo hacia una sombra más profunda creada por una roca irregular.

El movimiento fue preciso y controlado, pero significaba algo más.

Jack quedó ligeramente más expuesto. Su propio cuerpo ocupaba el ángulo donde antes estaba ella.

El haz de luz pasó por encima… a centímetros.

Emma contuvo el aliento.

El miliciano dudó, miró… y el silencio se volvió insoportable.

Jack no respiraba, no se movía, ni siquiera parpadeaba.

Emma cerró los ojos con fuerza.

El hombre escupió al suelo, murmurando algo molesto por la radio y bajó la linterna.

El haz se desvió hacia otro lado y Jack exhaló. Un alivio mínimo, pero no duraría, pues el vehículo seguía allí y la búsqueda aún no había terminado.

Giró la cabeza hacia Emma, sus ojos preguntaban sin palabras si se encontraba bien. Ella asintió y, por primera vez, comprendió completamente algo que había sentido durante toda la huida: Jack no solo tomaba decisiones como capitán, tomaba decisiones que la ponían a salvo a ella primero, incluso cuando eso lo dejaba más cerca del peligro.

El motor volvió a rugir mientras el miliciano regresaba al vehículo, pero Jack sabía que aquello no era un final, era solo una pausa antes del siguiente movimiento.

El vehículo permaneció unos segundos más con el motor encendido.

Jack observaba sin moverse, pero dentro de él todo se aceleraba. Habían pasado el *checkpoint*, evitado el cable y sobrevivido al barrido de la linterna. Demasiadas probabilidades acumuladas. La suerte no duraba eternamente.

Su mente empezó a reorganizar prioridades. El sigilo ya no era garantía.

Cuando un enemigo empezaba a dudar, el siguiente paso solía ser ampliar el perímetro, lo que implicaba más hombres, más vehículos y menos sombras donde esconderse.

Necesitaban prepararse para ruptura de contacto, sin disparar, sin enfrentarse… solo necesitaban desaparecer.

Evaluó rápido: terreno irregular hacia el este, depresión natural unos metros adelante y una cresta baja que podía romper línea

visual si llegaban antes de que el vehículo cambiara de posición.

Sí, ese era el camino.

Jack levantó la mano e hizo una señal corta, preparando a sus hombres.

Mark ajustó el arma sin levantar la cabeza, el *gunner* desplazó el peso del cuerpo y Alex revisó la retaguardia. Ethan miró a Emma un segundo, asegurándose de que podía seguir.

Ella notó el cambio, no en las palabras, sino en la energía.

Jack se inclinó hacia ella.

—En breve vamos a movernos rápido —susurró. Emma asintió, aunque el miedo volvió a apretar su pecho—. No vamos a correr sin control —añadió él—. Solo vamos a desaparecer.

La frase parecía simple, pero ella entendió lo que significaba.

El sigilo puro estaba terminando. El motor del vehículo rugió más fuerte, como si el conductor hubiera tomado una decisión.

Jack no esperó más y levantó dos dedos.

Cuenta atrás silenciosa: dos, uno…

—Ruptura de contacto. Ahora —susurró.

El equipo se movió al mismo tiempo, deslizándose hacia la oscuridad antes de que el haz de luz pudiera regresar.

Emma pensó que iban a correr, su cuerpo se preparó para eso, para una huida desesperada, para pasos rápidos y ruido… pero no fue así.

El equipo se puso en pie y se movió como una sola entidad, fluido y controlado.

Mark avanzó primero, agazapado, desplazándose en diagonal hacia la depresión del terreno que Jack había identificado segundos antes. No corría en línea recta, cambiaba ligeramente de dirección cada pocos pasos, rompiendo cualquier patrón visible desde atrás. El *gunner* cubría el ángulo opuesto, deteniéndose brevemente cada pocos metros para observar antes de continuar. Alex giraba la cabeza constantemente, vigilando la retaguardia, e Ethan cerraba la formación junto a Emma y Jack.

Jack permanecía a su lado, siempre.

—Paso corto —murmuró sin mirarla—. No alargues la zancada.

Ella intentó copiar el ritmo.

No era correr, era deslizarse rápido, agachados y silenciosos.

Cada movimiento parecía pensado para desaparecer en el terreno.

El vehículo arrancó y la luz volvió a moverse.

Emma sintió el impulso de acelerar y Jack lo notó.

Su mano volvió a su espalda.

—No corras —susurró—. Si corres… te ven.

Ella obligó a su cuerpo a bajar el ritmo, aunque cada fibra gritaba todo lo contrario.

No estaban huyendo, estaban rompiendo la visión del enemigo.

El terreno empezó a inclinarse y la depresión del *wadi* apareció frente a ellos como una grieta oscura.

Mark desapareció primero dentro de ella, el *gunner* después y Jack guio a Emma hacia el borde.

—Ahora baja.

Ella se dejó caer con cuidado, el tobillo apenas protestó.

El sonido del motor se volvió más lejano y la luz pasó por encima sin detenerse.

Emma alzó la mirada hacia Jack.

Sus ojos brillaban con algo nuevo, asombro, porque ahora entendía que aquello no era improvisación. Era precisión y experiencia, era confiar en alguien que sabía exactamente cuándo avanzar y cuándo desaparecer.

Jack asintió.

—Bien hecho.

No era una felicitación vacía… era reconocimiento.

El equipo siguió avanzando dentro de la sombra profunda del terreno, dejando atrás un enemigo que todavía buscaba donde ya no estaban.

El viento del desierto levantaba pequeñas columnas de arena alrededor de las *pick-ups* detenidas en círculo.

Habían elegido una elevación rocosa en mitad de la Badía siria, un punto alto desde el que se dominaba el terreno en todas direcciones. No era casualidad, desde allí podían ver kilómetros de nada y cualquier movimiento que intentara atravesarla.

Una lona improvisada protegía del viento el centro del campamento, iluminado solo por la luz amarillenta de una lámpara portátil.

Hasan permanecía de pie, no se sentaba cuando estaba enfadado y aquella noche estaba furioso. Su mirada recorría el horizonte oscuro como si pudiera arrancar de él la respuesta que no llegaba.

—¿Cómo…? —escupió la palabra entre dientes—. ¿Cómo siguen sin aparecer?

Nadie respondió.

Faris, su segundo al mando, dio un paso adelante. Era el único que se atrevía a hablar sin que la voz le temblara.

—La estamos buscando en todos los sectores, Hasan. Hemos desplegado patrullas en el *wadi* principal y…

Hasan giró bruscamente hacia él.

—¡No quiero informes! ¡Quiero resultados!

El silencio cayó como un golpe. Algunos hombres bajaron la mirada, otros evitaron respirar demasiado fuerte.

Hasan empezó a caminar de un lado a otro, con pasos cortos y tensos.

—Entraron en mi ciudad… —murmuró con rabia contenida—. Sacaron a la mujer de mi edificio… —gritó sin controlarse—, mataron a mis hombres… y ahora desaparecen en el desierto como fantasmas. —Se detuvo y miró directamente a Faris—. Eso no es casualidad.

Faris asintió lentamente.

—Son profesionales.

—Lo sé —respondió Hasan con frialdad—. Demasiado buenos para moverse sin plan.

Se inclinó sobre el mapa extendido sobre una caja metálica y sus dedos marcaron una línea.

—Vimos el helicóptero caer aquí. —Golpeó el punto con fuerza—. No murieron todos. Lo sé, los vi salir. —El recuerdo pasó por sus ojos como fuego—. Están vivos… y están moviéndose.

Uno de los hombres habló con cautela.

—Tal vez intentan esconderse hasta que llegue ayuda.

Hasan lo fulminó con la mirada.

—No llegará ayuda. —Hubo un silencio—. Los americanos no volverán con otro helicóptero si saben que tenemos MANPADS —continuó—. Eso significa que caminan.

Faris frunció el ceño.

—¿Hacia dónde?

Hasan sonrió malhumorado.

—¿Dónde irías tú si quisieras desaparecer? —Nadie respondió, así que él golpeó el mapa—. A Jordania. —La última palabra cayó pesada—. A la frontera.

Faris asintió.

—Ya estamos aumentando vigilancia en esa dirección.

—¡No lo suficiente! —gruñó Hasan—. Peinad cada *wadi*, cada ruina, cada elevación… no dejéis un solo rincón sin revisar. —Se inclinó más cerca de Faris para que su voz sonase más baja y peligrosa—. Esa mujer no puede salir del país. —Sus ojos brillaron con furia—. Lo que vio… lo que grabó… su testimonio… no deben existir.

Faris sostuvo su mirada.

—Estamos haciendo todo lo posible.

Hasan golpeó la mesa con el puño.

—¡No es suficiente! —Los hombres se tensaron mientras el viento agitaba la lona—. Quiero patrullas móviles sin parar —continuó—. Drones vigilando rutas de salida y si veis cualquier rastro… cualquier señal… —Se inclinó más aún—. La traéis viva —rugió y sus labios se curvaron en una sonrisa maquiavélica—. Yo mismo acabaré con ella.

El silencio fue absoluto, incluso el viento parecía haberse detenido. Todos allí sabían que no era una amenaza vacía, era una promesa.

Hasan no volvió a mirar a sus hombres inmediatamente, se quedó en silencio observando el mapa, pensando.

El viento movía las esquinas del papel, pero él lo sujetaba con mano firme, como si pudiera obligar al desierto a revelarle sus secretos.

—No… —murmuró finalmente.

Faris frunció el ceño.

—¿Qué?

Hasan levantó la mirada lentamente.

—No siguen el camino directo. —Los hombres intercambiaron miradas confusas. Hasan sonrió, una sonrisa fría—. Eso es lo que haría un hombre normal. Ir directo hacia Jordania. —Señaló una línea recta sobre el mapa—. Y por eso mismo ellos no lo harán.

Faris inclinó la cabeza.

—¿Crees que rodean?

—No lo creo —respondió Hasan—. Lo sé. —Se inclinó más sobre el mapa y sus dedos comenzaron a trazar líneas irregulares—. Un equipo profesional evita rutas evidentes, evita pasos naturales, evita cualquier lugar donde yo pondría un *checkpoint*. —Golpeó suavemente varios puntos—. Aquí… aquí… y aquí. —Sus hombres lo observaban en silencio—. Buscarán terreno roto —continuó—. *Wadis* secundarios, ruinas abandonadas… lugares donde puedan desaparecer. —Faris sintió un escalofrío porque describía exactamente lo que haría un operador entrenado. Hasan levantó la mirada hacia el horizonte oscuro—. Eso significa que no avanzan en línea recta. Buscan cobertura constante.

Faris asintió lentamente.

—Entonces…

Hasan marcó un punto en el mapa: un *wadi* menos evidente, un rodeo natural demasiado cerca de la ruta real.

—Aquí.

El silencio se volvió pesado.

—Enviaré hombres ahora mismo. —Faris dudó—. Hasan… si nos dividimos demasiado…

Hasan lo interrumpió.

—No se trata de buscar en todas partes. —Señaló el mapa otra vez—. Se trata de pensar como ellos. —Hubo una pausa y sus ojos brillaron con determinación—. Y yo sé exactamente cómo piensa un soldado que intenta escapar.

El viento levantó arena alrededor del campamento y las órdenes comenzaron a darse en voz baja. Los motores arrancaron y mientras las *pick-ups* se preparaban para moverse Hasan sonrió ligeramente,

porque por primera vez desde el derribo sentía que se estaba acercando.

El viento golpeaba la lona con ráfagas irregulares mientras Hasan permanecía inclinado sobre el mapa. Nadie hablaba ni se movía más de lo necesario.

Sabía que cuando Hasan entraba en ese silencio… estaba pensando algo peligroso.

—No siguen el camino directo —repitió finalmente, más bajo, como si lo confirmase. Señaló una línea recta hacia la frontera jordana—. Eso es lo que esperaría un hombre desesperado. —Su dedo se desvió, trazando una ruta irregular—. Pero ellos no están desesperados. Están entrenados.

Faris asintió.

—Rodean para evitar nuestros *checkpoints*.

—Exacto.

Hasan comenzó a marcar más puntos sobre el mapa con rapidez creciente.

—*Wadis* secundarios… ruinas… terreno roto. —Se detuvo un segundo—. Se mueven de noche. —Uno de los hombres murmuró algo afirmativo. Hasan levantó la mirada—. Si yo estuviera allí… sabiendo que no habrá rescate aéreo… —Golpeó suavemente el mapa—. Intentaría cruzar la frontera en menos de cuarenta y ocho horas. —El número quedó suspendido en el aire—. Antes de que podamos cerrar completamente el cerco.

Faris frunció el ceño.

—¿Crees que tienen fuerzas para eso?

Hasan lo miró con desdén.

—Los soldados americanos no esperan a estar cómodos para sobrevivir. —Se incorporó lentamente—. Ordena patrullas móviles cada veinte kilómetros hacia el este. Rotaciones constantes. Nadie permanece quieto demasiado tiempo. —Faris asintió y empezó a transmitir órdenes—. Quiero vigilancia en todos los accesos naturales a Jordania. *Wadis*, pasos estrechos, zonas rocosas… todo. —Se detuvo pensando—. Y vigilad también a los americanos.

Faris lo miró.

—¿Cómo?

—Movimientos desde su base —respondió Hasan—. Si envían equipos terrestres… será porque sospechan dónde están los supervivientes. —Sus ojos brillaron—. Eso nos dará la dirección.

Uno de los hombres preguntó con cautela.

—¿Y si se esconden más tiempo?

Hasan negó lentamente.

—No pueden. La periodista es su debilidad. —El silencio se tensó —. Si está herida… ralentiza al equipo. Eso significa que tomarán riesgos para acortar distancia. Si no lo está, harán rodeo para sacarla lo antes posible. —Se acercó más a Faris, demasiado cerca —. Los errores siempre llegan cuando el tiempo se acaba.

Faris tragó saliva.

—Peinaremos toda la zona.

Hasan levantó la mano y un silencio absoluto lo inundó todo. Luego habló. Su voz sonó más grave, más peligrosa.

—Escuchad bien. —Los hombres se tensaron—. Esa mujer no puede salir de Siria. —Hubo una pausa—. Cuando la encontréis… la traéis viva. —Sus labios se curvaron—. Quiero verla comprender que no hay escapatoria. —El viento agitó la lona con fuerza. Hasan recorrió con la mirada a cada uno de sus hombres—. Y si pasan cuarenta y ocho horas… y ella sigue viva… —Se inclinó hacia Faris y su voz fue apenas un susurro, aunque todos lo oyeron—. Elegiré a uno de vosotros cada día… hasta que aparezca. —El silencio fue total. Nadie respiraba—. Y empezaré por el que haya fallado primero. —Faris mantuvo la mirada fija, pero su mandíbula se tensó. Hasan sonrió, aunque no había humor en ello—. Ahora moveos.

Los motores comenzaron a rugir y el desierto volvió a llenarse de cazadores.



27

El cielo comenzó a cambiar antes de que nadie lo mencionara.

Primero fue una línea gris apenas perceptible en el horizonte. Luego un tono azul pálido que borraba lentamente las estrellas, obligando al desierto a revelar sus contornos.

Jack lo vio y supo que el tiempo se acababa.

—Descendemos —susurró.

Mark tomó la delantera y el equipo comenzó a bajar por el *wadi*, moviéndose con rapidez contenida, aprovechando la pendiente natural que los ocultaba de cualquier mirada lejana. Las paredes erosionadas ofrecían sombra incluso antes de que el sol apareciera por completo.

El terreno cambió bajo sus botas, menos arena y más piedra.

Emma respiraba con esfuerzo, pero seguía avanzando, apoyándose ligeramente en Jack cuando el suelo se volvía irregular.

Al final había unas ruinas. Muros bajos de piedra amarillenta emergiendo del terreno como huesos antiguos. Restos de una estructura rectangular parcialmente derrumbada, con parte del techo hundido y bloques dispersos alrededor.

No parecía una construcción reciente, era algo viejo y abandonado, perfecto para esconderse durante el día.

Jack levantó la mano cuando llegaron.

—Alto.

El equipo se dispersó de inmediato.

Mark rodeó el perímetro exterior, revisando ángulos muertos. El *gunner* tomó posición elevada entre dos rocas, vigilando accesos. Alex e Ethan inspeccionaron el interior, comprobando rincones, entradas secundarias y posibles señales de uso reciente.

Jack observaba todo mientras evaluaba mentalmente. ¿Por qué era un buen refugio? Porque el *wadi* rompía la línea visual desde lejos, los muros irregulares rompían la silueta térmica y había más de una salida si eran descubiertos. Nunca era perfecto, pero sí suficiente en la situación en la que se encontraban. No podían aspirar a más.

Ethan regresó primero.

—Limpio.

Alex asintió detrás de Ethan.

—Sin señales recientes.

Jack echó un último vistazo al horizonte. El sol comenzaba a asomar.

—Dentro.

El interior estaba fresco, protegido del viento y parcialmente cubierto por restos de techo que filtraban la luz en líneas suaves.

Emma se dejó caer contra uno de los muros, exhalando profundamente por primera vez en horas.

Alex se puso de inmediato a trabajar con la radio abierta y herramientas pequeñas extendidas sobre la piedra, intentando arreglarla.

—Vamos… vamos… —murmuraba mientras revisaba conexiones.

Jack se sentó cerca, sin quitarse el chaleco.

—¿Algo?

Alex negó con la cabeza.

—Daños internos. Intento recuperar transmisión corta, pero no prometo nada.

Ethan bebía agua en silencio y Jack observó el mapa mental que llevaba en la cabeza.

—¿Cuánto hemos avanzado?

Alex respondió primero.

—Diría que unos quince… quizá veinte kilómetros desde el *crash*.

Ethan asintió.

—Coincide con el ritmo que llevamos y el rodeo.

Jack pasó la mirada hacia el exterior.

—Entonces estamos cerca. —Una pausa—. Ocho, diez… quizá como mucho doce kilómetros hasta Jordania.

Ethan exhaló.

—Eso es bueno.

Jack negó lentamente.

—También es peor. —Alex levantó la mirada—. Ellos pensarán lo mismo. —Se hizo un silencio momentáneo—. Cuanto más nos acerquemos a la frontera, más cerrarán el cerco.

Ethan miró de reojo a Emma, ella también los observaba atenta, escuchando cada palabra.

Sus dedos se cerraban inconscientemente sobre la tela de su camisa. Jack notó algo en su expresión.

Emma recordaba el *checkpoint*. Las miradas, lo que habían oído.

Jack se levantó y se acercó a ella lentamente. Se arrodilló frente a ella y le tendió la cantimplora.

—Bebe. —Luego sacó una barrita proteica del bolsillo—. Come algo. —Emma obedeció en silencio. Jack la observó unos segundos antes de hablar—. Necesito preguntarte algo. —Ella asintió—. ¿Conoces a alguien llamado Hasan al-Qadir?

Emma frunció el ceño y negó lentamente.

—No… no creo…

Jack suspiró y buscó las palabras.

—Alto. Barba oscura. Mirada… fría. Lidera la milicia en la zona. —A medida que hablaba, algo cambió en los ojos de Emma—. Oscuro de piel… —La comprensión llegó lentamente.

El aire pareció desaparecer de la habitación.

—¿Puede ser…? —susurró—. ¿El mismo que…? —Su voz se rompió—. ¿El mismo que nos atrapó? ¿El que mató a Tom?

Jack no respondió, solo sostuvo su mirada.

Emma asintió finalmente con los ojos llenos de lágrimas.

—Sí.

El silencio cayó pesado. Jack levantó la mirada hacia los compañeros que lo rodeaban: Ethan, Alex y Mark. Todos

entendieron lo que significaba. No era solo una persecución; era personal y eso cambiaba las reglas.

El silencio se volvió denso después de la afirmación de Emma.

Jack se incorporó lentamente, pasándose una mano por la nuca mientras pensaba cómo decirlo sin empeorar lo que ya era evidente.

Ethan fue el primero en hablar.

—Emma… —su voz era sosegada—. Hasan al-Qadir no es solo un jefe de milicia cualquiera.

Ella levantó la mirada hacia él.

Jack intercambió una mirada breve con Alex antes de continuar.

—Lo hemos visto antes —dijo finalmente—. En otras operaciones.

Emma frunció el ceño.

—¿Qué significa eso?

Alex dejó la radio un momento y se giró hacia ella.

—Significa que no improvisa. No actúa como los líderes irregulares típicos.

Mark añadió desde la entrada, sin dejar de vigilar el exterior:

—Piensa como un militar.

Jack asintió.

—Exacto. —Se agachó un poco más cerca de Emma, manteniendo la voz baja—. Lidera las milicias con disciplina, movimientos coordinados y rotación de patrullas con un uso inteligente del terreno.

Ethan añadió.

—Y sabe usar drones, *checkpoints* móviles… rutas de bloqueo. No son movimientos aleatorios.

Emma tragó saliva.

—¿Entonces…?

Jack exhaló lentamente.

—Entonces ya se ha cruzado con nosotros antes. Hemos matado a hombres suyos. —Hubo una pausa breve—. Y eso significa que nos odia a muerte.

El aire se volvió más frío.

Emma bajó la mirada hacia sus manos.

—Y ahora me busca a mí.

Nadie lo negó.

Alex habló de nuevo.

—Si lidera la búsqueda, no solo está revisando zonas al azar. Estará deduciendo.

Jack señaló el mapa mentalmente sobre el suelo.

—Piensa como nosotros.

—Sabe que evitaríamos rutas obvias —añadió Ethan.

—Que buscaríamos *wadis* secundarios —continuó Alex.

Mark giró la cabeza.

—Y refugios temporales para esperar de día.

El peso de la comprensión cayó sobre todos.

Emma levantó la mirada lentamente.

—¿Entonces puede… saber que estamos aquí?

Jack negó suavemente.

—No exactamente dónde. —Hizo una pausa—. Pero sí hacia dónde vamos. —El silencio volvió. Jack continuó, ahora más técnico —. Un comandante de inteligente analiza tiempos de movimiento, distancia desde el *crash*, velocidad probable… —Su mirada pasó por Emma, suavizándose—. Y calcula rutas posibles hacia la frontera.

Ethan suspiró.

—Y cuanto más nos acerquemos…

—Más cerrará el cerco —terminó Jack.

Emma sintió cómo el miedo volvía a gobernarla.

—¿Es tan bueno?

Jack sostuvo su mirada.

—Sí. —No hubo duda en su voz—. Lidera como un oficial entrenado, distribuye recursos, anticipa movimientos y crea presión psicológica.

Alex añadió:

—Y cuando alguien así convierte algo en personal… no deja huecos.

Emma apretó la barrita entre los dedos.

—Entonces estamos en serio peligro.

Jack negó.

—Siempre lo hemos estado. —Se inclinó un poco más hacia ella —. Pero ahora sabemos quién está al otro lado y eso también nos da

ventaja.

Ella lo miró intentando creerlo.

Mientras, fuera el sol terminaba de alzarse sobre el desierto y convertía el mundo en un lugar mucho más visible.

El sol ya dominaba el cielo cuando el equipo terminó de asegurar las ruinas. La luz entraba por las grietas del techo caído en líneas doradas que cortaban el polvo suspendido en el aire. Fuera, el *wadi* permanecía en silencio, protegido por paredes naturales que los ocultaban del mundo.

Jack recorrió el interior una vez más. No buscaba enemigos, buscaba detalles: grietas en las paredes, huecos entre piedras, sombras demasiado profundas…

—Revisión completa —murmuró.

Mark ya estaba levantando piedras con la punta del arma, el *gunner* revisaba esquinas bajas e Ethan observaba el suelo con atención.

Emma los miraba sin entender del todo.

—¿Qué buscáis? —preguntó en voz baja.

—Habitantes anteriores —respondió Ethan con una pequeña sonrisa.

Ella frunció el ceño y Jack señaló una grieta.

—Escorpiones. Arañas… cualquier cosa que quiera sombra y fresco.

Emma abrió un poco más los ojos.

—Perfecto…

Mark apartó una piedra con cuidado.

—Limpio.

Alex revisó otra esquina.

—Aquí también.

Jack asintió.

—Bien. Nadie apoya manos sin mirar primero.

No era paranoia, era supervivencia.

Cuando terminó la revisión, Jack se apoyó contra un muro parcialmente intacto y miró al equipo.

—Organizamos descanso. —Todos lo miraron—. Turnos de vigilancia. Dos despiertos siempre. Rotaciones de dos horas.

Emma levantó la mirada.

—¿No dormís todos?

Jack negó suavemente.

—Nunca todos al mismo tiempo.

Alex añadió mientras seguía manipulando la radio:

—El descanso no sirve si nos descubren dormidos.

Jack continuó:

—Mark y el *gunner*, primer turno exterior. Alex, mantén radio abierta en volumen mínimo. Ethan, descansas primero.

Ethan arqueó una ceja.

—Milagro.

—Necesito un médico funcional —respondió Jack sin emoción aparente. Luego miró a Emma y su voz se tornó más suave—. Tú duermes ahora.

Ella dudó.

—No sé si podré…

Jack dio un paso hacia ella.

—No es opcional. —La frase sonó firme, pero no dura—. El cuerpo necesita bajar revoluciones. Has aguantado demasiado.

Emma bajó la mirada.

—¿Y tú?

Una pequeña pausa.

—Dormiré luego.

Ethan soltó una risa baja.

—Traducción: dormirá veinte minutos y dirá que ha sido suficiente.

Jack lo ignoró y se agachó frente a Emma.

—Escucha. —Su voz bajó de volumen—. Estamos en un *wadi*. Las ruinas rompen nuestra silueta. Tenemos varias salidas y cobertura natural. Dentro de lo que cabe… es seguro. —Emma asintió lentamente. Jack le tendió la cantimplora—. Pequeños sorbos. No más.

—¿Por qué?

—Porque el agua es peso y distancia —respondió—. Bebemos lo necesario para mantenernos funcionales, no cómodos.

Ella obedeció, luego observó cómo Mark se quitaba las botas parcialmente para revisar los pies. Ethan hacía lo mismo. Alex limpiaba su arma en silencio con movimientos mecánicos. Todo parecía… normal, pero cargado de tensión invisible.

Jack volvió a hablar.

—Radios en volumen mínimo. Nada de movimientos innecesarios. Si alguien escucha algo raro… despierta al equipo.

Emma se recostó lentamente contra el muro y el cansancio llegó de golpe. Sus ojos comenzaron a cerrarse antes de que pudiera evitarlo. Miró a Jack que se mantenía frente a ella, vigilándola, aunque fuese de reojo. Su mirada decía algo más. Emma lo detectó justo antes de quedarse dormida.

Jack permaneció allí unos segundos más, observando cómo su respiración se hacía más lenta.

Se levantó y volvió a su posición de capitán otra vez.

Emma despertó lentamente, no fue un sobresalto, fue la sensación de algo cálido tocando su hombro.

Abrió los ojos y Jack estaba arrodillado frente a ella, muy cerca y totalmente inmóvil.

Sus ojos brillaban.

La luz había cambiado, el interior de las ruinas ya no estaba dorado, las sombras eran más largas, más densas. Ya oscurecía, así que había debido de dormir muchas horas.

Jack llevó un dedo a sus labios para que guardase silencio, luego señaló el suelo indicándole que no se moviese.

Emma asintió con el corazón acelerándosele, sin entender todavía por qué.

Entonces lo oyó. Voces en la lejanía que hablaban en árabe.

El sonido llegaba amortiguado por las paredes del *wadi* mezclado con el roce de botas sobre piedra.

Su estómago se contrajo.

Jack ya no la miraba, observaba hacia la entrada, completamente inmóvil.

Mark apareció apenas visible entre las sombras, pegado al muro exterior. El *gunner* estaba tendido detrás de una roca caída y Alex cerraba la radio con cuidado extremo para evitar cualquier ruido. Ethan permanecía a un lado, atento.

El equipo entero había cambiado a modo combate.

Jack se inclinó hacia el intercomunicador.

—Movimiento confirmado. Patrulla pequeña.

Emma tragó saliva.

Los habían encontrado o estaban a punto de hacerlo.

Jack levantó la mano y señaló hacia el exterior con dos dedos indicando un vigía adelantado.

Mark asintió.

El sonido de pasos se hizo más claro y una sombra cruzó brevemente la entrada del *wadi*.

Se trataba de un hombre solo, explorando, mirando el terreno… el vigía.

Emma contuvo la respiración y Jack levantó el puño en señal de esperar.

El miliciano avanzó unos pasos más, cada vez más cerca, y su silueta apareció entre dos rocas mirando hacia las ruinas.

Jack movió dos dedos, una señal corta de coordinación silenciosa.

Emma vio cómo el equipo se tensaba al mismo tiempo, como si compartieran una sola mente.

El disparo no sonó como esperaba, fue un golpe seco y ahogado.

El vigía cayó hacia delante sin emitir un solo sonido, sujeto por uno de los soldados para evitar ruido.

Emma sintió que el aire desaparecía y tuvo que taparse la boca con sus dos manos y cerrar los ojos con fuerza.

Jack ya estaba señalando otra dirección, hacia el resto de la patrulla.

Las voces eran cada vez más cercanas, sin ser conscientes de que ya estaban muertos.

Jack inclinó la cabeza y sus ojos se endurecieron.

—Preparaos —susurró.

La trampa acababa de empezar.

Las voces de los otros milicianos continuaban acercándose, ignorantes de que su explorador ya no estaba.

Emma sintió cómo su corazón golpeaba contra el pecho con tanta fuerza que temió que pudieran oírlo.

Jack levantó la mano lentamente. Tres dedos, tres objetivos.

Su mirada se movió entre sus hombres con un gesto mínimo, creando una coreografía invisible.

Mark tomó el flanco izquierdo, el *gunner* cubrió el acceso principal, Alex cambió ligeramente de posición, alineando el arma con una grieta del muro y Jack se desplazó apenas hacia delante.

El sonido de pasos se hizo más claro. Una sombra apareció primero y luego otra con un tercer hombre detrás. Avanzaban relajados, conversando y sin sospechar, aunque con la clara intención de descubrirlos, pues iban fuertemente armados. Esos hombres no eran pastores, eran seguramente de la milicia de Hasan.

Emma no escuchó nada y abrió los ojos levemente, comprobando que Jack se encontraba unos pasos por delante de ella, esperando. Se quedó observando totalmente petrificada cómo aquellos tres hombres se dirigían junto a las ruinas donde ellos se encontraban, hasta que los tres entraron en el ángulo perfecto.

Su mano bajó hasta el intercomunicador.

—Ahora.

Los disparos fueron susurros. Golpes secos, amortiguados por los supresores.

Uno, dos y tres.

Los cuerpos reaccionaron casi al mismo tiempo.

Uno cayó hacia atrás, otro se dobló sin comprender, el tercero intentó girarse, pero un segundo disparo de Mark lo detuvo antes de que pudiera abrir la boca.

Luego el silencio más absoluto.

Emma parpadeó, incapaz de procesar lo rápido que había ocurrido todo.

No había gritos, no había caos… solo precisión quirúrgica.

Jack ya estaba moviéndose, acercándose al último hombre caído para confirmar con un gesto rápido y seguro.

Luego levantó la mirada hacia el equipo.

—Limpio.

El *gunner* revisó el exterior.

—Sin más contactos.

Ethan permanecía alerta, escaneando los alrededores.

Emma observaba a Jack. Había visto su rostro antes, protector y cercano, pero ahora… era distinto, frío, concentrado, letal.

Jack se giró hacia ella y por un segundo sus ojos volvieron a suavizarse, solo un instante.

—Movemos cuerpos —ordenó en voz baja.

El equipo actuó inmediatamente.

Arrastraron los cadáveres fuera de la línea visual, detrás de rocas y desniveles naturales, cubriéndolos parcialmente con arena y restos del terreno.

Nada improvisado, nada dejado al azar.

Emma sintió un escalofrío porque comprendió algo: no era la primera vez que hacían algo así.

Cuando terminaron, Jack regresó junto a ella.

Sus manos estaban firmes y su respiración controlada, pero había algo más profundo en sus ojos, algo que no decía en voz alta. Sabía que ella lo había visto y que ahora ya no podía ocultar esa parte de sí mismo.

—Tenemos que movernos antes del anochecer —murmuró finalmente.

Todos sabían lo que significaba aquello... Una patrulla desaparecida nunca pasaba desapercibida.

El silencio después del combate era distinto, no era el silencio tranquilo de antes. Era más pesado, más denso, como si el aire mismo supiera que algo había cambiado.

Emma permanecía sentada donde Jack le había indicado, las manos apoyadas sobre las rodillas, intentando controlar la respiración.

Sus oídos aún zumbaban, no por el ruido, sino por la ausencia de él.

Todo había terminado demasiado rápido, demasiado… limpio.

Levantó la mirada.

Jack estaba unos metros más allá, revisando el arma con movimientos precisos y automáticos. No había temblor, no había duda… solo eficiencia. Y eso fue lo que más la golpeó. Porque aquel hombre no era exactamente el mismo que la había sostenido cuando no podía caminar o cuando no podía respirar en la base, no era el mismo que la había besado ni el que le hablaba en voz baja para tranquilizarla, era otra versión más fría, más peligrosa y más real.

Sintió un nudo en el pecho.

Recordó el helicóptero, el impacto, a Tom, los disparos, la muerte y ahora acababa de ver a Jack matar sin vacilar, sin armar ruido.

Jack levantó la mirada como si hubiera sentido sus pensamientos. Sus ojos se encontraron unos segundos. Emma no apartó la vista. Había miedo, sí, pero también algo más difícil de nombrar, comprensión.

Jack dio un paso hacia ella y se detuvo enfrente.

—¿Estás bien?

La pregunta fue simple, pero su voz era distinta, más suave, como si quisiera asegurarse de que seguía viendo al mismo hombre.

Emma tardó en responder.

—Nunca había… —se detuvo—. Nunca había visto algo así.

Jack asintió lentamente. No intentó justificarlo ni suavizarlo, solo aceptó la verdad.

—Lo sé.

El silencio volvió a caer entre ellos.

Ethan observaba desde un lado, fingiendo revisar su mochila mientras les daba espacio.

Emma tragó saliva.

—Fue… rápido.

—Tenía que serlo —respondió Jack—. Cuanto menos tiempo… menos riesgo.

Ella asintió, intentando entenderlo desde su mundo, intentando reconciliarlo con el suyo.

—Parecía que sabías exactamente lo que estabas haciendo.

La frase lo sorprendió más de lo que dejó entrever y sus ojos se suavizaron un instante.

—Es mi trabajo —le recordó—. Protegerte.

Ella asintió y finalmente lo miró con una especie de ternura.

—Lo sé —respondió ella.

Luego volvió a mirar hacia el exterior del *wadi*. La realidad seguía allí, esperando.

Pero cuando volvió a mirarla… algo había cambiado entre ellos, porque ahora Emma había visto todo y, aun así, seguía allí.

Jack suspiró mientras miraba de nuevo hacia fuera, al *wadi*, en la dirección por donde había llegado la patrulla.

Su mente trabajaba rápido, demasiado rápido.

Patrulla pequeña, tres hombres y un vigía adelantado, no habían informado… eso significaba una cosa: tiempo limitado.

Se giró de golpe.

—Recogemos —dijo en voz baja pero firme.

El equipo reaccionó sin preguntas.

Ethan cerró la mochila médica, Alex guardó la radio y Mark se incorporó desde la entrada.

Emma lo miró, sorprendida.

—¿Ya?

Jack asintió.

—Una patrulla que desaparece genera preguntas —explicó mientras revisaba el cargador—. Las preguntas traen más hombres.

Mark añadió desde el exterior:

—Si tenían comunicación periódica, alguien notará el silencio en menos de una hora.

Jack miró el cielo, el sol descendía lentamente y las sombras comenzaban a alargarse.

—Nos hemos quedado demasiado tiempo.

Emma sintió cómo el peso de sus palabras se instalaba en el aire.

—Pero aquí estamos escondidos —susurró ella.

Jack negó suavemente.

—Ahora ya no. —Se inclinó ligeramente hacia ella—. Hasan no manda hombres a pasear. Si no regresan… enviará a otros, más y mejor preparados.

Alex asintió.

—Y revisarán los *wadis* primero. Es lo lógico.

Jack respiró hondo.

—Salimos ya —ordenó.

Ethan frunció el ceño.

—¿Pese a que aún hay luz?

—Sí. —La respuesta fue inmediata.

Emma lo entendió. Quedarse era morir.

Jack pasó la mirada por cada uno de sus hombres.

—Formación ligera. Mantenemos bajo perfil hasta perder esta zona. —Luego miró a Emma—. ¿Puedes caminar? —Ella asintió, aunque el cansancio pesaba en cada músculo. Jack le ofreció la mano para ayudarla en los primeros pasos hasta que sus músculos se calentasen—. Entonces nos movemos.

Fuera, el desierto comenzaba a teñirse de naranja y el refugio que había sido salvación durante el día… se convertía ahora en una trampa.

El equipo comenzó a moverse con rapidez contenida.

Nada de prisas visibles, pero tampoco dudas.

Mark salió primero, comprobando el ángulo del *wadi* mientras el resto recogía el último equipo. El aire exterior había cambiado, la luz dorada del atardecer se filtraba entre las paredes rocosas proyectando sombras largas que podían ocultarlos… o delatarlos.

Emma ajustó el paso junto a Jack, todavía sintiendo el eco del combate en el pecho.

Fue entonces cuando ocurrió.

Mark se detuvo, no giró la cabeza de golpe, no levantó el arma, solo alzó dos dedos.

Jack lo vio inmediatamente y se acercó sin hablar.

Mark inclinó apenas la barbilla hacia el horizonte, donde el *wadi* se abría en una curva amplia.

—Motor… lejos —susurró con urgencia.

Jack entornó los ojos.

Emma no oía nada aún, pero ellos sí, un rumor grave e intermitente, como si algo pesado avanzara lentamente sobre el terreno irregular. No era viento, no era un animal… se trataba de un vehículo.

Jack no respondió de inmediato, solo miró a Mark y este lo miró a él durante un segundo de comprensión mutua total.

No hacía falta decirlo, habían venido.

—Más rápido —murmuró Jack finalmente por el intercomunicador—. Sin correr.

El equipo cambió el ritmo al instante.

Ethan cerró la formación con Emma mientras Alex y el *gunner* revisaban la retaguardia.

El sonido volvió, más claro ahora, y Emma lo oyó finalmente. Su corazón dio un vuelco.

Jack inclinó la cabeza hacia Mark mientras avanzaban.

—Buen oído.

Mark respondió con una sonrisa casi invisible.

—Prefiero no comprobarlo de cerca.

Jack asintió.

La patrulla perdida ya había levantado sospechas, lo que implicaba comunicación continua entre todos y buena organización. Ahora el tiempo se había terminado.

El sonido del motor desapareció y volvió a aparecer varias veces, como si el desierto lo absorbiera y lo devolviera a su antojo.

Emma caminaba intentando mantener el ritmo, concentrándose en cada paso para no perder el equilibrio mientras el terreno descendía suavemente por el *wadi*.

Algo había cambiado. No era solo el ruido, era el ambiente.

Los hombres ya no se movían como antes, eran más silenciosos… y estaban más tensos.

Mark avanzaba unos metros por delante, deteniéndose cada cierto tiempo para observar el terreno antes de continuar. El *gunner* giraba la cabeza constantemente, vigilando ángulos que Emma ni siquiera sabía que existían. Alex caminaba mirando atrás más que hacia delante. Ethan permanecía cerca de ella, lo suficiente para sostenerla si tropezaba.

Emma comprendió entonces algo que hasta ese momento solo había sentido de forma abstracta. No estaban escapando, los estaban buscando activamente.

Cada roca se convirtió en un posible observador, cada sombra en un escondite y cada sonido en una amenaza.

Jack caminaba a su lado, ligeramente adelantado, observando el terreno como si leyera un idioma invisible.

Emma lo miró.

—Ya vienen, ¿verdad? —susurró.

Jack no respondió inmediatamente, sus ojos seguían escaneando, pero finalmente asintió.

—Sí.

La palabra fue tranquila, demasiado tranquila.

—¿Es porque no volvieron los otros?

—Exacto.

Emma tragó saliva.

—Entonces saben que estamos cerca.

Jack negó suavemente.

—Saben que alguien está aquí. —Una pausa—. Y alguien como Hasan no deja de buscar cuando huele sangre.

El viento levantó arena fina alrededor de sus botas.

Emma sintió un escalofrío, por primera vez entendía realmente la situación. No era una huida hacia la libertad, era una carrera contra alguien que pensaba como ellos y eso hacía el desierto más pequeño, estrecho y peligroso.

Jack levantó el puño y el equipo se detuvo al instante.

Escucharon y nada, solo el viento.

Jack bajó la mano.

—Seguimos.

Emma dio un paso más.

Y el *wadi* pareció cerrarse ligeramente a su alrededor, como si el propio terreno quisiera esconderlos… o atraparlos.

El terreno comenzó a cambiar sin que Emma supiera exactamente cuándo. Al principio fue solo una sensación, las piedras estaban más removidas, la arena parecía más compacta en ciertos tramos, como si hubiera sido presionada repetidamente.

Mark se detuvo de repente.

No levantó el arma ni habló. Simplemente se agachó y pasó los dedos por el suelo.

Jack lo alcanzó unos segundos después.

—¿Qué ves?

Mark señaló una línea apenas visible entre las sombras.

—Rodadas.

Emma entornó los ojos, ella no veía nada, pero Jack sí. Dos marcas paralelas… No eran militares, pues eran demasiado irregulares. Se trataba de vehículos ligeros, *pick-ups* probablemente.

Alex se acercó un poco más.

—No parecen patrullas organizadas.

Jack negó.

—No. —Hubo una pausa—. Demasiado caótico.

El *gunner* habló desde atrás.

—Contrabandistas.

La palabra cayó como una losa y Emma los miró fijamente.

—¿Eso es bueno o malo?

Nadie respondió inmediatamente.

Jack observó el horizonte unos segundos más antes de hablar.

—Depende.

Ethan suspiró.

—Suelen evitar problemas… si pueden.

—Pero también observan todo —añadió Mark.

Emma sintió cómo el estómago se le encogía.

Jack volvió a caminar, más atento ahora.

—Seguimos —murmuró—. Sin cambiar ritmo.

Ahora el desierto estaba habitado por presencias invisibles, personas que no pertenecían a ningún bando… pero que podían vender información al mejor postor.

Emma sintió la mirada de Jack sobre el terreno.

Ahora no solo huían de Hasan, también caminaban por territorio que no controlaban y en el desierto de Badía eso podía ser aún más peligroso.



28

El sol prácticamente había caído.

Llevaban un par de horas caminando por aquel terreno cuando Emma empezó a notar que algo no encajaba. No era el paisaje, el desierto seguía siendo el mismo: piedra, arena y silencio. Era la forma en que se movía el equipo, más contenido y más atento.

Mark avanzaba unos metros por delante, deteniéndose a intervalos regulares para observar el suelo antes de continuar. El *gunner* mantenía una vigilancia constante hacia las elevaciones bajas que rodeaban el *wadi*, como si esperara ver aparecer algo en cualquier momento.

Emma miró hacia abajo, ahora sí veía las marcas. Rodadas antiguas cruzaban el terreno en diferentes direcciones, algunas casi borradas por el viento, otras más recientes.

—¿Seguimos sus huellas? —preguntó en voz baja.

Jack negó suavemente sin dejar de caminar.

—No exactamente.

Alex intervino desde atrás.

—Pero tampoco las evitamos.

Emma frunció el ceño.

—¿No sería mejor alejarnos?

Jack disminuyó el ritmo para caminar a su lado.

—Eso sería lo lógico para alguien sin entrenamiento.

Ella lo miró.

—Entonces… ¿por qué no?

Jack señaló el terreno con un leve gesto.

—Porque cambiar demasiado nuestra ruta crea un patrón.

—Las desviaciones largas dejan huellas nuevas. Y las huellas nuevas destacan —añadió Ethan.

Jack asintió.

—Si seguimos zonas ya transitadas… nuestras pisadas se mezclan.

Emma comprendió lentamente.

—Os escondéis dentro del movimiento de otros.

Una leve sonrisa apareció en los labios de Jack.

—Exacto.

El viento levantó una nube fina de polvo que cruzó el camino. Emma sintió un escalofrío porque aquello significaba algo más: no estaban solos.

Jack levantó la mano brevemente y el equipo se detuvo escuchando, pero no hubo nada, solo desierto respirando.

Cuando volvieron a avanzar, Emma notó cómo todos mantenían la cabeza ligeramente más alta, los sentidos más abiertos, porque caminar por rutas de contrabandistas significaba dos cosas: podían esconderse mejor, pero también podían ser observados sin saberlo y, en aquel lugar, no saber quién te miraba era peor que ver al enemigo.

El primero en detenerse fue el *gunner*.

No levantó el arma, solo alzó dos dedos.

—Contacto visual.

El equipo se congeló al instante.

Emma sintió cómo Jack apoyaba una mano firme en su brazo, deteniéndola antes de que pudiera dar un paso más.

—Quietos —susurró por el intercomunicador.

Mark avanzó medio paso hasta colocarse junto a Jack.

—Once en punto… elevación baja.

Emma entornó los ojos.

Al principio no vio nada, solo una línea de rocas oscuras recortadas contra el horizonte rojizo del atardecer. Luego lo distinguió. Había movimiento, una silueta… después otra.

—Tres… no, cuatro —confirmó el *gunner*—. Tal vez más detrás.

Estaban quietos, observando.

El aire pareció volverse más pesado.

Jack no levantó el arma, pero tampoco bajó la guardia, solo ajustó ligeramente su posición para quedar entre Emma y las figuras lejanas. Ethan hizo lo mismo desde el otro lado. Alex apenas giró la cabeza para cubrir la retaguardia.

Nadie hablaba, nadie hacía movimientos bruscos.

Los hombres en la colina tampoco.

Uno de ellos llevaba un pañuelo cubriendo parcialmente el rostro, otro sostenía un arma apoyada en el hombro, sin apuntar directamente.

Emma sintió un nudo en el estómago.

—¿Quiénes son? —susurró.

Jack respondió sin apartar la mirada.

—Probablemente contrabandistas.

—¿Buenos o malos?

Hubo una pausa.

—Depende de lo que quieran.

El viento sopló entre ellos, levantando arena.

Uno de los hombres en la colina se movió ligeramente, no hacia ellos, solo lo suficiente para dejar claro que los había visto. Un mensaje silencioso que decía "te veo".

Jack no reaccionó, ni saludó, ni apuntó… solo permaneció quieto porque en aquel mundo el primer movimiento equivocado podía encender una guerra.

Pasaron segundos, largos y pesados.

Emma sintió cómo el tiempo se estiraba.

Finalmente, uno de los hombres giró el cuerpo y comenzó a caminar hacia atrás.

Los demás lo siguieron y desaparecieron lentamente tras la cresta sin decir una palabra, sin un disparo. El equipo permaneció inmóvil unos segundos más.

Jack exhaló lentamente.

—Seguimos —murmuró.

Emma dio un paso y comprendió algo nuevo: había peligros que no atacaban, pero eso no significaba que fueran seguros.

Caminaron unos minutos más antes de que Jack levantara la mano, no para esconderse, sino para respirar.

El equipo formó un pequeño semicírculo natural, manteniendo vigilancia en todas direcciones.

Emma miró hacia atrás, hacia la cresta donde habían desaparecido los hombres.

—¿Eso… ya está? —preguntó en voz baja.

Mark soltó un suspiro corto.

—Esperemos.

Ella frunció el ceño.

—No lo entiendo… si estaban armados, ¿por qué no…?

Jack respondió mientras observaba el terreno.

—Porque tampoco querían problemas.

—Los contrabandistas viven de moverse sin llamar la atención. Un enfrentamiento con nosotros no les aporta nada —explicó Ethan.

Alex levantó la mirada desde la radio.

—Y nosotros tampoco queremos disparar a gente que quizá no esté en nuestro conflicto.

Emma asintió lentamente.

—Pero nos han visto.

Jack se giró hacia ella.

—Sí.

La palabra cayó pesada.

—Entonces pueden decirle a Hasan dónde estamos…

Jack negó suavemente.

—Podrían.

Mark añadió.

—Pero también podrían no hacerlo.

Emma arqueó una ceja.

—¿Por qué?

El *gunner* respondió desde atrás.

—Porque hablar también tiene consecuencias. Si se meten en guerras ajenas… dejan de ser neutrales y, al fin y al cabo, no nos

han hecho nada. No creo que Hasan estuviese muy de acuerdo con que nos dejasen escapar. No dirán nada.

Jack asintió.

—La neutralidad es lo que les permite sobrevivir aquí.

Emma procesó la información mientras el viento soplaba entre ellos.

Ethan sonrió levemente.

—Un disparo equivocado… y ahora estaríamos en una batalla abierta.

Emma tragó saliva.

Nunca lo habría imaginado porque desde fuera solo habían sido unos hombres observando, pero ahora entendía. En el desierto, las decisiones más importantes eran las que nadie veía.

Jack volvió a mirar hacia delante.

—Seguimos.

Y el equipo se movió otra vez, dejando atrás un encuentro que había estado mucho más cerca del desastre de lo que parecía.

Llevaban horas caminando, no sabía exactamente cuántas. El tiempo en el desierto dejaba de medirse en minutos y empezaba a medirse en pasos.

El terreno se volvió ligeramente más elevado y Jack levantó la mano.

—Alto. Microdescanso.

El equipo se dejó caer sin protestar. No era un descanso cómodo, era supervivencia.

Una pequeña depresión entre rocas bajas ofrecía algo de cobertura natural y una línea de escape clara hacia el este. Mark comprobó rápidamente los ángulos antes de asentarse.

Emma se apoyó contra una piedra, respirando con dificultad.

El pie le dolía, pero menos que antes.

Jack se arrodilló frente a ella y le tendió la cantimplora.

—Bebe.

Ella tomó el recipiente, dudando al notar lo ligera que estaba. Bebió un pequeño trago y se detuvo.

—¿Y tú?

—Bebe —repitió él.

Emma entornó los ojos.

—Jack…

—Termínatela.

Ella lo miró con suspicacia.

—Te estás quedando sin agua para dármela a mí.

Jack sostuvo su mirada en silencio.

Luego habló con calma firme.

—No desobedeces a tu capitán.

Emma arqueó una ceja, divertida a pesar del cansancio.

—Yo no soy uno de tus hombres.

Una sombra de sonrisa cruzó el rostro de Jack.

—Peor. Eres el paquete prioritario.

Ethan soltó una risa floja desde un lado. Emma negó con la cabeza, pero terminó de beber de la cantimplora. Jack asintió, satisfecho.

—Ethan, revisa ese pie.

El médico ya estaba moviéndose. Se arrodilló frente a ella y comenzó a retirar con cuidado la bota.

—Dime si duele.

Emma hizo una mueca leve.

—Solo cuando existo.

—Perfecto —respondió él—. Eso significa que sigue funcionando.

Mientras Ethan ajustaba el vendaje con movimientos rápidos y precisos, Jack se reunió con Mark, Alex y el *gunner* unos metros más allá.

—Posición —murmuró.

Alex señaló el terreno.

—Si los cálculos son correctos… estamos a unos siete kilómetros de la frontera.

Jack asintió lentamente.

—Tiempo.

Mark respondió.

—Si mantenemos ritmo… seis, quizá ocho horas de marcha.

Jack miró el horizonte oscuro.

—Antes del amanecer.

Alex dudó.

—Eso si todo va bien.

Todos sabían lo que significaba, aunque Jack lo dijo en voz baja.

—La siguiente zona será la peor.

Mark asintió.

—Cuellos de botella naturales, pasos estrechos y sitios perfectos para vigilancia.

—Hasan lo sabrá —añadió Alex.

—Sí —confirmó Jack—. Si yo fuera él… concentraría recursos ahí.

Emma levantó la mirada desde donde estaba sentada con Ethan.

—¿Entonces vamos directos hacia donde esperan encontrarnos?

Jack se giró hacia ella y enarcó la ceja al escucharla.

—No exactamente. —Se acercó un poco más—. Vamos hacia donde creen que iremos… pero no como creen que lo haremos.

Emma frunció el ceño.

—Eso no suena tranquilizador.

Ethan terminó el vendaje y volvió a colocar la bota.

—Eso significa que seguimos vivos.

Jack miró al equipo.

—Cinco minutos más. Luego retomamos la marcha.

El viento sopló entre ellos, levantando arena fina.

Emma observó cómo todos bebían pequeños sorbos de sus propias cantimploras casi vacías. Nadie decía nada, pero todos sabían lo mismo: no quedaba agua.

Emma respiró hondo y, casi sin darse cuenta, llevó la mano al bolsillo interior de su camisa. Sus dedos encontraron la pequeña protuberancia, la microSD seguía ahí.

La apretó un instante entre los dedos, asegurándose de que era real, de que no la había perdido en algún momento de aquella huida interminable.

La soltó despacio y luego se pasó la mano por el cabello. Estaba lleno de arena: entre los mechones, pegada al cuero cabelludo y cayendo en pequeños granos sobre su hombro cuando intentó sacudirla.

Resopló.

—Necesito una ducha —susurró.

Jack apareció frente a ella, arrodillándose con ese movimiento fluido que ya le resultaba familiar.

Una sombra de sonrisa cruzó su rostro.

—No eres la única.

Emma soltó una pequeña risa cansada.

El sonido fue suave… pero necesario.

Durante unos segundos simplemente se miraron, como si el mundo alrededor desapareciera.

—¿Alguna vez has tenido una misión que se complicase tanto? —preguntó ella finalmente.

Jack inclinó la cabeza, pensativo.

—No sería la primera vez que todo se tuerce.

Ella arqueó una ceja.

—Eso no suena muy tranquilizador.

—Significa que sabemos adaptarnos.

Emma bajó la voz.

—Pero ¿algo así…?

Jack dudó un segundo.

—He estado en situaciones parecidas —admitió—. Perseguidos, sin apoyo inmediato e intentando cruzar territorio hostil. —Sus ojos se suavizaron al mirarla y Jack exhaló lentamente—. Pero esta… esta es la más importante. —Ella lo observó sin decir nada—. Por ti —añadió finalmente, con una sinceridad tranquila que no necesitaba dramatismo. El silencio entre ellos cambió—. Ahora viene la parte más difícil —continuó él —. La frontera estará vigilada. Habrá menos cobertura. Más riesgo. —Emma asintió y Jack sostuvo su mirada—. Pero voy a llevarte con vida hasta Jordania.

No era promesa romántica, era un juramento.

—Sé que lo harás.

El momento se quedó suspendido entre ambos y entonces Emma se echó hacia delante y lo abrazó. No fue impulsivo; fue lento y consciente. Jack dudó y luego le correspondió, rodeándola con cuidado. Un abrazo breve y necesario.

Cuando se separaron, Jack notó por el rabillo del ojo a Mark haciendo un exagerado gesto de morritos hacia Alex.

Alex respondió levantando las cejas con fingida solemnidad.

Jack los ignoró o fingió hacerlo.

—Nunca había llevado un paquete como tú —murmuró.

Emma lo miró con indignación divertida.

—No me llames paquete.

Jack inclinó la cabeza, solemne.

—Terminología operativa. No negociable.

—Pues cámbiala.

Mark intervino desde atrás.

—Capitán, creo que acabamos de confirmar que es el paquete más importante del inventario.

Ethan soltó una risilla.

—Prioridad uno absoluta —bromeó.

Emma negó con la cabeza, sonriendo a pesar de todo.

Jack volvió a mirarla y durante un segundo el ruido del mundo desapareció.

Su ropa estaba sucia, rota… el cabello lleno de arena, la piel marcada por el cansancio y, aun así, era la mujer más hermosa y más fuerte que había conocido. No cualquiera habría soportado el silencio. No cualquiera habría contenido el impulso de correr cuando él le pedía quedarse quieta. No cualquiera habría confiado así.

Jack apartó finalmente la mirada, porque quedarse demasiado tiempo observándola empezaba a resultar peligroso por razones muy distintas al enemigo.

—Tiempo —dijo recuperando la voz de capitán.

Jack observó el horizonte unos segundos más, dejando que su mente ordenara rutas, riesgos y probabilidades como piezas de un mapa invisible. Sabía que lo que venía ahora sería lo más difícil. La frontera no significaba alivio, significaba vigilancia, emboscadas posibles y ojos atentos esperando exactamente a alguien como ellos.

La parte más peligrosa de la misión comenzaba ahora y todo dependía de él.

No solo estaba en juego que la operación terminara bien, no solo que cruzaran, sino que la vida de sus hombres y la de Emma

descansaban sobre cada decisión que tomara a partir de este momento.

Estaba acostumbrado a cargar con ese peso, a elegir rutas sabiendo que alguien podía no volver, a tomar decisiones frías en medio del caos, pero nunca había tenido que hacerlo con la mujer a la que amaba caminando a su lado.

Se giró hacia Emma y le ofreció la mano para ayudarla a levantarse.

—¿Puedes caminar?

Ella asintió firme.

—Sí.

Jack sostuvo su mirada un segundo más, evaluando algo que iba más allá de la respuesta, y luego asintió para comenzar a avanzar.

Cuando retomaron la marcha, él se mantuvo cerca, lo suficiente para vigilar su paso sin que pareciera evidente, atento a cada pequeño cambio en su forma de caminar.

Ahora el desierto ya no era solo un terreno hostil, era el último obstáculo entre ellos y la supervivencia, y Jack no pensaba fallar.



29

Llevaban horas caminando.

El tiempo se había vuelto una sucesión de pasos iguales, respiraciones controladas y miradas constantes hacia el horizonte.

El desierto parecía infinito.

Cada sonido los detenía, cada destello lejano los paralizaba durante segundos eternos.

Una luz distante, un eco metálico, un reflejo breve… y entonces el equipo se detenía.

Armas listas, respiración contenida y esperar hasta que la luz desapareciese o el sonido se diluyera en la nada.

Hasan los buscaba, eso era evidente, pero el territorio era enorme, vasto y, por ahora, el desierto seguía escondiéndolos.

Emma avanzaba en silencio, concentrada en cada paso. La cojera había aumentado ligeramente. No era dramática, pero Jack lo notaba en cómo cambiaba el peso del cuerpo, en la forma en que su respiración se volvía más irregular.

Sin decir nada, ajustó su posición y pasó un brazo alrededor de su espalda, ayudándola a mantener el ritmo.

Ella no protestó, solo aceptó el apoyo.

El equipo se movía como sombras alrededor de ellos. Mark en cabeza, el *gunner* vigilando las elevaciones, Alex revisando la

retaguardia e Ethan atento a cualquier señal de agotamiento extremo.

—Ya queda poco —murmuró Jack en voz baja.

Emma soltó una risa agotada.

—Llevas diciendo eso desde hace horas.

—Porque es verdad —respondió él—. Cada paso cuenta.

Ella levantó la mirada hacia él.

—¿Cuánto queda realmente?

Jack dudó.

—Menos de lo que ya has hecho.

Emma suspiró cansada.

Apoyó la frente en el brazo de Jack durante unos segundos, buscando equilibrio… y algo más. Un gesto pequeño e íntimo en medio del desierto.

El corazón de Jack se encogió, sintió el peso del momento atravesarlo de golpe, la cercanía, la confianza y el peligro. Sin pensarlo demasiado, se inclinó y besó su frente. Fue rápido y suave, como si el gesto pudiera desaparecer antes de existir.

Nadie del equipo reaccionó, estaban demasiado concentrados vigilando.

Jack retomó el paso.

—Vamos… un poco más.

Emma asintió y siguieron caminando.

El viento comenzó a soplar, no fuerte, solo distinto.

Jack frunció el ceño, algo en el aire había cambiado.

Se detuvo sin soltarla.

El equipo reaccionó al instante, formando un perímetro silencioso.

—¿Qué pasa? —susurró Mark.

Jack no respondió inmediatamente, miraba el horizonte.

La luz parecía más apagada, el aire… más pesado.

Una ráfaga breve levantó arena fina que no había estado allí antes.

Ethan alzó la vista.

—¿Lo notas?

Alex entornó los ojos.

—Sí…

El sonido del desierto había cambiado y ahora era más silencioso, como si algo estuviera conteniendo la respiración.

Jack observó cómo pequeñas columnas de arena se levantaban y desaparecían rápidamente, sin dirección clara.

El cielo tenía un tono extraño, más amarillo y más denso.

Emma tragó saliva.

—¿Qué ocurre?

Jack solo siguió mirando, intentando analizar el desierto sin apartar la mirada del horizonte.

El viento volvió a soplar, más seco y más irregular. No era una brisa constante, eran ráfagas cortas que levantaban arena fina en espirales pequeñas antes de desaparecer.

Mark avanzó dos pasos hacia un lateral, observando el cielo.

—No me gusta.

Ethan alzó la cabeza.

—El aire está raro.

Emma no entendía qué significaba exactamente… pero sí sentía la incomodidad.

Los sonidos parecían viajar más lejos… y luego desaparecían de golpe.

Jack respiró hondo, el olor había cambiado: polvo, arena… algo eléctrico en el ambiente.

Alex señaló hacia el oeste.

—¿Veis eso?

Una línea tenue en el horizonte. No era una nube, no era una montaña, era… movimiento, demasiado amplio para ser polvo levantado por vehículos.

El *gunner* habló en voz baja.

—Eso no es viento normal.

Jack entornó los ojos.

Las pequeñas ráfagas comenzaron a ser más constantes, la arena golpeó sus botas.

Emma sintió partículas finas contra la piel.

—Jack…

Él se giró hacia ella.

—Tranquila.

Pero su voz estaba más tensa.

Mark volvió a mirar la línea del horizonte.

—Capitán… eso crece.

Y entonces Jack lo vio claramente. Una pared, aún lejana, pero avanzando, no era rápida, pero sí inevitable.

Exhaló lentamente.

—Mierda…

Ethan entendió el primero.

—¿Tormenta?

Jack asintió.

—Sí.

El equipo intercambió miradas rápidas y Emma tragó saliva.

—No tiene muy buena pinta —susurró.

Nadie respondió de inmediato porque todos pensaban lo mismo, podía ocultarlos o podía matarlos.

Jack tomó una decisión en segundos.

—Necesitamos cobertura antes de que llegue.

Mark ya estaba escaneando el terreno.

—Las elevaciones al sur podrían proteger algo.

Alex negó.

—Demasiado abiertas.

El viento aumentó un poco más y la luz comenzó a apagarse lentamente.

Emma sintió cómo el corazón se le aceleraba, porque por primera vez desde que habían salido el enemigo no era Hasan, era el propio desierto.

Jack apretó ligeramente su hombro.

—Nos movemos. Ya —ordenó.

El viento cambió de dirección de golpe.

No fue gradual, fue como si alguien hubiera girado una llave invisible.

La arena comenzó a levantarse en ráfagas más largas, golpeando las botas y las piernas con pequeños impactos secos.

Jack se giró hacia el equipo.

—Movimiento rápido. Formación cerrada.

Mark tomó cabeza inmediatamente. El *gunner* se desplazó hacia el flanco derecho. Alex revisó retaguardia e Ethan se acercó un poco más a Emma.

El horizonte detrás de ellos ya no era una línea clara, era una sombra creciente, una pared difusa que parecía devorar el cielo lentamente.

Emma respiró hondo.

—Viene muy rápida.

Jack no respondió con palabras, solo apretó ligeramente su hombro.

—Vamos.

Comenzaron a avanzar más rápido, no corriendo, pero casi.

El terreno se volvió más irregular. Pequeñas piedras rodaban bajo sus pies mientras el viento aumentaba.

La arena empezó a golpear su rostro. Primero de forma molesta, luego dolorosa.

Emma tropezó levemente y Jack la sostuvo antes de que cayera.

—Estoy bien —murmuró ella.

—Lo sé —respondió él—. Pero ahora no te suelto.

El equipo avanzaba como una sola entidad, moviéndose en zigzag para evitar las zonas más expuestas.

El sonido del viento crecía, ya no era un susurro, era un rugido lejano, como un tren invisible acercándose.

Mark miró atrás.

—Capitán…

No terminó la frase, no hacía falta.

La tormenta había crecido tornándose más grande y más oscura.

Emma sintió cómo el cielo se volvía amarillento. La luz de las estrellas y la luna desaparecía demasiado rápido y el aire se volvió más pesado, difícil de respirar.

Jack buscaba desesperadamente algo: una depresión más profunda, una formación rocosa, cualquier cosa que rompiera el impacto directo.

—Allí —dijo finalmente, señalando una elevación baja con rocas dispersas.

—¿Suficiente? —preguntó Alex.

Jack dudó un poco.

—Tendrá que serlo.

El viento aumentó otra vez. Ahora traía arena suficiente para obligarlos a entornar los ojos. Emma apoyó el peso más en él sin darse cuenta y Jack la sujetó con más fuerza.

Mark avanzó primero, comprobando ángulos mientras corrían hacia la posición.

El viento ya empujaba con fuerza irregular, levantando arena que golpeaba las piernas como pequeñas agujas.

Emma apenas podía abrir los ojos.

Jack la sujetaba firmemente, guiándola.

—¡Abajo! —ordenó al llegar.

Todos se arrodillaron rápidamente detrás de las rocas, colocándose en el lado opuesto al viento dominante.

El equipo formó una línea compacta, hombro con hombro, con un contacto constante.

El *gunner* cerrando retaguardia, Mark orientando la posición, Alex comprobando el terreno para evitar huecos expuestos e Ethan y Jack se colocaron junto a Emma, adelantando ligeramente sus cuerpos, creando así una barrera parcial contra las ráfagas.

El viento aumentó y el sonido se volvió más grave y más constante.

—¡Cubre nariz y boca! —gritó Ethan, sacando y entregándole un pañuelo, mostrándole cómo colocarlo.

Emma imitó el gesto rápidamente.

—¡Respira lento! —añadió Jack—. ¡Nada de inhalar fuerte!

Ella asintió, aunque la arena ya se pegaba a su piel.

—¿Será muy fuerte? —preguntó alzando la voz para superar el rugido creciente.

Mark respondió sin girarse.

—¡Sí!

Jack añadió.

—¡Mantente agazapada! ¡Y agárrate a nosotros!

El viento arrancó un puñado de arena que golpeó sus espaldas.

Emma se aferró instintivamente al chaleco de Jack.

—¿Cuánto va a durar? —gritó.

Ethan respondió.

—¡No lo sabemos! ¡Pero una tormenta así suele durar entre diez minutos y media hora!

El cielo comenzó a desaparecer, literalmente.

La luz amarillenta se volvió más densa y más oscura. El horizonte dejó de existir.

Jack bajó aún más la cabeza.

—¡Contacto físico constante! ¡Nadie se separa!

Las ráfagas comenzaron a ser continuas y el aire se volvió pesado.

Respirar era como hacerlo a través de polvo.

Emma sintió cómo su mundo se reducía al peso de la mano de Jack sobre su hombro, más cuando el sonido creció hasta convertirse en un rugido ensordecedor.

La arena empezó a golpear con violencia y el cielo se cerró.

Entonces la tormenta los alcanzó. El mundo se volvió polvo y ruido ensordecedor.

El viento dejó de ser viento y se convirtió en un muro.

Un rugido constante que borraba cualquier otro sonido.

Emma cerró los ojos por instinto cuando la primera ráfaga golpeó contra ellos, con la arena clavándose en la piel expuesta como miles de agujas diminutas.

Respirar era difícil, el aire entraba cargado de polvo, seco y áspero.

Intentó inspirar más profundo y tosió inmediatamente. La mano de Jack apretó su hombro.

—¡Despacio! —gritó, aunque Emma apenas logró escucharlo entre el ruido—. ¡Respira lento!

Ella asintió sin estar segura de que él pudiera verlo, pues todo se había reducido a centímetros. No existía el horizonte, no existía el cielo… solo una nube densa de arena que golpeaba sin descanso.

El mundo desapareció.

El equipo permanecía agachado, hombro con hombro, formando una única silueta compacta contra la roca. Mark estaba delante, casi invisible entre la tormenta. Alex y el *gunner* mantenían contacto

físico constante, ajustando posiciones cada pocos segundos para no perder el equilibrio.

Emma sintió cómo el viento intentaba arrancarla hacia atrás.

Jack se inclinó ligeramente sobre ella, creando una barrera con su propio cuerpo.

El impacto disminuyó apenas un poco, pero sí lo suficiente para no salir volando. La mano de Jack se desplazó hacia su brazo, asegurándose de que ella seguía allí.

El ruido era tan fuerte que parecía vibrar dentro del pecho.

Emma intentó hablar y ni siquiera emitió sonido, el viento se lo llevó antes de existir.

El tiempo dejó de tener sentido: segundos, minutos… no sabía, solo sentía arena, ruido y el peso de Jack contra ella.

En un determinado momento intentó abrir los ojos. Nada, solo un velo marrón moviéndose sin forma.

Una sensación repentina de desorientación la golpeó.

¿Seguían en la misma posición? ¿Se habían movido?

Su respiración se aceleró sin querer.

La mano de Jack se movió hacia su nuca, en un gesto claro de "aquí estoy".

Emma cerró los ojos otra vez, se concentró en el contacto, en el ritmo de su respiración, en la estabilidad que él transmitía incluso cuando el mundo entero parecía romperse alrededor.

Dejó de luchar contra la tormenta y simplemente cerró los ojos.

El rugido aumentó, si es que eso era posible. El viento ya no llegaba en ráfagas, era constante e implacable.

La arena golpeaba con tal fuerza que Emma sentía vibrar las rocas bajo sus rodillas.

Respirar era un acto consciente, lento y controlado, tal y como Jack le había indicado, pero entonces ocurrió. Una ráfaga más violenta que las anteriores, un golpe lateral y la formación entera se desplazó unos centímetros.

El equilibrio se rompió por un instante.

Un grito ahogado se perdió en el viento. Emma sintió cómo la presión del hombro del *gunner* desaparecía de repente. Una sombra se movió fuera de su visión y el contacto se rompió durante un

segundo, tal vez menos, pero fue suficiente para que el corazón se le desbocase.

—¡Contacto! —rugió Jack, aunque su voz apenas atravesó el ruido.

Mark giró instintivamente, extendiendo el brazo hacia atrás.

El *gunner* había resbalado medio metro, empujado por la ráfaga y la arena suelta bajo sus rodillas. No había salido despedido, pero había perdido la línea y en una tormenta así…

medio metro podía convertirse en desaparición.

Mark atrapó el chaleco del *gunner* con un movimiento rápido y brutal, tirando hacia ellos. El equipo se reajustó inmediatamente, acercándose más, compactando la formación.

Jack no soltó a Emma, al contrario, la acercó más hacia su propio cuerpo, inclinándose para cubrirla mejor.

La tormenta rugía como si intentara separarlos.

Emma sintió un destello de miedo puro, porque por un instante había visto el vacío, lo fácil que sería perderse, desaparecer.

La mano de Jack se deslizó hacia la suya y la apretó con fuerza.

Un mensaje sin palabras que decía "aquí seguimos juntos".

El tiempo continuó distorsionado. No sabían cuánto llevaban allí, solo que la tormenta parecía haber alcanzado su furia máxima y entonces, igual que había llegado, el viento comenzó a cambiar.

Apenas perceptible al principio, pero suficiente para que Jack levantara ligeramente la cabeza.

El cambio fue tan sutil que al principio nadie reaccionó.

El viento seguía allí, la arena también, pero algo había disminuido.

El rugido dejó de ser absoluto y se convirtió en un sonido irregular, fragmentado.

Emma abrió los ojos lentamente. El mundo seguía cubierto por un velo marrón, pero ya no era una pared sólida, podía distinguir sombras y formas: la roca frente a ellos, la silueta inclinada de Mark, el brazo de Jack sobre su hombro.

Respiró con cuidado, el aire seguía áspero, pero ya no quemaba igual.

El silencio comenzó a aparecer entre ráfagas y ese silencio era extraño y pesado, como si el desierto estuviera conteniendo la respiración.

Jack volvió a levantar ligeramente la cabeza, evaluando. Todavía no se movió. Aún era demasiado pronto.

Una ráfaga más golpeó al grupo, levantando arena que volvió a borrar todo durante unos segundos. Luego volvió el silencio, más largo esta vez.

Ethan tosió y Alex murmuró algo que el viento arrastró.

Emma se dio cuenta de algo inquietante: no había sonidos lejanos ni motores ni disparos ni viento constante. Solo la nada.

El mundo parecía suspendido.

Jack soltó el aire lentamente.

—Aún no —dijo en voz baja—. Esperamos.

Nadie discutió.

El equipo permaneció compacto, inmóvil, como una única criatura respirando lentamente en mitad del desierto transformado.

Emma levantó la mirada hacia él. La tormenta había cubierto su rostro con una capa fina de polvo y sus pestañas estaban llenas de arena, pero sus ojos seguían atentos y presentes.

Unos segundos más pasaron y el viento volvió, pero ahora era diferente, más suave e irregular.

Jack finalmente habló.

—Preparaos… despacio.

El mundo comenzaba a reaparecer, pero no sería el mismo.

Jack fue el primero en moverse. No se levantó de golpe. Primero apoyó una mano sobre la roca. Probó la estabilidad del terreno. Luego se incorporó lentamente, manteniendo la cabeza baja mientras observaba alrededor.

El viento aún soplaba, pero ya no empujaba. Era un susurro irregular.

—Arriba… despacio —murmuró.

El equipo se levantó uno a uno.

Emma sintió cómo las piernas protestaban al ponerse de pie. La arena había cambiado bajo sus rodillas, ahora era más blanda, más suelta, como si el desierto hubiera sido removido desde dentro.

Jack la ayudó a incorporarse.

Cuando ella levantó la mirada… no reconoció nada. El paisaje había desaparecido.

Las pequeñas marcas del terreno que habían usado como referencia ya no estaban. Las rodadas que habían seguido durante horas habían sido borradas por completo.

Las rocas parecían distintas.

Las sombras habían cambiado.

Era como si alguien hubiera borrado el mapa del mundo.

Mark giró lentamente sobre sí mismo.

—Mierda…

Alex soltó un silbido.

—No queda nada.

Jack observó el horizonte.

La tormenta había dejado una bruma fina en el aire, deformando la distancia.

Emma tragó saliva.

—¿Nos hemos perdido?

Nadie respondió de inmediato porque la pregunta era válida.

Jack caminó unos pasos hacia delante, evaluando ángulos, pendientes y la posición de la luna oculta tras la nube de polvo.

—No —dijo finalmente—. Solo tenemos que recalcular.

Ethan se sacudió arena de la ropa.

—La tormenta ha borrado todas las huellas.

—Buenas noticias… también las nuestras —añadió el *gunner*.

Jack asintió.

Ventaja táctica, Hasan había perdido su rastro, pero ellos también habían perdido parte de su orientación.

Emma observó cómo Jack estudiaba el terreno con una concentración absoluta, reconstruyendo mentalmente el camino.

El silencio era extraño, demasiado limpio. Después del rugido constante de la tormenta, la quietud parecía casi antinatural.

Jack volvió hacia el equipo.

—Nos movemos en cinco. —Luego miró a Emma—. ¿Sigues conmigo?

Ella asintió y Jack sostuvo su mirada un segundo más antes de dar unos pasos hacia delante para asegurar el camino.

La arena aún flotaba en el aire como un velo fino, difuminando las distancias, y hacía que el horizonte pareciera más cercano y al mismo tiempo más peligroso.

Caminaban rápido, sin prisa, pero sin pausa.

Emma avanzaba apoyándose ligeramente en Jack. Su respiración era más pesada ahora, la cojera más evidente y, aun así, seguía el ritmo sin quejarse.

El equipo se movía en silencio táctico.

Mark iba en cabeza, el *gunner* vigilando el flanco, Alex revisando la retaguardia e Ethan atento a Emma.

Jack observaba el terreno, no solo el suelo, sino el horizonte, siempre el horizonte, incluso hacia atrás.

Fue entonces cuando las vio.

Luces a su espalda, lejanas y pequeñas, apenas visibles entre la bruma.

Se detuvo y el equipo reaccionó inmediatamente, congelándose en posiciones bajas.

Emma sintió cómo la mano de Jack se tensaba sobre su brazo.

—Quietos —susurró.

Las luces desaparecieron y volvieron a aparecer unos segundos después más a la izquierda. Jack frunció el ceño, no dijo nada todavía, solo observó y esperó. Una tercera aparición esta vez más cerca y más abierta.

Mark se deslizó hasta él.

—¿Vehículos?

Jack asintió levemente, pero algo no encajaba. Las luces no avanzaban en línea recta, no seguían un patrón de desplazamiento normal. Aceleraban, frenaban y giraban.

Fue entonces cuando vio un segundo grupo de luces más tenues desde otro ángulo.

—¿Nos han visto? —susurró Emma.

Jack no respondió, seguía mirando y contando, midiendo las distancias invisibles. Las luces comenzaron a moverse en direcciones

ligeramente convergentes, no hacia delante, sino hacia dentro, formando un abanico.

Alex murmuró por detrás.

—Capitán…

Jack habló finalmente.

—Nos están triangulando.

Emma sintió un escalofrío.

Jack se giró hacia el equipo, su mirada ya no buscaba opciones: había tomado una decisión.

—¿Cuánto queda para la frontera?

Alex fue quién respondió.

—Creo que… sobre hora y media, no más de dos.

—Se acabó el movernos como sombras —respondió Jack—. Entramos en fase final.

El equipo asintió sin preguntas, pero Emma levantó la vista hacia él.

—¿Qué significa eso?

Jack sostuvo su mirada.

—Que ahora corremos hacia la frontera y que ya no vamos a parar hasta llegar. No nos esconderemos como antes. —Miró al equipo—. Formación cerrada —ordenó en voz baja, pero firme—. Movimiento rápido hacia punto alfa.

El equipo reaccionó al instante.

Mark cambió de posición, adelantándose unos metros para abrir camino. El *gunner* se desplazó hacia el flanco izquierdo, Alex giró sobre sí mismo, asegurando la retaguardia, Ethan ajustó su posición cerca de Emma y Jack apretó suavemente su brazo.

—Vamos.

No era una sugerencia.

Emma sintió el cambio. Hasta ese momento habían sido sombras, ahora, sin embargo…

eran movimiento.

Avanzaron primero rápido, luego más rápido.

El ritmo aumentó progresivamente hasta convertirse en una marcha casi forzada.

La arena crujía bajo sus botas.

El viento residual levantaba pequeñas nubes de polvo a cada paso.

Emma respiraba más fuerte.

Jack adaptó su zancada a la de ella, guiándola sin soltarla.

—Mírame —murmuró. Ella levantó la cabeza—. No pienses en la distancia, solo en el siguiente paso.

Ella asintió.

Las luces volvieron a aparecer detrás de ellos, más claras y más cercanas.

Mark habló sin girarse:

—Se están moviendo rápido.

Jack lo sabía, ya no era una suposición. Aquello era una carrera.

—Mantén rumbo —respondió.

El equipo avanzaba ahora como una unidad compacta, cada uno cubriendo un ángulo invisible.

A medida que pasaron los minutos, Emma sintió cómo la adrenalina empujaba su cuerpo más allá del agotamiento.

El desierto parecía estrecharse alrededor, cada sombra podía ocultar peligro, cada segundo contaba.

—¿Cuánto queda? —preguntó ella entre respiraciones.

Jack dudó.

—Lo suficiente para que no pares.

Ella soltó una risa breve, sin humor, pero sincera.

Las luces detrás crecieron un poco más y un tercer punto apareció en el horizonte.

—Nos cierran por el flanco —murmuró Alex.

Jack asintió.

—Lo sé. —Solo había una opción: correr, correr todo lo que pudiesen—. ¡Ahora! —ordenó.

El equipo respondió sin vacilar. Y entonces aceleró no un poco, sino mucho. El cambio fue inmediato: ya no intentaban desaparecer, ahora intentaban sobrevivir. De marcha rápida a carrera táctica.

Jack cogió el brazo de Emma para ayudarla a seguir su paso y, por primera vez desde que se habían estrellado, Jack dejó de pensar en ocultarse, solo pensaba en correr y llegar a la frontera con Jordania.



30

Llevaban más de una hora y media corriendo.

No era una carrera limpia, no era constante. Era un avance desesperado a un ritmo que ningún cuerpo sin entrenamiento militar podría soportar… y, aun así, Emma seguía.

Su respiración se había convertido en un sonido irregular, entrecortado y casi doloroso, jadeante. El aire entraba en sus pulmones como fuego seco, raspando cada vez que intentaba inhalar más profundo.

El pie le latía, cada impacto contra el suelo enviaba una punzada aguda que subía por la pierna hasta clavarse en la cadera.

Las piernas le empezaban a fallar, los músculos temblaban y la visión se estrechaba, pero Jack no soltaba su brazo. Su agarre era firme, estable, marcando el ritmo y empujándola hacia delante impidiendo que se detuviese.

—Respira —le ordenó entre dientes—. Corta. Controlada.

Emma asintió sin saber realmente si lo hacía bien, solo sabía que seguía avanzando porque él la llevaba.

El equipo corría alrededor de ellos en formación dinámica. Mark abriendo camino, el *gunner* cubriendo flancos, Alex vigilando retaguardia mientras avanzaba hacia atrás en intervalos cortos, Ethan cerca, atento a cualquier señal de colapso.

El desierto se había vuelto más escarpado, el terreno irregular, obligándolos a saltar pequeñas rocas y pendientes cortas que

quemaban las piernas.

Y entonces Emma las vio. Luces, pequeñas al principio, pero reales. No eran vehículos, eran fijas y altas.

—Jack… —jadeó.

Él ya las había visto. Una línea tenue en el horizonte junto con una torre de vigilancia y antenas que se posicionaban como sombras geométricas que rompían la forma natural del desierto: la frontera. Una base, allí, aproximadamente a un kilómetro. Cerca, muy cerca, pero a la vez demasiado lejos.

—Las ves —dijo él.

No era una pregunta. Emma asintió, incapaz de hablar. El corazón golpeaba con fuerza salvaje dentro de su pecho.

—¡Movimiento lateral! —gritó Mark.

Luces nuevas aparecieron desde el flanco, más bajas y rápidas. Obviamente eran vehículos que pertenecían a la milicia y que estaban esperándolos para cercarlos.

Jack aceleró.

—¡Más rápido! —gritó.

Emma sintió que las piernas no le respondían, pero él tiró de ella literalmente, arrastrando su ritmo hacia delante.

—Solo un poco más —le gritó—. Solo un poco más.

Las luces de la base crecían, más claras ahora. La silueta de la torre destacó contra el cielo oscuro cuando un foco se encendió en la distancia, signo de que desde la base los habían localizado.

Y entonces… los disparos, secos, lejanos al principio y luego más cercanos. Balas golpeando la arena por detrás de ellos.

—¡Contacto! —gritó Alex.

El equipo agachó instintivamente el cuerpo mientras corrían con la espalda inclinada y la cabeza gacha.

Los motores rugían detrás, cada vez más cerca.

Emma sintió el pánico subiéndole por la garganta.

Jack la sacudió ligeramente.

—Escúchame —gritó. Ella levantó la mirada—. Pase lo que pase… corres hacia esas luces. —Señaló la base—. Manos en alto. —Su voz era firme e irrompible—. Gritas que eres americana. ¿Entendido?

Emma asintió.

—Entendido.

Jack sostuvo su mirada un segundo más y entonces volvió a tirar de ella.

Las luces crecieron frente a ellos. La torre de vigilancia ya era una silueta clara contra el cielo oscuro. Un foco se encendió en la distancia, barriendo el desierto con un haz blanco que cortaba la arena suspendida. Los habían visto, pero también a los vehículos. Sus motores rugieron detrás, más cerca, mucho más cerca.

Emma escuchó el primer disparo pasar silbando sobre su cabeza, luego otro. La arena explotó a pocos centímetros de sus pies.

—¡Contacto directo! —gritó Mark.

Jack empujó a Emma hacia delante.

—¡Cabeza abajo!

Le sujetó la nuca y la obligó a agacharse mientras seguían corriendo.

Balas trazadoras cruzaron la oscuridad.

Los vehículos de las milicias aparecieron por el flanco, luces altas y levantando el polvo mientras intentaban cerrar el paso. Uno por detrás y otro desde el lateral. Los estaban cercando.

—¡Nos cortan! —gritó Alex.

Jack soltó el brazo de Emma un segundo.

—¡Sigue corriendo! —rugió.

Ella obedeció, aunque con las piernas temblando y el pecho ardiendo, pero siguió. Ahora ya era supervivencia extrema.

Jack giró sobre sí mismo mientras corría, levantó el arma y disparó ráfagas cortas y controladas.

—¡Ruedas! —gritó—. ¡Disparad a las ruedas!

El equipo respondió al instante.

El *gunner* abrió fuego hacia el flanco izquierdo, Mark giró disparando hacia atrás sin perder velocidad.

Un vehículo zigzagueó violentamente cuando una bala impactó cerca del neumático delantero.

Los disparos enemigos se intensificaron.

La arena saltaba alrededor de sus cuerpos y las balas pasaban a escasos centímetros.

Jack volvió a alcanzar a Emma, colocándose medio paso detrás de ella, protegiéndola mientras corrían.

—¡No pares! —gritó—. ¡Mira las luces!

La base estaba más cerca ahora, podían distinguir las estructuras. Torres, antenas y una línea de posiciones defensivas.

Los disparos se volvieron más cercanos y más precisos. La arena explotaba alrededor de ellos en pequeñas erupciones violentas.

Un grito seco rompió el ritmo.

—¡Impactado!

Emma no supo quién lo dijo, solo sintió cómo el movimiento del equipo cambiaba de inmediato.

Uno de los hombres de Jack cayó hacia delante, arrancándolo del paso cuando la bala le atravesó el hombro. Rodó sobre la arena con el arma golpeando contra el suelo. Alex intentó levantarse del suelo para seguir corriendo, pero le habían atravesado el hombro.

Mark giró sin dudarlo y corrió hacia él.

—¡Lo tengo!

Se agachó bajo fuego enemigo, agarrando el chaleco del herido y tirando de él hacia arriba con una fuerza brutal.

Alex gritó entre dientes mientras la sangre oscurecía la manga.

Jack se giró instintivamente hacia ellos un segundo. El impulso de correr hacia su equipo lo atravesó como una descarga eléctrica, pero Emma seguía avanzando a su lado. Ella era su prioridad y su misión, su responsabilidad… su todo.

Apretó los dientes.

—¡No lo soltéis! —gritó hacia atrás.

Nunca dejaban atrás a nadie.

Mark levantó al herido por debajo del brazo mientras el *gunner* cubría disparando hacia los vehículos que se acercaban rugiendo por el lateral.

Otro vehículo apareció por la izquierda, demasiado rápido y demasiado cerca.

Una ráfaga de disparos cortó el aire, obligándolos a agacharse mientras seguían avanzando.

Jack soltó el brazo de Emma.

—¡Corre! —rugió.

Ella obedeció, aunque cada paso era un desafío.

Jack se detuvo medio segundo, se giró y apuntó.

El primer disparo lo falló. El segundo levantó arena cerca del neumático. El vehículo seguía acercándose, intentando rodearlos. Jack ajustó la respiración, ignoró el caos y disparó de nuevo. Esta vez sí impactó en el objetivo.

La rueda explotó con un estallido seco y el vehículo perdió estabilidad, desviándose violentamente hacia un lado mientras levantaba una nube de polvo y arena.

Jack siguió disparando en esa dirección para obligarlos a cubrirse.

—¡Sigue corriendo! —le gritó a Emma con desesperación—. ¡No mires atrás!

Ella avanzó hacia las luces.

La base ya estaba cerca, demasiado cerca para detenerse.

Las lágrimas comenzaron a caer por sus mejillas, mezclándose con la arena y el sudor.

No sabía si lloraba por el dolor, por el esfuerzo, por el miedo o por todo lo que había dejado atrás.

Tom, el sonido del disparo en su cabeza, el secuestro, la oscuridad, el helicóptero cayendo del cielo, los hombres que no habían sobrevivido al impacto… cada paso era un recuerdo atravesándola y, aun así, seguía corriendo.

Alzó las manos mientras corría, casi sin darse cuenta.

—¡Soy americana! —gritó con la voz rota—. ¡Ayuda!

La torre de vigilancia parecía enorme ahora y las luces blancas eran cegadoras.

Pudo ver sombras moviéndose y armas apuntando.

Detrás de ella, los disparos continuaban, así como los gritos de sus compañeros.

El rugido de motores acercándose acechaba, pero Emma no dejó de correr.

La salvación estaba delante, a pocos metros ya de ella.

De repente, un foco potente la iluminó completamente y un grito amplificado llegó desde la distancia.

—¡Alto! ¡Identifícate!

Podía ver armas apuntándolos desde la frontera.

Emma sintió el corazón detenerse.

Jack alzó la voz mientras corría acercándose a ella, la cogió del brazo y tiró más fuerte de ella en dirección a la base, ignorando la orden de parar.

—¡*Friendly*! ¡*US Special Forces*! ¡*Friendly*! —Los disparos detrás no cesaban. Las milicias seguían avanzando, intentando alcanzarlos antes de cruzar—. ¡Manos visibles cuando llegues! —le gritó Jack a Emma—. ¡Corre!

Los motores rugieron aún más cerca.

Una bala impactó en una roca junto a ellos, fragmentándola.

El equipo respondió con fuego de supresión mientras avanzaba.

Y entonces… desde la base llegó el sonido profundo de armas pesadas. Fuego de cobertura. Trazadoras cruzando por encima de sus cabezas hacia los vehículos enemigos.

Uno de los coches frenó bruscamente y otro giró levantando arena.

Los soldados de la base salieron en formación, avanzando hacia ellos con armas levantadas, gritando órdenes, pero no bajaron las armas, no aún, porque hasta que confirmaran podían seguir siendo una posible amenaza.

Emma corrió hacia las luces con las manos temblando.

El mundo quedó reducido al ruido de disparos y al peso de cada paso. Cuando cruzaron esa línea invisible la tensión no desapareció, solo cambió de forma.

Las luces los devoraron, focos blancos atravesando la oscuridad, sombras armadas moviéndose frente a ellos y voces amplificadas.

—¡Alto! ¡Alto!

Emma apenas escuchaba entre el ruido de los disparos.

Sus manos seguían alzadas mientras corría, los pulmones ardían con cada respiración.

—¡Soy americana! —gritó—. ¡Ayuda!

El suelo cambió bajo sus pies, más firme y más pisado.

Una línea invisible que no podía ver, pero que sintió.

Habían cruzado y, pese a todo, los rifles seguían apuntándolos.

Una fila de soldados con equipamiento táctico completo avanzaba hacia ellos con armas levantadas y miras alineadas.

—¡Al suelo! —gritó una voz.

Emma se detuvo por instinto.

Jack apareció detrás de ella, respirando con fuerza.

—¡*Friendly*! ¡*US Special Forces*! —gritó con voz ronca—. ¡Contacto hostil detrás!

Detrás de ellos los disparos continuaban.

Las milicias frenaban cerca del límite, disparando desde la distancia.

Entonces la respuesta desde la base llegó más contundente aún, el sonido profundo de armas pesadas de fuego de cobertura cruzaba el cielo, obligando a los vehículos enemigos a retirarse.

Los soldados aliados se desplegaron rápidamente, algunos arrodillándose, otros avanzando para interceptarlos.

Las armas de militares jordanos seguían apuntándolos.

Uno de los militares se acercó a Emma con cautela extrema.

—¡Manos arriba! ¡No te muevas!

Ella obedeció temblando.

Jack también levantó lentamente sus propias manos, aunque el arma colgaba aún de su pecho.

—¡Equipo aliado! —repitió—. ¡Traigo paquete prioritario!

Emma sintió cómo esas palabras la atravesaban, pero también comprendió: era protocolo.

Dos soldados rodearon a Jack inmediatamente.

—¡Arma al suelo!

Un segundo de tensión.

Jack miró a Emma en un segundo que se hizo eterno y luego soltó el arma despacio.

La dejó caer sobre la arena.

Fue la primera vez desde que todo había empezado que la soltó realmente.

Emma sintió cómo algo dentro de ella cambiaba, porque ahora ya no estaba bajo su control. Ambos se miraron fijamente unos segundos.

Un sanitario apareció observando la situación.

Otro equipo avanzó hacia los hombres que aún corrían hacia la frontera, arrastrando al herido bajo fuego de cobertura.

Las milicias comenzaron a retirarse lentamente con las luces de los vehículos alejándose en la distancia.

Sin embargo, el ruido de disparos y la tensión seguía allí, pesada y real, porque, aunque habían llegado, aún no estaban a salvo.



31

No hubo alivio inmediato ni silencio. Ni tan siquiera la sensación de haber llegado a casa. Solo luces cegadoras, órdenes a grito pelado y armas apuntando.

Emma cruzó la línea invisible sin saber exactamente cuándo había ocurrido. Un paso más, luego otro, y de repente el suelo bajo sus pies ya no era territorio hostil… pero el peligro no había desaparecido.

Las torres de vigilancia se alzaban frente a ella como sombras gigantescas. Focos blancos barrieron el desierto mientras los disparos enemigos aún resonaban, aunque ya muy a lo lejos.

—¡Alto! ¡Al suelo!

Las voces no sonaban amables, sonaban entrenadas, precisas y amenazantes.

Emma levantó más las manos, con los músculos temblando por el esfuerzo acumulado y la adrenalina.

—¡Soy americana! —gritó con la voz rota—. ¡Ayuda! —repitió.

Las armas no bajaron.

Una línea de soldados avanzó hacia ellos con movimientos coordinados, rifles firmes y ojos atentos a cada gesto.

Detrás, el fuego de cobertura rugió de nuevo espantando a las milicias. Trazadoras cruzaban el cielo hacia las luces de los vehículos enemigos que frenaban en el límite del territorio sirio.

Un sanitario apareció junto a Emma, agarrando su brazo con firmeza profesional.

—Ven conmigo.

Ella dudó y miró a su lado.

Jack ya estaba rodeado por otros soldados, siendo identificado, revisado y separado del grupo.

El equipo seguía llegando bajo fuego de cobertura, arrastrando al herido mientras otros disparaban hacia atrás.

Las milicias comenzaron a retirarse lentamente, pero nadie celebró, porque incluso al otro lado todavía eran desconocidos, todavía eran una posible amenaza y el protocolo no entendía de emociones.

Emma sintió cómo la alejaban y fue entonces cuando comprendió que llegar no significaba quedarse juntos.

No fue una despedida, fue una separación rápida, fría e inevitable.

Las manos de Emma seguían alzadas mientras un sanitario la guiaba hacia el interior del perímetro. Sus pasos eran torpes sobre el suelo firme de la base por el temblor de sus piernas.

Detrás de ella, las luces seguían barriendo el desierto y los disparos lejanos iban apagándose poco a poco.

El ruido comenzaba a alejarse, pero dentro de ella todo seguía rugiendo.

Miró hacia atrás, hacia Jack que estaba de rodillas con las manos en alto y rodeado por soldados. Uno revisaba su chaleco y otro inspeccionaba su arma caída. Protocolos, procedimientos… nada personal. Y, aun así, dolía.

La distancia entre ellos no era grande, pero era insalvable.

El sanitario tiró suavemente de su brazo.

—Sigue caminando.

Emma dio dos pasos más y luego se giró de nuevo.

Las lágrimas comenzaron a caer sin control, no solo por el agotamiento.

—Jack… —sollozó.

Su voz salió rota, un susurro quebrado que el viento arrastró, pero él la escuchó.

Giró apenas la cabeza y sus miradas se encontraron un segundo.

—Todo está bien, Emma —comentó él mirándola mientras seguían inspeccionándolo.

Emma negó con la cabeza mientras la alejaban.

—Jack… —Esta vez su nombre salió como un lamento, como una despedida que ninguno había planeado.

El sanitario volvió a tirar de ella.

—Vamos, acompáñame.

Jack bajó la mirada un instante. El protocolo exigía calma, exigía quietud y confianza.

A unos metros, el resto del equipo llegó finalmente.

Mark arrastraba a Alex, cuya manga estaba empapada de sangre.

—¡Herido! —gritó alguien.

Dos sanitarios corrieron hacia ellos de inmediato.

Alex fue separado del grupo sin ceremonia, tumbado sobre una camilla improvisada mientras cortaban la tela alrededor de la herida.

El resto fue obligado a arrodillarse con las manos visibles, armas retiradas e identificación rápida.

Uno de los soldados se acercó a Jack.

—Nombre y unidad.

Jack respondió sin vacilar, profesional y controlado, pero sus ojos buscaron una vez más donde Emma desaparecía entre las luces de la base.

Ella ya no estaba, solo quedaban sombras moviéndose, voces médicas y órdenes.

La arena aún permanecía adherida a la ropa, el pecho subía y bajaba con respiraciones controladas que intentaban borrar el ritmo salvaje de la huida.

Un soldado terminó de revisar su chaleco y otro recogió su arma.

Jack apenas escuchaba. Sus ojos se dirigían hacia el punto por donde se habían llevado a Emma.

El sanitario que la había guiado desapareció tras una línea de vehículos blindados y algo dentro de él se tensó.

Se incorporó ligeramente por instinto y dio un paso hacia delante. El impulso de seguirla fue más fuerte que cualquier norma.

Una mano firme se apoyó en su pecho antes de que avanzara.

—Quieto.

Jack alzó la mirada.

Un sargento estadounidense lo observaba con calma dura y rifle cruzado delante del cuerpo.

Jack apretó la mandíbula.

—Está herida.

—Lo sabemos. —La respuesta fue rápida—. Ya está bajo custodia médica.

Las palabras cayeron pesadas. Custodia, no protección ni cuidado, custodia.

Jack volvió a mirar hacia el interior de la base.

—Necesito verla.

El sargento negó sin un atisbo de emoción en la voz.

—Negativo. —Hubo un silencio tenso—. Ahora mismo ya no está bajo su mando, capitán.

La frase fue limpia, sin agresividad, pero definitiva.

Jack sintió el peso real de lo que significaba.

Había cumplido la misión, había cruzado la frontera con ella y, en ese mismo instante,

había perdido el derecho a protegerla directamente.

Detrás de él, Mark y el resto del equipo seguían siendo identificados.

Alex desaparecía en una camilla hacia el módulo médico.

Jack bajó la mirada un segundo, respiró hondo y lo aceptó. Sabía que si se resistía solo empeoraría las cosas.

Volvió a arrodillarse lentamente con las manos visibles y la espalda recta. Un soldado de nuevo, aunque dentro de él algo acababa de romperse.

El silencio llegó demasiado rápido. No fue ausencia de sonido, fue la ausencia del peligro.

Después de horas de motores, disparos, viento y respiraciones desesperadas, el interior de la base se sentía irreal. Voces

organizadas, órdenes claras, pasos firmes sobre terreno compactado. Todo funcionaba con la precisión de un reloj suizo.

Emma avanzaba guiada por una mano firme en su brazo. No caminaba por decisión propia, solo seguía el movimiento que le imponían.

Las luces blancas la envolvían, demasiado brillantes después de la oscuridad del desierto. Sombras de soldados cruzaban de un lado a otro, radios crepitando y vehículos moviéndose con rapidez contenida.

La adrenalina comenzaba a disiparse y, con ella, la fuerza.

Intentó girar la cabeza, pero el sanitario lo notó.

—Sigue caminando.

Pero Emma necesitaba mirar, necesitaba verlo y se giró de todos modos. La entrada de la base quedaba detrás, enmarcada por focos y polvo suspendido en el aire.

Allí estaban. Figuras arrodilladas con las manos en alto, soldados rodeándolos… Jack.

Lo reconoció incluso pese a la distancia y las potentes luces. Su postura recta, la quietud obligada y despojado de su arma.

Las lágrimas comenzaron a caer sin permiso, no solo por el cansancio, no solo por el dolor, sino porque comprendió algo con una claridad brutal. Habían sobrevivido juntos, pero ahora estaban siendo separados.

Volvió a caminar, cada paso alejándola un poco más. Intentó mirar otra vez hacia atrás, pero ya no lo vio, solo vio luces y soldados.

La sensación repentina de estar sola la cogió desprevenida.

El módulo médico apareció frente a ella con las puertas abiertas, voces más suaves y unas manos preparadas para recibirla.

La seguridad había llegado, pero no se sentía como un alivio, se sentía como una pérdida: la pérdida de Jack y de sus compañeros a los que les debía la vida.

La puerta se cerró detrás de ella y el ruido del exterior desapareció casi por completo, solo quedó un murmullo lejano de voces y pasos rápidos.

Emma no se dio cuenta de cuándo dejó de caminar, simplemente ocurrió.

Una camilla apareció y alguien la guio para sentarse.

Otra voz le habló. No entendió las palabras, las luces eran demasiado brillantes y el aire demasiado limpio y demasiado tranquilo.

—Respira despacio —dijo alguien cerca.

Emma intentó hacerlo, pero algo extraño comenzó a suceder. El mundo se volvió lento, como si todo estuviera separado de ella por una capa invisible.

Las voces llegaban amortiguadas, las manos que la tocaban parecían lejanas y su cuerpo temblaba sin que pudiera detenerlo.

La adrenalina se estaba liberando y después de horas conteniéndolo todo, después de correr, después de sobrevivir… su mirada buscó automáticamente la puerta. Buscó a Jack desesperadamente, pero él no estaba.

Un médico se arrodilló frente a ella.

—Emma, ¿verdad? Estás a salvo ahora.

Las palabras deberían haber significado algo, pero no lo hicieron, porque fue en ese momento cuando el cuerpo entendió, no durante la huida ni durante los disparos, no en la tormenta, sino ahora, cuando ya no necesitaba seguir corriendo.

La respiración se volvió irregular y sus manos comenzaron a temblar más fuerte.

El pie dejó de sostenerla cuando intentó moverse y la memoria regresó en fragmentos violentos: el cuerpo de Tom, el helicóptero ardiendo, el impacto, las voces de las milicias, la voz de Jack diciéndole que corriera.

Un sollozo escapó antes de que pudiera detenerlo, luego otro. No era un llanto dramático, era algo más profundo.

El médico le habló suavemente.

—Es normal. Tu cuerpo está descargando.

Emma cerró los ojos y, por primera vez desde que todo había empezado, dejó de intentar ser fuerte.

El mundo seguía moviéndose demasiado lento, como si estuviera observándolo desde detrás de un cristal.

Sus manos temblaban, no podía detenerlas.

El médico permanecía frente a ella, a su altura, sin invadir demasiado su espacio.

—Respira conmigo —dijo con voz tranquila—. Inspira… despacio.

Emma intentó hacerlo, pero el aire entraba de forma irregular.

—Jack… —murmuró casi sin darse cuenta.

El médico inclinó ligeramente la cabeza.

—¿Jack?

Ella asintió.

—El capitán… del equipo… —su voz se rompió—. Él… él me trajo… —Las palabras salían entrecortadas—. Quiero verlo —añadió con urgencia repentina—. Necesito verlo.

El médico sostuvo su mirada unos segundos antes de responder.

—Jack y su equipo están bien —dijo primero, sabiendo que era lo más importante. Emma cerró los ojos brevemente al escuchar eso —. Pero ahora mismo están pasando por el protocolo de recepción —continuó él con suavidad—. Igual que tú.

Ella negó lentamente con la cabeza.

—Ellos… me rescataron… me salvaron…

Las lágrimas comenzaron a caer otra vez.

—Lo sé —respondió el médico—. Y vas a poder verlos.

Emma alzó la mirada con esperanza.

—¿Cuándo?

Una pequeña pausa.

—Cuando esté autorizado —explicó con calma—. Primero necesitamos asegurarnos de que estás bien, que descansas y que tu cuerpo baja el ritmo.

Emma apretó los labios intentando aceptar aquellas condiciones sin romperse.

—No quiero dormir —susurró—. Si cierro los ojos… —No pudo terminar la frase.

El médico comprendió y se acercó un poco más.

—Tu cuerpo está saliendo del modo supervivencia —explicó en voz baja—. Es normal sentir ansiedad ahora.

Emma respiró hondo, pero el temblor seguía.

—Quiero verlo… —repitió con un hilo de voz.

El médico dudó. Luego, lentamente, apoyó una mano sobre su hombro.

—Lo sé, lo verás, pero primero nos aseguraremos de que todos estáis bien.

Emma agachó la cabeza y las lágrimas cayeron sin control.

El médico se acercó y la abrazo, un abrazo que llegó despacio, sin ser invasivo, solo lo suficiente para que sintiera presencia humana.

Emma se quedó quieta un segundo.

Apoyó la frente contra el hombro del médico, totalmente exhausta, dejando caer el peso que había sostenido durante demasiado tiempo.

—Estás a salvo —murmuró él.

Y, por primera vez, esas palabras empezaron a significar algo.



32

Un *debriefing* no era una conversación, era una reconstrucción fría, precisa y metódica de los hechos acontecidos.

Después de una operación, especialmente una que había terminado con un helicóptero derribado y contacto enemigo directo, el equipo debía sentarse frente al mando y convertir horas de caos en información útil.

No había emoción ni adornos, solo hechos.

La sala era sencilla. Una mesa rectangular metálica, varias sillas alineadas con precisión casi incómoda y un monitor apagado en la pared del fondo. La iluminación blanca era demasiado intensa después de la oscuridad nocturna del desierto, resaltando el cansancio en los rostros del equipo.

Jack estaba sentado con la espalda recta. Mark a su derecha, Ethan y el *gunner* al otro lado.

Alex no estaba, seguía en la enfermería, estabilizado después de la herida en el hombro. Les habían asegurado que se recuperaría. Un alivio silencioso que ninguno había verbalizado.

La puerta se abrió y un hombre entró acompañado por un oficial de inteligencia con un uniforme impecable y presencia de mando.

—Coronel Anderson —se presentó con voz firme mientras tomaba asiento al frente—. Comandante de estas instalaciones.

Jack asintió levemente.

—Capitán Jack Hayes —dijo dando su nombre completo—. Equipo presente: sargento Mark, especialista médico Ethan y el *gunner* asignado, Ryan.

El coronel inclinó la cabeza.

—Bienvenidos de vuelta.

No sonó sentimental, solo profesional.

El oficial de inteligencia activó una tableta.

—Empezamos con un resumen —dijo el coronel—. Desde el despegue.

Jack comenzó con un tono neutral y cronológico.

El derribo, los MANPADS, la pérdida de comunicaciones, la decisión de avanzar a pie hacia Jordania, el contacto con milicias, la tormenta de arena y la persecución final.

Cada miembro intervino cuando correspondía, añadiendo detalles técnicos sin interrumpirse.

El coronel escuchaba sin interrumpir, tomando breves notas.

—¿Confirmación visual del líder enemigo? —preguntó finalmente.

—Negativo —respondió Jack—. Pero por la conversación que escuchamos y su sistema táctico y de movimiento de las milicias, todo apunta a Hasan al-Qadir como responsable directo.

El oficial de inteligencia asintió.

—Encaja con la actividad reciente.

Otra pausa.

—Estado del paquete —preguntó el coronel.

Jack no dudó.

—Viva, consciente y capaz de moverse bajo presión extrema.

Un leve silencio siguió.

—Buen trabajo —dijo finalmente el coronel.

No había emoción en la frase, aunque tampoco hacía falta.

Jack mantuvo la postura y luego habló.

—Señor.

El coronel alzó la mirada.

—¿Sí, capitán?

Jack sostuvo su mirada.

—Solicito permiso para que podamos ver a Emma.

El coronel entrelazó los dedos.

—Como bien sabe… ahora es un activo de inteligencia.

Jack asintió, ya sabía la respuesta, aun así, tenía que intentarlo.

—Entendido, señor. Aun así, solicito autorización.

El coronel lo observó unos segundos, evaluándolo.

—Hablaré con inteligencia y con el doctor —dijo finalmente—. Si el protocolo lo permite, se organizará una visita supervisada.

Jack inclinó la cabeza.

—Gracias, señor.

El coronel se levantó, señal clara de que la reunión terminaba.

—Por ahora, su prioridad es descansar. Han completado una operación extrema y estarán fuera de servicio hasta nueva orden. —Miró al equipo—. Buen trabajo, caballeros.

Los hombres se pusieron en pie al mismo tiempo.

—Gracias, señor —respondieron al unísono.

El coronel salió y dejó la puerta abierta para que ellos saliesen.

Ninguno de ellos habló, estaban totalmente agotados.

Jack no avanzó inmediatamente.

El resto del equipo comenzó a caminar por el pasillo, pasos pesados pero automáticos, como si el cuerpo siguiera obedeciendo órdenes incluso cuando ya no había ninguna que cumplir.

Mark le dio una palmada breve en el hombro al pasar, sin decir nada.

Jack se quedó quieto y apoyó una mano contra la pared fría, dejando que el silencio del pasillo lo envolviera.

El aire dentro de la base olía a metal, a café viejo y a rutina, nada que ver con el desierto, nada que ver con las últimas horas.

La adrenalina comenzaba a desaparecer y con ella el control absoluto que había sostenido hasta entonces.

Cerró los ojos un segundo y respiró hondo.

Emma estaba allí, sana y salva y, sin embargo, no podía verla.

La idea se clavó más fuerte de lo esperado.

Durante toda la huida había tenido un objetivo claro: mantenerla con vida. Un paso más, solo uno más… Ahora ese objetivo había desaparecido y el vacío que dejaba era incómodo, inesperado y doloroso.

Abrió los ojos cuando un grupo de soldados pasó por el pasillo, saludando con un gesto breve al reconocer su uniforme.

Jack respondió por reflejo automático, pero su mente seguía en otro lugar.

La imagen de Emma alejándose con las manos en alto regresó con fuerza, el momento en que tuvo que soltar el arma y el momento en que tuvo que soltarla a ella.

Apoyó la espalda contra la pared y dejó caer la cabeza hacia atrás unos segundos.

El cansancio lo alcanzó finalmente, pesado e inapelable.

—Capitán. —La voz lo sacó del silencio. Ethan estaba unos pasos más adelante, observándolo con una mezcla de preocupación y comprensión—. ¿Vamos?

Jack asintió lentamente y se separó de la pared.

Volvió a caminar porque, aunque la misión había terminado, la parte difícil apenas acababa de empezar.

Habían pasado horas, no sabía cuántas.

El tiempo dentro de la base se medía de forma distinta, marcado por luces artificiales y rutinas militares que no se detenían nunca.

Emma había dormido, no profundamente ni en paz, pero lo suficiente para que su cuerpo dejara de temblar.

La habitación de la enfermería era sencilla. Una cama elevada, monitores discretos, una mesa metálica con una botella de agua y vendas limpias. El silencio era casi extraño después de todo lo vivido.

El doctor revisaba unas notas cuando alguien golpeó suavemente la puerta.

—Adelante —dijo sin levantar demasiado la voz.

La puerta se abrió y entraron.

Primero Mark, luego Ethan, Ryan y detrás de ellos… Jack.

Emma sintió cómo el aire abandonaba sus pulmones, pero no fue lo único.

Alex apareció al final, con el brazo vendado y sujeto contra el pecho.

—Ey —dijo Alex con una sonrisa cansada—. Parece que no soy tan fácil de matar.

Emma soltó una risa débil, casi incrédula. Las lágrimas amenazaron con aparecer otra vez.

—Estáis… todos…

Mark asintió.

—Te dijimos que llegaríamos.

El ambiente cambió lentamente mientras rodeaban la camilla. No era celebración, era algo más silencioso… más profundo. El alivio de verse vivos.

Ethan se acercó primero.

—¿Cómo estás?

—Viva —respondió Emma con una sonrisa leve.

Alex levantó la mano sana.

—Eso ya es ganar.

El doctor observaba desde un lado, permitiendo el momento sin intervenir.

Jack permanecía unos pasos detrás, quieto, mirándola. Emma lo buscó inmediatamente con la mirada y todo lo demás desapareció.

Había arena aún en su cabello, cansancio en su postura, pero estaba allí, era real.

—Hola —dijo él finalmente.

Una palabra simple cargada de todo.

Emma asintió con un sollozo, incapaz de decir más.

Mark se apoyó contra la pared con los brazos cruzados, observando a Emma como si estuviera evaluando una misión.

—Bueno… oficialmente podemos confirmar que corres más rápido que el capitán cuando hay disparos.

Emma parpadeó, sorprendida.

—Eso no es verdad —cambió su tono a uno más divertido.

Ethan soltó una pequeña risa.

—No le hagas caso. Jack solo corre rápido cuando hay café de por medio.

Jack arqueó una ceja.

—Estoy aquí, Ethan.

—Lo sé, capitán —respondió sin perder la sonrisa.

Alex levantó la mano sana desde atrás.

—Quiero dejar constancia de que yo fui el más rápido hasta que alguien decidió recibir una bala.

Mark señaló su brazo vendado.

—Drama *queen*.

—Disparo limpio en el hombro —protestó Alex—. Eso merece respeto.

Emma soltó una risa débil.

El *gunner* intervino desde el fondo:

—Lo mejor fue cuando el capitán dijo "solo un poco más" por quinta vez.

Ethan asintió exageradamente.

—Sí, Emma, eso significa entre cinco y veinte kilómetros más.

Jack suspiró.

—Motivación estratégica.

—Mentira estratégica —corrigió Mark.

Emma negó con la cabeza, sonriendo.

—Yo sabía que mentía.

Jack la miró.

—Y aun así seguiste.

—Porque no tenía elección.

Alex levantó un dedo.

—Eso no es cierto. Siempre puedes rendirte y pedir pizza.

Silencio y todos lo miraron.

—¿Pizza? —repitió Ethan.

—Oye, llevo horas pensando en comida —se defendió Alex.

Mark se giró hacia Emma.

—Primer consejo para sobrevivir con nosotros: nunca le creas cuando dice que algo está "cerca" —señaló a su capitán.

Emma soltó una carcajada breve.

—Lo tendré en cuenta.

Jack negó con la cabeza, aunque la sombra de una sonrisa apareció en su rostro.

Ethan observó a Emma un segundo más y añadió con tono más suave:

—Lo hiciste bien ahí fuera.

No era un elogio casual, era reconocimiento, el tipo de respeto que solo daban a alguien que había pasado por lo mismo.

Emma bajó la mirada un instante.

—Gracias… por no dejarme sola.

—Nunca dejamos atrás a nadie —respondió Ethan con solemnidad. Todos asintieron.

—Os debo la vida —pronunció finalmente—, a todos.

Todos negaron con una sonrisa, sintiéndose incluso incómodos con ese agradecimiento.

Mark dejó escapar un suspiro teatral.

—Bueno… ya podemos irnos tranquilos. Está viva, habla y ya se ríe de nosotros.

—Eso es mala señal —añadió el *gunner*—. Significa que ya se está adaptando.

Emma levantó una ceja.

—¿Adaptándome a qué, exactamente?

Ethan respondió sin dudar.

—A sobrevivir al capitán.

Jack resopló.

—Muy gracioso.

Alex señaló hacia él con la mano sana.

—No, en serio. ¿Sabes cuántas veces dijo "seguimos" cuando todos estábamos al borde del colapso?

Mark levantó la mano.

—Yo perdí la cuenta en quince.

—Diecisiete —corrigió el *gunner*.

Ethan negó con la cabeza.

—Dieciocho. Incluyendo cuando estaba claro que ni él sabía dónde estaba el norte.

Jack se quedó quieto.

—Sabía perfectamente dónde estaba el norte.

—Claro —respondió Mark—. Por eso nos hiciste dar ese rodeo de tres kilómetros.

Emma miró a Jack con una sonrisa cansada.

—¿Eso fue cierto?

Jack le sostuvo la mirada un segundo.

—Tácticamente necesario.

Alex soltó una carcajada.

—Traducción: se perdió.

Ethan levantó ambas manos.

—Objeción. El capitán nunca se pierde. Solo… explora rutas alternativas.

Emma rio otra vez, más relajada.

El ambiente se volvió más ligero y más humano.

El doctor intervino con calma.

—Cinco minutos más —dijo—. Después necesita descansar.

Mark dio un paso hacia la puerta

—Bueno… ya hemos comprobado que respira y no ha decidido escapar todavía.

El *gunner* añadió.

—Ni ha intentado golpearnos con algo. Buen progreso.

Ethan se acercó un poco más a la cama.

—Descansa. Eso ahora es una orden médica… no militar.

Emma asintió.

—Lo intentaré.

Alex fue el último en acercarse antes de salir.

—Por cierto —dijo con una sonrisa traviesa—, si el capitán vuelve a decir "solo un poco más", no le creas nunca.

—Anotado —respondió ella.

Mark abrió la puerta y se detuvo un segundo. Miró a Jack, luego a Emma y una sonrisa breve apareció en su rostro.

—Capitán… cinco minutos.

No fue una orden, fue una concesión.

El equipo comenzó a salir. Ethan fue el último en abandonar la estancia. Pero justo antes se detuvo junto a Jack, inclinándose un poco hacia él.

—No tardes demasiado —murmuró con una sonrisa burlona—. Que luego dicen que no sabemos seguir órdenes.

Jack le lanzó una mirada breve. Ethan le guiñó un ojo.

La puerta se quedó medio abierta, con el médico observando de reojo de vez en cuando.

El silencio cayó y Emma comprendió algo sin que nadie tuviera que decirlo. El equipo no solo respetaba a Jack, lo conocían y acababan de dejarlo allí solo a propósito.

Jack avanzó despacio y se detuvo junto a la cama.

Emma lo observaba sin apartar la mirada.

Jack permaneció de pie unos segundos, como si necesitara memorizar cada detalle.

Finalmente, él dio un paso más hacia la cama.

—¿Cómo estás?

La pregunta sonó torpe, demasiado simple para todo lo que había pasado.

Emma soltó una pequeña exhalación que casi fue una risa.

—Esa pregunta ya no funciona conmigo.

Jack inclinó la cabeza.

—Lo intento.

Ella lo miró en silencio unos segundos más.

La emoción empezaba a acumularse detrás de sus ojos.

—Te arriesgaste demasiado por mí. —Jack abrió la boca y ella levantó una mano antes de que hablara—. Y no me digas que era tu trabajo. —Jack enarcó una ceja—. No lo digas.

Jack guardó silencio y la miró sin esconder nada.

—No era solo trabajo —admitió finalmente—. Hubiese hecho cualquier cosa por sacarte de allí —añadió él en voz baja, acercándose. Emma sintió cómo el pecho se le encogía—. Cualquier cosa —repitió Jack—. Incluso dar mi vida.

Ella negó suavemente con las lágrimas acumulándose en sus ojos.

—No digas eso…

—Es la verdad.

Emma apretó los labios, intentando contenerse.

—Tenía miedo… —susurró ella—. No del desierto… ni de ellos… sino de que no llegáramos juntos.

Jack dio un paso más y se inclinó ligeramente.

—Pero llegamos.

Emma levantó la mirada, estaba tan cerca ahora…

—Gracias por todo, por acompañarme y por no dejarme sola —murmuró ella.

Jack negó suavemente.

—Nunca lo haría.

El silencio volvió, pero esta vez era distinto, más cálido.

Emma acercó lentamente su mano a la suya y sus dedos se rozaron. Un gesto pequeño y enorme a la vez que provocó que Jack se reclinase hacia ella, sosteniéndola entre sus brazos, como si todavía estuviera protegiéndola, como si aún siguieran corriendo por el desierto.

Sus rostros quedaron a pocos centímetros.

Hubo un instante de duda en Jack, el recuerdo del protocolo, de la base, pero finalmente besó los labios de Emma de una forma lenta y suave, como una confirmación silenciosa de todo lo que habían sobrevivido juntos.

Cuando se separaron, sus frentes quedaron apoyadas una contra la otra, respirando el mismo aire.

El silencio volvió a llenar la habitación cuando sus labios se separaron.

Era el tipo de silencio que solo existe cuando dos personas han sobrevivido juntas a algo que nadie más puede entender del todo.

Jack no se apartó inmediatamente. Sus manos permanecieron cerca de ella, como si aún necesitara asegurarse de que estaba allí, de que no desaparecería si dejaba de tocarla.

Durante la travesía por el desierto había aprendido algo que nunca le habían enseñado en ningún entrenamiento. No era solo sobrevivir, era lo que sucede cuando alguien deja de ser una misión… y se convierte en un punto fijo dentro del caos. Un faro que alumbra en la oscuridad. El centro de tu existencia.

La había perdido una vez. La había visto desaparecer detrás de líneas enemigas, entre arena, fuego y gritos que aún resonaban en su memoria. Había sentido ese vacío, ese instante frío de miedo en el que todo parecía romperse. Y ahora, mientras la tenía delante, respirando, viva… comprendía que ya no podría volver atrás.

Aquella no había sido solo una operación, había sido una línea que no se puede deshacer.

El desierto los había cambiado. Allí, entre tormentas de arena y disparos, algo los había unido para siempre. No era una promesa dicha en voz alta, era algo más profundo e irreversible.

Jack la observó en silencio y supo, con una claridad que dolía y calmaba al mismo tiempo, que ya no se trataba solo de protegerla porque era su responsabilidad, ni siquiera porque la amaba, sino porque, desde aquel momento, su vida estaba inevitablemente ligada a la de ella.

Porque había corrido con ella cuando todo se derrumbaba.

Porque había visto el miedo en sus ojos y, aun así, había seguido avanzando.

Porque ella había confiado en él incluso cuando no había garantías de que sobrevivieran.

Y ese tipo de confianza no se rompe, no se abandona y no se olvida. Jamás.

Jack inclinó ligeramente la cabeza, rozando la suya con un gesto casi imperceptible de cariño.

La había perdido una vez y, mientras le quedara aliento, no volvería a permitirlo nunca más.



33

La puesta de sol teñía el desierto de tonos dorados y rojizos, como si el mundo hubiese decidido olvidar por un momento todo lo que allí había ocurrido.

Jack estaba sentado sobre una roca baja, dentro de la zona segura del perímetro exterior. No era un lugar aislado, pero sí lo suficientemente apartado como para que el ruido constante de la base quedara lejos, reducido a un murmullo metálico.

Había tardado más de lo que esperaba en obtener aquel permiso. Nada era sencillo cuando inteligencia estaba implicada. Todo se movía en compartimentos cerrados, decisiones que se tomaban en despachos donde él no tenía acceso. Aun así, lo había conseguido.

Emma estaba a su lado con su mano entrelazada a la suya, notando su piel cálida.

Ella observaba el horizonte en silencio.

El sol descendía lentamente, convirtiendo las dunas en sombras largas que parecían respirar.

—Es bonito —murmuró finalmente.

Jack siguió su mirada.

—Lo es.

Emma inclinó ligeramente la cabeza.

—Todo parece… tranquilo —añadió—. Como si nada malo pudiera pasar aquí.

Jack exhaló despacio.

—Eso es lo engañoso del desierto.

Ella lo miró de reojo.

—¿Siempre es así?

—Siempre parece más pacífico de lo que realmente es.

Emma asintió lentamente.

El viento movía suavemente algunos mechones de su cabello.

—¿Qué harás cuando llegues a Nueva York? —preguntó él después de unos segundos.

Ella dudó.

—Aún no sé cuándo me marcharé.

Jack apretó ligeramente su mano.

—No suele haber mucho aviso.

Emma giró la cabeza hacia él.

—¿Cómo?

—Inteligencia toma esas decisiones —explicó con calma—. Cuando consideran que la extracción es viable… la ejecutan. Rápido. A veces sin tiempo para preparar nada.

Ella frunció el ceño.

—¿Ni siquiera te lo dirán?

Jack negó levemente.

—No necesariamente. Está todo compartimentado. Cuanta menos gente lo sepa, menos riesgo.

Emma bajó la mirada, como si estuviera procesando algo más profundo que las palabras.

—Supongo que tiene sentido. —El silencio regresó unos segundos y ella miró hacia el horizonte, hacia ese sol que se escondía lentamente bajo las dunas—. Cuando llegue a Nueva York —dijo finalmente—, voy a dar testimonio. —Jack no respondió de inmediato, solo escuchó—. Se lo debo a Tom —continuó—. A lo que vimos… a la gente que sigue allí. —Su voz tembló ligeramente, pero no se rompió—. Ese vídeo… tiene que salir a la luz. Todo el mundo tiene que verlo. No puede quedarse enterrado.

Jack la observó. Había determinación en sus ojos, la misma que había visto en medio del desierto.

—No van a poder silenciarte fácilmente —dijo finalmente.

Emma dejó escapar una breve sonrisa triste.

—Espero que no.

El viento sopló más fuerte y ella suspiró. Luego, sin decir nada, apoyó lentamente la cabeza sobre su hombro.

Jack se quedó quieto, como si temiera romper el momento si se movía demasiado.

—A tu lado… me siento segura —murmuró ella.

Las palabras lo golpearon con una intensidad inesperada. No respondió al instante. Solo entrelazó mejor sus dedos con los de ella.

El cielo comenzaba a oscurecerse lentamente y las primeras estrellas aparecían tímidas sobre el horizonte.

—¿Sabes qué es lo raro? —murmuró ella finalmente.

—¿Qué?

—Que, después de todo, esto se siente normal.

Jack la miró de reojo y medio sonrió.

—Eso significa que tu cuerpo empieza a bajar la guardia.

Emma giró ligeramente el cuello hacia él.

—¿Y eso es bueno?

—Sí… y no.

Ella sonrió débilmente.

—Muy tranquilizador, capitán.

Jack inclinó apenas un poco la cabeza.

—Cuando baja la adrenalina… llegan otras cosas.

Emma lo entendió.

—Creo que aún no he asimilado nada —admitió ella—. Es como si siguiera esperando que alguien aparezca detrás de esas dunas.

—Eso tardará un poco en desaparecer.

—¿A ti te pasó?

Jack dudó un segundo.

—Siempre pasa.

Ella levantó la mirada hacia el cielo.

—Tom me dijo que los amaneceres y las puestas de sol en el desierto eran peligrosos porque te hacían olvidar dónde estabas.

El nombre quedó suspendido entre ellos.

Jack no apartó la mirada.

—Lo siento.

Emma asintió lentamente.

—Yo también —respondió pensativa.

Ella jugó distraídamente con sus dedos entrelazados.

—Cuando llegue a Nueva York… —empezó de nuevo—, creo que todo será extraño. La gente caminando, los coches, el ruido… como si el mundo hubiera seguido sin mí.

Jack observó el horizonte.

—Lo habrá hecho.

—Eso es lo que más miedo me da. —El viento se volvió más frío y las luces lejanas de la base comenzaron a encenderse—. ¿Cómo están ellos? —preguntó finalmente—. Tu equipo.

Jack sonrió como si la pregunta le resultara familiar.

—Bien. Cansados, pero bien.

—¿Y Alex?

—Molesto porque tiene que quedarse quieto —respondió Jack—. Dice que el brazo ya está perfecto y que exageran.

Emma soltó una pequeña risa.

—Eso suena muy a él.

—Ethan sigue revisando a todo el mundo, aunque nadie se lo pida —continuó Jack—. Y Mark… bueno, Mark ya está diciendo que todo fue demasiado fácil.

—Mentira.

—Lo sé —respondió él con una sonrisa.

Emma levantó un poco la cabeza.

—Dales las gracias de mi parte… otra vez.

Jack asintió con una sonrisa.

—Ya lo hice. Te envían saludos.

Ella sonrió con suavidad.

—Sois un equipo perfecto.

Jack frunció el ceño.

—No somos perfectos.

—Humanos entonces —corrigió ella—. Eso me gustó de vosotros. Incluso allí… seguíais siendo humanos.

Jack le sonrió.

—Eso es lo único que te mantiene cuerdo. —Emma lo observó —. Mark… ve cosas que otros no ven. Siempre está un paso

adelantado. Ethan mantiene la calma incluso cuando todo se viene abajo. Y Alex… —Jack sonrió un poco más—, Alex es capaz de arreglar cualquier cosa con cables y cinta adhesiva. —Emma rio y un pequeño silencio se instaló entre ellos—. El coronel de mi base llamó.

Emma levantó la mirada.

—¿Sí?

—Para felicitarme —dijo él con tono seco.

Ella arqueó una ceja.

—¿Y eso?

—Pensaban que habíamos muerto —respondió Jack con naturalidad—. Cuando perdieron contacto y supieron lo de los MANPADS dieron la misión por perdida.

Emma tragó saliva.

—Entonces… ¿nadie iba a buscarnos?

Jack negó lentamente.

—No podían. Demasiados misiles activos. Demasiado riesgo. Mandar otro helicóptero habría sido condenarlo.

Ella bajó la mirada, procesando esa información.

—Así que… estábamos solos de verdad —reconoció Emma.

—Sí… por eso lo mejor era ir hacia Jordania. —Un silencio breve, luego Jack añadió con una sonrisa—. El coronel dijo que estaba muy contento de que el paquete hubiese llegado vivo.

Emma levantó la cabeza.

—¿El paquete? —rio y golpeó levemente su hombro.

—Término técnico —respondió él con una sonrisa. Ella lo empujó suavemente—. Traducción real: está encantado de que tú llegases viva.

Ella negó con la cabeza, sonriendo.

El ambiente volvió a sentirse ligero por un momento, como si la guerra hubiera quedado lejos, al menos durante unos minutos.

Emma permaneció en silencio unos segundos. Se había dado cuenta de que cuando hablaba del equipo había algo distinto en su voz, un matiz distinto. No era profesionalidad, era orgullo y respeto.

—Hablas de ellos como lo que sois… una familia —murmuró finalmente.

Jack no respondió de inmediato.

—Lo somos —dijo al final, con sencillez.

Emma asintió lentamente. Luego inclinó la cabeza, estudiándolo.

—Pero nunca hablas de ti.

Jack frunció el ceño.

—No hay mucho que contar.

Ella soltó una risa divertida.

—Eso no es verdad.

Él desvió la mirada hacia el horizonte.

—Soy el que toma decisiones. Nada más.

Emma negó suavemente.

—No. —Jack la miró—. No eres solo eso —añadió ella—. Te observé allí fuera… cómo los mirabas, cómo sabías cuándo empujar y cuándo parar… cómo me mirabas para asegurarte de que seguía caminando.

Jack tragó saliva.

—Eso es liderazgo —dijo él finalmente.

—No —repitió ella con suavidad—. Eso es cuidar. —El viento removió la arena suavemente a su alrededor y Emma entrelazó mejor sus dedos con los de Jack—. Ellos confían en ti —añadió—. Y yo también.

Las palabras llegaron directas, sin adornos.

Jack bajó la mirada hacia sus manos un instante.

—No siempre hago las cosas bien.

Emma sonrió.

—Nadie lo hace. Pero nos trajiste hasta aquí.

Jack negó levemente, como si quisiera restarle importancia.

—Todos lo hicimos.

Emma lo observó.

—Sí… pero tú decidiste seguir.

El peso de esas palabras se quedó suspendido entre ellos.

Jack inspiró despacio.

—Era la única opción.

—No —susurró ella—. Siempre hay otras opciones. —Sus miradas se encontraron, más profundas ahora. Emma apoyó

ligeramente su frente contra su hombro otra vez—. Me gusta cómo hablas de ellos —añadió en voz baja—. Dice mucho de ti.

Jack dejó escapar una sonrisa.

—Ellos dirían que exageras.

—Ellos te dejaron a solas conmigo a propósito —respondió ella con una sonrisa breve. Jack arqueó una ceja—. Eso también es liderazgo —añadió ella, divertida.

Él negó con la cabeza, incapaz de evitar sonreír.

El cielo se había oscurecido completamente. Y, por un momento, todo se sintió simple.

Emma permaneció apoyada contra él unos segundos más, observando cómo las luces lejanas de la base comenzaban a brillar en la oscuridad.

—Ellos te dejaron aquí a propósito —repitió con una pequeña sonrisa.

Jack soltó una exhalación divertida.

—Eso explica por qué Mark salió tan rápido.

Emma alzó la mirada.

—¿Siempre hacen eso?

—¿Abandonarme a mi suerte? Sí. Es su deporte favorito.

Ella rio.

—No lo parece.

Jack inclinó ligeramente la cabeza.

—Confían en que sobreviva.

—Eso suena más a cariño que a abandono.

—No se lo digas —respondió él con tono serio fingido—. Se les subiría a la cabeza.

Emma sonrió más abiertamente.

—Creo que ya tienen el ego bastante subido.

Jack negó con una sonrisa cómplice.

—Mark definitivamente sí. Los demás son más modestos.

Hubo un breve silencio y luego Emma lo miró graciosa.

—¿Qué dicen de mí cuando no estoy delante?

Jack dudó un par de segundos.

—Que corres demasiado lento.

Ella le dio un codazo en el brazo, en tono de broma.

—¡Mentiroso!

—También dicen que eres el único paquete que ha conseguido que el capitán pierda la paciencia.

Emma arqueó una ceja.

—¿Perder la paciencia? ¿Cuándo?

Jack la miró de reojo y chasqueó la lengua.

—Creo que están impresionados contigo. No te rendiste —respondió él—. Y porque seguiste caminando incluso cuando sabíamos que te dolía el tobillo.

Emma bajó la mirada.

—No quería quedarme atrás.

Jack apretó ligeramente su mano.

—Nunca ibas a quedarte atrás.

Ella levantó la mirada otra vez.

—Eso lo dices ahora.

Jack inclinó la cabeza hacia ella, acercándose.

—Lo dije entonces también. —Emma sostuvo su mirada unos segundos—. Aunque debo admitir que el coronel probablemente cree que la verdadera heroína fue la radio de Alex.

Emma soltó una carcajada.

—¿La radio?

—Sí. Según él, sin esa radio nadie habría llegado vivo.

—Qué injusto… pero si no funcionaba.

—Alex ya está intentando que le den una medalla a la radio.

Emma negó con la cabeza, divertida.

—Me cae bien tu equipo.

Jack sonrió.

—Eso es porque aún no has pasado suficiente tiempo con ellos.

—Creo que sí.

Y su voz sonó tan sincera que el humor se transformó otra vez en algo más profundo.

Algo que ninguno quiso romper demasiado rápido.

El cielo terminó de oscurecerse lentamente, como si el día se hubiese rendido finalmente al silencio de la noche.

Las primeras estrellas comenzaron a aparecer, tímidas al principio, luego cada vez más brillantes, extendiéndose sobre el

desierto como un mapa infinito.

Emma levantó la mirada.

—Son preciosas… —susurró.

Jack siguió su gesto.

El aire era más frío ahora, pero no soltó su mano.

—Te prometí enseñártelas —dijo finalmente.

Ella giró ligeramente la cabeza hacia él, sonriendo.

—También me las enseñaste en el desierto.

Jack negó suavemente.

—Eso no cuenta. Cuanto te persigue un grupo de milicianos no estás mirando las estrellas, estás intentando no morir.

Ella soltó una risilla, apoyando un poco más el peso contra él.

—Buena observación.

Se quedaron en silencio, mirando hacia arriba, respirando el mismo aire.

El tiempo parecía haberse ralentizado, como si el mundo hubiese decidido darles aquel instante en compensación por todo lo que les había quitado.

Jack observó el cielo, pero su mente estaba en otro lugar, en el desierto, en las decisiones tomadas en segundos, en el miedo que nunca desaparece del todo.

El deber de un soldado no era solo cumplir órdenes, era cargar con vidas que no siempre comprendían el peso que llevaban. Era caminar sabiendo que cada decisión podía significar salvar o perder a alguien y, aun así, había que seguir avanzando.

Durante años había protegido objetivos, personas, misiones… pero con Emma había sido distinto. No solo había sentido la responsabilidad de protegerla, había sentido la necesidad, la urgencia y el miedo real de perder a alguien que importaba más allá del uniforme.

Ella había llegado como alguien vulnerable, herida y perseguida y, no obstante, había caminado y resistido. Había demostrado una valentía silenciosa que muchos soldados nunca llegan a conocer.

Jack giró ligeramente la cabeza hacia ella. La luz de las estrellas dibujaba sombras suaves sobre su rostro.

Ya no era la chica del instituto que él recordaba. Ahora era una mujer audaz y fuerte, capaz de enfrentarse al mundo por ayudar a los demás, pese a todo lo que había sufrido.

Comprendió algo con una claridad absoluta. No era solo alguien a quien había rescatado.

Era alguien que necesitaba a su lado, alguien por quien valía la pena volver una y otra vez al fuego.

Sus dedos se entrelazaron un poco más con los de ella y el silencio se volvió cálido y seguro.

Y mientras las estrellas brillaban sobre ellos, Jack entendió que el deber puede enseñarte a luchar, pero solo el amor te enseña por quién merece la pena volver.



34

La despertaron antes del amanecer.

Emma abrió los ojos lentamente, desorientada por la luz tenue que se filtraba en la habitación médica. Durante un segundo no supo dónde estaba. Luego todo regresó. El desierto, el rescate, la base… Jack.

Una figura uniformada permanecía junto a la cama.

—Emma —dijo con voz calmada pero firme—. Necesitamos que te prepares. Vas a ser evacuada en una hora.

Las palabras tardaron en asentarse.

—¿Qué…?

—Orden directa de inteligencia —continuó el oficial—. La ventana de extracción se ha abierto y debemos aprovecharla.

Emma se incorporó de golpe.

—¿Ahora?

—Sí.

El tono no dejaba espacio para negociación, el corazón comenzó a acelerársele.

—Quiero ver a Jack —dijo inmediatamente.

El oficial negó suavemente.

—Lo siento.

—Necesito despedirme de él.

—No es posible.

Emma apretó los labios.

—¿Por qué?

El hombre dudó, buscando palabras que fueran comprensibles sin revelar demasiado.

—La información sobre tu traslado está compartimentada. Cuantas menos personas lo sepan, menor es el riesgo de filtración. Además… —añadió—, cualquier retraso aumenta la probabilidad de detección.

Ella entendió, pero no lo aceptó.

—Solo un minuto…

—Lo siento —repitió con suavidad—. No tenemos ese margen.

Emma cerró los ojos un instante y respiró hondo, luego asintió.

Se levantó lentamente, preparándose mecánicamente mientras la realidad comenzaba a caer sobre ella como una losa. Antes de salir, llevó la mano al bolsillo interior de su camisa. La microSD seguía allí. La apretó un segundo entre sus dedos y la volvió a guardar.

Salió acompañada por dos soldados.

El aire exterior era frío, las luces del perímetro iluminaban la noche mientras el sonido lejano de un helicóptero comenzaba a crecer.

Emma miraba a un lado y a otro, buscándolo, esperando verlo aparecer, necesitándolo… pero Jack no estaba.

Jack caminaba sin rumbo fijo dentro de la zona segura.

El descanso nunca le sentaba bien después de una operación como la que habían llevado a cabo, y el silencio tampoco. Dormía a ratos, hasta que, poco a poco, con el paso de los días, conseguía estabilizar su sueño.

Entonces lo escuchó.

El rotor, el sonido inconfundible de un helicóptero preparándose para despegar.

Se detuvo y un pensamiento cruzó su mente como un disparo.

Una evacuación, solo podía ser eso a aquellas horas de la madrugada.

El cuerpo reaccionó antes que la razón y comenzó a correr.

El corazón golpeaba fuerte contra el pecho.

Cuando llegó al perímetro, las luces lo cegaron momentáneamente.

Los soldados se encontraban en posición, el movimiento era rápido, como el de una evacuación… como tantas que había llevado él a cabo.

Entonces la vio. Emma avanzaba hacia el helicóptero, escoltada.

—¡Emma! —gritó.

Ella se giró inmediatamente y sus miradas se encontraron. El mundo se detuvo en ese preciso momento.

Jack intentó acercarse, pero dos soldados se interpusieron en su camino.

—Capitán, deténgase —ordenaron.

—¡Déjenme pasar!

—Órdenes de inteligencia.

Emma negó con la cabeza, desesperada.

—¡Jack!

El rotor levantaba arena alrededor y el tiempo se acababa.

Ella miró a los soldados y tomó una decisión. Se soltó directamente y corrió los pocos pasos que los separaban.

El caos del momento distrajo lo suficiente a la escolta y Jack avanzó también hacia ella.

Se encontraron a mitad de camino y él la sujetó rápidamente por la cintura mientras ella se sujetaba a su chaleco y se besaron diciéndose todo lo que no se podía decir en segundos robados al protocolo.

Cuando se separaron, sus frentes quedaron juntas.

—Nos vemos pronto —susurró él.

Emma asintió con lágrimas en los ojos.

—Nos vemos pronto —dijo acariciando su mejilla.

Las manos se soltaron demasiado rápido y los soldados la guiaron de nuevo hacia el helicóptero.

Jack permaneció quieto mientras ella subía y el rotor rugía más fuerte.

La puerta se cerró, aun así, pudo ver cómo ella se asomaba a la ventanilla para verlo mientras el helicóptero se elevaba.

El sonido del helicóptero tardó en desaparecer.

Primero fue un rugido constante, luego un zumbido lejano y finalmente nada, solo el viento del desierto.

Jack permaneció inmóvil, con las manos aún tensas a los lados del cuerpo, como si todavía sintiera el contacto de ella en sus dedos.

El aire levantaba arena alrededor, dibujando sombras irregulares bajo las luces del perímetro.

Alguien dijo algo detrás de él, pero no escuchó, no quería escuchar.

Sus ojos seguían fijos en el cielo oscuro donde el helicóptero había desaparecido, como si mirar lo suficiente pudiera traerlo de vuelta, como si todavía hubiera tiempo.

Pero no lo había, nunca lo había.

El protocolo siempre ganaba y las misiones siempre terminaban así, con despedidas rápidas y palabras a medias, promesas que tenían que sostenerse por sí solas.

Jack respiró hondo.

El pecho le dolía, no por el esfuerzo, sino por el silencio.

Durante días había tenido un objetivo claro: protegerla, mantenerla con vida y, ahora, no había nada que proteger, ningún movimiento que anticipar, ninguna decisión inmediata… solo el vacío.

El cielo comenzó a aclararse lentamente con un gris suave sustituyendo la oscuridad.

El amanecer llegaba sin pedir permiso.

Jack se pasó una mano por la cara.

El cansancio cayó sobre él como una ola y, por primera vez desde el derribo, se permitió sentirlo todo. El miedo que había ignorado, la rabia contenida, la certeza incómoda de que ya no estaba a su lado.

Un soldado pasó cerca y lo saludó brevemente.

Jack respondió por reflejo, el uniforme seguía ahí, el deber también, pero algo había cambiado. Aquella vez no había terminado simplemente una misión, había dejado marchar a alguien que ya no era un objetivo, era un hogar.

Y mientras el sol comenzaba a elevarse sobre el desierto, Jack comprendió por primera vez en mucho tiempo que no sabía cuál

sería su siguiente paso. En ese momento, se sintió perdido.

El desierto volvía a parecer infinito ahora que ella ya no estaba allí para darle sentido. Jack permaneció unos segundos más mirando el horizonte, como si aún pudiera verla caminar hacia él entre las sombras de la arena, como si el tiempo pudiera retroceder solo por desearlo lo suficiente. Habían sobrevivido juntos a algo que pocas personas llegan a comprender, habían compartido el miedo más puro y la confianza más absoluta y, en medio del caos, habían encontrado algo que no necesitaba promesas grandilocuentes para existir. Emma no era solo alguien a quien había rescatado, era la mujer que había cambiado el significado de cada paso que dio en aquel desierto, la razón silenciosa detrás de cada decisión que tomó cuando todo parecía perdido.

Y mientras el sol terminaba de alzarse sobre las dunas, Jack entendió que algunas historias no terminan cuando dos personas se separan, sino cuando dejan de buscarse. Emma volaba hacia un mundo diferente, hacia una vida que aún debía reconstruir, pero entre ellos quedaba algo que ni la distancia ni el deber podían borrar: la certeza de haberse encontrado en el momento exacto en que ambos necesitaban creer otra vez. Porque hay amores que nacen en la calma y otros que sobreviven al fuego, y luego estaba el amor que nacía de haber corrido juntos hacia la vida mientras todo se derrumbaba, y ese tipo de amor nunca se perdía realmente.



35

—Nueva York—

Nueva York no olía a arena. Olía a lluvia reciente, a asfalto caliente y a café recién molido que escapaba por las puertas abiertas de las cafeterías. El sonido constante de los coches, de las voces, de los pasos apresurados sobre la acera formaba una especie de murmullo ininterrumpido que llenaba el aire.

Emma caminaba entre la gente como si estuviera atravesando un sueño. Nadie corría para salvar su vida, nadie miraba el cielo buscando drones, nadie se detenía al escuchar un ruido extraño.

Todo seguía, todo funcionaba y eso era lo más desconcertante.

Las luces de los escaparates reflejaban su imagen mientras avanzaba. Ropa limpia, cabello suelto, un abrigo ligero que la protegía del frío. A simple vista, nadie habría imaginado el desierto escondido bajo su piel.

Se detuvo frente a un paso de peatones y un autobús pasó cerca, demasiado rápido.

Su cuerpo reaccionó antes que su mente, dio un pequeño paso atrás con el corazón acelerado. Respiró hondo y cerró los ojos unos segundos, intentando calmarse.

—No hay peligro —se susurró a sí misma tratando de no perderse de nuevo.

La ciudad vibraba con una energía que antes le había resultado familiar, pero ahora todo parecía demasiado intenso y demasiado

cercano. Las voces eran más fuertes, los movimientos más rápidos y los colores más brillantes.

El mundo había seguido sin ella y ella todavía estaba intentando alcanzarlo.

Un grupo de personas reía cerca, ajeno a todo. Una pareja discutía por algo insignificante. Un hombre hablaba por teléfono con tono despreocupado.

Emma los observó unos segundos.

La normalidad tenía algo casi irreal.

Era como si hubiese cruzado a otra dimensión donde nadie sabía lo que había detrás del horizonte.

Siguió caminando con las manos dentro de los bolsillos.

Los dedos rozaron la pequeña tarjeta escondida en el interior de su chaqueta, la microSD aún estaba allí. Un recordatorio constante de por qué había sobrevivido y de todo lo que aún debía hacer.

Al girar una esquina, el viento frío le rozó el rostro, cerró los ojos un segundo y, sin quererlo, recordó el sonido del viento del desierto, la presión firme de una mano guiándola, una voz diciéndole que siguiera.

Jack, el nombre apareció en su mente sin permiso.

Habían pasado semanas, semanas que parecían años. Había intentado convencerse de que era normal, que él tenía su vida, sus misiones, su mundo… pero incluso rodeada por millones de personas, la ausencia se sentía como un espacio vacío demasiado grande.

Había intentado ponerse en contacto con la base, pero no facilitaban esa información. Por suerte, los padres de Jack seguían viviendo en la misma casa de siempre. Se acercó a saludarlos sin darles demasiados detalles, dejándoles sus datos para que la avisaran si sabían algo de él.

Emma levantó la mirada hacia el cielo y miró entre los edificios.

El edificio de *The Sentinel* se alzaba entre rascacielos como un recordatorio constante de la vida que Emma había dejado atrás. Nada que ver con el silencio abrasador del desierto.

Las puertas automáticas se abrieron frente a ella y el murmullo del interior la envolvió: teclados golpeando sin descanso, teléfonos

sonando y voces discutiendo titulares y horarios de cierre.

La redacción seguía viva, como siempre, como si nada hubiese cambiado, pero ella sí lo había hecho.

Una asistente la condujo hasta el despacho del editor jefe.

La placa en la puerta decía: "Daniel Whitaker — Editor Jefe".

Emma respiró hondo antes de entrar.

Whitaker se levantó inmediatamente al verla. Un hombre de unos cincuenta años, mirada aguda, traje impecable y una energía que parecía moverse siempre un paso por delante.

—Emma —dijo rodeando el escritorio para estrecharle la mano —. Me alegra verte de vuelta.

Ella respondió al gesto con una sonrisa breve.

—Gracias.

La invitó a sentarse.

El despacho estaba lleno de pantallas, documentos y premios enmarcados que hablaban de décadas persiguiendo historias.

Whitaker apoyó las manos sobre la mesa.

—Hemos visto el material. —Emma sintió cómo su cuerpo se tensaba ligeramente—. La entrevista, el testimonio que enviaste… —continuó él—, es extraordinario. —Ella asintió complacida—. Ya tenemos varios canales interesados en comprarlo. Grandes nombres. Sinceramente… —añadió con una sonrisa profesional—, es el mejor reportaje que has hecho nunca.

Emma no sonrió, se removió en la silla. Sus manos se entrelazaron sobre el regazo y finalmente levantó la mirada hacia él.

—Sé que para usted esto son números… una gran historia… —Whitaker frunció ligeramente el ceño, atento. Emma respiró hondo —. Pero Tom… mi compañero… murió allí. —Las palabra cayeron con peso y modificaron la mirada del editor jefe—. Esto no es solo un reportaje —continuó con la voz firme, pero cargada de emoción—. Es la vida de todas esas personas que luchan cada día por sobrevivir. Personas que nadie ve… que nadie escucha… y que necesitan que alguien cuente lo que está pasando. —Sus ojos brillaban, pero no apartó la mirada—. No quiero que esto sea solo una exclusiva. Quiero que llegue a todo el mundo. A las cadenas más importantes. Que lo vean… que entiendan… que no puedan mirar hacia otro lado.

—Whitaker la observaba en silencio—. Y… por favor… —añadió más bajo—, no me nombre solo a mí. Tom tiene que estar ahí también. Él dio su vida para que esa información saliera a la luz.

El editor jefe asintió lentamente.

—Por supuesto —dijo con seriedad—. Eso ni siquiera está en discusión.

Emma dejó escapar una breve exhalación.

Whitaker se apoyó en el respaldo de su silla.

—He oído algo sobre lo que pasó allí… —dijo con cautela. Emma inclinó la cabeza, evitando su mirada. No estaba preparada, no aún —. También me gustaría entrevistarte —añadió él—. Tu historia importa.

Ella negó suavemente.

—No. —Una palabra simple y definitiva—. Lo único que importa es ese testimonio —continuó—. Que se vea. Que recuerden a Tom… que sepan lo que hizo y lo que le hicieron por intentar ayudar a los civiles de allí.

Whitaker la estudió unos segundos más.

—Tu voz también tiene valor, Emma.

Ella permaneció en silencio, pensativa, y luego suspiró.

—Quizá… más adelante. Ahora es demasiado reciente.

El editor jefe asintió, respetando su decisión. Se levantó y rodeó el escritorio nuevamente.

—Te avisaré en cuanto cerremos el acuerdo con una cadena.

Emma también se puso en pie y se estrecharon la mano con gesto profesional, pero cargado de algo más profundo.

—Gracias —dijo ella.

—No —respondió él—. Gracias a ti por traer esta historia a casa —pronunció esta vez de forma más delicada—. Por cierto… —dijo ya soltando su mano—, ¿tienes algo nuevo en mente?

Ella parpadeó varias veces y negó con la cabeza.

—No, de momento no, pero le aseguro que no será nada por el estilo.

El hombre asintió y colocó las manos sobre la mesa.

—Cuando estés preparada, llámame. Tengo varios reportajes que podrías cubrir… —Ella lo miró con una sonrisa—, te aseguro que

mucho más tranquilos.

—Claro, gracias —respondió.

Emma salió del despacho con pasos tranquilos.

La redacción seguía igual, pero algo dentro de ella sabía que acababa de empezar otra batalla. Tenía que reponerse de todo, encauzar su vida de nuevo, y eso no era nada fácil.

El taxi avanzaba lentamente por calles cada vez más tranquilas, alejándose del ruido constante del centro de Nueva York.

Los rascacielos quedaron atrás, al igual que las intensas luces.

Poco a poco, aparecieron casas bajas, jardines cuidados y farolas que iluminaban con una luz cálida y suave.

Una urbanización tranquila en las afueras, donde el tiempo parecía avanzar más despacio.

Emma apoyó la cabeza contra la ventanilla, observando cómo las sombras de los árboles se deslizaban sobre el cristal.

El teléfono vibró suavemente en su mano.

Un mensaje de su madre.

Mamá: ¿Vendrás mañana a comer? He preparado tu plato favorito.

Emma sonrió.

Una emoción inesperada le apretó el pecho y sus dedos dudaron sobre la pantalla.

Entonces el recuerdo llegó sin avisar.

Había sido dentro de una base. No la dejaron salir inmediatamente del avión, cómo no, por protocolos. Revisiones médicas, firmas, preguntas, luces blancas, pasillos largos… todo demasiado rápido y, luego… una puerta.

Luces blancas.

Un oficial le había sonreído suavemente.

—Tu familia está aquí.

Emma no había estado preparada. Había caminado despacio, con el corazón golpeando demasiado fuerte.

La sala era sencilla, con un sofá, una mesa y una bandera en la pared.

Allí estaban ellos, sus padres, de pie, esperándola nerviosos, como si temieran que desapareciera si se movían demasiado rápido.

Cuando sus miradas se encontraron… todo se rompió.

Su madre comenzó a llorar primero y luego su padre. Emma ya estaba corriendo antes de darse cuenta hacia sus brazos, sin reprimir las lágrimas. Los tres chocaron en un abrazo torpe y desesperado, pero lleno de amor.

Brazos rodeándose con fuerza, respiraciones entrecortadas y lágrimas silenciosas.

Nadie hablaba, no hacía falta. Ese era el instante real en el que había vuelto a casa.

El taxi se detuvo frente a su casa y Emma parpadeó.

El recuerdo se desvaneció lentamente y escribió un mensaje a su madre diciéndole que allí estaría al día siguiente.

Pagó al conductor y bajó del vehículo.

La casa estaba exactamente igual que cuando la había dejado. El porche, las luces cálidas tras las ventanas… todo tranquilo.

Subió los escalones lentamente y cada paso resonó más fuerte de lo esperado.

Aquella calma se le hacía extraña, como si aún estuviera esperando escuchar el viento del desierto detrás de ella, como si todavía necesitara mirar por encima del hombro.

Y mientras abría la puerta, Emma comprendió que regresar no significaba haber dejado atrás todo lo vivido. Solo significaba empezar a aprender a vivir con ello.

Dejó el abrigo sobre el respaldo de una silla y recorrió lentamente las habitaciones, como si necesitara confirmar que todo seguía allí, intacto y esperándola.

Encendió una pequeña lámpara en la cocina y la luz cálida rompió la oscuridad suavemente.

Abrió el frigorífico sin pensar demasiado y sacó lo primero que encontró. Algo sencillo y fácil para cenar, algo que no exigiera esfuerzo mental.

Mientras calentaba la cena, escuchó el sonido leve del reloj de pared. Un ritmo constante que contrastaba con el caos al que su cuerpo todavía parecía acostumbrado.

Comió despacio, sin hambre real, solo porque sabía que debía hacerlo.

Pero brincó cuando el teléfono vibró sobre la mesa. Lo tomó en su mano y lo observó.

Helen psicóloga: Te recuerdo nuestra cita mañana a las 17:00. Vamos paso a paso. Helen.

Su psicóloga era paciente y comprensiva con ella, y aunque hablar ayudaba… no era lo que más alivio le daba. Había descubierto algo diferente, algo inesperado: la escritura.

Cerrar los ojos un instante y volcar las palabras como si fueran respiraciones que necesitaba liberar.

Cuando terminó la cena, recogió el plato y caminó hacia el salón con el portátil esperándola sobre la mesa. Se sentó frente a él y lo encendió.

Abrió el archivo de nuevo. Quizá lo convertiría al final en un libro, tal vez hablar no le servía tanto, revivirlo en voz alta la dejaba demasiado expuesta, pero escribir… escribir le permitía ordenar el caos, dar sentido al dolor y recordar sin ahogarse.

El editor jefe quería entrevistarla, pero no estaba preparada para hablar frente a las cámaras.

En cambio, sí estaba preparada para escribir, para contar y para dejar constancia de su experiencia.

Sus dedos comenzaron a moverse sobre el teclado lentamente.

Las palabras llegaron despacio al principio, luego más firmes.

Hubo hombres que arriesgaron su vida para salvar la mía.

Emma se detuvo un segundo y respiró.

Un equipo que no me conocía… pero que decidió que yo merecía volver a casa.

La emoción le cerró la garganta.

Nunca encontraré suficientes palabras para agradecerles lo que hicieron por mí. Porque gracias a ellos estoy aquí, viva, escribiendo esta historia que también es suya.

Sus dedos temblaron apenas un poco, pero no se detuvieron.

Esta es nuestra historia.

Una pausa, otra respiración y entonces escribió la primera frase real. La que abría todo.

Llegamos a Alepo, Siria, al amanecer. Tom llevaba la cámara colgada del cuello y una sonrisa que decía que sabíamos

exactamente dónde nos estábamos metiendo… aunque ninguno de los dos lo admitiría en voz alta.

Emma se reclinó ligeramente en la silla. El sonido del teclado llenó la habitación y, por primera vez desde que había regresado, el silencio le dejó de pesar.



36

Seis meses después.

El verano había llegado sin pedir permiso.

El aire cálido envolvía el pequeño jardín trasero mientras Emma hundía las manos en la tierra húmeda con movimientos lentos y cuidadosos, como si cada gesto necesitara tiempo para encontrar su sitio.

La casa estaba en silencio.

Aquí no había viento arrastrando arena ni motores lejanos rompiendo la noche, solo el canto lejano de un pájaro, el roce suave de las hojas y el sonido de la tierra cediendo bajo sus dedos.

Habían pasado seis meses, seis meses desde que había vuelto, seis meses desde que el mundo había decidido seguir adelante como si todo pudiera volver a ser igual, pero nada realmente lo era.

El documental se había emitido hacía semanas. Había generado titulares, debates, reuniones diplomáticas, mensajes de ONG's que hablaban de cambios, de ayuda, de esperanza…

Le habían enviado enlaces, fragmentos, mensajes emocionados… pero había sido incapaz de verlo. No todavía. Sabía lo que había allí dentro, las imágenes, las voces y el recuerdo de Tom. Aún no estaba preparada para mirarlo sin que algo dentro de ella volviera a romperse.

Se inclinó hacia adelante y presionó la tierra alrededor de las pequeñas flores recién plantadas. Flores resistentes. Había leído que

sobrevivían bien al calor.

Sonrió brevemente, tal vez por eso las había elegido.

Las noches seguían siendo difíciles.

Algunas veces despertaba con el corazón acelerado, la respiración atrapada en el pecho, buscando instintivamente algo que ya no estaba allí. Al menos, ahora podía volver a dormir, sabía cómo respirar y cómo esperar a que pasara. Había aprendido a convivir con lo que había vivido, aunque no a olvidarlo… nunca lo haría.

Se quitó los guantes lentamente y se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano.

El sol comenzaba a caer detrás de las casas cercanas, tiñendo el cielo de tonos anaranjados y rosados.

La calma seguía resultándole extraña, como si en cualquier momento algo fuera a romperla o como si el cuerpo aún no terminara de creer que estaba a salvo. Según la psicóloga eran reacciones normales y debía darse su tiempo.

Se levantó despacio y fue entonces cuando escuchó el sonido de un vehículo deteniéndose. Al principio no le dio importancia, los vecinos entraban y salían constantemente, pero el motor se había detenido justo frente a su casa.

Emma frunció ligeramente el ceño.

El jardín lateral rodeaba la vivienda, permitiendo ver la calle sin salir del patio.

Se quitó los guantes del todo y los tiró sobre el césped.

Algo dentro de ella se tensó, no era miedo, era algo distinto, algo que no supo nombrar.

Caminó despacio por el lateral del jardín. Sí, había un vehículo aparcado justo delante de su casa, un vehículo que no conocía.

Lo escudriñó con la mirada y luego se giró hacia el portal que daba acceso a su vivienda.

Entonces lo vio.

Al principio su mente no lo comprendió, solo fue una silueta. Un hombre de pie junto a su puerta, llamando al timbre y mirando la casa como si necesitara asegurarse de que era real antes de acercarse.

Llevaba unos vaqueros y una camisa clara, nada que recordara al uniforme, nada que recordara al desierto… excepto él.

Emma dejó de respirar y el tiempo se ralentizó.

El corazón comenzó a latirle con fuerza contra su pecho mientras daba un paso hacia adelante sin darse cuenta.

Jack levantó la vista en ese mismo instante y sus miradas se encontraron. En ese momento el mundo pasó a un segundo plano. No hubo ningún sonido. No hubo viento. No hubo nada excepto ese instante suspendido entre los dos.

Emma sintió cómo algo dentro de ella se rompía suavemente, cómo una tensión acumulada durante meses cedía finalmente.

Él estaba allí, era real, no un recuerdo ni una voz en su memoria.

Sus ojos recorrieron su rostro con una intensidad silenciosa, como si necesitara confirmar cada detalle, como si temiera que desapareciese si apartaba la mirada.

Ella abrió ligeramente los labios.

—¿Jack? —logró balbucear en un susurro incrédulo.

Jack exhaló una respiración que parecía haber estado reteniendo desde hacía mucho tiempo y bajó un escalón del porche lentamente, luego otro. No corrió… como si ambos necesitaran ese segundo más para aceptar que aquello estaba ocurriendo de verdad.

Emma sintió las lágrimas antes de darse cuenta de que estaba llorando. Esas lágrimas no eran de tristeza o miedo, eran de algo mucho más profundo, de alivio al verlo allí.

Jack dio un paso más hacia ella y entonces ya no pudieron contenerse. Ambos avanzaron al mismo tiempo, rápido y sin pensar.

El abrazo llegó como una colisión inevitable: fuerte, desesperado y real.

Emma se aferró a él con ambas manos, hundiendo el rostro en su pecho mientras las lágrimas caían sin control.

Jack la rodeó con los brazos con una fuerza contenida, como si todavía existiera el miedo inconsciente de perderla si la soltaba.

Su respiración temblaba contra su cabello.

Ninguno habló durante varios segundos, no hacía falta, porque ya no estaban huyendo, ya no estaban sobreviviendo, ahora solo

estaban sintiendo.

Jack cerró los ojos apoyando su frente en el hombro de ella y suspiró. Por primera vez desde que la había visto subir a aquel helicóptero meses atrás, se permitió simplemente estar allí, con ella.

Emma no supo cuánto tiempo permanecieron así, tal vez segundos o minutos, solo supo que el mundo parecía haberse detenido alrededor de ellos, reducido únicamente al calor de aquel abrazo y al sonido acompasado de dos respiraciones intentando recuperar el equilibrio.

Las manos de Jack temblaban, algo casi imperceptible que ella notó enseguida. No era el capitán, ni el soldado… era él, solo él.

Emma se separó lo justo para mirarlo.

Sus ojos recorrieron su rostro lentamente, como si quisiera memorizar cada detalle de sus facciones: la barba ligeramente más marcada, el cansancio suave en la mirada.

La ropa civil que lo hacía parecer diferente y, al mismo tiempo, exactamente igual.

—¿Estás aquí? —preguntó aún incrédula, con la voz quebrada.

Sus ojos se suavizaron.

—Estoy aquí —confirmó.

Nada más.

Emma soltó una pequeña risa entre lágrimas.

—No puedo creerlo…

Jack sonrió con dulzura.

Esa sonrisa que siempre aparecía de forma contenida, como si guardara más de lo que mostraba.

El silencio volvió a caer entre ellos.

Emma bajó la mirada un instante, consciente de que sus manos seguían aferradas a la camisa de él. No las soltó y Jack tampoco se apartó.

Jack hizo un gesto mínimo y levantó una mano para apartar con suavidad un mechón de cabello de su rostro, manchado todavía de tierra del jardín.

Sus dedos rozaron su piel con cuidado, como si aún temiera hacerle daño.

Emma cerró los ojos un segundo ante el contacto.

Cuando volvió a abrirlos, sus rostros estaban mucho más cerca.

No hubo prisa, no hubo duda… el beso llegó despacio y suave, diferente a cualquier otro que hubieran compartido.

Emma sintió cómo algo dentro de ella se calmaba definitivamente al sentir sus labios.

Jack apoyó la mano en su mejilla, haciendo del beso algo más pasional, conteniéndose, como si quisiera prolongar ese instante todo lo posible.

Cuando se separaron, ambos respiraban más despacio.

Emma apoyó la frente contra la suya con sus manos apoyadas en su pecho, como si necesitara sentir que estaba allí de verdad.

Jack se separó levemente, observándola en silencio.

Había imaginado ese momento muchas veces, cada noche, pero ninguna imagen había conseguido acercarse a la realidad: el jardín, la luz cálida del atardecer… ella respirando tranquila.

—¿Cuándo has llegado? —preguntó Emma finalmente.

—Esta mañana —respondió él directamente—. Terminé la misión y vine directo.

Ella parpadeó, sorprendida.

—¿Directo?

Jack soltó una pequeña risa suave.

—No tenía claro si seguiría siendo buena idea esperar. Mis padres me dieron tus datos.

Emma sonrió con esa mezcla de emoción e incredulidad que aún no terminaba de desaparecer.

El silencio volvió a envolverlos unos segundos.

Jack bajó la mirada hacia sus manos entrelazadas y respiró hondo.

—Necesito decirte algo. —Emma lo miró con atención, sin miedo, solo escuchando.

Jack levantó la vista—. No puedo cambiar lo que soy. —No lo dijo como una advertencia, lo dijo como una verdad serena y honesta—. Habrá misiones —continuó—. Habrá veces en las que tenga que irme. Momentos en los que no podremos estar juntos… al menos, no físicamente. —Emma lo observó sin apartar la

mirada mientras él tragaba saliva—. No voy a prometerte algo que no puedo cumplir. —Hubo una pausa más vulnerable—. Pero sí puedo prometerte otra cosa. —Sus dedos apretaron suavemente los de ella—. Siempre voy a volver. —Emma sintió cómo las lágrimas regresaban sin aviso—. ¿Te basta con eso? —preguntó él, en voz baja, no como un soldado, sino como un hombre que se estaba exponiendo.

Emma no dudó y asintió despacio.

—Sí. —Sus labios temblaron al sonreír—. Yo siempre estaré aquí. —Jack cerró los ojos un segundo, como si esa respuesta fuera algo que llevaba tiempo necesitando escuchar.

Emma apoyó la frente contra su pecho—. Y, además… —añadió con una pequeña sonrisa—, creo que ya me acostumbré a esperar.

Jack soltó una risa breve, cargada de emoción, y la abrazó más fuerte, como si finalmente hubiera encontrado un lugar al que pertenecer.

El silencio volvió poco a poco al jardín. No era el silencio tenso del desierto, era uno distinto y tranquilo.

Emma se separó apenas unos centímetros de Jack y miró alrededor, como si de repente recordara dónde estaban.

El sol comenzaba a esconderse detrás de las casas cercanas, tiñendo el cielo de tonos cálidos. Las flores recién plantadas descansaban en la tierra aún húmeda.

Jack siguió su mirada.

—¿Qué estabas haciendo? —preguntó suavemente.

Emma sonrió.

—Intentando que algo crezca.

La respuesta parecía sencilla, pero ambos entendieron que significaba mucho más.

Se dirigieron hacia allí y Jack observó el pequeño espacio de tierra removida, luego se arrodilló sin decir nada.

Emma lo miró, sorprendida.

Él tomó un poco de tierra entre las manos y empezó a cubrir con cuidado la base de una de las flores, acomodándola mejor. Un gesto pequeño y natural, como si siempre hubiera estado destinado a hacerlo.

Emma sintió cómo el pecho se le llenaba de algo cálido. No dijo nada, solo se arrodilló a su lado.

Trabajaron unos segundos en silencio, hombro con hombro… solo juntos.

Cuando terminaron, Emma se levantó primero y extendió la mano hacia él.

Jack la miró un instante antes de aceptarla y sus dedos se entrelazaron automáticamente, sin pensar, como si siempre hubiera sido así.

Caminaron despacio hacia el porche. El aire de verano era suave y tranquilo, diferente a todo lo que habían conocido juntos.

Emma apoyó la cabeza en su hombro mientras avanzaban.

Jack sintió cómo algo dentro de él se asentaba por primera vez en mucho tiempo.

Había pasado gran parte de su vida moviéndose entre lugares que nunca eran realmente suyos: misiones, despedidas, regresos que nunca significaban quedarse, pero ahora… tenía una dirección, una razón. No para dejar de ser quien era, sino para volver… siempre para volver.

Emma apretó suavemente su mano y Jack comprendió que todo lo que habían atravesado, el miedo, la huida, el desierto interminable, las pérdidas y las promesas silenciosas, lo habían conducido exactamente hasta ese momento, hasta ese jardín, hasta esa calma… hasta ella.

Y mientras cruzaban el umbral de la casa juntos, el mundo dejó de ser un lugar en el que sobrevivir y empezó a ser un lugar al que regresar. Después de todo lo que habían pasado juntos, Jack ya no solo tenía un lugar al que volver: ahora tenía a alguien por quien hacerlo.

Fin

AGRADECIMIENTOS

No quiero dejar pasar la ocasión de agradecer a las personas que tanto me han ayudado.

En primer lugar, a mi padre y a mi madre, que sé que desde el cielo me dan fuerzas y me ayudan a seguir adelante. De todo corazón, gracias por haberme inculcado la lectura desde niña, por creer en mí siempre y apoyarme en mi sueño, y por el orgullo que demostrasteis cada vez que publicaba un libro. Siempre estaréis en mi corazón y en mis pensamientos.

A mi marido, Raúl, y a mi hija, Cora, gracias por estar siempre a mi lado, por ayudarme en estos momentos y ser la alegría y la fuerza que me impulsan a seguir adelante.

A Nerea, gracias por estar a mi lado en estos momentos en que tanto te he necesitado.

A Àngels, miles de gracias por ser mi amiga, por esas conversaciones que tanto me ayudan, por intentar calmarme y, sobre todo, por comprenderme. Ya lo hemos comentado, pero para mí eres mi hermana.

A Marta, gracias por estar ahí y darme la ilusión para seguir adelante.

A Marien Fernández, gracias por la portada y la maquetación. Siempre lo digo, pero es la verdad, es un placer trabajar contigo.

Tampoco puedo dejar pasar la ocasión sin agradecer a un grupo de personas que he conocido recientemente y que me están ayudando muchísimo: Andrea del blog aandreebookss, a Isabel del blog Isabook, a Ana del blog lectorasdeana, a Nerea del blog deboralibros, a Lorena del blog Lorena_book, a Sandra del blog devoradora.de.libros y a Ainhoa del blog Deborahlibros. Muchísimas gracias por haberme recibido con los brazos abiertos, por vuestra ayuda y por esas conversaciones que mantenemos hasta altas horas de la noche.

Y a todos los lectores: muchas gracias por darle una oportunidad a la novela, espero de todo corazón que la hayáis disfrutado y que

os hayáis emocionado con ella.

Un fuerte abrazo.
Mariah.

¡ESCANEA EL QR! ¡NO TE PIERDAS NINGUNA DE MIS HISTORIAS!



---

[1] En jerga militar: Landing zone (zona de aterrizaje).

[2] *Sistemas de Defensa Antiaérea Portátiles: son misiles tierra-aire de corto alcance, ligeros y transportables por un solo soldado, diseñados para derribar helicópteros y aviones a baja altitud. Utilizan guía infrarroja o láser, pesan unos 15 Kg. y son una amenaza crítica para la aviación en combate.*

[3] *Del árabe: periodista.*